

KRISTEL RALSTON

Si
UN HUBIESE
Mañana

AUTORA FINALISTA DEL 2^{do} CONCURSO
DE AUTORES INDIES DE AMAZON

Si hubiese un mañana

Kristel Ralston

©Kristel Ralston 2017
Si hubiese un mañana.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: Karolina García Rojo ©Shutterstock.

Versión en CreateSpace, tapa blanda, ©KristelRalston
ISBN-13: 978-1976347689

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Más libros en www.Libros4.com

“Entonces desperté, y todo aquello que un día me hizo daño ya no dolía,
busqué mi olvidada valentía, empaqué unas cuantas sonrisas y me marché
para ser feliz.”
-Kelbin Torres.

Queridos lectores:

Me siento muy agradecida por todo el apoyo y cariño que siempre he recibido de ustedes. Después de cuatro años, cuando empecé esta aventura de dedicarme a tiempo completo a la escritura, 'Si hubiese un mañana' ya es mi novela número veinte. Pueden tener la seguridad de que llegarán más historias de Kristel Ralston :)

Espero que disfruten este libro. Yo tuve interesantes experiencias al visitar varias de las ciudades en las que se desarrolla la historia de Paige y Blake, mientras mis musas daban los últimos toques a cada capítulo de esta novela.

¡Feliz lectura!

Cariños.

Kristel.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

—Solo te estoy pidiendo una oportunidad más... —le dijo Paige a su representante artístico y mánager, en un tono que no dejaba entrever cuán desesperada y angustiada se sentía—. Tengo material suficiente para volver a la cúspide de mi carrera. Habla con los dueños de la disquera, Josh. Me gustaría poder explicarte lo que en realidad sucedió, de verdad que sí, pero no puedo... —bajó la mirada— solo dame tiempo... Cree en mí.

Con la mirada encendida por la rabia, después de haber leído los titulares de esa mañana, Josh Daniels dejó caer el bolígrafo sobre el escritorio. Se pasó la mano por el rostro tratando de restringir la intensidad del enfado que sintió horas antes al recibir las llamadas de los principales reporteros de la prensa rosa de Los Ángeles. En ocasiones, la gente de la prensa podía mostrarse benevolente, pero otras, era un verdadero dolor de cabeza. Él ya no tenía más excusas coherentes o llamativas para inventarse en defensa de Paige. Solo quedaba la frase trillada de siempre: «sin comentarios». Y eso solo generaba más interés.

—¿Crees que tengo una varita mágica para cada ocasión en que te pillan saliendo ebria de una discoteca o con algún cretino que clama ser tu amante por cinco minutos de fama? Soy tu representante artístico, pero en absoluto un hada madrina, Paige. Tienes que darte cuenta de lo que está ocurriendo a tu alrededor. Acabas de ser despedida de una de las disqueras más importantes del mundo.

—Nuestros abogados podrían apelar a la situación y...

A nadie le importaba quién era Paige Valois lejos de los escenarios con tal de que vendiese titulares, y en caso de su disquera, muchos éxitos musicales. Ella casi podía jurar que eran tres décadas, y no solo ocho años,

las que habían pasado desde que tomó un avión desde Portland hacia Los Ángeles.

Ese viaje no solo implicó dejar su vida, tal y como la conocía, atrás; también incluyó dejar sus miedos y secretos resguardados en las zonas periféricas de Portland. Cada uno con motivos diferentes para tener secretos, sin duda, y en el caso de Paige no era distinto. En su pasado había recuerdos que prefería dejar en los confines de su memoria; esos recuerdos eran demasiado dolorosos a ratos, y desesperantes en otras instancias. Si Paige decidía limpiar su reputación ante el público, el costo de su bienestar podría alcanzar a una persona inocente y exponerla a un escrutinio innecesario y doloroso. Aquel era un precio que ella no creía que valiera la pena pagar, aún a costa de lo que más amaba: la música.

No tenía idea de cuánto tiempo más podría resistir la barricada que se erigía, cada vez con más fuerza, en su contra a través de la prensa e incluso de sus colegas de profesión. Sentía estar atrapada en un minúsculo espacio en el que las paredes empezaban poco a poco a cerrarse a su alrededor. Llegaba a agobiarse en ocasiones hasta el punto de querer dejarlo todo y refugiarse en algún sitio en donde nadie la reconociera. Necesitaba un espacio libre de presiones para poder trabajar en su próximo proyecto.

Paige tenía guardadas canciones que no se relacionaban para nada con las baladas pop cargadas de optimismo o alegría que vendían cientos de miles de copias en el mundo. Aquellas canciones, que escribía en sus ratos a solas, jamás habían salido a la luz y eran el reflejo verdadero de su corazón y de su alma desde una perspectiva más personal. Íntima. Ella empezaba a sentir la necesidad de dejarlas salir, compartirlas, pero no podía tomar la decisión de hacerlo en medio de todo el pandemónium que acababa de armarse esa mañana. No se trataba del escándalo de la noche anterior, sino del despido de su disquera. Necesitaba escapar un momento. Solo un momento...

—¿Acaso crees que me he quedado sentado toda la mañana meditando sobre la situación, Paige? —preguntó Josh sacándola de sus reflexiones, luego de un largo rato de repentino silencio.

Ella elevó la mirada azul índigo.

La belleza de Paige era una mezcla de la mujer sensual y atrevida, y aquella cándida y dulce. Una combinación letalmente atractiva para los medios de comunicación que, indistintamente de lo que hiciera, la seguían siempre; unas ocasiones para alabarla, y otras, para hacerla trizas.

Era una suerte de relación amor-odio. ¿Qué relación era perfecta? A pesar de la vileza con la que algunos periodistas escribían sobre ella, Paige procuraba dejar los entresijos a sus abogados. Tenía suficiente en su vida como para también adjudicarse una batalla verbal continua que, al final, no iba a reportarle resultados. A pesar de los cotilleos en la prensa, el público la adoraba. Los fans solían decir que Paige tenía los ojos de un ángel, el cuerpo de una Madonna, y la voz de una sirena que era capaz de envolver a cualquiera que se prestara a escucharla.

Ella había conquistado los primeros lugares de las listas de éxitos musicales, y a pesar de que acababa de ser despedida, Paige era consciente de que —para bien o para mal— sus discos continuarían vendiéndose. Lo que le preocupaba era la imposibilidad de firmar un nuevo contrato, y de volver a los escenarios. Ya tenía suficiente dinero. La ambición económica no movía sus decisiones como lo hacía la ambición de llegar a más lugares y tocar más corazones con su música.

Ella no quería vivir de sus éxitos del pasado, no importaba el dinero que generaran. Paige adoraba crear y perderse en la adrenalina que la envolvía cuando grababa discos en un estudio. Y esa posibilidad empezaba a esfumarse...

Necesitaba encontrar el modo de acabar con la sombra que la perseguía

desde que su primer álbum, *Declaración de Intenciones*, le otorgó sus dos primeros Grammy. Sin embargo, se sentía atada porque no podía arriesgar a la única persona inocente detrás de todos sus supuestos escándalos.

—No, Josh, obviamente —replicó exhalando—, pero al menos quiero me concedas el beneficio de la duda y no creas todo lo que sale en la prensa. Ya sabes cómo exageran...

—¡Estás despedida y eso no es exageración, Paige! Es oficial y no dudo que, cuando encienda los canales de la prensa rosa, ya esté esparcido por todo el mundo —exclamó blandiendo la carta firmada por el dueño de la disquera, Antlers Records Inc., en que se confirmaba que ella no volvería a renovar contrato, y el que estaba en curso iba a ser cancelado de inmediato con la indemnización pertinente que exigía la ley—. Te dije que permanecieras en Seattle después del concierto de ayer, y que no volvieras a Portland hasta dentro de unos siete meses. ¿Qué necesidad tenías de volver a tu ciudad natal cuando no hay motivo urgente? Siempre que regresas a Portland surge un nuevo escándalo de proporciones ridículas. Es que no lo entiendo, Paige. No lo entiendo.

—Josh, escucha...

—No se trata de lo que yo opine —interrumpió—, sino del daño que tu reputación puede causar a mis demás clientes y, por ende, a la disquera que te contrata a ti o a ellos.

—Encuentro difícil entender el porqué...

Josh suspiró con impaciencia.

—Porque pueden poner en tela de juicio nuestra capacidad, como compañía, para controlar que nuestros representados cumplan con los contratos. Nadie duda de tu talento, pero ya existe una Miley Cyrus en el mercado y la prensa la ha martirizado lo suficiente. No quieras convertirte en una, no bajo el nombre de mi compañía al menos. ¿Prefieres ser admirada por

tu talento o por tus escándalos?

—Eso no es lo que pretendo, me ofende tu pregunta porque bien sabes cuánto he sacrificado por mi carrera, Josh —expresó mirándolo furiosa—. No quiero ser ninguna otra que solo Paige Valois. ¿De acuerdo? Necesito un tiempo para lidiar con todo este vendaval. Un tiempo... y una oportunidad.

Él soltó un bufido de frustración.

—¿Yendo a calmar tus penas a otro bar en Portland y que te pillen vomitando en la acera?

—Yo no... —suspiró, no tenía motivo defenderse porque no podía ofrecerle a Josh lo que necesitaba: la verdad—, ¿intentarás buscarme una disquera?

—Escucha, no pretendo ofenderte, lo siento, pero creo que esta situación de estar en los titulares cada dos por tres, y no precisamente por un tema que aporte a tu palmarés, me empieza a agobiar más de lo habitual.

—Josh...

—Tendré que estudiar el panorama —dijo el hombre de cabellos dorados y ojos verdes. Solo los mejores lograban fichar con su agencia de talentos, Journey Media. Paige se sentía privilegiada de formar parte de la empresa, pero si él no podía encontrar una disquera que quisiera contratarla, a pesar de sus escándalos a costas, nadie más lo conseguiría—. No voy a echarte de mi empresa, pero tengo que analizar las opciones que nos quedan, Paige.

Un ligero alivio se instaló en ella, y asintió.

—Tengo tanto que entregarle a mi público todavía —expresó con vehemencia y a punto de dejar escapar las lágrimas que pugnaban por salir—. Josh, no te des por vencido conmigo. Siempre has creído en mí. No dejes de hacerlo ahora.

Él se pasó los dedos entre los cabellos.

—El contrato con Antlers Records no tiene solución. Lo he discutido esta mañana antes de que llegaras a mi despacho. —Paige bajó la mirada—. Veré qué otra alternativa puedo encontrar. Tu reputación de chica problema no ayuda... Si no confías en mí lo suficiente para hablar de lo que está detrás de todos tus escándalos para así yo intentar cambiar la perspectiva de tu reputación en la prensa, entonces no hay mucho con lo que pueda yo trabajar... —suspiró— Dame unos días para ver qué puedo encontrar. Eyna, mi asistente nueva, se pondrá en contacto contigo lo antes posible. Mientras tanto, no te quiero en ningún tipo de evento ni asunto público. Ni bueno, ni malo. ¿Puedes al menos hacer eso?

—Sí. Claro que sí —replicó ligeramente esperanzada.

Esa mañana, Paige había ido al estudio de grabación con ilusión porque llevaba un tiempo trabajando en una idea nueva. De hecho, había escrito un nuevo material tres semanas atrás. Por eso se llevó una ingrata sorpresa cuando, al entrar al estudio, no encontró ni los músicos habituales, ni tampoco los encargados del sonido, ni los encargados de los controles.

Cuando buscó explicaciones en los alrededores, todos le sonrieron con una suerte de disculpa y evadieron darle respuestas directas. Desconcertada, y también enfadada, Paige fue hasta la oficina de la secretaria del presidente de Antlers Records. Esta le dijo que lamentaba no poder ayudarla y que lo mejor era que discutiese detalles con su representante. Fue entonces cuando Paige supo que la energía al haberse despertado con un talante optimista no iba a durar.

Y no se había equivocado.

Josh, una vez más, seguía siendo su esperanza. Nunca podría agradecerle lo suficiente. Odiaba no poder contarle sobre su pasado, pero era lo mejor para todas las partes involucradas.

—Bien. Ahora salgamos de aquí —dijo él tomando las llaves del Range

Rover color negro—. ¿Quieres que te deje en un hotel al que la prensa difícilmente pueda tener acceso? Enya lo coordinará, por supuesto. ¿O prefieres ir a tu casa en Beverly Hills?

Ella hizo una negación mientras se acomodaba el cinturón de seguridad. Las oficinas de Journey Media estaban blindadas para que ningún transeúnte indiscreto pudiese infiltrarse. Era de agradecer el nivel de paranoia sobre la privacidad que tenía Josh, pensaba en esos momentos Paige.

—Mi casa debe estar rodeada de paparazzis. ¿Tal vez podría quedarme con Melinda y los niños? —preguntó haciendo alusión a la esposa de Josh y los dos hijos de ambos. Era lo más cercano a una familia normal que Paige había conocido y les tenía gran cariño. Sabía que el sentimiento era mutuo y sincero. Melinda tenía solo cinco años más que ella, y se había convertido en una gran amiga.

—Los niños estarán encantados de verte. Ya sabes que siempre eres bienvenida.

—Me hace ilusión verlos.

Paige era consciente de que quienes la rodeaban no la conocían, ni ella deseaba que la máscara de fortaleza que recubría sus lacerantes heridas estuviera al descubierto. Se guardaba para sí a la Paige de verdad, aquella mujer que intentaba darle la espalda al pasado aún cuando la atormentaba como un fantasma en plena medianoche. La gente ajena a la familia Daniels, se nutría de su fama o de sus contactos para conseguir algo a su costa. No era el caso de Josh porque ambos eran conscientes de que se trataba de un negocio. La amistad que los unía era sólida, y jamás tenía injerencia en el curso de su carrera.

—También somos amigos, Paige, y entiendo que no es fácil ser joven y famosa.

—Gracias por no dejarme en la estacada —murmuró una vez que

empezaron a salir de las oficinas centrales de Journey Media.

—No hay garantías de nada —replicó Josh, y un escalofrío recorrió la espalda de Paige. Su destino musical estaba en las manos de la persona que su representante lograra convencer de que valía la pena darle una última oportunidad—. Tenemos que resolver esta situación de alguna forma... Espero conseguirlo.

—Si no lo logras tú, entonces creo que mi carrera musical habrá terminado.

—Ser fatalista no te queda bien —dijo él con una sonrisa.

Aquella era la primera sonrisa sincera que Paige recibía en toda la mañana, y solo por ese gesto sintió que quizá no todo estaba perdido. Cruzó los dedos.

La habilidad de Blake para tocar el piano y la guitarra no había pasado desapercibida para sus padres, reconocidos cantantes de música country que estaban ya retirados de los escenarios. A pesar de su gran talento, Blake había odiado cada minuto que se quedaba solo en casa al cuidado de una corte de niñeras y personal de servicio, mientras sus progenitores asistían a eventos multitudinarios por todo el mundo. Él nunca quiso tener nada que ver con los escenarios, y —aunque renuentes— sus padres no insistieron en lo contrario. Pauline, su hermana mayor, adoraba los aplausos y los escenarios. Carismática, sociable y con una voz potente, ella se había convertido en una reconocida cantante country en Estados Unidos.

Blake prefería estar a la sombra. Había presenciado cómo la prensa acorralaba a la gente famosa cada dos por tres. No en vano, él había sido testigo de severas discusiones en casa por cotilleos que eran maliciosos, y falsos. Él no quería eso para su existencia. Su vida privada eran terreno vedado para la prensa. Sus padres jamás lo obligaron a nada. Gracias a ello,

difícilmente alguien lo reconocía.

De hecho, al cumplir los dieciséis años, mientras su hermana acudía a clases de música y se presentaba en programas de televisión, Blake disfrutó de su disoluta adolescencia en Europa, paseando en ciudades lejos de las grandes metrópolis y en donde era solo parte de las estadísticas de alumnos extranjeros. Estudió una maestría en administración de empresas y aprovechó su anonimato. Rara vez algún periodista lo reconocía como hijo del legendario dueto Howard, y si acaso lo sospechaba, no se le acercaban. Él no era noticia.

Para Blake, el estar lejos del ojo público continuaba siendo una importante parte de su filosofía existencial. Por eso había contratado a Galeana Micontti, experta en relaciones públicas con una reputación de acero.

Ella era quien daba la cara ante los medios de comunicación y organizaba eventos relativos a los talentos de la disquera. Él era el cerebro logístico, contractual, amo y señor de su intachable compañía musical. Su vicepresidente ejecutivo, Macron, se encargaba de finiquitar negocios internacionales y afianzar la marca.

Con treinta y cinco años, Blake se había forjado una sólida imagen profesional. Su apellido no era un referente ante terceros, pues *Howard* era tan popular como cualquier otro. Él era conocido como un empresario confiable y agresivo.

El principal objetivo de Blake era fichar, antes que nadie, nacientes y prometedores talentos musicales. Era muy estricto y en extremo selectivo, y quizá por eso —a pesar de ser un sello discográfico de mediano tamaño en comparación con otros— los que se atrevían a tocar la puerta de Lion Records sabían que tenían que cumplir a rajatabla los lineamientos o se quedaban sin contrato y a la espera de que alguien quisiera ofrecerles un mejor acuerdo. Esto último no solía suceder.

Ser despedido de Lion Records implicaba el final de una prometedora carrera que apenas acababa de empezar. Blake no tenía malas experiencias al respecto, y para evitarlas jamás permitía que un talento musical conflictivo tuviera su sello como respaldo. Le gustaba el éxito y no aceptaba las mierdas de nadie; era extremadamente cuidadoso y selectivo.

El género que solía preferirse en la compañía de Blake era el pop y el jazz. Dos géneros opuestos, pero que al mismo tiempo le permitían diversificar sus gustos y también alejarse del género musical que caracterizaba a su familia: el country. Él había encontrado el modo de disfrutar de dos ámbitos que agitaban la adrenalina en su sangre: música y negocios, y fue así como surgió su sello disquero Lion Records ocho años atrás.

—Blake, tienes una llamada en la línea dos. Josh Daniels.

La voz de Hannah, su secretaria, a través del interfono lo apartó de la estantería en la que solía tener su colección de monedas antiguas.

—Claro. Pásame la llamada a mi línea privada.

—Hecho.

Blake avanzó hasta su escritorio de madera tallada del siglo dieciocho. Aquel fue un capricho que le costó varios miles de dólares, además de la importación, en una tienda de antigüedades de Colonia, en Alemania. Cuando vio el escritorio no pudo resistirse a tenerlo en su oficina. En el momento en que algo que deseaba se cruzaba ante sus ojos o cautivaba su oído, Blake hacía todo lo posible por tenerlo.

Apoyó el trasero sobre el filo derecho del escritorio y tomó el auricular.

—Después de tantos meses al fin logro tener la certeza de que no te han abducido las sirenas griegas —dijo Blake, riéndose—. ¿Cómo van las cosas, Josh?

—Tengo suerte de no haberme lanzado por un precipicio todavía —

replicó desde su casa en Bel Air— y tú, ¿qué nuevos talentos tienes en la mira? Ya sabes que los representaría con gusto.

—No si esos representados tuyos salen en primera plana cada semanita.

—Ouch, ¿nos referimos a alguien en particular? —preguntó tanteando el terreno. Él y Blake se conocían desde hacía varios años cuando coincidieron en un evento en Londres. Desde entonces llevaban una estrecha relación de amistad que, salvo ciertas ocasiones, preferían no mezclar con negocios.

Los consejos o comentarios sobre la industria musical no estaban lejos de las charlas habituales, pero nunca habían firmado un contrato juntos. Quizá por eso se llevaban tan bien. Blake no creía en las coincidencias. A pesar de que a Josh le debía mucho, lo salvó de morir ahogado en una fuerte corriente marina en el Mediterráneo durante un verano europeo, no mezclaba aprecio personal con intereses profesionales. Aquel era un acuerdo implícito entre ambos, y quizá gracias a eso llevaban casi una década de sólida amistad. No se veían tan seguido, por sus ocupaciones mutuas, pero estilaban reunirse dos o tres veces en el año.

—Una rubia-castaña de ojos azul índigo para ser precisos —dijo Blake—. Lo acabo de leer en la prensa hace unos momentos. ¿Por qué no la despides simplemente? Te ahorraría muchos problemas. Llevas años tolerando sus comportamientos extravagantes.

Josh, observando desde la puerta entreabierta de su estudio personal en casa cómo Paige jugaba con sus hijos sintió una punzada de tristeza. Durante mucho tiempo había pretendido ignorar la realidad detrás de los escándalos de Paige, pero lo cierto es que conocía a la perfección lo que ocurría.

Él jamás contrataba una persona sin antes investigarla a profundidad. Sin embargo, nunca hablaría al respecto de la verdad sobre la familia de Paige si ella no lo hacía primero o con él, Melinda o la prensa. Odiaba no

poder defenderla como merecía. Se sentía mal al no poder ni siquiera decirle que podía ayudarla... Paige tenía un gran corazón, y era una lástima que ser tan noble implicase hundirse a favor de otros. Y él sabía exactamente a quién protegía ella con tanta fiereza.

Tan solo porque creía en Paige, en su talento e integridad, había decidido llamar a la única persona que podría darle un espaldarazo. Blake era duro de roer, pero también justo. O al menos esperaba que pudiera serlo con Paige, en el caso de que aceptara entrevistarse con ella.

—No nos gusta andar con rodeos, así que, ¿aceptarías recibirla y hablar con ella? Es una mujer muy talentosa...

—Y que trae grandes problemas en su reputación. Josh, no sé por qué te tomas la molestia de llamarme por una persona como ella.

—Quizá la juzgas antes de conocerla.

—La prensa ha hecho un buen trabajo.

—La prensa suele mentir con desparpajo.

Blake se rio. Conocía cuánto abogaba Josh por sus clientes. No le sorprendía que estuviese defendiendo a su representada, a pesar de que esa mañana la conflictiva mujer acababa de ser despedida de una de las disqueras más grandes del mundo.

—Josh, no creo que tenga sentido hacerlo. Su reputación habla por ella.

—La música habla por Paige Valois. Es talentosa.

—Pero no es un talento nuevo; el tipo de talento virgen que solemos fichar siempre en Lion Records. Eso lo sabes —dijo con calma, mientras giraba en la palma de su mano libre un cubo de Rubik.

Desde Bel Air, Josh se frotó el ceño con el índice. Escuchó la risa de sus hijos, y observó la complicidad entre Melinda y Paige. Maldijo en silencio al no ser capaz de defender a su amiga y cliente ante Blake en esos momentos, para explicarle por qué podía confiar en ella. Exhaló con

impaciencia.

—Nunca te he pedido un favor, Blake. Te lo estoy pidiendo ahora. Solo conócela. Escúchala y luego decides si puedes contratarla en Lion Records.

—No puedo prometerte nada.

—No es lo que estoy pidiéndote. ¿La recibirás en tu despacho?

—Porque eres un amigo que jamás me pediría algo así si no creyeras firmemente en la persona por quien abogas, sí. Recibiré a la señorita Valois.

Josh cerró los ojos un instante. Todavía había un resquicio de esperanza para Paige... Se recostó contra el respaldo de su sillón de cuero italiano.

—¿Mañana al mediodía?

—Le diré a mi asistente que lo coordine con la tuya.

—Gracias, Blake.

—No me las des. Aún no sabes cuál va a ser mi veredicto.

Josh rio.

—De todos modos, gracias, hombre.

—Saludos a Melinda y a los niños —dijo Blake antes de cerrar la comunicación.

Lo último que pensaba hacer el dueño de Lion Records era complicarse la existencia. Iba a explicarle a la señorita Valois por qué su compañía, a pesar de lo talentosa que fuese ella, no iba a darle ninguna oportunidad. Aquello no se conseguía sin pruebas sólidas. Él era un hombre lógico, y por eso solo tenía que pedir algo que justificara su rechazo.

Tomó el teléfono.

—Galeana, necesito un informe completo de los escándalos de Paige Valois de los últimos tres meses. ¿Puedes tenerlo para hoy al final del día?

—Imagino que quieres contratarla...

—No imagines cosas, Galeana, no te pago para eso —dijo con su tono empresarial, pero amable.

—Lo sé, Blake. Me pagas para que arregle problemas y dé la cara por tu compañía gracias a la fobia de que invadan tu privacidad. —Blake sonrió, sin interrumpirla. Le gustaba que Galeana fuera una persona que no se manejaba por emociones. Él ya tenía él suficiente con el ego y sentimentalismo de los músicos con los que trabajaba como para agregar una cuota extra con su relacionista pública—. Al final del día tendrás un contundente informe.

—Que no se te escape nada.

—Eso no me impide decirte que, como tu relacionista pública, pensar en apostar por Paige sería un dolor de cabeza. Eso en el caso de que estés considerándolo como una opción...

—No necesitas decirme lo obvio.

—Qué bueno que tenemos la misma línea de comunicación.

—Si fuese lo contrario estarías trabajando para otra persona.

Galeana soltó una carcajada. La cabellera castaña y sus inquisitivos ojos marrones creaban el aspecto de una mujer exótica, aunque frívola, a juicio de quienes la veían desenvolverse con soltura en el mundo empresarial.

Una vez que Galeana cruzaba de la vida profesional a la personal era diferente a lo que otros solían imaginar sobre ella. Tenía cuarenta años de edad, y el físico de una treintañera. Su esposo había muerto nueve años atrás, cuando aún residía en Florencia, como consecuencia del impacto de una bala perdida. «Momento y lugar equivocado», le habían repetido las autoridades italianas cuando terminaron las investigaciones de la muerte de Paolo. Desde entonces, el trabajo era la pasión de Galeana, y sus amantes ocasionales tan solo significaban un desfogue de estrés. Era pragmática, porque la vida la había empujado a ello.

Pocas personas tenían el gusto de conocer su lado cálido y juguetón. Ese aspecto de su personalidad se había muerto el día en que Paolo exhaló su último aliento.

Blake y ella sabían separar los diferentes aspectos de sus vidas con la precisión de un cirujano. Sin remordimientos. Quizá por eso trabajaban tan en sintonía el uno con el otro.

—Tendrás el informe en tu correo electrónico a las seis de la tarde — dijo ella, mientras le indicaba con una seña a su asistente personal que no quería más interrupciones en su despacho. Iba a ser una jornada larga, y el pedido de Blake solo incrementaría el ritmo de trabajo.

—De acuerdo, Galeana.

Ella cerró el teléfono y empezó a organizar a su equipo de colaboradores para el resto del día.

Blake se apartó del escritorio y tomó su chaqueta del perchero. Sabía que podía confiar en Galeana a nivel profesional. La mujer era una condenada máquina de trabajo. Poseía la sensualidad innata de las italianas y la fuerza de alguien que había conseguido superar sus propias limitaciones a base de esfuerzo. La respetaba por eso. Algunas personas especulaban sobre la posibilidad de que fueran amantes debido al nivel de compenetración laboral que manejaban y la cantidad de viaje que solían hacer juntos. Lejos de interesarse por dejar en claro si lo eran o no, Blake no tenía por qué darle explicaciones a nadie.

Eran las dos de la tarde y tenía que hacerle una visita, que había postergado durante varios meses, a su exesposa. Ver a Sheela jamás implicaba algo agradable. Ya se contaban alrededor de tres años de estar divorciados, pero el recuerdo del engaño continuaba siendo una espina que Blake no había logrado arrancarse de la piel.

En la cajuela de su Lincoln MKX tenía cuatro cajas con cosas que le pertenecían a Sheela. Había pensado entregárselas, aunque siempre aparecía algún imprevisto que lo obligaba a desistir de la idea. Considerar que alguien de su compañía se encargase del asunto era absurdo e incluso una grieta en su

vida privada. Quién sabría qué boberías podría decirles su exmujer.

Aunque esas cajas de cartón no ocupaban demasiado espacio en su ático, sí representaban un silencioso recordatorio sobre quién había vivido a su lado durante diez años. Una década con altos y bajos.

Casarse tan jóvenes había sido un error...

Abriendo la puerta de su lujosa oficina, en pleno casco empresarial de Los Ángeles, Blake se acomodó las gafas de sol antes de sumergirse en el mundanal ruido.

CAPÍTULO 2

Tres años y medios atrás.

Las nueve últimas semanas, Blake había trabajado hasta altas horas de la madrugada tratando de resolver con su equipo legal un tema vinculado a derechos de autor. Podría haber delegado todo el asunto a su vicepresidente ejecutivo, Macron Twarn, sin embargo, no se trataba de un tópico banal ni tampoco de un cantante cualquiera el que estaba involucrado en el ojo del huracán.

En este caso, la gestión estaba vinculada a uno de los más prometedores talentos que Blake había escuchado en mucho tiempo. Estaba apostando fuerte por el muchacho, y le enfadaba que la competencia intentara desprestigiar a Cole Klaus, porque este había preferido Lion Records a otra compañía discográfica para su primer trabajo musical. Lo acusaban de plagio. ¡Patrañas!

Los negocios resultaban apasionantes, también frustrantes, aunque en este asunto en particular, a Blake le cabreaba todo el embrollo sin sentido. La paciencia no había sido su fuerte..., y dudaba mucho que pudiera conseguir que fuese una de sus virtudes en un futuro cercano.

Tomó una taza de café que había empezado a consumir tiempo atrás, el líquido ya estaba medio frío, del amplio mesón de mármol. Bebió un sorbo con calma. Tenía treinta y un años de edad, y ya había logrado una expansión en su negocio, muy considerable. Además de las conexiones sociales que poseía gracias a sus continuos viajes, y también a los contactos de Macron, había aprendido que la perseverancia tenía más peso que la influencia. Para Blake, el éxito estaba todavía lejos de ser alcanzado porque era ambicioso y

perfeccionista en el campo profesional.

Nada era suficiente para él. Necesitaba siempre más.

Las nueve semanas trabajando sin descanso ya empezaban a pasarle factura. Se sentía agotado, aunque satisfecho con la perspectiva que tenía en los meses venideros. Habían sido días con fructíferos resultados. Luego de tanto analizar la situación legal dentro de la empresa, se había conseguido iniciar el proceso para una profunda reestructuración de las bases legales y el marco de comunicación que manejarían, no solo con Cole Klauss, sino con todos los artistas del sello discográfico. Así evitaría que se intentase difamar el trabajo de sus músicos.

El segundo semestre del año sería menos demandante en la oficina, y eso lo hacía sentir menos culpable por haber olvidado, una semana atrás, su décimo aniversario de casados con Sheela. Le sorprendía que, a pesar del carácter fuerte de su esposa, ella hubiera mantenido una serena comprensión ante la excusa de que el trabajo había copado más tiempo de lo esperado. No era una mentira.

En compensación le había prometido un viaje a las Islas Fiji que ella aceptó con una sonrisa y seguida de una de sus habituales noches de sexo apasionado. Podían haber pasado años, pero la llama que existía entre ambos —a pesar de las grandes peleas que solían tener últimamente— continuaba viva.

Todo marchaba sobre ruedas a juicio de Blake, así que le podía dejar el mando al completo de la compañía, por una semana, a Macron. Y así no sentía que delegaba demasiado peso en su socio. No solo eso, sino que podría disfrutar de sus primeras vacaciones desconectado por completo —o dentro de lo posible— en unas paradisíacas islas lejos de la locura que implicaba trabajar en Los Ángeles.

Dejó la taza vacía sobre la mesa.

Los músculos de la espalda estaban tensos, y él necesitaba darse un masaje urgente. Quizá después le pediría a su asistente que programara una cita con su masajista habitual. Giró la cabeza de izquierda a derecha para intentar que los nudos que se habían formado en su espalda, desaparecieran.

Caminó sobre la alfombra que recubría el suelo de las oficinas y se alejó de la cafetería. Le ardían los ojos y el dolor de cabeza parecía incrementarse a ratos. Su cerebro clamaba por un descanso.

Blake recogió su chaqueta del perchero. Su oficina tenía un estilo muy acogedor gracias a un decorador que su hermana, tan testaruda como era, insistió en que contratase. ¿Cómo negarle algo? Apenas tenía contacto con Pauline debido a los continuos viajes artísticos que ella realizaba, y que hacían de la reunión anual por el Día de Acción de Gracias, y también la Navidad, una misión casi imposible en el intento de sus padres de tener a toda la familia reunida.

Pensar en su familia hacía sonreír a Blake, pero si de algo estaba seguro era de que no quería tener hijos. Él se consideraba demasiado egoísta para dejar de lado sus ambiciones profesionales por la paternidad. Menos mal Sheela pensaba de igual modo. Quizá eso hacía que fueran ideales el uno para el otro.

Fue hasta una estantería de vidrio esquinera y desconectó el celular que había dejado cargando momentos atrás. La batería estaba al cien por ciento.

Frunció el ceño cuando la pantalla indicaba que tenía varios mensajes sin leer. Ya era pasada medianoche. Esperaba que no fuese ningún tipo de urgencia en la sucursal de la compañía en Londres.

Deslizó el dedo sobre la pantalla para ver los mensajes de texto.

“Blake sigue en sus estúpidas juntas. Ya anhelo volverte a ver.”

Blake se quedó con la mente en blanco, pero continuó leyendo mientras experimentaba la sensación de que alguien le quitaba el aire de los pulmones.

«No puede ser posible», se dijo a sí mismo.

“Me divorciaré de Reneé. Solo te pido ser paciente, Sheela.”

“Ser un sucio secreto no es algo que me agrade...”

“Conseguiremos estar juntos, nena. Dame tiempo”

“Quizá lo mejor sea que dejemos de vernos si no estás seguro de arriesgarte, Ernest”

“¿Cuándo no he estado seguro de que quiero estar cerca de ti? No lo planeamos así, pero, ¿quién planea de quién enamorarse?”

“Necesito repensar...”

“¿Cuándo irás a las Islas Fiji?”

“Aún debo decidirlo... Voy a dormir, Ernest”.

“Dentro de dos días volveré a verte, y planearemos todo con calma. No tengas recelos que todo irá bien. Nadie me hace sentir como tú, cariño. ¿Lo entiendes?”

“Sí... Debo cambiar las sábanas antes de que llegue Blake”.

“Ja, ja. Más te vale, nena. Besos”.

La súbita rabia que arrasó los sentidos de Blake clamaba venganza.

Quiso lanzar el teléfono contra la pared, pero carecía de propósito seguir ese impulso. ¿Cómo era posible que Sheela lo hubiese engañado?, se preguntó caminando de un lado a otro con tal brío que le sorprendía que la alfombra no ardiese en llamas bajo la suela de sus zapatos de diseñador.

Por masoquismo, curiosidad o simple morbo, buscó si el historial de mensajes estaba guardado en la nube. No le sorprendió ver que así era. Terminó de leer con la bilis en la garganta, dolido y decepcionado. El affaire de Sheela con su compañero habitual de partidos de tenis los fines de semana, Ernest Darth, llevaba más de tres meses según las fechas de los primeros mensajes. ¿Cómo fue tan idiota para no sospecharlo? ¿O acaso había preferido ignorar las señales?

Se sentía confuso y, de repente, por completo desequilibrado. En su vida no todo era blanco o negro, no, pero en este caso no lograba encontrar esa imparcial zona gris. El dolor de cabeza se incrementó de pronto, y sintió la garganta seca y áspera. Fue por un vaso de agua. Aunque no creía que pudiera surtir demasiado efecto cuando lo que necesitaba era gritar hasta quedarse ronco, despotricar y encarar a Sheela en ese preciso instante.

Apretó tan fuerte el vaso de vidrio que se quebró entre sus dedos, causándole pequeñas heridas en las manos. Puso la palma derecha bajo el grifo de agua helada y cerró los ojos. Intentaba respirar con pausa, sin éxito.

Se apartó del lavamanos y fue hasta el botiquín de primeros auxilios. Se aplicó alcohol y después se vendó las pequeñas heridas. Volvió a su despacho. ¿Debería dejar el móvil? Probablemente. Si ya había encontrado la raíz, entonces ahora iba a llegar hasta las más extensas ramas de la infidelidad, se dijo.

Deslizó el dedo sobre la pantalla táctil y tomó una profunda respiración.

Había una explícita galería fotográfica en la nube de Sheela, desnuda, y en otras con Ernest en varias posiciones sexuales en la cama. *Su cama* de matrimonio. El nivel de rabia y humillación que experimentaba en esos momentos no se comparaba con ningún otro que hubiera vivido.

Solía sorprenderse por las personas que cometían crímenes a sangre fría, y los condenaba. No entendía cómo alguien podía ser llevado por la furia o por alguna otra emoción impensable hasta el punto de quitarle la vida a otro ser humano. Ahora, lastimosamente, lo entendía, pues sus deseos de buscar a Ernest y molerlo a puñetazos parecían incrementarse a medida que pasaban los minutos. Las ganas de despotricar contra Sheela no se quedaban atrás, ¿matarla con un disparo? No, demasiado fácil. Quería verla sufrir de una forma visceral y contundente.

Quizá se trataba de algún avatar del destino el hecho de que esos

mensajes de la cuenta de Sheela hubieran llegado a la de él. Nunca antes, desde que compartían el usuario para descargar música o libros en cuentas separadas, se había generado la mezcla de archivos del uno con el otro. Jamás. Blake imaginaba que quizá se trataba de algún tipo de opción que, erróneamente, él o Sheela pudieron haber activado sin pensarlo. Pero las formas ya no importaban. Acababa de descubrir el affaire de su esposa con uno de sus más cercanos amigos.

Si no hubiese considerado a ese imbécil de Ernest como su amigo, quizá no se sintiera tan cabreado con él. Por lo general, los matrimonios se cebaban contra la persona ajena a la pareja por la infidelidad, y aquello era algo que Blake consideraba una estupidez. El compromiso de fidelidad lo hacía un matrimonio, y los únicos culpables en el caso de la infidelidad era uno de los dos, porque el compromiso de lealtad le correspondía a ellos y nadie más que ellos.

Pero en este caso con Ernest era totalmente diferente, porque él había recibido la confianza, amistad y la entrada al círculo personal que Blake cuidaba milímetro a milímetro. Sheela y Ernest eran culpables en partes iguales. No iban a salir impunes, pensó, cabreado. Guardó el teléfono en su maletín y se encaminó hacia la puerta.

Bajo los influjos de la rabia no quería tomar ninguna decisión. Su gimnasio habitual estaba abierto veinticuatro horas al día. La cinta de la caminadora iba a pagar su desazón y furia. Apreciaba su libertad, así que seguir sus instintos asesinos no iba a ayudarlo en esa misión. Había otras formas de cobrar venganza.

Esa noche no pensaba regresar a casa. ¿La traición se pagaba con traición? Probablemente, aunque él no pensaba caer en ese vil juego. No le debía ya ningún tipo de explicación a Sheela. Ahora solo tenía en su panorama encontrar al mejor abogado especializado en divorcios.

Una semana más tarde.

Sobre la consola del salón de música de la mansión que compartían los Howard en Los Ángeles estaban las fotografías que comprometían a Sheela con Ernest. El silencio resultaba opresor y estaba cargado de acusaciones fruto de una larga discusión que había empezado con ella negándolo todo. Después siguieron las preguntas, a rajatabla, de Blake. Ante la reacia intención de Sheela de aceptar su infidelidad, Blake sacó de un folio varias fotografías que un investigador privado había conseguido. El resto, las más comprometedoras, estaban bajo la custodia de sus abogados.

—Sheela Nallumt se ha quedado sin palabras, impresionante... —dijo Blake ante el silencio de su mujer cuando finalmente la encaró. El equipo de asesores legales que él había contratado le pidió que tratara de fingir que ignoraba la infidelidad durante una semana, porque era la única forma de que pudieran recopilar todas las pruebas necesarias para armar un caso sólido ante el juez.

Blake no se había entrenado para ser actor, y solo ver a Sheela dormida en su cama al volver del gimnasio el día que supo del engaño, lo instó a desear sacudirla para pedirle explicaciones. Tener autocontrol le costó lo indecible. ¿Cómo demonios podía ella dormir tan plácida con su conciencia? Aunque, viéndolo bien, no tenía una. Él era el tipo de hombre que lo daba todo, cuando se comprometía a algo, y lo hacía a cabalidad. Por eso era su decepción. Creía que en Sheela había encontrado alguien con sus mismos valores.

Él no volvió a dormir en su cama.

Cuando Sheela le preguntó el motivo, él le dijo que no quería

despertarla al llegar tarde de la oficina. Evitó devolverle los besos con la pasión de siempre. No podía ser de otro modo. Aunque hubiera preferido que ella no se le acercara físicamente, tenía la voz de sus abogados pidiéndole esperar.

Después de tantos años juntos, en algún momento del viaje de la vida, él y Sheela se habían empezado a perder el uno al otro. O quizá siempre fue él un optimista y romántico guiado por el ejemplo que había visto en el matrimonio de sus padres. Estúpido idealismo juvenil. Ahora le pasaba factura.

La vida estaba dándole una sonora bofetada. A él no lo golpeaban dos veces. Ni tampoco ponía la otra mejilla. Pensaba dar un zarpazo lacerante.

Blake sabía que se avecinaba una batalla legal complicada, en especial porque él fue muy necio de joven y creyó que su matrimonio duraría por siempre; rehusó firmar la separación de bienes a pesar de que su familia insistió. Sus padres, por supuesto, estaban protegidos, al igual que Pauline, pero él, no. En teoría, el cincuenta por ciento de todo su imperio discográfico que empezaba a consolidarse cada vez más en el mercado, le pertenecería también a Sheela en el momento en que la sentencia de divorcio fuese dictada.

Él no pensaba permitirlo.

—Están trucadas —atinó ella a decir sin mirarlo a los ojos.

—¿Lo crees? ¿Alguien se tomó la molestia porque eres una celebridad?

—preguntó con sarcasmo esparciendo con un manotazo las fotografías por el suelo.

—Blake... —murmuró Sheela con la voz temblorosa mientras él se acercaba, sin ponerle una mano encima, haciéndola retroceder hasta que sintió la fría pared en su esbelta espalda femenina.

—Escúchame bien, Sheela, más te vale que no intentes pelear lo que, a

regañadientes, pienso darte como parte del divorcio. Mi paciencia se acabó.

—¿Divorcio? No, no quiero divor...

El dedo de Blake le presionó los labios, y ella cerró la boca sin protestar.

—Has estado revolcándote con Ernest como una ramera. —Detuvo la mano de Sheela antes de que lo abofeteara—: Ni lo intentes, mujer —expresó con fiereza —, han sido diez putos años que has lanzado a la basura. No pienso disculparme por llamarte exactamente como te mereces. Una mujer que se precia de ser una dama jamás va contra los principios que la hacen digna de esa categoría, y por si no lo entiendes, se trata de ser fiel a sí misma como persona. Tú has traicionado aquello que prometiste cuando nos casamos.

—Blake...

—Ninguna razón puede justificar que, a pesar de mis intentos de hablar tras nuestros desencuentros y de mi interés en que este matrimonio continúe su curso, tú hayas tomado el camino fácil. Una absoluta cobardía... Te desconozco.

—Estabas ausente y Ernest... No es que lo hubiera planeado...

—¡Mierda, Sheela! —exclamó con la respiración agitada. Él se apartó como si hubiese tocado ácido—. Creí que podrías tener un mejor hilo argumental en esta situación. ¿Lo amas? —preguntó con resentimiento y apretando los dientes.

Ella estiró la mano para alcanzar la de Blake, pero este se apartó.

—Contéstame, ¡maldición!

—Blake...

El último resquicio de esperanza de escuchar palabras de Sheela mostrando arrepentimiento, desapareció. En lugar de pedir disculpas o incluso expresar remordimiento, lo que ella intentaba era justificar su infidelidad de

más de tres meses. ¡Tres largos meses!

—Recoge todas tus pertenencias —zanjó él, sin emoción en su voz—, quizá en una sociedad más arcaica yo podría cederte la mansión, pero, ¿sabes qué? No mereces nada de mí.

—¿Cómo te enteraste? —murmuró ella, consciente de la magnitud de la situación. Podría explicarle lo desplazada que se había sentido durante el tiempo que Blake destinaba a su empresa en lugar de compartirlo con ella, pero era una pérdida de energía. Ella no había planeado sentirse tan atraída por Ernest. Tampoco acostarse con él. Una reunión, la soledad, un par de tragos y una conversación llena de mutua comprensión creo la atmósfera propicia... No entendía cómo pudo Blake enterarse, a menos que el mismo Ernest se lo hubiera contado en un ataque de sinceridad masculina, pero lo dudaba. Lo dudaba por completo.

Blake soltó una carcajada amarga.

—Tendré que dar las gracias a los fallos tecnológicos o a la mala costumbre de los usuarios de iPhone de presionar botones sin darse cuenta de lo que hacen. Compartimos usuario, por si no lo recuerdas, para bajar música y comprar libros.

Ella abrió y cerró la boca. Frunció el ceño.

—No lo entiendo... Yo...

—Ni falta que hace —replicó Blake con desprecio—, me iré a un hotel durante cuatro días. Cuando regrese no quiero ver nada que te pertenezca en mi casa. Mis abogados se pondrán en contacto contigo para formalizar nuestra separación. Y no pienses, ni por un segundo, que vas a utilizar mi dinero para contratar tus abogados y utilizarlos en mi contra. Sería el colmo del cinismo, aunque ya no sé de lo que eres capaz a estas alturas. Me deslindo de ti en todos los aspectos.

Sheela lo miró con lágrimas en los ojos. De pronto se daba cuenta de lo

que acababa de perder... El corazón le latía a mil, y las ganas de poder retroceder el tiempo para borrar sus acciones se le antojaba como una imperiosa necesidad. Debió terminar su relación con Ernest... O quizá nunca iniciarla... Blake tenía razón, ella había sido una cobarde. ¿Qué mierda había intentado demostrar, y a quién? Acababa de destruir diez años de matrimonio, por tres meses de sexo.

¡Lágrimas nada menos!, pensó Blake al mirar esos ojos que, en otro tiempo, lo observaban con transparente interés. Ahora estaban velados por secretos e intrigas que él no quería descubrir ni destapar.

—Blake... ¿Podemos intentar pasar la página? Entiendo que ahora mismo soy la persona que menos toleras, pero...

Él la miró con una ceja enarcada.

—Yo creo que deberías hacerte revisar la cabeza, Sheela. ¿Crees que volvería contigo? ¿En serio crees que tengo tan poco respeto por mí mismo como evidentemente te ocurre a ti?

Sheela se secó las lágrimas que rodaron por sus mejillas. Si Blake no se hubiera enterado, lo más probable es que ella —tarde o temprano— se hubiese dado cuenta de su detestable error, y ambos podrían estar en esos momentos planeando el viaje a Fiji en lugar de hablar sobre su separación definitiva.

La desesperación la embargó hasta el punto de pensar en arrodillarse y pedir disculpas. Cerró los ojos un instante, porque no iba a caer en un punto más bajo del que ya había llegado a pisar con su infidelidad.

—Debería disculparme...—empezó pasándose la lengua sobre los labios resecaos por la tensión. Se abrazó a sí misma—, debería haberlo pensado... Debería...

—¡Debiste tener las piernas cerradas para otros hombres, Sheela! Eso fue lo que debiste hacer en primera instancia para evitarnos este momento —

exclamó antes de alejarse y agarrar la pequeña maleta que contenía su ordenador.

Salió sin mirar atrás.

Tres semanas después, en una audiencia muy calmada, aunque no carente de tensión, el matrimonio Nallumt Howard quedó disuelto.

Sheela recibiría la casa de vacaciones en Malibú, algo que a Blake le daba igual pues no recordaba haberla utilizado durante más que dos veranos. No le correspondía ninguna pensión, pues ella había rehusado pedir alguna, y los abogados de su ahora exesposo no la ofrecieron; también rechazó alguna participación en Lion Records. El daño que le había causado a Blake era muy grande, y lo que menos pensaba hacer era provocar que él arruinara, con sus contactos, cualquier empresa que ella se propusiera levantar por cuenta propia.

Sabía que él iba a cobrárselas tarde o temprano, pero de momento, Sheela estaba a salvo. Con sus ahorros había comprado un pequeño apartamento en Playa del Rey, a solo diez minutos del aeropuerto internacional de Los Ángeles, y pensaba vender la casa de Malibú para invertir en estudiar y titularse como Chef Pâtissier. Era algo que había postergado por demasiado tiempo, y quizá ahora era la oportunidad para empezar de nuevo, literalmente. Ernest le prometió que se divorciaría también de su esposa, y ella lo creía.

Blake era ahora un hombre libre.

La sensación de alivio al salir del juzgado estuvo acompañada de la creencia de que las espinas que ahora rodeaban sus emociones no desaparecían. Tampoco le importaba. La casa que había compartido con Sheela ahora estaba en venta, y él tenía en la mira un penthouse en la ciudad.

Su exmujer solo tenía que provocarlo una vez más, en el presente o en el futuro, y él destruiría sin pensarlo cualquier cosa que ella considerase importante.

¿Perdonar a Sheela? Jamás.

CAPÍTULO 3

Los Ángeles, California, Estados Unidos.

Tiempo presente.

Blake aparcó en las afueras del conjunto residencial en el que Sheela vivía. Playa del Rey quedaba lejos de su propiedad en Bel Air, pero daba lo mismo. Iba a terminar con esa estupidez. Al vender la casa que habían compartido durante su fallido matrimonio, los nuevos dueños le informaron que quedaban un par de pertenencias en el ático, así que cuando Blake fue a ver, se trataba de cosas de Sheela. Tuvo que cargar con ellas hasta el sótano del edificio en donde tenía su penthouse.

Aferró los dedos al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Soltó los dedos al cabo de un rato, y se quitó el cinturón de seguridad a regañadientes.

Ignoraba si su exmujer estaba saliendo con alguien. De lo que sí estaba seguro era de que ella había mantenido una relación intermitente con Ernest durante más de un año desde el divorcio, porque este jamás tuvo intención de separarse de Cheery —su esposa—. El triángulo amoroso que se formó en ese entonces llegó a convertirse en el blanco de muchos cotilleos. Blake odiaba saber que su nombre podía estar en boca de otra gente, y peor si se trataba de asuntos íntimos de pareja; estar separado de Sheela era un alivio en todos los sentidos. No frecuentaba los mismos círculos sociales que ella, menos mal, aunque eso no impedía que los cotilleos llegasen —de uno u otro modo— a sus oídos.

Las pocas e infortunadas ocasiones en que solían comunicarse, Blake y

Sheela, lo hacían a través de mensajes de texto o una llamada breve. El tema solía ser uno solo: Tritón. En el divorcio, ella quiso quedarse con la custodia del labrador color caramelo que había rescatado de un refugio de animales. Él no se opuso, pues al fin y al cabo Sheela tenía más tiempo para cuidar mejor de Tritón. Ser Chef en un restaurante, y llevar la exótica carta de dulces, no se podía comparar con viajes imprevistos en el caso de Blake, así como cambios de horario repentino y calculadas inversiones que monitorear en Wall Street. Así que, sí, aunque sonara injusto porque todas las profesiones requerían esfuerzo, en asuntos de “tiempo”, Sheela tenía más flexibilidad que Blake.

—Buenas tardes, señor Howard—dijo el recepcionista cuando lo vio entrar.

Esta no era la primera visita del joven empresario al condominio. Las ocasiones anteriores, como siempre, tuvieron relación con la salud de Tritón que ya tenía diez años. Dos años atrás le habían detectado una infección en las vías urinarias, y como Sheela tenía que viajar a Seattle por el cumpleaños de su padre, fue Blake quien se hizo cargo del perro durante tres días. El año anterior, Tritón se inflamó el ojo después de golpearse accidentalmente contra la punta de una cómoda de Sheela. Preocupado por el perro, Blake dejó de lado una reunión importante para correr hasta el apartamento de su exmujer.

Que Blake no quisiera saber de Sheela, no incluía para nada a Tritón. Estaba encariñado con el animalito, y quizá era el equivalente al hijo que no había tenido. Blake tenía debilidad por los canes, y por los animales en general.

—Mitch, me da gusto verte —saludó Blake—, necesito entregar unas cajas en el piso de mi exesposa.

—Claro, señor.

Aquel no fue un comentario, sino una orden implícita de que quería que

el hombre de bigotes y calva se encargase de ayudarlo a llevar las cajas desde el automóvil hasta el elevador.

—Antes de que me pida llamar a la señorita Nallumt, le informo que tuvo que salir de improviso. Me dejó esto para usted —rebuscó en uno de los cajones de su escritorio hasta que encontró un sobre gris y se lo entregó a Blake—, aquí tiene.

Blake no se sorprendía del mensaje en el que ella le pedía disculpas por su súbita ausencia sin avisar por mensaje o llamada alguna. Él arrugó la escueta carta entre sus dedos. La lanzó en el bote de basura más cercano.

—Entonces, hazme un favor, Mitch —dijo mirando al hombrecito.

—¿Sí, señor?

—Encárgate de que esas cajas las reciba Sheela.

—Claro que sí, no se preocupe por nada. Apenas me toque el cambio de turno, yo personalmente las subo hasta el piso de la señorita Nallumt.

—Gracias —replicó antes de abrir las puertas de vidrio del edificio, y salir.

En ocasiones, Blake se arrepentía de no haber dado un zarpazo letal contra Sheela cuando descubrió la infidelidad e incluso contra Ernest. Tal vez, muy internamente, ya sabía que el final de su relación se avecinaba, pero luchar o intentar sacar adelante algo en lo que él creía siempre había sido una constante, y más en su vida personal. Que una década de matrimonio se hubiese terminado de aquel ingrato modo fue un duro golpe, en especial porque Sheela fue su mejor amiga desde la secundaria y ese vínculo se tornó más intenso cuando se casaron. Él no solía dar su confianza a cualquiera, y ahora —lejos del plano laboral— a nadie.

Él había aprendido su lección. Tuvo su cuota de mujeres consentidas y habituadas a riquezas sin ninguna ambición más allá de ser unas esposas florero de un hombre adinerado. Eran entretenidas un tiempo, pero después

resultaban insulsas. Incluso luego de superar a Sheela, algo que le tomó una semana para su propia sorpresa, su concepto de las relaciones sentimentales cambió mucho. Siguió siendo fiel a su palabra cuando estaba con una persona. Pero no volvía la vista atrás una vez que consideraba que el vínculo había dejado de ser enriquecedor, en cualquier perspectiva que se quisiera ver.

El bajo concepto que tenía de Sheela le impidió forjar algún tipo de emoción hacia ella, aparte de la indiferencia, y era mejor así. De haber llevado a cabo su amenaza inicial de destruirla y también a Ernest, la satisfacción hubiera sido momentánea. El pasado no cambiaba por una venganza cumplida.

Blake había refinado el gusto por sus parejas. Ahora prefería las mujeres que tenían cerebro en funcionamiento pleno, y agallas para luchar sus batallas en lugar de esconderse detrás de excusas. Prefería una mujer naturalmente hermosa, a una que hubiera pasado por el quirófano por simple vanidad.

Él no buscaba amor; había dejado de creer en su existencia. Solo deseaba la compañía de alguien en el plano intelectual y sexual hasta lo que durase. Podía vivir una vida plena sin mezclar emociones profundas, de hecho, había llevado los últimos años perfectamente de esa manera. La emoción, adrenalina y placer que le proporcionaba el trabajo no se comparaba con nada. Y cuando quería una mujer, la tenía. Jamás había tenido problemas con eso, y no creía que en un futuro cercano o lejano el panorama pudiese cambiar.

No era ufano, más bien, sincero.

Jennifer era el nombre de la mujer con quien estaba saliendo esos días. Parecía ajustarse a la perfección a los términos de compromisos sin ataduras emocionales que él predicaba. Le gustaba e iba a tener su tercera cita con ella.

Sonrió. No había ningún hombre que no sonriese ante la perspectiva de un día estimulante entre las sábanas o contra la primera superficie que sus instintos decidieran tomar como escenario sexual.

Encendió el motor de su automóvil y puso en marcha el GPS, no sin antes asegurarse de que el grupo *One Republic* sonara en los parlantes.

Paige se había cambiado de atuendo varias veces esa mañana.

Conocía el nombre de Blake Howard, pero no su rostro. No de adulto al menos, pero sí en candidas fotografías con sus famosos padres y su hermana, muchos años atrás. Lo había buscado en Google. ¿Quién no hacía un poco de investigación? Era muy curioso cómo los medios de comunicación, aparte de alabar la estrategia empresarial y el manejo de las carreras musicales de impresionantes cantantes jóvenes, no mencionaban la vida personal de Blake. Al parecer le habían perdido interés desde que se fue a Europa, siendo muy jovencito, a estudiar.

La persona que solía dar la cara a la prensa —eficientemente— en nombre de Lion Records era una tal Galeana Micontti. Una mujer imponente, a juicio de Paige, y de quien se conocía su capacidad para limpiar desastres y reputaciones maltrechas.

Paige sabía que ninguna buena relacionista pública buscaría problemas gratis por más talentosa que fuese un artista. Si acaso Galeana tenía un voto en la decisión de darle la oportunidad de formar parte de Lion Records, las apuestas estaban en que elegiría rechazar su adhesión. ¿Cómo mejorar la impresión que pudieran tener de ella, cuando los vientos soplaban en su contra? La falta de una respuesta contundente o tranquilizadora tenía a Paige en vilo.

El anterior no era el caso de su representante.

Josh se mostró optimista cuando le dejó saber que todavía quedaba un cartucho por quemar en la industria musical norteamericana de renombre. El hecho de Blake Howard la recibiera en su oficina era un acto que otros en el medio considerarían casi magnánimo. Josh le aconsejó a Paige que solo fuese natural durante la reunión, y que con su voz borraría aquello que no podía cambiarse en las fotografías y medios de comunicación. «Mi última oportunidad.» Aquel era el pensamiento constante en ella.

Además del talento, la imagen era importante.

Iba a utilizar un vestido marrón con un cinturón turquesa entallado ligeramente en la cintura. Tenía mangas cortas y suaves que se movían al compás de sus pasos. El cuello redondo le permitía dejar a la vista su elegante cuello. Se calzó unas sandalias rojas con tacón magnolia y se aplicó un cintillo a tono con su calzado para mantener los cabellos ondulados detrás de las orejas.

Caminó hasta el pasillo de su mansión. Decidió marcarle a Josh para anunciarle que ya estaba lista, sin embargo, antes de que pudiese lograr su cometido, le entró una llamada. Cuando vio de quién se trataba, Paige sintió un nudo en la garganta.

Deseaba fervientemente ignorar la llamada, pero no podía. Apretó los labios con resignación, y deslizó el dedo sobre la pantalla.

—Hola, Anthony —murmuró con voz tensa—. ¿A qué debo el placer de escuchar tu voz en este precioso día? —preguntó, sarcástica.

—No te hagas la idiota conmigo, estrellita de pacotilla —replicó con perfidia —, necesito veinte mil dólares hoy.

—No soy una máquina de hacer billetes —le dijo a su cuñado con seriedad—. Deberías trabajar como todo el mundo en lugar de dedicarte a chantajearme.

La tenía tan cansada. Por negarse a darle dinero la vez anterior, ahora

estaba pagando las consecuencias. Se encontraba a punto de perder su carrera musical.

—Quiero veinte mil dólares en mi cuenta bancaria esta misma noche — insistió, despectivamente—. También que firmes una garantía para la compra de una granja en las afueras de la ciudad.

—¡Una granja! —exclamó Paige, antes de soltar una carcajada—. Por favor, Anthony, ni siquiera eres capaz de sacar a flote tu taller de mecánica automotriz...

—Tu existencia no tiene como finalidad aconsejarme —interrumpió—, no te quieras pasar de lista, que ya sabes quién paga las consecuencias de tus desaires, además de ti misma, por supuesto.

Cerró los ojos. Tenía cuatro años padeciendo los chantajes de su cuñado. Y lo peor de todo no era el dinero, sino el motivo por el cual ella no podía rehusar continuar entregando las cantidades —ridículamente altas en muchas ocasiones— que el fracasado de Anthony exigía para mantenerse en el anonimato, y también procurar que Coral tomara su medicación. Aunque no era Coral la que preocupaba a Paige, ni tampoco el dinero.

—Llegará el día en que tu suerte acabará.

—Faltan muchos años para eso —dijo muy confiado de sí mismo, pues conocía cuál era el talón de Aquiles de Paige.

—Cuando Shawn crezca...

—Toma el primer vuelo a Portland, hoy. Me transfieres el dinero y firmas la garantía para que me entreguen la granja en dos semanas. Estás advertida. No es un favor el que estoy pidiéndote.

—Una orden, supongo —replicó con acidez—. Y qué pasa si no me da la regalada gana de ceder. Quizá tu jueguito empieza a dejar de interesarme, Anthony, y sentarme ante una cámara y hablar de mi pasado familiar ya no represente ningún problema para ello.

—Tal como te van las cosas, no creo que quieras arriesgarte. En todo caso, creo que te acaban de despedir de la disquera, ¿o me equivoco? Y si la memoria te falla, entonces puedo enumerarte todos los escándalos que siempre generas en la prensa. O vuelas a Portland hoy o te ajustas a las consecuencias.

Paige se frotó la sien con los dedos de la mano que tenía libre.

—Eres...

—Esta noche —sentenció— y no intentes hacerte la diva conmigo. Conozco los secretos sucios de tu familia, y en especial aquel que puede enviarte a la cárcel. Y entonces, ¿qué sería del pequeño Shawn sin ti y con su madre más preocupada por complacerme a mí, que a él?

—Shawn no los merece a ninguno de los dos.

—Adiós, estrellita caída en desgracia —dijo, burlón.

Anthony cerró el teléfono antes de que ella pudiese elaborar comentario alguno.

Llevaba cuatro años, la edad exacta de su sobrino Shawn, soportando los chantajes de Anthony. La sola idea de que ese sicópata le causara daño al pequeño, le producía una sensación de impotencia. No podía hablarlo con nadie. Si ella limpiaba su nombre, entonces todos los trapos sucios de su familia saldrían a la luz y le causarían humillación y vergüenza a Shawn cuando este fuera adulto. No podía permitirlo. Ella quería evitárselo más que nada en el mundo.

Quizá ahora perdería lo que hacía vibrar su alma, y eso era la música, pero a cambio su conciencia estaría tranquila. Ni siquiera merecía la pena recordar lo que había sido su infame infancia, porque desempolvar aquellos traumáticos años de su vida aún le causaba pánico.

Volvió sobre sus pasos y subió las escaleras hasta su habitación.

Sacó una maleta y empezó a meter sus pertenencias. Le mandó un

mensaje a Josh pidiéndole que postergara la reunión con Blake Howard porque tenía que volar de urgencia a Portland.

—¿Estás loca, Paige? No puedes dejar plantado a Blake. No querrá recibirte en otro momento. No tengo más opciones para ti si esta falla —le dijo Josh, más preocupado que enojado, llamándola ni bien terminó de leer el mensaje de texto.

—Necesito ir a Portland. Necesito hacerlo de inmediato.

—Sabes lo importante que es tu presencia en mi familia, pero estos son negocios. Elige: Portland o la posibilidad de salir del atolladero en que estás metida ante la prensa con tu reputación de chica-problema.

—Josh —dijo con la voz entrecortada, sentándose en la cama— no puedo. Necesito volar a casa. Yo... Me gustaría poder contártelo, de verdad que sí, pero entonces...

—Puedes confiar en mí —replicó con suavidad. Quería decirle que él conocía a lo que estaba enfrentándose, pero no podía hasta que ella, voluntariamente, decidiera confesarle los fantasmas que la atormentaban.

—Josh... —murmuró, derrotada.

Al escucharla, él soltó un suspiro quedo, contrariado. Sentía pesar por las cosas que estaban sucediéndole a Paige, y admiraba el coraje con que intentaba continuar. Porque conocía la clase de persona, y profesional, que era, no dejaba de apoyarla.

—Intentaré hablar con Blake, pero no puedo ya prometerte nada —dijo con desazón mientras se frotaba el ceño.

—Dile que es una emergencia.

—Lo haré. Sabes que creo en ti —comentó en un intento de reforzar la confianza de ella.

Él jamás hablaba de negocios con Melinda, pero su esposa no era tonta —no se hubiera casado con ella de serlo— y sospechaba que detrás de la

vibrante sonrisa y espontáneo encanto de Paige se escondía un pasado muy duro. Para Josh, Paige era la hermana que nunca tuvo. Si pudiera ir a Portland y patearle el trasero a la gente que estaba causándole daño, lo haría.

—Déjame saber qué te responde, por favor —pidió ella.

—Estamos en contacto.

—Josh...—llamó antes de que él cerrara la comunicación.

—¿Sí?

—Gracias por no dejarme en la estacada.

—Dale las gracias a tu talento, Paige.

Paige se quedó mirando el teléfono en la palma derecha de su mano, y solo en ese instante fue consciente de que estaba llorando. Ya había elegido y los números estaban echados.

Una ocasión había visitado el casino. La ruleta no era su juego. Y no creía que la ruleta de la vida fuera diferente a la de una casa de apuestas. Su carrera estaba acabada... Debería ser optimista, pero estaba cansada de luchar contra corriente. Se sentía como un náufrago procurando llegar a la orilla cuando las olas sobrepasaban su fuerza y altura, arrastrándolo de un sitio a otro sin clemencia ni respiro.

Cabizbaja, tomó sus maletas, y llamó a su chofer para ir al aeropuerto.

CAPÍTULO 4

Blake tamborileó los dedos sobre el brazo de la silla. Sus días de descanso estaban arruinados, sin embargo, él se consideraba parte del reducido número de personas que pagaba con creces los grandes gestos desinteresados. Josh había salvado su vida, y por eso accedió a entrevistarse con Paige Valois en un inicio, y ahora había accedido a hacerlo en un día distinto al planeado. Dudaba mucho que la alocada cantante hubiera tenido una emergencia. De hecho, lo más probable —a su juicio— era que el súbito cambio de planes hubiera tenido que ver con el alcohol o un amante que la tuvo despierta hasta altas horas de la noche. Aunque esas conjeturas se las guardó para sí mismo.

Por otra parte, consideraba que ese antecedente era tan solo una pauta de lo previsible que resultaba el planteamiento de que Paige incumpliría cualquier tipo de contrato. ¿Por qué mejor ella no se dedicaba a posar para las revistas de moda o cantar en espectáculos de bajo perfil?, se preguntó Blake.

El informe que le había hecho el equipo de trabajo de Galeana era impecable. Los detalles de los escándalos de Paige llenaban varias páginas. Fotografías comprometedoras. Viajes de excesos. Amantes distintos cada tres o cuatro meses. Y parecía tener especial afinidad por cometer todas esas tonterías en su ciudad natal: Portland. No había duda de que era una mujer muy guapa, pero eso quizá resultaba suficiente para un empresario ambicioso económicamente, y que solo buscaba una imagen bonita con talento mediocre para convencer a los conformistas de un buen juego de sonido, aunque la voz real dejara mucho que desear.

Él no comulgaba con esa forma de trabajar.

Blake buscaba potencia, calidad, belleza, integridad y mucha ambición

por conseguir un sitio en un mundo lleno de egos, pero no necesariamente de talentos. Por eso su compañía resultaba tan selectiva, y cada artista que colaboraba con Lion Records tenía un sello de calidad respaldándolo.

Qué humillante debía ser para la familia Valois que alguien de su propia sangre cometiera tantas estupideces, pensó Blake mientras repasaba el informe de Galeana y el sonido del reloj acompañaba su presencia en el salón principal de su propiedad en Colorado Springs. Era domingo, y había decidido —gracias a la “emergencia” de la tal Paige— volar hasta su propiedad ubicada en la avenida Cascade. Él no se movía al antojo de nadie, y si Paige estaba interesada en salvar su carrera haría lo posible para conseguirlo, aunque eso implicara dejar de lado un domingo en el que podría continuar disfrutando de su licenciosa existencia.

Josh tenía el cumpleaños de su suegra, y le aseguró a Blake que perderse la reunión familiar tendría como consecuencia una semana durmiendo en el sofá, en lugar de hacerlo junto a su esposa Melinda. Blake solo rio ante el comentario, y le aseguró que intentaría ser lo más justo posible con Paige.

La mujer en cuestión llevaba veinte minutos de retraso. En una ciudad de menos de medio millón de habitantes era ridículo que un avión se retrasara, menos durante un domingo a las cuatro de la tarde cuando el tráfico aéreo Colorado Springs era bajo. O quizá, Paige había decidido que tenía otro “imprevisto” o “emergencia” y no pensaba tener la decencia de comunicárselo a través de Josh. No le sorprendería.

Blake no solo estaba sexualmente frustrado por haber aplazado su cita con Jennifer, sino que también tenía mala noche. Su hermana Pauline, que estaba en las últimas semanas de su segundo embarazo, le pidió que se quedara con su hija de seis años, mientras Allan y ella iban al hospital.

Los padres de Blake estaban visitando unos amigos en Utah, así que el

único miembro de la familia que había estado libre para aplacar cualquier emergencia fue él. Al final, resultó ser solo un calambre por algo que Pauline había comido, y el bebé nacería en la fecha prevista, no antes. Su hermana continuaría retirada de los escenarios hasta después de cinco meses que diera a luz.

Blake adoraba a Carrie, su sobrina, y tenía la suerte de que era una niña muy tranquila, pero como lo veía pocas veces pretendía llamar su atención cada dos por tres. Un pequeño detalle que se extendió hasta pasada la medianoche, y después —por él haberle permitido comer tantos dulces— tuvo vómitos a la dos de la madrugada. Blake tuvo que cambiar las sábanas, bañarla, llamar al pediatra, darle hidratantes y dormir en un colchón inflable junto a la cama de Carrie hasta que se quedó dormida. Le habría resultado más fácil lograr que Apple y Microsoft dejaran de ser competidores en las grandes ligas de la tecnología, que conseguir pasar una noche sin sobresaltos al cuidado de la niña.

Agotada era un eufemismo para el estado de su cuerpo.

Paige había pasado dos días del demonio. Después de lidiar con Anthony, y soportar su perorata, pensó que podría ver a Shawn. Adoraba a su sobrino. No debió sorprenderle, pero lo hizo, que su cuñado le mencionara la ausencia del pequeño argumentando una visita a casa de sus padres durante el fin de semana. ¿Qué tal eso? El tipo era un impresentable. Su hermana, Coral, era un cero a la izquierda y ese fin de semana estaba de turno en el local de tecnología en el que trabajaba de dependienta.

No quería líos ni discusiones con su hermana, y aquello solía ser inevitable cuando se encontraban. Eran como el día y la noche. Lo más duro era la recriminación de Coral sobre el pasado del que Paige había logrado huir. La culpaba de todo lo malo que le ocurría, sus fracasos a la hora de

encontrar un mejor empleo, las infidelidades de su esposo e incluso por el hecho de que Shawn, en lugar de desear las palabras de “buenas noches” de su madre, prefiriese la llamada diaria de su tía Paige antes de quedarse dormido.

Una vez entregado el dinero a Anthony, y firmada la garantía para que el banco le diese el préstamo para pagar la granja —que probablemente terminaría asumiendo ella— había preferido regresar a su hotel. Utilizaba una peluca y un tipo de ropa distinto para que no la identificaran. Corrió con suerte esta vez y sabía que, en gran parte, se debía a que su cuñado no estaba utilizando sus malos trucos para crear algún otro escándalo en la prensa.

Josh había sido muy listo a la hora de pedirle a Blake que postergara cuarenta y ocho horas, y no veinticuatro, la reunión. Después de su ingrato encuentro con su familia política durmió durante varias horas, y cuando despertó ya el domingo había llegado. Organizó todo con rapidez y llegó al aeropuerto con el tiempo justo.

Pensó que el encuentro se daría en Los Ángeles, pero se sorprendió de que Blake no solo accediera al cambio, sino que realizara la reunión en el estado de Colorado un día domingo. Era una petición inusual, pero Josh le aseguró que no habría otra oportunidad porque Blake era un hombre muy ocupado, y que tendría que atenerse a lo que el CEO de Lion Records exigiera. Paige no protestó, a pesar de sentirse nerviosa porque estaría a solas intentando defender su carrera ante un empresario sin la mediación de su representante.

Su futuro profesional estaba en la cuerda floja, y acataría cualquier condición en su intento de vislumbrar una oportunidad concreta para darle un nuevo impulso a su música. Aunque al parecer el sistema de aviación no colaboraba con sus intenciones. El avión se había retrasado, y su teléfono estaba sin batería. ¿Cómo llamar a Josh? No tenía opción más que esperar

veinte minutos a que tuviera suficiente carga en su teléfono para poder continuar su camino.

En Colorado Springs no tenía chofer. Después de todo era una ciudad en la que no la conocían tanto. Podía pasar por una ciudadana normal y tomar Uber o Lyft para movilizarse de un sitio a otro sin el peligro de los paparazzis.

Cuando tuvo un porcentaje considerable en su batería, llamó al taxi.

—¿No le parece un bonito día? —preguntó el conductor del Lyft una vez que ella estuvo instalada con comodidad.

Paige contempló el cielo azulado y las montañas. No era su ambiente ideal, pero sabía apreciar la naturaleza. Era su primera ocasión visitando ese destino. No tenía amigos o conocidos en los alrededores, y quizá era una buena idea. Extrañaba el anonimato que no le brindaba las grandes ciudades del país. Tal vez, en Colorado Springs podría encontrarlo momentáneamente.

A pesar de que le encantaba su trabajo, el ritmo sin parar que implicaba construir una trayectoria musical la tenía agotada. A veces sentía ganas de tomarse un descanso, pero con los recientes acontecimientos aquel era un lujo que no podía permitirse.

—Sí, lo es. ¿Estamos muy lejos de la dirección hacia la que nos enrumbamos? —preguntó con amabilidad.

El hombre de piel trigueña y cabello negro, sonrió a través del retrovisor.

—Un poco, pero en la vida lo mejor es siempre disfrutar el viaje. — Paige no podía estar más de acuerdo, y era un recordatorio de que su día a día pasaba demasiado rápido sin permitirse disfrutar de las pequeñas cosas—. Cascade es una de las avenidas con las propiedades más caras de la ciudad, y a mi juicio personal, las más hermosas arquitectónicamente. Esas son casas que se construyeron con dinero de antiguas fortunas americanas, y quizá por

eso los precios en el mercado son altos.

El conductor encendió la radio en bajo volumen. Las notas de Jazz inundaron el automóvil.

—Ahora me ha dejado con curiosidad por saber más de este sitio —dijo Paige mientras se alejaban del aeropuerto por la autopista.

—Le contaré un poco más sobre mi ciudad, y la época del *gold rush* en Estados Unidos, y que se extendió hasta nuestro Estado. Nací en Denver, pero me mudé a Colorado Springs hace veinte años. El amor —la miró por el espejo del retrovisor— a veces impulsa a las personas a incluir en sus sueños y propósitos a alguien especial.

—Seguro —murmuró Paige. ¿Amor? No tenía tiempo para esas boberías—. Cuénteme su historia —dijo acomodándose contra el asiento trasero del automóvil.

El resto del viaje se hizo ameno y consiguió que olvidase el desafortunado fin de semana en Portland.

Paige escuchó muy interesada el relato del conductor, le hizo algunas preguntas, y cuando empezaron a recorrer la avenida Cascade se sintió impresionada. El área tenía algunos toques similares a la zona de Georgetown en Washington D.C., y al mismo tiempo lucía totalmente diferente. Quizá por las montañas que rodeaban el entorno, la música de los pájaros trinando y viento frío primaveral. Cada ciudad poseía una energía única, y en este caso no era la excepción.

El automóvil se detuvo en una esplendorosa construcción de estilo victoriano de dos pisos y un gran jardín frontal. La verja negra que protegía el exterior era baja y tenía un intercomunicador pequeño a un costado.

—Disfrute su estancia —dijo el conductor, después de ayudarla con la bolsa de mano y un *carry-on* que era todo el equipaje de Paige.

El cielo azul, la brisa de inicios de finales de primavera, y un entorno

tan acogedor no podían ser el presagio de un día nefasto, pensó mirando con sus expresivos ojos hacia la señorial puerta de madera de la casa de dos pisos. Ya había tenido su cuota de desazón en Portland, no se creía capaz de soportar una cuota extra.

Cerró los ojos un instante y dejó que el viento la sosegara. Presionó el único botón que tenía el intercomunicador adherido a la pared de piedra.

Algunas partes de la casa, que databa del año 1920, pedían a gritos una restauración. Blake necesitaba hacer un inventario de las áreas que iban a requerir de atención especializada. No tenía tiempo para trasladarse a controlar las obras, así que lo mejor sería contratar una persona que —de ahora en adelante— ejerciera de ama de llaves. Descuidar la propiedad había sido una negligencia, pero lo remediaría, y después pondría la casa en venta.

Blake disfrutaba del silencio. Aunque en ese ambiente, con todos los muebles cubiertos para que no se dañaran por el polvo, el sonar del reloj cucú como única compañía le parecía un poco tétrico. Era momento de deshacerse de propiedades que no utilizaba, pensó, mientras se incorporaba del sillón y se dirigía hacia la cocina.

No dudaría que, en menos de siete días, ya tendría ofertas de compra. Mucha gente empezaba a mudarse a la ciudad con celeridad desde que habían aprobado el uso legal de la marihuana. Algo curioso y también absurdo, a juicio del empresario.

Blake había comprado un par de bolsas de comida y artículos básicos para pasar ese fin de semana. Quizá podría extender su estancia dos días en la ciudad, y así poder asegurarse de encontrar al mejor agente en temas inmobiliarios.

Fue hasta la alacena y sacó un poco de azúcar. Encontró varias cápsulas

para la cafetera Keurig. Preparó el aparato de café y después lo puso en marcha. Se alejó del lado derecho del mesón de mármol negro para encender la estufa y poner a calentar el sartén. Dejó unos minutos calentar el aceite de oliva antes de verter los espárragos para agregarle una pizca de sal y otra de pimienta. Después sacó una bandeja de pechuga de pollo del congelador y la troceó antes de marinarla.

Entremezcló los alimentos y empezó a remover con una cuchareta de madera cada tanto. Iba a cocinar pollo con espárragos al curry.

No era el mejor cocinero del mundo, aunque sabía cocinar algunos platos. Vivir solo desde joven lo llevó a aprender cosas que, bajo el techo y confort de sus padres, no hubiera aprendido. Cuando estaba solo, y tenía tiempo, cocinaba para disipar el estrés. La señora Daryl McRae, que trabajaba diariamente para él limpiando su casa de California, le gastaba bromas sobre cómo las mujeres desconocían sus habilidades culinarias y que era una lástima que él no se diera una nueva oportunidad para tener una esposa. Daryl había estado con él desde los últimos tres años de su matrimonio con Sheela, y conocía los entresijos de su divorcio. Era una mujer discreta y lo más cercano a un familiar, por lo tanto, una persona de extrema confianza.

—Esto sabe bien —murmuró mientras probaba un poco del consomé que empezaba a tomar una textura más consistente en el sartén.

Al final iba a poder disfrutar de un poco de soledad y quizá aprovecharía para ir a saludar a unos amigos que, bien sabía, vacacionaban por esas épocas hospedándose en Glen Eyrie Castle. Una casa muy bonita, más que un castillo de verdad para cualquier persona que ya hubiera estado en Europa, aunque sus alrededores eran ideales para poder disipar la mente.

Cuando Blake estuvo seguro de que la comida estaba a punto, apagó la hornilla.

El único motivo por el que se había decidido a viajar a su casa en

Colorado Springs era para presionar a Paige y causarle un poco de incomodidad. Era una actitud impropia de él, pero algo lo impulsaba a actuar de ese modo. Las personas como ella merecían una lección de responsabilidad y humildad; si nadie pensaba dársela, entonces él no tendría ningún problema en ponerle la vida de cuadritos para que aprendiera a valorarla. Por otra parte, provocándole inconvenientes a esa consentida, él aprovechaba para darle un repaso a su propiedad.

Si Paige no había conseguido un vuelo para la hora pactada en que debían encontrarse, no era su maldito problema. Le iba a dar media hora más para llegar. Tampoco pensaba llamar a Josh. Vamos, ella era la interesada en salir de la cloaca que se avecinaba si no lograba un acuerdo musical con una corporación respetable. La reunión era a las cuatro de la tarde y ya eran las cuatro y treinta. Le iba a dar treinta minutos adicionales, y eso solo porque se sentía benevolente.

Mezcló la comida que tenía en la sartén.

Si Paige no llegaba a las cinco de la tarde, entonces daría por terminada cualquier posibilidad de reunirse. Podía quedarse sin opciones. Por él, mejor.

Blake fue hasta la bodega, en el sótano, en la que solía guardar una colección de vinos. Al menos de lo que recordaba. Sonrió al encontrarlos. Había telarañas y olía un poco a humedad. Nada que una buena compañía de limpieza no pudiese remediar.

La última vez que visitó la ciudad fue seis años atrás para celebrar el 4 de julio con Sheela. Habían disfrutado de las montañas, el frío, y después recibieron la visita de varios amigos que compartieron con ellos tres días. En la mansión había seis habitaciones distribuidas en el piso superior con suficiente amplitud para dar privacidad a todos. La planta baja poseía un salón de música, el comedor, una salita de té con biblioteca incluida, y una habitación que contenía todos los premios que los padres de Blake y Pauline

habían acumulado a lo largo de sus carreras.

Blake recordaba que, durante su infancia, solía vacacionar en los famosos resorts de Aspen con su familia, y después pasaban un par de días en Colorado Springs haciendo hiking en Garden of the Gods Park, Cheyenne Mountain State Park, y otros lugares, aunque su favorito era Midland Trail. Recordaba con especial nostalgia los almuerzos con sus padres en The Broadmoor, un resort de lujo a orillas del lago artificial Cheyenne que había recibido cientos de celebridades, artistas y prominentes figuras del deporte desde su fecha de construcción.

Terminó de comer con displicente comodidad.

Ya eran las cinco y cuarenta de la tarde. Un rato en la piscina no le vendría mal.

«No puede ser que esté tan sordo», pensó Paige con fastidio. Llevaba quince minutos llamando a la puerta sin obtener respuesta. Ni siquiera tenía forma de contactar a Betty, su asistente y estilista de cabecera, porque ella estaba en sus últimos días de vacaciones en Jamaica. Frustrada y con el sol calcinándole el cuerpo, sin importarle que la acusaran de vandalismo, tomó sus maletas y las impulsó con fuerza hasta que cruzaron la pequeña verja. El ruido debería generar algún tipo de reacción del interior. Después de todo estaba armando un jaleo considerable.

Nada. No había respuesta. El ruido reinante pertenecía a los automóviles que pasaban cada tanto, y la naturaleza de alrededores.

Paige, puesto que su equipaje estaba dentro de la propiedad, decidió permitirse invitarse a sí misma. Con una habilidad que no ponía en práctica desde la secundaria, apoyó las manos sobre el muro de piedra y saltó. Se limpió las sandalias, pero su vestido de verano azul estaba manchado con lo

que fuera que el muro tuviera encima. Algo entre el hollín y el barro.

Decidida a no permitirle a ese empresario ignorarla, menos después del viaje que había hecho, buscó una entrada alternativa a la casa. Solo le importaba ser atendida y saber si podría dormir con calma ante una perspectiva optimista para su carrera o si tendría que empezar a buscar otro modo de tener un respaldo musical con una compañía respetable. ¿Si sonaban las alarmas y llegaba la policía? La tenía sin cuidado. Un escándalo adicional no le causaría más daño del que ya tenía a cuestas.

Había dos corredores. Uno a cada lado de la casa. Iba a intentar con la puerta principal. No había timbre, tan solo una aldaba. Frunció el ceño. ¿Quién mantenía una aldaba en el siglo veintiuno? Golpeó. Sin respuesta. Con fastidio tomó el pomo de la puerta y lo giró. Un clic y se abrió. «¿Qué idiota deja la puerta principal sin asegurarla?», se preguntó antes de entrar sigilosamente.

En el ambiente quedaban resquicios de algo que se había cocinado. Oía delicioso. El estómago de Paige rugió como recordatorio de que ella se negó a aceptar la comida que le ofrecieron en el avión y ahora tenía hambre.

—¿Señor Howard? —preguntó al silencio de la casa—. ¡Yujuuu!

Miró hacia la izquierda en donde un precioso juego de comedor de ocho puestos ocupaba un gran espacio rodeado de gruesas cortinas, adornos que debían costar una fortuna, y una vitrina con pequeños jarrones de cristal. A su lado derecho había un salón con un piano de cola blanco en el centro y el suelo cubierto con una gruesa alfombra persa en un tono lavanda muy bajito. Era una combinación fuera de lo común e impresionaba por la elegancia y simplicidad.

Una escalera llevaba a la planta superior, pero en los alrededores había mucho por explorar, a juicio de Paige. Le gustaría tomar un tour, pero no estaba en medio del calor de las montañas para hacer de niña exploradora en

una casa en la que acababa de entrar como ladrona.

El silencio que hasta hacía poco la había rodeado se quebró con el sonido de un lejano chapoteo. Frunció el ceño. Avanzó con agilidad hasta el final del pasillo. No en vano tenía un oído muy bueno. ¿Qué clase de artista musical sería si careciera de unos oídos afilados?

Llegó hasta una puerta de vidrio tintado. La abrió y se quedó sin aliento.

CAPÍTULO 5

La sensación de que alguien lo observaba, persistía.

Blake llevaba un buen rato en la piscina. A pesar del estado de la casa, él no había descuidado que esa área del patio estuviera en óptimas condiciones.

Si alguien hubiese burlado la seguridad, entonces la alarma de la casa habría sonado mucho tiempo atrás y por añadidura, la policía ya hubiera estado tocando a su puerta. Pero todo seguía en aparente calma.

No podía continuar en el agua si esa incómoda idea de ser observado persistía.

Con un par de brazadas llegó hasta el borde de la piscina. Sacudió la cabeza, una vez fuera del agua, para quitarse las gotas del rostro y se alzó, apoyando su peso en las manos, para emerger. Desnudo. ¿De qué otra forma podía sentirse más libre que estando en la piel de Adán?

Una vez en pie, se detuvo abruptamente.

—¿Qué demonios?! —exclamó al elevar la mirada.

Una mujer que lo observaba con los ojos abiertos de par en par en el umbral de la puerta corrediza de vidrio. No se trataba de alguien desconocido, al menos no en fotografía e información, sino que se encontraba cara a cara con Paige Valois.

Sin evitarlo empezó a enumerar en su mente los atributos femeninos: curvilínea, labios carnosos, cabello ondulado sedoso, piernas torneadas, y una figura en forma de reloj de arena envuelta en un vestido turquesa que resaltaba su piel blanca y hacían juego con los famosos ojos azules que seducían a los fans de varios rincones del mundo. Las fotos no le hacían justicia.

—Yo... Yo... La verdad es que...

—Ahórrese sus comentarios —replicó ante los balbuceos nerviosos de Paige.

Él no tenía ningún problema con su desnudez. Se sentía muy a gusto con su cuerpo, y con la generosa dotación que la naturaleza le había otorgado. En lugar de preguntarle cómo diablos había entrado en su mansión, él decidió hacerla sentirse más incómoda. Era evidente que Paige estaba abochornada.

Blake sonrió al notar cómo Paige procuraba —sin éxito— mantener la mirada apartada de su miembro masculino, mientras él lo cubría con deliberada lentitud con la toalla. Enarcó una ceja, y ella imitó el gesto. Se acercó a ella.

—Señorita Valois, supongo —dijo.

Paige lo observó. En su trayectoria artística había conocido hombres guapísimos de diferentes partes del mundo. Pretendientes no le faltaban, ni tampoco alocadas proposiciones, sin embargo, ninguno de esos hombres había conseguido alterarle la respiración como Blake Howard en esos momentos, ni causarle palpitaciones en su sexo como si se hubiera activado una bomba de tiempo.

¿Atractivo, guapo, cautivador...? No. Ninguno de esos adjetivos alcanzaban para describirlo. Ese hombre era, sin más, el pecado y la tentación ambulantes. Poseía el tipo de apostura que provocaba que las mujeres más recatadas quisieran volverse liberales, y aquellas que eran liberales se vieran en la necesidad de reivindicar su experiencia a cualquier precio... con él.

Estaba recreando la vista con ese espectacular cuerpo. De hombros anchos, abdominales definidas, pectorales trabajados y salpicados por vellos dorados que le daban un aspecto sensual, esa anatomía hubiera sido objeto de estudio sobre la belleza de la virilidad masculina en la antigua Italia o Grecia. Aquella época de los grandes pintores y escultores.

Las yemas de los dedos de Paige parecían experimentar un cosquilleo ante el imperioso deseo de conocer la textura de esa piel dorada por el sol, y también de poder deslizar los dedos entre los cabellos rubios. ¿Cómo sería besarlo?, se preguntó, sin saber que estaba humectándose los labios con la lengua y que él estaba mirándola con una sonrisa de suficiencia.

—¿Le gusta lo que ve? —preguntó Blake, cruzado de brazos, y con una creciente erección producto del viento, entremezclado con su piel desnuda y mojada, así como la visión de una mujer que estaba acariciando su anatomía con esos ojos azul índigo—. Si lo prefiere puedo quitarme la toalla de nuevo, así puede apreciar a gusto.

Paige se aclaró la garganta. «Será idiota», pensó para sí misma. Se tragó las palabras que quería decirle, después de todo ella había irrumpido en la propiedad ilegalmente... y él tenía la potestad de arruinar o salvar su futuro musical. Un futuro que el rastrero de su cuñado se había encargado de poner en la cuerda floja.

—No acostumbro a que los hombres me reciban desnudos y con un miembro viril en pleno intento de saludarme con entusiasmo —replicó sin cortarse— pero gracias por su oferta. No es muy tentadora.

Si él iba a ser descarado, y ella había tenido la audacia de entrar sin ser invitada, pues Paige continuaría el papel. No tenía nada que perder.

Él la sorprendió, de nuevo, esta vez con una sonora carcajada. Y el efecto que la vibrante risa generó fue como un maremoto. La sonrisa en pleno lo hacía lucir menos lúgubre en su aspecto e iluminaba sus atractivas facciones. ¿Mariposas en el estómago? Sí. Esa frase tan cursi, aplicaba en ese momento.

—Veo que tiene una lengua afilada —comentó cuando cesó el profundo sonido de su risa—. Me encantaría tener tiempo para demostrarle que podría cambiar de opinión sobre la falta de tentación en mi “oferta”, señorita Valois,

pero supongo que está aquí por negocios y no por placer, a menos que yo esté equivocado —dijo en tono burlón.

—No siempre se puede tener la razón —expresó con acidez.

A Blake le gustó el modo en que Paige procuró mantener el tono, a pesar de que sus mejillas estaban sonrojadas. Empezaba a creer que esa mujer podría ser peligrosa, y no solo por su mala reputación como cantante. Recobró la expresión seria.

Se ajustó la toalla que empezaba a deslizarse de sus estrechas caderas, y a las que les seguían unas piernas fuertes y de músculos marcados. Blake disfrutaba surfeando en California, y también iba al gimnasio diariamente. No había otro modo, aparte del sexo, en el que pudiera drenar la tensión que implicaba el tipo de negocio que llevaba.

—Espero que no pretenda que me disculpe por nadar desnudo en mi casa —dijo sin intentar cambiar el tema.

—Pues a su propiedad le hace falta un sistema de seguridad más eficiente.

Él inclinó la cabeza hacia un lado. Elevó el rostro hacia un punto a su izquierda. Paige siguió su mirada. Un reloj.

—Ha desperdiciado su oportunidad, señorita Valois, hablando de banalidades y ejerciendo de *voyeur*. Mi tiempo vale muchísimo dinero, y su tiempo de gracia conmigo ha terminado —expresó sin más, no por eso menos consciente de que su próximo paso era llamar a la agencia de seguridad para demandarlos por la mala gestión. Si no hubiera sido Paige quien entrase en su propiedad, tal vez lo hubiera hecho un maleante—. Le he dado dos oportunidades. La primera, tuvo una “emergencia”. No, no, me interrumpa. —Paige le lanzó dardos con la mirada—. Y la segunda, llega pasada la hora convenida con Josh y cuando estoy ante usted, tan solo se dedica a burlar la seguridad de mi mansión como una vulgar ladrona y se atreve a criticarme.

Mal, muy mal.

—No...

—Un domingo, el día en que las actividades laborales tienen unos niveles bajos o inexistentes, usted se da el lujo de retrasarse. ¿Se pasó de copas anoche y estaba tratando de sobrevivir a la cruda esta mañana? ¿O algún amante la entretuvo de más bajo las sábanas? —continuó sin darle oportunidad a replicar.

Ella apretó los dientes. Que la acusara —sin conocerla— le parecía injusto. No sería la primera persona, tampoco la última, en establecer una percepción sobre ella basándose en las mentiras de la prensa, ya estaba habituada y le resbalaba por la piel como aceite, sin embargo, por una desconocida razón el hecho de que ese empresario en particular creyera las mentiras que se decían en los tabloides, le causaba una punzada de algo que no lograba identificar. O quizá se trataba de la desesperación por el hecho de que su carrera parecía desbocarse por un barranco.

Paige priorizó lo que estaba en juego. Discutir con Blake Howard solo aumentaría sus posibilidades de fracasar, por más que en ese instante estuviera comportándose como un cretino.

—Intuyo que, por su actitud y palabras, no quiere darme la oportunidad de escuchar mi voz ni tampoco los argumentos a favor de la posibilidad de firmar con Lion Records, señor Howard. Le pido disculpas por haber entrado en su propiedad e invadido —hizo un gesto con la mano abarcando el físico de Blake— su espacio personal, pero hubiera terminado sufriendo de insolación de haber sido paciente durante más de los quince minutos que llamé al intercomunicador bajo el sol sin respuesta desde el interior de su mansión. Resulta que me quedé sin batería, y tuve que esperar hasta tener un poco de carga para llamar un Uber. Me gusta ser anónima cuando puedo disfrutar de serlo, y a veces lo consigo en ciudades pequeñas como esta... —

explicó, a pesar de que ella no le daba razones a nadie. Estaba tragándose su orgullo por una causa que lo merecía—. No se trata de irresponsabilidad, señor Howard, se trata de circunstancias ajenas a mi manejo.

—Le conferiré la cortesía de llamarle a un Uber, puesto que parece ser su medio de transporte para pretender ser igual al común de los habitantes de este país, y así podrá regresar a su hotel o si lo prefiere al aeropuerto.

Page había tenido un fin de semana de mierda, y no pensaba permitirle a ese hombre —por más que alterara su capacidad de mantenerse serena— que la despachara como si fuese una mendiga y él, el rey. Menudo idiota.

—No necesito esa cortesía —le dijo—. Lo único que requiero es que me escuche cantar. Mi talento es real y...

Blake elevó la mano. Una mano elegante y masculina. Dedos fuertes. Ella guardó silencio ante el gesto, pero no hubiera sido su reacción natural de haber estado la mesa en equidad de condiciones.

—La he escuchado cantar. He leído sus peripecias por la vida. No necesito una persona conflictiva que dañe el prestigio que Lion Records se esfuerza en mantener —dijo antes de empezar a caminar hacia el interior de la casa.

Paige lo detuvo poniéndole su pequeña y cálida mano en el hombro. Él la miró a los ojos. Ella no había conocido a otra persona capaz de mirarla de esa manera. A pesar de la profundidad de su mirada no se sentía intimidada, aunque era consciente de que tras esos ojos parecían esconderse muchos secretos. Exactamente como en su caso personal. La corriente que cruzó de una piel a otra propició un silencio capaz de romperse con la punta de una aguja. Si uno de ellos se acercaba un poco al otro, solo un poco, las chispas que parecían amenazar con crecer en llamaradas lograrían su cometido. El impacto entre Paige y Blake era tal que las miradas de ambos se quedaron entrelazadas por varios segundos que parecieron horas.

Fue ella quien rompió el contacto físico. Se aclaró la garganta, pero no apartó la mirada de Blake. Ni él de ella.

—Escúchame cantar, Blake —le pidió, tuteándolo por primera vez—, y si después de hacerlo todavía crees con sinceridad que mi voz carece de talento o que se ha valido de los artificios de la tecnología para sonar bien todos estos años, entonces aceptaré que no quieras que forme parte de Lion Records.

Él enarcó una de sus pobladas cejas. Aceptó la invitación directa a tutearla.

—¿Y en el caso de que considere que tu voz no es producto de una industria dedicada a alabar el físico mas no el talento? ¿Qué estarías dispuesta a hacer para limpiar tu maltrecha reputación? —preguntó con curiosidad. Algo en la forma de hablar de Paige frenó su intento de despedirla sin más. Existía un matiz de sinceridad entremezclado con una pizca de desesperación. Quizá ella no era consciente de ello, pero él había vivido bastante para saber diferenciar esas pequeñas sutilezas.

—Cualquier cosa —replicó ella sin pensárselo dos veces. Porque era la respuesta más sincera y real. Por su carrera estaba dispuesta a todo.

Blake esbozó media sonrisa. No quería a Paige en su empresa. Y le debía un favor a Josh. Iba a encontrar el modo de que ambas posiciones no tuvieran inconvenientes en ser satisfechas.

—Voy a ducharme —su sonrisa, llena de picardía, se amplió— a menos que prefieras que tengamos la conversación mientras me observabas.

Sonrojada, y enfadada, Paige enarcó una ceja.

—Quizá me hayas sorprendido viéndote desnudo, pero no creas que te encuentro atractivo. Si sigues creyendo en todo lo que dicen los tabloides, entonces debes saber bien que no eres el primer hombre que veo sin ropa, aunque sí que eres el primero que encuentro en ese estado durante una

reunión de trabajo. En todo caso, puedes ducharte con calma.

Blake se inclinó lo suficiente hasta que sus narices casi se topaban.

—Tienes una lengua afilada, señorita Valois.

Ahora que notaba que era más hermosa que en las fotografías, el solo pensar en la cantidad de hombres que habían tocado su cuerpo, lo fastidiaba. «La frustración sexual tiene las más extrañas maneras de pasarte factura», se dijo.

—No tienes nada que perder. Y ya que estamos en el mismo lugar, un domingo, negarte a darme una audición sería una deliberada injusticia.

Blake señaló con indiferencia hacia una puerta que estaba cerrada.

—En mi sala de lectura. Si requieres utilizar un piano o una guitarra están ahí para que las utilices, aunque tendrás que ver si están afinados porque hace mucho tiempo que no piso esta casa —expresó apartándose de ella—. Bajaré dentro de poco.

—Gracias...

—No me des las gracias. No creo que, después de escucharte, vuelva a verte en una próxima ocasión. Y si intentas irrumpir en alguna de mis propiedades de esta manera arbitraria ten por seguro que tu interlocutor será un policía —dijo Blake con sarcasmo antes de empezar a subir las escaleras.

—Un policía que no esté desnudo, espero... —repuso Paige sin evitarlo. El súbito interés en provocarlo la tomó por sorpresa, pero ya no había modo de recuperar las palabras.

Blake se detuvo de repente. Sin voltearse, habló sobre el hombro.

—Siempre y cuando no te hayas quedado con ganas de algo más que solo verme desnudo, entonces estoy seguro de que la imagen de un encuentro piel con piel se desvanecerá pronto de tus deseos.

—Yo no...

—Bajaré en un instante —agregó, sin pretender que había escuchado el

intento de réplica de Paige, antes de continuar su camino y desaparecer escaleras arriba.

Ella sintió que el oxígeno volvía a sus pulmones. «¿Te volviste loca o qué?», se preguntó mirando al techo de la casa, antes de emprender su camino hacia la puerta. Ahora tenía que ir por sus maletas que ya debían estar medio derretidas con el calor veraniego en la ciudad.

Apresuró el paso e hizo memoria para pensar en la canción que podría interpretar para darle la mejor impresión a Blake. Se temía que él sería uno de los jurados más difíciles, y si ella no llenaba los estándares de exigencia musical de Blake —que eran muy altos, según le había dicho Josh— en cuanto a su calidad vocal, entonces no habría nada más que negociar y todo se iría al demonio. No importarían los Grammy o cualquier otro premio internacional. Ella era consciente de que, si quizá otros habían alabado su talento, la opinión de alguien tan cultivado intelectualmente a nivel musical y empresarial como Blake valdría más que las adulaciones recibidas en sus años de carrera y que habían contribuido a que su ego estuviera más que saludable.

Ella no se consideraba una persona religiosa, pero si tuviera que elegir la circunstancia en que tendría que elevar una plegaria, entonces era esta. Con las maletas en una esquina del salón de lectura eligió un sitio junto a la chimenea para ejercitar sus cuerdas vocales.

Más le valía, mientras cerraba los ojos para concentrarse, evitar pensar en cierto cuerpo masculino desnudo bañado en gotas de agua.

CAPÍTULO 6

Blake no había escuchado una voz tan bella en muchísimo tiempo.

Ella era un pack completo. Un talento innato, un cuerpo que quitaba el aliento, y un rostro perfecto. Ahora entendía por qué causaba tanto revuelo en sus seguidores y por qué la prensa adoraba fotografiarla. Él era sincero, y debía aceptar que la mujer que tenía enfrente se había ganado con creces los premios recibidos en su joven carrera. No obstante, resultaba una lástima que su reputación lejos de los escenarios estuviera llena de fango.

—¿No?

Ante la pregunta de Paige, él se dio cuenta de que había permanecido en silencio varios minutos después de que ella terminara de cantar. *At last*, de Etta James. Le sorprendió que no hubiese elegido una canción de su propia cosecha.

La canción de Etta James fue la que bailó durante la fiesta de matrimonio con Sheela, y siempre que la escuchaba los recuerdos agridulces no tardaban en aparecer. En esta ocasión, bajo la sedosa voz de Paige, acababa de tomar otro cariz.

A Blake no le gustaban los cambios, menos de sus emociones en relación a su pasado, pues creía que habían forjado a la persona en quien se había convertido ahora.

Desconcertado por el efecto que ella acababa de causar en sus sentidos, se frotó el ceño y la miró como si acabase de regresar de algún lejano lugar. El tipo de lugar en su mente en el que solía guardar recuerdos que prefería ignorar a toda costa. La negación era un efectivo mecanismo de defensa, al menos era lo que había comprobado a lo largo de sus últimos tres años como soltero y en su intento de eliminar en su sistema cualquier vestigio de Sheela.

Algunas personas solían decir *recordar es vivir*, pero él no estaba de acuerdo. Cuando existían recuerdos dolorosos, lo que menos se deseaba era recordar.

—Repite la pregunta, por favor —pidió consciente de su distracción.

—Si es que prefieres que cante otra canción, en esta ocasión una de mi álbum, o si tienes una sugerencia distinta para una variación tonal...

Blake se incorporó de forma abrupta.

—No —replicó, cortante, aún bajo el efecto de la magia de la voz femenina. Se había sentido transportado por un instante al pasado cuando todavía creía en el amor y en las posibilidades de ser feliz— es suficiente.

Decepcionada, Paige, asintió. Había utilizado en esta ocasión una versión distinta de la famosa canción de Etta James, una versión que perfeccionó durante su vuelo desde Portland. Los arreglos eran esmerados, a pesar del poco tiempo que tuvo para prepararse, e incluso se las ingenió para pensar en los acordes de guitarra en el caso de que tuviese —como había sido el caso— la opción de acompañarse con un instrumento musical.

—Comprendo —dijo con tono neutral.

Dejó la guitarra a un lado y se incorporó del silloncito en el que se había acomodado mientras cantaba.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó Blake.

—No tengo uno. Josh no me dijo nada en particular sobre horarios, solo que estuviera aquí a cierta hora porque el resto lo decidirías tú... —señaló la esquina en la que se encontraban sus dos pequeñas maletas— así que, dadas las circunstancias, será mejor que llame a una aerolínea ahora mismo —dijo con una sonrisa que no tenía ni una pizca de alegría.

Blake inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándola, ya más sereno.

—¿Siempre asumes las respuestas de otras personas antes de siquiera escuchar?

Ella se encogió de hombros.

—No parecías demasiado interesado en escuchar nada más de mi parte. He tenido un fin de semana bastante complicado para resistir una ácida crítica adicional que sea la cereza del pastel —dijo mientras se dirigía a recoger sus pertenencias. Necesitaba darse una ducha larga y dormir muchas, muchas, horas—. Gracias por tu tiempo, Blake. —Se agachó para empuñar la maleta de mano.

Él acortó la distancia que los separaba y la tomó de la muñeca para que ella se incorporara y se girara hacia él. No podía decepcionar a Josh rechazando a alguien que de verdad tenía talento, pero sí que podía hacerle notar que no era el tipo de artista que Lion Records necesitaba, y lo haría sutilmente. Porque era esa, y solo esa, la razón por la que Blake no podía dejar ir a Paige Valois sin más.

—¿A dónde vas? —preguntó con un tono más suave.

Ella lo miró como si fuese idiota.

—A buscar un hotel, por supuesto, y después coordinar un vuelo a Los Ángeles. Aprecio tu tiempo...

—Tendré una propuesta para ti, si es que de verdad estás dispuesta a trabajar en Lion Records y comprometerte, para mañana en la tarde. Podría finiquitar este asunto ahora, pero gracias a tu asalto a mi propiedad —Paige se sonrojó— he notado que tengo que ajustar la seguridad de esta casa y nadie trabaja los domingos por aquí.

—Yo... Oh, gracias. ¡Gracias!

El semblante de Paige cambió por completo.

La sonrisa que iluminó su rostro deslumbró a Blake. Él sintió una súbita calidez tratando de filtrarse en su pecho. Le soltó la mano como si de ese modo pudiera deshacerse de las sensaciones que Paige había empezado a causarle desde el primer momento en que la encontró mirándolo desde el otro

lado de la puerta de vidrio que daba a su amplísimo patio.

—No tienes que darme las gracias cuando ignoras las condiciones.

—Espero que no sean muy tiránicas —dijo sin dejar de sonreír.

—No hay punto intermedio conmigo. Todo o nada.

—Mi carrera depende de este acuerdo, y es algo que Josh debe haber conversado contigo. Siempre he tenido poder de decisión en lo que deseo como artista. No hago esto por dinero, porque ya tengo suficiente. Es importante para mí, aún si corro el riesgo de perderlo todo, negociar mi libertad creativa y ciertos detalles vinculados a mi vida personal. Estoy en una posición de riesgo inminente, lo sé, pero antes de que pienses en lo que puedes ofrecer como empresario, considera lo que acabo de decirte.

Blake asintió.

—Soy una persona justa, Paige, aunque severo y exigente en los negocios. Después de escucharme, entonces podrás decidir si pasamos a la segunda instancia: abogados y representantes antes de firmar el contrato preliminar.

—¿Preliminar? —indagó con incertidumbre.

—Un periodo de prueba. —No iba a decirle que eso no lo había propuesto a nadie anteriormente. Ni tampoco le comunicaría que sus intenciones eran que ella incumpliera el contrato de prueba—. Dados tus antecedentes con la prensa, a pesar de tu exquisito talento musical, no puedo tomar riesgos elevados.

—Es lo justo y lo comprendo.

—Bien.

—En todo caso, me quedaré en The Broadmoor, porque es la única referencia que tengo de un sitio para quedarme en Colorado Springs, aunque está un poco lejos de aquí, me parece. Volveré mañana en la tarde.

A Paige no le gustaba la idea de un contrato a prueba. ¡Era una estrella

internacional! Aunque a punto de caer en desgracia, si era sincera, así que no tenía mucho de dónde elegir, ni exigir. Blake estaba lanzándole un salvavidas y no iba a rechazarlo, aunque no le gustase la forma en que venía.

Se sentía nerviosa y extasiada como aquella chica inexperta que Josh descubrió cantando años atrás, en lugar de la artista que dominaba los escenarios mundiales con pasmosa facilidad. No le gustaba el modo en que Blake parecía influir en su estado de ánimo, pero ella se lo atribuía al cansancio y al terrible periodo personal que estaba atravesando. ¿Qué otra cosa podía ser? Las buenas noticias en su vida parecían escasas esos días. Cualquier resquicio de esperanza podía conseguir que su sonrisa fuese más amplia y su corazón incrementara los latidos con energía.

—Mi mansión tiene espacio suficiente —dijo Blake con indiferencia—, puedes quedarte en una de las habitaciones que tengo disponibles. La que desees. Todas están equipadas con sábanas limpias, desde la última vez que estuve aquí, pero si acaso crees que necesitan una limpieza, puedes bajar al sótano en donde está el cuarto de lavandería. ¿Sabes lavar, no?

—No soy una inútil, Blake, contrario a lo que la prensa pretende hacer creer...

—Ofenderte no es lo que espero, solo fue una pregunta y nada más, no tienes que sentirte a la defensiva. —Paige asintió—. En todo caso, tendrás privacidad, por eso no te inquietes. Estarás sola en la mansión porque tengo que salir el resto del día.

—Comprendo.

—La reunión entre tú y yo no será aquí. No me gusta mezclar mis entornos. Negocios son negocios. Hogar es otra cosa. —Paige volvió a asentir—. Conversaremos durante el vuelo en mi jet privado hacia Los Ángeles mañana en la tarde. ¿De acuerdo?

Paige asintió sin dejar de pensar en la ironía del comentario, pues la que

había invadido la privacidad en este caso era ella. La oferta de Blake era una rama de olivo, y aunque sus instintos de conservación le exigían dar media vuelta y reservar un hotel, su parte más arriesgada la instaba a desear conocer un poco más —y en su propio espacio— al esquivo hombre que era Blake Howard para la prensa.

Paige notó que los movimientos de Blake al caminar eran elegantes, semejantes al de una pantera, confiados. El par de jeans negros que vestía, se ajustaban a sus fuertes piernas, y la camisa blanca —con tres botones abiertos— lo hacían parecer más como un actor de Hollywood que un empresario. Quizá tenía que ver mucho el haberse criado bajo el influjo de padres famosos y sentirse cómodo en su propia piel. Imposible no hacerlo, pensaba ella, cuando Blake tenía un pasmoso parecido al actor británico Charlie Hunnam. Seguro y él era consciente de que las mujeres lo encontraban atractivo. ¿Acaso no había ella necesitado un babero un rato atrás?

Y es que, a juicio de Paige, existía algo rebelde y salvaje en el modo en que Blake parecía analizarlo todo con su mirada. Resultaba intrigante, y a ella le gustaban los acertijos. Si hubiera tenido que elegir otra profesión además de ser cantante, lo más probable era que hubiese elegido ser investigadora privada.

—Me quedaré aquí, entonces, Blake —dijo.

Él tan solo asintió, antes de darse media vuelta, dejando su envolvente aroma del *aftershave* flotando en el ambiente. Sus pasos fueron alejándose poco a poco.

El silencio se ocupó de hacerle compañía a Paige. Ella se sentó sobre la mullida alfombra blanca con negro, de repente muy cansada, sintiendo que la fuerza que siempre la había acompañado la abandonaba.

Sintió lágrimas mojando sus mejillas, pero no intentó detenerlas.

Tenía ganas de reír y abrazar a alguien, pero nunca había nadie a su

lado que compartiese sinceramente su alegría o su tristeza. Era el precio de la fama, y lo sabía. La felicidad en el mundo de las celebridades solía ser una cortina de humo, y qué infame solía ser que todos anhelasen tener una vida como la suya. No era desagradecida. Estaba viviendo su sueño, aunque nunca pensó en cuál sería el costo.

Ocultó el rostro entre las palmas de las manos.

Hasta ese instante no se había dado cuenta el nivel de tensión que había experimentado, y ahora, en soledad, dejó que las lágrimas cayeran. Momentos más tarde agotada, subió las escaleras.

Blake no tenía ganas de regresar a la casa.

En un intento de pretender que Paige no lo había afectado, le ofreció quedarse en una de las habitaciones de la mansión. Ahora comprendía que fue una equivocación. Estaba sentado en la barra de uno de sus bares preferidos en la ciudad. McCabe's Tavern. Siempre ordenaba lo mismo: Reuben Sandwich y lo acompañaba con una cerveza. Para sus estándares habituales se trataba de una cena muy barata, sin embargo, él sabía disfrutar de los pequeños detalles de la vida.

Bebió la Guinness con parsimonia. Ya era la quinta cerveza que llevaba en su cuenta, y las manecillas marcaban casi la medianoche. Alrededor la gente charlaba, las meseras iban de un lado a otro, y el bullicio era cada vez más ensordecedor.

Él odiaba las multitudes, pero disfrutaba del anonimato. Así que, al menos por una ocasión en el año, iba a pretender que no le incomodaba que el bar —un par de horas atrás no tan lleno— ahora estuviese un poco más lleno. Era domingo, pero había vida nocturna, quizá por tratarse del verano y por los turistas que llegaban en búsqueda de aventuras en las montañas.

Ya había llamado a su asistente para que se ocupara de los asuntos

necesarios mientras él estaba fuera de Los Ángeles, y en medio de ese proceso pidió a sus abogados que despidieran a la empresa de seguridad por negligencia. Él pagaba grandes sumas por un buen servicio. Procuraría no volver a descuidar esa propiedad. Que no fuera un punto para vacacionar entre sus destinos habituales no le daba licencia para desperdiciar un espacio tan hermoso en medio de la naturaleza.

En su intento de hacer sentir incómoda a Paige, no solo había encontrado las falencias en su mansión, sino que él acabó experimentando una desconocida sensación de estar fuera de sitio. El efecto boomerang, sin duda.

No podía quitarse de la mente la imagen de Paige tocando la guitarra con suavidad, como si estuviese acariciando algo preciado y único, mientras su voz de terciopelo llenaba los sentidos durante el tiempo que duró la ortodoxa audición. Ella cantó con tanta pasión y entrega que lo llevó a preguntarse si en todos los ámbitos de su vida actuaba con semejante caudal de emociones. ¿Cómo sería la expresión del rostro de Paige mientras yacía en la cama disfrutando del placer?

El súbito deseo de saber cómo sería tener esa carnosa boca rodeando su sexo, mientras él descubría los húmedos pliegues íntimos en una sesión de cuerpos desnudos, lo inquietaba. Tal vez nunca antes había experimentado lo que Paige consiguió esa tarde con su voz. Se trataba de algo visceral y a él no le gustaba la idea de no ser capaz de definir sus propios estados de ánimo.

—Suelo frecuentar este bar, y como es época de turistas me alegro de ver alguien interesante hoy —dijo una voz desconocida junto a Blake.

Él giró la cabeza. Una rubia lo miraba con una resplandeciente sonrisa, al tiempo que se acomodaba en la butaca vacía que estaba junto a él sin más. Tenía los ojos bien maquillados y una boca de fácil sonrisa que se complementaban con un escote monumental que invitaba a desear conocer

más de su piel morena.

Blake le dio otro trago a la botella hasta terminarla. Dejó en la barra la bebida vacía, y la camarera le sirvió otra.

—¿Vienes sola o con tus amigos? —preguntó con indiferencia mientras empezaba a beber la sexta cerveza.

Todo el ambiente que lo rodeaba parecía conspirar en su intento de mantenerse sereno. En Colorado Springs existían demasiados recuerdos. La última vez que había compartido su cama con alguien en esa ciudad había sido su exmujer. Y no deseaba que eso permaneciera de ese modo.

—Depende, ¿me vas a invitar una bebida?

Blake se tomó un rato antes de contestar.

—Quizá me apetezca hacer algo más que eso —replicó con media sonrisa.

La mujer rio. Era una risa agradable, pero no le causaba cosquilleos a Blake como cierta voz melódica que había llenado su mansión con música horas atrás. Casi cinco horas...

—Me llamo Heidi —dijo apoyando el codo en la barra y la mejilla en la palma de la mano de tal forma que podía observarlo con comodidad.

—Blake.

—¿No tienes apellido?

—Para lo que necesito no. —Bebió otro trago de su cerveza.

Heidi volvió a reír.

—Quizá me guste conocer qué es lo que te apetece, aparte de invitarme una bebida esta noche, Blake.

Con un gesto a la bar-tender, esta le sirvió un vaso de whisky irlandés a Heidi.

—Brindemos entonces por saciar las dudas —dijo él haciéndole un guiño.

No solía acostarse con mujeres que conocía en un bar. Aquellas prácticas las había dejado de lado tiempo atrás. La última ocasión que lo hizo, Blake estaba disfrutando en Europa y fue antes de conocer a Sheela en el festival de música de Glastonbury mientras estudiaban juntos en Gran Bretaña.

Desde su divorcio, él prefería conocer mujeres en entornos empresariales y con sus mismas aspiraciones: sin compromiso. A pesar de su filosofía habitual con el sexo opuesto y los ligues ocasionales, algo en ese día estaba inclinado hacia el lado de lo poco convencional. ¿Qué más daba añadir un poco de lujuria con una extraña? Él no tenía compromisos sentimentales y no estaba saliendo exclusivamente con nadie. Era un hombre libre. Aunque en esos momentos de su existencia se sentía frustrado, y todo gracias a una problemática cantante a la que tenía que despedir de su disquera ni bien empezara a trabajar los primeros meses con ella.

Sabía que Paige estaba desesperada y se apegaría a las normas, el asunto era que él tendría que procurar que las rompiera y así sacarla de su sistema. No le gustaba sentir sus emociones a flor de piel, y por ese motivo, también pensaba aceptar el ligue de la mujer que estaba ofreciéndose a él. Era una forma de ejercer el control que tanto le gustaba tener en su vida, en especial desde que Sheela lo engañó y rompió todas las estructuras de sus creencias en el compromiso y el amor.

Sintió el calor irradiar del cuerpo femenino a su lado, y con eso volvió a la realidad. Al McCabe Tavern en Tejon Street.

Inclinándose más hacia Blake, Heidi empezó a hacerle conversación, y aprovechó para rozar sus pechos contra el brazo masculino. Blake conocía todos los trucos femeninos, y cómo aprovecharse de ellos. Movié ligeramente el antebrazo hasta que sintió el pezón de Heidi ponerse erecto sobre la tela de la blusa de rayas celestes con blanco.

Mantuvieron una charla corta; aquel tipo de charla insustancial para limar la incomodidad de la primera aproximación y tantear un poco el terreno. Y por tantear el terreno implicaba la mano femenina deslizándose por el muslo de Blake, con disimulo, aunque con seguridad. Él no protestó. Se miraron conscientes del fuego que se había empezado a avivar. La noche prometía.

CAPÍTULO 7

Paige se levantó agitada del colchón. Ignoraba si acaso había gritado o gemido de desesperación como solía. Se quedó en pálido silencio esperando a que Blake apareciera preguntándole qué demonios le pasaba o que llamase a la policía creyendo que ella pedía auxilio ante la presencia de algún intruso.

Pasaron los minutos, y el silencio continuó. Tenía suerte, pensó, de que Blake quizá tuviera un sueño muy profundo. El silencio era tan sepulcral como había estado toda la tarde. Un reloj con luz fluorescente indicaba que todavía era antes de medianoche. Su respiración tenía un ritmo irregular. Con la mano en el pecho, trató de calmarse y ejercitar métodos de relajación.

Se recordó que estaba en un sitio seguro. Que nadie iría a buscarla de repente, asustándola, y que tampoco tendría que presenciar actos que ninguna niña de doce años debería presenciar en su casa.

Acababa de tener una pesadilla que no se hacía presente desde hacía meses. Ella creyó que había tenido éxito en su intento de enterrar su traumática infancia en los recónditos entresijos de su memoria. No era el caso.

Vestida tan solo con bragas y sujetador, Paige, fue hasta el lavabo para beber del grifo. El agua de la ciudad era una de las que mejor calidad poseía en todo el país, y ella no era una consentida que solo bebía en un vaso de agua. Además, no tenía ganas de bajar y encontrarse con Blake. No conocía todos los espacios de la mansión, y prefería evitar algún nuevo bochorno con él.

Regresó a la cama, pero no consiguió conciliar el sueño.

En la oscuridad, con el acondicionador de aire encendido, se sentó en posición de flor de loto y se abrazó a una de las almohadas que tenía a su

alrededor. Trató por un instante de meditar y serenarse.

Estuvo al menos cinco minutos intentando seguir los pasos que su profesora de yoga le había enseñado en Los Ángeles para concentrarse. No dieron resultado. La pesadilla conseguía ese efecto. En algunas ocasiones, meditar, conseguía calmarla, pero en esta ocasión los pensamientos no se acallaban.

Las hipótesis surgían a borbotones, pero el pasado no podía cambiarse.

Sin poder acudir a su mente las escenas del episodio que cambió su vida y la de Coral. A pesar de que los años habían pasado, y el caso estaba cerrado, sus acciones la perseguían sin piedad.

Catorce años atrás.

Portland, Oregon.

El día de clases había sido aburrido. No solo eso, sino que le llegó — por primera vez— el período menstrual. Era horrible sentir dolor y todo le fastidiaba. La extraña sensación de que los chicos de la clase se habían fijado en que ahora tenía pechos, la avergonzaba. ¿Por qué la miraban si no? Era un bicho raro tan solo por el hecho de ser la mejor en la clase de física, porque le encantaba, y ahora tenía que sumar a ello el hecho de tener pechos. Qué suerte la de ella, ¿a que sí?, pensaba Paige. Los doce años eran, a su juicio, la peor edad de un ser humano.

De mala gana dejó la mochila sobre el sofá grande color naranja. Su padrastro, Euseb, tenía manía con los colores estridentes. Eso le causaba a ella un choque visual tremendo, pero no se atrevía a quejar ni a dar su opinión en voz alta. Le había quedado de escarmiento una tarde en la que recibió una bofetada de su madre por responderle —según ella de mala

manera— al que era su esposo desde hacía cuatro años atrás.

Todavía recordaba a Calder, su padre, con nostalgia. Había muerto de un ataque al corazón. Muerte súbita solían llamarle a la causa de su deceso. Cuando Calder estaba con ellas, su vida estaba llena de sonrisas y carente de gritos o golpes.

Paige odiaba a Euseb.

—¿Paige, pequeña escoria, por qué no has dejado limpio el cuarto de baño? —gritó Euseb desde algún rincón del sótano. El hombre parecía tener un radar para saber cuándo llegaba ella o Coral.

Sintió el cuerpo temblarle de temor. Miró a su hermana. De las dos, Coral, era la más asustadiza. Cuando retumbó la voz de Euseb en la casa, Paige vio el terror en unos ojos tan azules como los suyos. Le tomó la mano con firmeza.

—Co-co —dijo con el apelativo de cariño que solía llamarla—, no va a pasar nada. No te preocupes.

A Coral le falló la voz cuando habló con un susurro.

—Va a golpearnos. Mamá no está en casa... Va a golpearnos —repitió.

—Tampoco es que nuestra madre abogue por nosotras —refunfuñó Paige—, tú no te preocupes de nada Co-Co, vamos a resolverlo como siempre, esté mamá o no esté mamá.

Kyria Valois era una mujer preciosa. De ascendencia griega y nórdica, les había heredado los ojos y el cabello a sus hijas, así como esa sensualidad innata de las hijas de las antiguas civilizaciones del mundo. Desde la muerte de su esposo, Kyria había perdido la sonrisa, el rumbo y también la capacidad de pensar con coherencia cuando estaba bajo los efectos del alcohol. Esto último, desde hacía poco más de dos años, se había convertido en una costumbre de consecuencias drásticas para sus hijas.

—Paige... —susurró Coral—, no quiero quedarme sola.

Euseb conocía cuál de las dos hermanas era la más tímida. Se metía siempre con Coral, y cuando Paige la defendía, se ganaba unos golpes que solían dejarle sendos moretones en el cuerpo.

Kyria, la primera vez que escuchó sobre las palizas de Euseb de la boca de Paige, no le creyó y le dijo que estaba inventándolo todo porque no soportaba que alguien pudiera vivir en casa después de la muerte de Calder. Aquel comentario le dolió profundamente, y de ahí en adelante, todo lo que empezó a forjarse en su corazón en relación a su madre fue solo resentimiento. Y no hizo más que aumentar.

—Yo estaré contigo. —Coral asintió—. ¡Lo limpié esta mañana, Euseb! —gritó Paige haciéndole una seña a su hermana para que subiera las escaleras y su padrastro no las viera juntas.

Dos minutos más tarde apareció un hombre moreno, de ojos verdes, y fornido. Resultaba intimidante, en especial por la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda y el tatuaje de un águila en el antebrazo derecho. Desde que se casó con Kyria no volvió a intentar ganarse la voluntad de las dos niñas. No le interesaba. Ya había logrado lo que quería: una mujer para dominar y para atenderlo como rey.

—¿Y por qué hay una cochinateda con sangre en el bote de basura? —preguntó cruzándose de brazos.

Solo había un baño en toda la casa, porque el cretino esposo de Kyria había decidido utilizar el otro como bodega adicional de sus porquerías.

Los turnos para utilizar el baño eran una pesadilla. En el apuro de llegar a tiempo a la escuela esa mañana, Paige, quizá pudo haber olvidado cubrir mejor el papel higiénico o lo que fuera a lo que estuviese refiriéndose Euseb. Su hermana había tenido el período cuatro meses atrás, así que gracias a ella encontró cómo pasar sin apuros y tener que pedirle a su madre que le comprase unas compresas.

Ella tragó en seco.

No sabía qué decirle, le daba vergüenza. Se sonrojó, lo supo, y no fue capaz de encararlo como solía hacer otras ocasiones. Euseb se acercó y le tomó la barbilla con firmeza para que lo mirase.

—Pequeña perra, ¿así que ya eres toda una mujercita, eh?

Paige quiso zafarse, pero él no se lo permitió.

—Yo...

Euseb le soltó la cara como si le causara repugnancia. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de diez dólares. Se los ofreció con fastidio.

—Ve a comprar un par de cervezas. Si te dicen que eres menor de edad ya puedes levantarte la blusa y enseñarle las tetas —expresó con una carcajada cruel, señalándole los pechos—, así sabrán cómo cobrárselas cuando no pueda pagar mis bebidas. ¿Qué miras? —preguntó blandiendo el billete—. ¡Lárgate de una buena vez a comprar lo que te ordeno! No quiero excusas o tu hermana va a pagar las consecuencias.

El asqueroso olor a vodka que expedía el aliento de Euseb, le fastidiaba a Paige, y sus palabras eran ofensivas, pero no era idiota para quedarse a replicar. Él jamás la había golpeado. No a ella, pero sí a su madre. Y era horrible lo que a continuación llegaba. Él decidía que necesitaba un testigo del mal comportamiento de Kyria, y agarraba a la fuerza a una de las dos hermanas para que presenciara los golpes. La madre de ambas, en lugar de defenderse, lo que hacía era justificar el comportamiento de Euseb diciendo que era su culpa que la golpeará legitimando el reclamo, cualquiera que este fuese, por el que estaba siendo golpeada.

Paige agarró el billete y salió corriendo como si la persiguiera el demonio.

No era la primera vez que tenía que escabullirse y rogarle a Ferdinand

—el dueño de una pequeña tienda de abastos local— que, si bien no podía darle el licor por ser menor de edad, se lo enviara a casa. A cambio de ese gran favor le explicaba matemáticas a la hija de siete años del dueño del pequeño local de bebidas y snacks, gratis. Era un intercambio justo y a ella la salvaba de una golpiza.

La casa de dos pisos en la que vivía tenía una puerta que daba al patio trasero. Solía utilizarla cuando Euseb —que estaba en perenne búsqueda de trabajo, y cuando conseguía alguno lo perdía a las tres semanas por estar ebrio— estaba bebiendo, o cuando llegaba de sus clases extracurriculares de canto y escuchaba romperse algo. Siempre era aquel el preámbulo de una larga pelea.

Agitada, abrió la puerta, y caminó con sigilo una vez que Ferdinand le garantizó que haría el envío de las cervezas lo antes posible en los próximos veinte minutos. Ella tenía que hacer tiempo. No podía entrar sin nada en la mano. Ya había acordado que el six-pack se lo dejaban en una esquina del patio delantero y ella lo recogía cuando viese que el mensajero encendía tres veces una linterna. Entonces, corriendo, ella agarraba el paquete y lo dejaba en la cocina, no sin antes darle un grito a Euseb para decirle que su cerveza, o a veces el vodka, estaba helada y esperándolo.

Se había tardado un poco más de lo normal, tan solo esperaba que su hermana no hubiera sucumbido a la tentación de bajar a la cocina a comer. Coral tenía problemas. Un año y medio atrás, Paige la convenció de ir al sicólogo escolar y este le diagnosticó trastorno esquizoafectivo de tipo bipolar. Un cuadro muy complejo que, finalmente, le explicaba por qué su única hermana había intentado suicidarse dos veces y cambiaba de humor de una forma súbita. No solo se trataba de Euseb, pues este solo conseguía acelerar la angustia que podía desencadenar en una crisis para Coral.

Paige se lo había comentado a su madre, y esta le dijo a Coral que solo

tenía que tomarse los medicamentos. El dinero para pagar la receta de medicamentos de su hermana, cada mes, siempre llegaba, porque su madre era conductora de un coche turístico local y ganaba una suma que les permitía vivir decentemente, aunque no como estaban habituadas como cuando Calder vivía.

Después de casarse con Euseb, Kyria —ante el vicio recién descubierto de su nuevo esposo por el licor— empezó a justificar la violencia verbal —a veces física— de él. Utilizaba gran parte del dinero para que su esposo comprara lo que quisiera, de hecho, él manejaba los ingresos de la casa. ¿Acaso no era el colmo de la estupidez? ¡Paige tenía tan corta edad y se daba cuenta, pero Kyria era el adulto de la casa!

Era difícil aceptar como una madre preocupada, cariñosa y llena de risas, de pronto, se había transformado en una sombra de lo que fue en el pasado. Decía que amaba a Euseb y que era un buen hombre. Después de cada golpiza, ella lo justificaba diciendo que todo pasaría cuando él encontrase un trabajo estable como el que tenía durante los primeros cinco meses cuando recién se casaron. Las lágrimas de Kyria parecían desaparecer e incrementar su intención de darle una segunda oportunidad cuando Euseb llegaba con un ramo de flores y las llevaba a tomar helados o a algún restaurante bonito... Gestos que salían del bolsillo de Kyria, pero, ¿quién podía contradecir a su madre o decir algo en contra de Euseb?, se preguntaba Paige, desconsolada ante la impotencia, y también ante el trauma que ella y su hermana estaban viviendo cada dos por tres.

Una ocasión la agresividad de Euseb envió a Kyria al hospital. Cuando el equipo médico le preguntó si querría presentar cargos, ante una mirada arrepentida y casi llorosa de Euseb, dijo que no. Fue esa ocasión cuando Paige supo que su madre no haría por librarse de ese hombre, aún a pesar del dolor que le causara.

Para Paige todo aquello resultaba tremendamente incongruente. Podía faltar dinero para un medicamento de Coral, pero no para los vicios de Euseb.

En muchas ocasiones, ella había tenido que encontrar el modo de conseguir dinero —cuando no lo había en casa— para ayudar a su hermana. Vender deberes escolares, hacer trabajos voluntarios para la enfermería de la escuela y que así le pagaran con alguna de las píldoras que Coral tenía que tomar diariamente. Era humillante. Y ahora, le había llegado el período.

Subió corriendo las escaleras y encontró a Coral guardando varias pertenencias en una pequeña maleta. Paige, que escuchaba cómo Euseb subía el volumen del radio, se acercó a su hermana.

—¿A dónde vas? ¿Estás loca, Co-Co?

—Yo no puedo seguir aquí. Esos gritos me enloquecen, no puedo dormir, no puedo estudiar, no puedo comer —dijo entre lágrimas—, quiero irme donde la tía Magda a Missouri.

—La tía Magda tiene cinco hijos, y no la hemos visto en dos años. ¿Qué crees que hará cuando llegues de repente? —preguntó tratando de ganar tiempo.

—No lo sé... Pero no quiero seguir aquí. No puedo ver cómo ese hombre golpea a mamá y nos toma a nosotras como testigos de esas golpizas. Quiero decirle a alguien... Quiero poder desahogarme y que me crean. ¡Quiero que esta pesadilla acabe, Paige!

—Shhh, tranquila. Tengo una gran idea.

Las lágrimas seguían rodando por las mejillas de Coral, pero asintió.

—¿Qué idea?

—Yo estoy en el coro de la secundaria. Hay un concurso local de canto. El premio es de cien dólares y una beca escolar por un año.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —preguntó.

A pesar de ser tímida, lo cierto es que Coral era la más caprichosa de las dos. Paige prefería complacerla a que armara algún drama que consiguiera enfadar a Euseb y con eso una paliza o una bofetada para alguna de ellas. Odiaba tener que andar de pies juntitos en su propia casa.

—Si consigo que alguien vea que tengo talento entonces podremos irnos de aquí. Podré ser famosa y...

Coral soltó una carcajada que lastimó a Paige. Empezó a cerrar la mochila.

—¿Famosa? ¿Tú? No sueñes, hermanita. Vivimos en esta porquería gracias a que papá murió, y ahora tenemos que soportar esta pesadilla, ¿y tú te atreves a soñar?

—Co-Co...

—¡No! Quiero irme de aquí. Quiero irme de aquí —dijo y empezó a llorar.

Paige, sin poder evitarlo, la abrazó y dejó que llorara.

Semanas después, ganó el concurso local de canto, pero nada fue como esperaba. Esos cien dólares, que para ella eran el inicio de su proceso para abandonar la casa, le fueron arrebatados por Euseb. «Una niña de tu edad no debe manejar dinero», le dijo, y sin más, la dejó con sueños rotos.

Cuatro años después, cansada de los maltratos de Euseb —aunque ya psicológicamente neutralizada por las terapias con su siquiatra—, los caprichos y altibajos de Coral, y la inacción de su madre, decidió tomar acciones drásticas. No incluían a la policía, pero sí un secreto que llevaba escondido en su habitación.

No tuvo que esperar demasiado para que la situación se volviese insostenible, después de unos infructuosos meses de inconstante paz en la casa. Promesas hechas, promesas rotas. Violencia y risas a la par. Una cruel broma del destino que ella ya no estaba dispuesta a soportar. Un destino del

que ella pretendía tomar las riendas, y cuyo único escape había sido sus días en el coro de la escuela y la secundaria. Cantar la llenaba de paz y la transportaba a una realidad distinta en donde había colores vivos, en donde los sueños eran posibles, en donde todavía existían las familias felices.

Durante una noche de jaleo entre Euseb y su madre, Paige vio cómo su padrastro arrancaba la blusa, le quitaba el sujetador e intentaba penetrarla contra la pared. ¡Intentaba violar a su madre! No tenía idea si era acaso la primera vez que ocurría, pero sí la primera que ella lo presenciaba.

Asqueada, impactada y dolida, no pudo postergar más la decisión que le rondaba la mente desde hacía ya demasiado tiempo.

Amenazada por su madre con suicidarse si iba a la policía a denunciar a Euseb, y también acorralada por su padrastro con la amenaza de convencer a Kyria de arrebatárselos el fideicomiso que Calder había dejado para cuando ella y Coral cumplieran los dieciocho años, Paige sintió que si no hacía algo iba a volverse loca. Fue hasta su habitación, Coral —para variar— se había largado con sus amigos, y no estaba tomando la medicación. Había tenido sendos episodios maníacos, y las peleas con Euseb no eran más con una niña tímida, sino con una adolescente rebelde que lanzaba cosas y era capaz de enfrentarse a puñetazos, llevándose golpes que la dejaban en cama durante dos días, y una madre que, además de ser víctima de la violencia y cómplice del abuso, solo curaba las heridas antes de salir a trabajar como si nada hubiese ocurrido.

Paige sabía que habían corrido con suerte, pero les quedaba muy poca, de eso estaba segura. Quizá porque durante un largo periodo Euseb se largó de la casa, y por ese lapso hubo paz en la casa y parecía empezar a convertirse en un remanso que iba a durar... Hasta que Euseb volvió, quién sabía de dónde, para pedirle otra oportunidad a Kyria. Una oportunidad que, por supuesto, ella le dio. Y los abusos, las peleas y los gritos, empezaron

otra vez.

Muchas mujeres víctimas de la violencia doméstica morían a manos de sus opresores. Ella no pensaba continuar siendo una víctima silenciosa. «Tienes la fuerza de salir, Paige. Eres valiente», recordó las palabras de su siquiatra de la escuela. Si no hubiera sido por la doctora James, lo más probable era que hubiera terminado víctima de las drogas en su afán de olvidar su cruenta realidad. Pero había encontrado la música. La música la había salvado.

Sin embargo, estaba harta de vivir con miedo, con un sentimiento de culpa, ataques de pánico y en zozobra. Su vida no estaba en manos de Euseb Garovsky.

Con las manos temblorosas tanteó bajo la cama y sacó una pieza de madera vieja, cuando encontró lo que buscaba, tomó la pequeña caja. Su vía de escape, y también el de Coral y el de su madre.

Paige había conseguido un trabajo de medio tiempo, pero no le alcanzaba para independizarse y pagarse un piso compartido. Pronto se llevaría a cabo un concurso intercolegial de canto, ella quería ir, quería ganarlo. No podía hacerlo si la pesadilla en su casa continuaba. No podía.

Cargó la pistola. Abrió la puerta de la habitación de su madre de par en par.

Quiso vomitar al ver a su padrastro encajado en el interior de Kyria, desnuda, y esta con el rostro amoratado y transfigurado del dolor e impotencia, pero al mismo tiempo de placer. Era una escena tan grotesca que se le subió la bilis a la garganta.

—¡Lárgate, maldita perra, si no quieres que te reemplace con tu madre! —dijo tambaleándose. Ebrio, y de seguro drogado también, pensó Paige.

—No más —susurró ella antes de apretar el gatillo.

Con la pistola todavía humeante, Paige cayó de rodillas y lloró, mientras escuchaba —como si fuese algo lejano— los gritos de su madre. Ella no era capaz de registrar nada de lo que estaba ocurriendo con claridad.

Lo que ocurrió a partir de ese momento pareció desarrollarse en una especie de bruma. Segundos después, o quizá minutos u horas después, llegó Coral; Paige lo supo porque creyó ver su propio reflejo en el espejo de la habitación de su madre de pie en el umbral de la puerta.

Kyria intentaba, en vano, auxiliar al hombre que yacía en el suelo, pero Coral no lloró, no gritó, de hecho, parecía estar tan atónita por el orificio sangrante de la frente de Euseb como lo estaba Paige. Como autómata, Coral tomó el teléfono. Cuando terminó la llamada al 911 se giró hacia su hermana.

—Paige, ¿qué has hecho? —preguntó, aterrada.

—Me encantan las propiedades de esta zona de la ciudad —dijo Heidi con voz melosa. Con la mano en el sexo de Blake, sobre el pantalón, se contoneó.

—No te he traído para apreciar la vista nocturna —replicó, excitado, al tiempo que abría la puerta de la casa.

Apoyó a Heidi contra la puerta y presionó su cuerpo. Posó las manos sobre los pechos y los acarició. Cerró los ojos y se dejó llevar, mientras se acariciaban con intenso anhelo. No quería preliminares, tan solo penetrar la suavidad de un cuerpo femenino. Disfrutar del placer de un orgasmo. Se preguntaba si alguna vez había escuchado una mujer gemir tan fuerte, cuando a sus oídos llegó un gemido.

A Blake le tomó varios segundos darse cuenta de que Heidi había dejado de tocarlo, y que el gemido que acababa de escuchar —no por primera vez en esos minutos— no pertenecían a la mujer que tenía ante él, sino que eran en realidad gemidos que venían de la planta superior de su casa. Su mente se despejó poco a poco, pero su sexo iba a tardar en calmarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Heidi, con el cabello alborotado, el vestido desanudado hasta la cintura y con los pezones oscuros, erectos.

—Yo... Demonios —masculló cuando escuchó un nuevo gemido—, te pediré un taxi. Hay algo de lo que olvidé encargarme antes de ir al pub.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —indagó, incrédula, al tiempo que intentaba recuperar, sin éxito, la atención de Blake tomándole una mejilla con la palma de la mano. Él se apartó, como si alguien estuviera observándolo o fuese a pillarlo de un momento a otro. ¡Era un hombre adulto! —. Pensé que íbamos a tener una noche interesante.

—Yo también —repuso con fastidio, pero no con Heidi—, lo siento, me gustaría. Tal vez no sea oportuno esta noche...

No de buena gana, luego de varios segundos, Blake le ofreció a Heidi pagarle un fin de semana completo en The Broadmoor como compensación por el mal rato. Ella, aunque refunfuñando, aceptó y le dijo cómo localizarla antes de subirse al Uber y desvanecerse en medio de los recuerdos de la madrugada.

Él subió de dos en dos los escalones.

Debió prever que Paige no tardaría en encontrar algún idiota dispuesto a pasar la noche, ¡en su casa, nada menos! Era la segunda ocasión, en menos de tres días, que esa mujer lograba poner su vida sexual en un punto crítico. Acababa de frustrarle la posibilidad de una memorable noche de éxtasis físico sin ataduras.

«Condenada mujer», pensó dispuesto, no solo a echarla de su casa, sino

a llamar a Josh y decirle que no podía continuar considerando darle una oportunidad a una mujer que solo tenía en su itinerario crear caos o acostarse con el primer hombre que apareciera en el panorama. ¡Pero si estaba en una ciudad desconocida para ella! ¿En qué instante del día o cómo había logrado ligar?, se preguntó, furioso.

Blake abrió la puerta.

La escena que encontró ante él, lo dejó sin palabras.

CAPÍTULO 8

Portland, Oregon.

Catorce años atrás.

El jurado se reunió a deliberar en la Corte principal de Forest Grove, uno de los peores sitios para vivir en Portland, después de seis días de un juicio que —a consideración de la pequeña área en que Paige y su familia vivían— parecía demasiado rápido. Con las manos entrelazadas e intentando contener los nervios, Paige esperaba el veredicto.

El abogado que el Estado le había asignado, porque su madre se rehusaba a prestar dinero o hacer cualquier gestión para librarla de la cárcel, le aseguró que no era un caso sencillo debido a la falta de pruebas contra Euseb. No solo eso, sino que su Kyria rehusó testificar a su favor. ¿Qué decía eso de una madre?, se preguntaba Paige con el corazón partido en dos.

Y es que durante esos infernales días en los que la policía la trató como una apestada, y ninguno de sus amigos quiso tener algo que ver con ella, fue la actitud de Coral la que más le dolió. Ya tenían varios años en que Paige había dejado de protegerla, pues Coral aducía ser suficientemente adulta para valerse por sí misma. A lo largo de ese tiempo hubo dos intentos de suicidio de su hermana, fruto de las crisis debido su condición por el trastorno esquizoafectivo de tipo bipolar, y ello sumado la falta de intención de tomar la medicación, y también las humillaciones en los pasillos de la escuela. Coral era la popular, y Paige, la excluida.

¿Acaso no era paradójico cómo las tornas se volvían contra una?, se preguntaba ella, mientras observaba la sala vacía a su alrededor. Aparte de

criticarla y lanzarle miradas de desprecio, los que estaban en la sala de juicio era la familia de Euseb, Coral, su madre, los abogados, y un periodista de crónica roja de un pequeño semanario. ¿A quién le interesaba lo que ocurría en un distrito pobre y alejado Portland?

Paige giró la cabeza, y su hermana miró hacia otro lado al instante. Sí, le dolía cuán mal agradecida era, pero de todas formas no hubiera obrado de otra manera a lo largo de esos años. Era su sangre, ¿cómo podría no interesarse por Coral? Esta siempre le recriminaba que la dejaba de lado, la intentaba menospreciar porque no le interesaba la ciencia o las malditas matemáticas, o cualquier otro argumento que surgiera de la imaginaria mente de su única hermana.

Paige recordaba cómo, después de que la casa se llenara de paramédicos y policías el día del asesinato, en lugar de recibir palabras de apoyo de parte de Coral, esta aprovechó para decirle que era una imbécil y que lo arruinaba todo, que no valía para nada, tan solo para causar problemas o pesares a su madre. Le recriminó que fuese ella la que siempre trataba de llamar la atención a cualquier precio.

—El honorable juez Fraser Peremmo —anunció una voz, logrando sacar a Paige de sus agrios recuerdos—, todos de pie.

El representante del jurado le pasó un papel al uniformado, quien a su vez se lo extendió al juez. El letrado leyó en silencio, luego apretó los labios. Paige se preguntó si acaso ese gesto era un anticipo del veredicto, y la sangre se le fue a los pies. Tragó en seco, y vio todas sus aspiraciones arruinadas en un tris tras. El concurso de canto intercolegial era su única salida, pero ya no creía que incluso eso fuera posible. ¿Quién le daba permiso a una reclusa para que fuera a un concurso de canto?, se preguntó con amargura, mientras se ponía en pie.

—El jurado, por unanimidad, declara a Paige Lanna Valois, inocente

del cargo de homicidio premeditado...

Paige se quedó mirando al juez con asombro y no registró lo que el letrado continuaba diciendo. No lograba asimilar del todo lo que escuchaba, mientras su abogado asentía y empezaba a guardar los documentos.

—¡No estoy de acuerdo! —gritó Kyria—. Ella mató a mi esposo. Tiene que ir presa. ¿Lo entienden? —miró al jurado, los doce integrantes la observaron a su vez con estupor—. ¡Tiene que ir presa por asesina!

Los guardias de la Corte sostuvieron a Kyria, mientras esta trataba de alcanzar a Paige, sin éxito. Coral solo se sonreía de una forma pendenciera y junto a ella estaba el tipo con el que salía, Hugo Janestein. Paige consideraba a ese muchacho una mala influencia para su hermana, pero, ¿qué voto podría tener en esa situación? Era tan retorcido y ridículo que las dos mujeres que debían protegerla no lo hicieran que le dolía. Simplemente, no lo entendía.

Una mujer emocionalmente dependiente e incapaz de superar la pérdida de su primer esposo, se involucraba con un atorrante maltratador, y olvidaba por completo lo que era ser responsable de dos niñas. No solo eso, sino que se negaba a dejar a una persona que le causaba dolor físico y trastornos emocionales. ¿Cómo no se podía dar cuenta? Ahora, Euseb, estaba muerto. Eran libres.

Después estaba Coral. Ella había sido una tímida muchacha que a medida que crecía se volvía más rebelde y también víctima, voluntaria cuando rehusaba tomar sus medicamentos, de un trastorno mental complejo. Le había jugado la lotería con su familia, pensaba Paige.

El ruido en la Corte era tenue, y tan solo los gritos de Kyria se retumbaban.

Con desespero, Paige, miró a su madre. Al lado de su progenitora, dándole soporte, estaba Coral. No entendía cómo era posible que, dos

mujeres por las que ella lo había dado todo, la trataran de esa manera.

Se sentía traicionada. Sola.

Con las piernas temblorosas, nerviosa al tiempo que experimentaba la emoción de sentirse librada de ir a la cárcel, fue guiada del codo por su abogado. Sintiendo que no había más que decir en esa etapa de su vida, Paige tomó una decisión. Sin importarle nada más que ella misma —por primera vez— iba a dejar atrás a su familia. No podía volver a la casa en la que, estaba segura, ya no era bienvenida. Esa casa tenía recuerdos agridulces de su vida, y la sola idea de pasar cada día por la habitación en donde había disparado contra Euseb le revolvía el estómago.

Una ocasión, le había prometido a Coral que no iba a dejarla y que siempre podría contar con ella. Ahora, dadas las circunstancias, Paige creía que era mejor tomar su propio rumbo. Y a pesar de saber que era la decisión correcta, la sensación de protección que sentía por Coral no la abandonaba. Después de todo era su gemela.

Blake se acercó con cautela.

La cama estaba revuelta. Las almohadas en el suelo. Y Paige parecía sostener una pelea campal consigo misma entre las sábanas. Murmuraba incoherencias y la luz de luna que se filtraba a través de los paneles de las ventanas dejaba entrever una frente perlada de sudor, mientras los cabellos desordenados cubrían la almohada en la que ella tenía apoyada la cabeza. Solo era posible ver los vestigios de su ropa interior en medio de las sábanas de algodón.

Toda la rabia que había experimentado al pensarla teniendo sexo con un hombre e incluso su noche frustrada con Heidi se deshicieron como humo al viento. Se sentó a un lado de la cama y sostuvo con firmeza el brazo de

Paige.

—¡Déjame! ¡Euseb, déjame! Maldito bastardo —gritó, debatiéndose en los brazos que la oprimían de repente. No quería que le hiciera lo mismo que a su madre. Tenía que librarse. Mantuvo los ojos cerrados con vehemencia, pues la idea de ver el rostro de Euseb la enfermaba.

Blake frunció el ceño, pero solo intentó despertarla nuevamente.

Esta ocasión, para protegerse de los arañazos que segundos atrás había sufrido, él la abrazó contra sí y esperó a que ella dejara de forcejear. La sacudió con suavidad para que abriera los ojos. Parecía tan indefensa y aterrada que Blake sintió una extraña presión en el plexo solar, algo muy similar al dolor compartido. Extraño, pensó él.

—Paige —dijo con calma, sin dejar de sostenerla firmemente—, estás a salvo. No te voy a hacer daño. Shhh... Calma. Abre los ojos. Mírame. Soy Blake.

La sintió detener sus intentos de apartarlo. Como si al fin sus palabras hubieran surtido efecto en cualquiera que fuese la bruma mental que ella estaba experimentando. No la apartó de sus brazos. Encajaban a la perfección.

Aún con la cabeza contra el cuello masculino, ahora muy consciente de que acababa de revivir la horrenda pesadilla de su pasado y que Blake —nada menos— estaba presenciando una de sus extrañas peleas con sus malos recuerdos, se sentía expuesta y nada deseaba más que pedirle a él que se marchara. No se creía capaz de levantar el rostro. No quería ver la expresión de desconcierto y pena en otro ser humano. Ya le había ocurrido tiempo atrás con un chico. Y fue, a la par de embarazoso, el preámbulo del final de una relación de un año y medio. ¿Amor? No, ella no creía en semejante bobería. Además, no quería la pena de nadie.

Blake ya tenía una imagen bastante negativa de su persona, y esto solo

conseguiría acrecentarla. ¿Acaso no era una mujer con suerte?, pensó con acidez, mientras sentía que los fantasmas del pasado se desvanecían y su respiración volvía a tener el ritmo normal.

—¿Estás mejor? —preguntó él apartándola con delicadeza.

—Sí —murmuró con la cabeza mirando hacia abajo, y el cabello cubriéndole el rostro—, gracias.

Él subió las manos para apartarle el cabello de las mejillas, y ubicó varios mechones detrás de las orejas de Paige. El aroma a mujer y el perfume de violetas que parecía ser su marca, penetraron las fosas nasales masculinas, y él aspiró la esencia como si fuese una droga que por primera vez conseguía transportar sus sensaciones a un plano diferente. Blake no era el tipo de persona que solía interesarse por el estado de otro ser humano en un plano personal, salvo su familia, pero había sido él quien propició el encuentro de Paige en Colorado Springs, así que ahora le tocaba enfrentar las circunstancias que propiciaba. Aunque jamás pensó que la situación se hubiera trastocado hasta ese punto en el que se encontraban.

—¿Quieres hablar de lo que ha ocurrido? —indagó con prudencia. No quería inmiscuirse en un punto tan personal, porque eso daría pie a que ella se creyese en el derecho de preguntarle.

Paige, consciente del calor que emanaba de Blake, y su presencia masculina invadiendo la habitación como si apenas fuese un cuartito con mínimo espacio, quiso alejarse, pero su cuerpo pensaba algo totalmente diferente. Se quedaron mirando a los ojos varios segundos, y el ambiente se caldeó con llamaradas.

—Deberías regresar a tu habitación —murmuró a modo de contestación cuando sus sentidos, ya del todo alertas, detectaron un aroma dulzón: perfume de mujer—, parece que he interrumpido algo importante.

Con toda la dignidad, consciente de que estaba en ropa interior, Paige

intentó apartarse de la cercanía de Blake. Enredada como se encontraba entre las sábanas, tan solo consiguió balancearse hacia un lado de forma poco elegante. Agitada, levantó la mirada de sopetón, y se encontró con los ojos profundos de Blake mirando hacia un punto de su anatomía femenina.

Un tirante del sujetador se le había resbalado y la copa de seda exponía su pezón rosado a la vista. Fue a acomodarse la ropa con nerviosismo, cuando la mano masculina la detuvo sujetándole la muñeca.

—Esa no es una respuesta a mi pregunta —replicó con la voz grave. El pezón que sobresalía, erecto, parecía clamar la atención de su boca. El pecho de Paige, al abrigo de la luz tenue que se filtraba por la ventana exterior, parecía de una cara porcelana que tentaba a cualquier hombre que se preciara de disfrutar de las exquisiteces de la naturaleza a tocarla.

—Deberías soltarme —dijo, mirándolo, y con el corazón corriendo a diez mil millas por segundo, en esta ocasión por una razón por completo distinta.

Blake sabía que tenía que apartarse de ella. Lo sabía, pero en el momento en que esa sensual parte de la anatomía femenina se mostró ante él, hizo imposible que su cerebro coordinara acciones con su reacción física. Nada deseaba más que saborearla, y borrar con sus caricias la pesadilla de la que ella había sido presa.

Él la observó.

—¿Por qué? —quiso saber mientras deslizaba los dedos por el brazo de Paige, dejando así libre la muñeca, hasta llegar a los hombros.

Con una mano le acarició la piel, y con la otra deslizó hacia abajo el otro tirante del sujetador. Sin dejar de mirarla, y consciente del momento en que ella dejó atrás la sombra de sus pesadillas, bordeó con la yema del dedo el contorno de encaje que recorría la seda e introdujo su toque hasta mimar el pezón, sin dejarlo al descubierto. Se detuvo, pidiéndole permiso con la

mirada, porque no pensaba avanzar si ella prefería estar sola. En ese momento su razonamiento lógico había escapado por algún recóndito sitio de la habitación.

—Porque esto no está bien... Yo...

—¿Quieres hablar de lo que te atormentaba hace un momento?

—Lo que quiero es olvidarlo por completo —susurró.

Aquella era la verdad. Hacía mucho, muchísimo tiempo, desde la última vez que se acostó con alguien. La idea de que Blake la tocara tan íntimamente se le antojaba prohibido y natural al mismo tiempo.

—¿Crees que yo puedo conseguirlo? —preguntó, con suficiencia, retomando la caricia al pezón, mientras su otra mano tomaba el pecho derecho por completo, disfrutando su peso, la suave textura, y consciente de que tenía el miembro duro pujando contra el cierre del pantalón a través del bóxer. Nada le parecía tan importante como conocer el placer que el cuerpo de Paige podía brindarle.

—Sí... —murmuró perdida en las caricias de Blake.

Los pechos de Paige quedaron expuestos. Dos montículos de areolas rosáceas, y pezones —en un tono similar, aunque ligeramente más oscuro— apetecibles para quien sabía apreciar los pequeños detalles de la anatomía femenina.

—Eres preciosa, tú piel es tan suave y tu cuerpo de seguro hubiera causado estragos en la antigua Grecia.

—¿Una guerra?

—Si tú hubieras sido el botín, yo habría sido el primero en la línea de fuego.

Paige dejó que la risa escapara de su garganta. No conocía a este hombre en absoluto, pero se sentía subyugada por su masculino sex appeal. No solo eso, sino que empezaba a descubrir un lado juguetón —sí, era

consciente que tenía mucho que ver con lograr un objetivo sexual— pero no dejaba de causarle un cosquilleo. Tenía la ligera impresión de que, lejos de los negocios, Blake Howard, resultaba encantador.

—Si tú lo dices, debo creerte —expresó extendiendo sus manos para hacer lo que había deseado desde que lo vio desnudo en la piscina.

Blake rio con un sonido gutural que salió de su garganta. Un sonido que se asemejaba al chocolate caliente en pleno invierno: dulce, caliente y atrapante.

Ella deslizó las palmas de las manos hasta el cinturón del jean, y lo quitó de su camino. Después continuó, no sin dejar de mirarlo a los ojos, y Blake, sin dejar de tocarle los pechos con suaves cadencias, hasta que tomó el duro sexo entre sus manos. Lo sintió cálido, palpitante y Paige recorrió su longitud, maravillándose con el grosor y el tamaño. Tragó en seco. Las palmas de las manos de Blake eran cálidas y tenían una mezcla embriagadora que incluía delicadeza, anhelo y firmeza. Su toque era erótico y las imágenes de lo que podría suceder a continuación entre ambos logró que la humedad que se extendía a través de sus pliegues íntimos femeninos como milimétricas gotas de rocío, se incrementara. Toda su piel vibró.

La realidad estaba determinada solamente por lo que ambos sentían en esos instantes. Sus posiciones personales, las reticencias por lo que el otro representaba en el día a día e incluso lo rápido que parecía estar ocurriendo todo, carecía de sentido e importancia. No existía otro pensamiento en Paige y Blake aparte de la urgencia de saciar el deseo que resonaba como timbales en un espacio con perfecta acústica como una vibración intensa, y al mismo tiempo sutil.

Él se acomodó con un movimiento inesperado, ante la expresión de sorpresa de Paige, hasta que su peso estuvo sobre el cuerpo femenino cuidando de no aplastarla. Sonrió.

—Me encantaría que continuaras por ese camino, pero terminaríamos antes de siquiera haber empezado —dijo tomándole la mano con una sonrisa.

Ella torció la boca.

—No me gusta que me digan qué hacer.

Blake, ante el reto, se rio.

—Entiendo —replicó en la oreja de Paige.

Bajó la boca por el cuello, con provocación. Ella podía sentir los rastros de humedad que iba dejando su lengua mientras se apartaba de un trozo de su piel para buscar otra. Echó la cabeza hacia atrás, diciéndole con su cuerpo que anhelaba aquella pecaminosa boca. Él comprendió a la perfección el gesto.

Blake apoyó el codo izquierdo sobre el colchón e introdujo la mano derecha entre el suave cabello. Tomó los labios de Paige, devorándolos, con los suyos. Recorrió el camino que la naturaleza había trazado para darles la forma sensual que poseían. Los gemidos de aprobación de ella, incrementaban su libido, instándolo a darse prisa. No podía hacerlo. Quería disfrutar ese momento. Como un borracho anhelaba absorber la última gota de la más cara botella de licor.

Le tomó la boca una y otra vez. Le daba leves mordiscos, despacio y después con apremio, antes de saborearla por entero. La sensación de Paige respondiendo con igual fiereza a sus besos era adictiva; podía sentir su lengua y sus dientes mordisqueándole los labios, imitando sus demandas y también dejando claras las suyas. Pidiendo y dando al mismo tiempo.

Se miraron a los ojos mientras la mano de Blake arrancaba con pasmosa facilidad las bragas de finísima seda. Desnuda, con el cuerpo ardiente, Paige intentó mantener la respiración.

—Quiero desnudarte también —le dijo a Blake.

—Nada te lo impide —replicó.

Paige lo empujó para que ahora fuese él quien quedase bajo su peso. Se sentía libre, sin inhibiciones, y era refrescante. No quería pensamientos cargados de remordimiento. Hacía mucho, mucho, tiempo que no se acostaba con nadie, pero tener sexo era una de aquellas cosas instintivas que no se olvidaban una vez aprendidas. Y ella, aunque solo había tenido dos parejas sexuales —a pesar de las calumnias de los medios de comunicación— en toda su vida adulta, confiaba en su físico y capacidad para pedir y dar placer.

Blake se quedó boquiabierto al tenerla sobre él. La observó quitándole la ropa en un dos por tres. No es que él se hubiera quedado sin brindarle su rápida ayuda. Nada deseaba más que sentirla piel con piel, y cuando al fin quedaron desnudos el impacto de esos preciosos ojos lo golpeó en un recodo de su cuerpo que parecía haber cobrado vida de repente. Sumado a la erótica imagen de los pechos generosos y de erectos pezones apuntando hacia él, también la fina cintura, era la sonrisa de satisfacción de Paige la que consiguió embrujarlo. Tenía el pubis perfectamente depilado y no pudo contenerse. Estiró los dedos y paseó su tacto desde el cuello, pasando por el centro de sus pechos, bajando por el abdomen, para luego posarlos en la entrada de esos labios íntimos que guardaban secretos y placeres.

—Blake... —susurró.

Paige sentía el miembro erecto contra su trasero. Deseaba frotarse contra él, hasta que se deslizara en su interior y cabalgarlo con firmeza hasta alcanzar el clímax.

Movió el cuerpo provocativamente encima del de él.

—Bésame —pidió.

Ella no demoró en complacerlo. Se inclinó, y le buscó la boca. Mientras se besaban lentamente, Blake tomó los pechos de Paige con las palmas de las manos y los acarició. El beso empezó a cobrar más fuerza.

Paige succionó la lengua de Blake y el beso se tornó más profundo y

demandante. Los gemidos de ambos llenaban la atmósfera de la habitación en un contacto de piel con piel.

—Paige si no haces algo ahora mismo, entonces yo...

Con el cabello alborotado, y la humedad en su sexo, ella no le dio tiempo a Blake para terminar la frase. Se acomodó hasta que el grueso y largo miembro se encajó entre sus pliegues.

—Condón —murmuró Blake.

—Estoy en la píldora... —susurró ella, antes de tomarlo por completo. Fue lento, pero al mismo tiempo rápido. Le causó un ligero ardor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había acostado con alguien.

—Diablos, estás tan... empapada —dijo estirando los dedos para tocarla.

—No dejes de moverte conmigo, por favor —pidió ella.

—No lo haría, aunque se nos viniese el techo abajo —replicó con dificultad, mientras continuaba moviendo sus caderas, acoplándose al ritmo de Paige y también marcando el suyo propio, mientras veía los pechos femeninos bamboleándose al compás de los movimientos de ambos.

Paige se estremeció al sentir cómo los dedos de Blake la masturbaban, mientras sus cuerpos estaban unidos en una sensual fricción. Sentía cómo cada embestida de las caderas de Blake con las suyas la ensanchaban más y más.

—Blake...

—Lo sé, lo sé —murmuró consciente de sus cuerpos sudados.

En ningún momento dejó de tocarla, acariciarla. Y cuando ella se inclinó un poco más, pidiéndole en silencio que tomara sus pezones, Blake no dudó. Chupó las erectas puntas, una a una, con hambre y gula, al tiempo que sus partes íntimas se retaban a lograr juntas el placer.

El deleite y el dolor parecieron entremezclarse, porque Paige jamás

había sentido la exquisita tortura que vivía en ese instante. La boca de Blake devoraba sus pechos; los dedos la masturbaban con insistente pericia; y su miembro llegaba hasta lo más profundo de sus pliegues íntimos, conquistándolo todo, arrasando las dudas y llevándose consigo todos los vestigios de placer que su cuerpo producía.

—Quiero ver tu rostro cuando llegues al orgasmo —sentenció Blake, antes de girarlos a ambos para quedar él al mando, sin desconectar sus cuerpos tan íntimamente unidos.

—No es justo —murmuró Paige— yo estaba...

Él la silenció con un beso voraz.

—Estaba. Estás hablando en pasado —rezongó.

Ella lo miró antes de empezar a sentir los espasmos que marcaban el preámbulo de un abrasador orgasmo. Cuando Blake sintió cómo los músculos más íntimos se empezaban a contraer a su alrededor, y ella se estremecía, embistió con su miembro hasta que un grito de culminación hizo explosión. Segundos después, moviéndose con ímpetu, Blake alcanzó el clímax. Continuó cabalgándola hasta disminuir el ritmo por completo.

—Impresionante... —murmuró él, apoyando la frente en la de Paige.

Segundos después, Blake se acomodó del otro lado de la cama. Si tenía ganas de pensar en algo, no resultaba fructífero. Su cerebro estaba en blanco, y su cuerpo por completo saciado. Solo necesitaba cerrar los ojos para recuperar sus sentidos.

—No voy discutirte... Vaya... —replicó ella, conmovida por el nivel del impactante placer físico que acababa de vivir.

Orgasmos había tenido, sí, unos dados por sus pocas parejas y otros por su propia cuenta, pero este orgasmo en particular la acababa de dejar alucinada y no se parecía —ni de cerca— a ninguna otra sensación de éxtasis que hubiera podido vivir. Cerrando los ojos e intentando no racionalizar el

momento, Paige llegó a una penosa conclusión. Aquel tipo de conclusiones que surge de la parte más visceral del ser humano. No importaba con quién estuviera relacionada en los próximos meses o años. Lo que su cuerpo acababa de sentir, la vibración de su piel en contacto con la de Blake y esa descarga eléctrica en la espina dorsal que fue la antesala del clímax, no volvería a experimentarlo con otro hombre.

No hubo más palabras entre ambos esa madrugada.

Por primera vez, en la vida adulta de Paige, no había temor de quedarse dormida ante la posibilidad ser asediada por los fantasmas del pasado.

CAPÍTULO 9

Blake se despertó temprano. Instintivamente buscó a la que había sido su amante la noche anterior. El espacio en el que se suponía que debía estar se encontraba frío y vacío. Abrió los ojos para asegurarse de que había tanteado todos los espacios de las sábanas a su lado.

Esperó un par de minutos, creyendo que Paige estaba en el baño. Pasó el tiempo y decidió llamar. Cuando presionó los nudillos contra la madera, la puerta se abrió por completo. No había nadie. Desconcertado, porque era la primera ocasión que una mujer lo dejaba solo, Blake se alejó de la habitación para ir a la suya.

Mientras se duchaba y se cambiaba de ropa, él pensó en la apasionante noche que había pasado con Paige. Ahora, con los cinco sentidos funcionando de nuevo en su sistema, consideraba lo sucedido una tremenda equivocación de su parte. ¿Qué demonios lo había impulsado a semejante desliz?

Se ajustó la chaqueta de mala gana.

No podía quitarse de la mente la imagen de Paige asustada y debatiéndose con cualquiera que fuese el fantasma de que la atormentaba. ¿Quién era Euseb?, se preguntó con fastidio, porque la sola idea de que alguien hubiera podido herir a esa mujer hasta el punto de volverla tan vulnerable, cuando era evidente que luchaba por mantenerse fuerte, lo enfurecía.

La imagen de una mujer indefensa no era la que se reflejaba sobre Paige en los medios de comunicación. Aún a pesar de las fotografías y relatos, la expresión de tortura que Blake había observado la noche anterior no era fingida. Como también podía asegurar, y con base en su experiencia, que las

reacciones físicas de ella en la cama habían sido reales. ¿Quién era realmente Paige Valois?, se preguntó.

Él no creía en la inocencia de las mujeres. A sus reflexiones anteriores se sumaban aquella en la que se preguntaba si acaso había sido un truco y él habría caído en la trampa. Porque si fuese así...

Bajó a la cocina. La encontró bebiendo una taza humeante de café, distraída, mientras leía algo en la *tablet*.

Se detuvo en el umbral de la puerta.

Ella aún no había reparado en su presencia. Tuvo tiempo de contemplarla. Sin maquillaje, con una blusa blanca sencilla y el cabello suelto, le parecía mucho más hermosa que ayer. ¿Por qué tenían las mujeres que cubrirse bajo capas y capas de maquillaje cuando la belleza natural podía conquistar más que un poco de falsos productos mezclados?

—Buenos días, Paige —dijo Blake moviéndose hacia la cafetera.

Ella elevó la mirada y casi escupe el café ante la inesperada entrada. Tan concentrada estaba pensando en cómo afrontar el momento en que se encontrasen que se quemó la lengua. Procurando disminuir el impacto se aguantó las ganas de toser y a cambio esbozó una sonrisa. Tomó la servilleta y se secó los labios.

—Buenos días —replicó antes de volver a clavar la vista en la Tablet.

Había empezado a leer las noticias, pero llevaba más de media hora en la misma página. Paige decidió despertarse lo antes posible, no tenía idea cómo sobrellevar “la noche después”, no con ese hombre en particular. Tampoco es que fuese una experta en sexo de una noche.

Sin pesadillas, aunque asustada ante la magnitud de sensaciones que Blake había causado en su cuerpo, decidió no ser una de aquellas mujeres que pretendían causar una escena o bien esperar un cumplido o una oferta, de cualquier tipo, de su pareja. La falta de autocontrol no tenía modo de

modificarse. ¿Una justificación para su conciencia? Había tomado el consuelo que le ofreció un hombre que puso imposible mantener su capacidad de resistirse. Ella no tenía por costumbre tener sexo de una noche con *nadie*. No sabía qué tenía Blake de distinto. Quizá el hecho de que la había encontrado en una situación vulnerable, que jamás se daba ante extraños, tuvo un gran peso en su elección de bajar las defensas y abrirse físicamente a él.

Cuando llegó la luz del día, sus pensamientos se volvieron pragmáticos y no quiso abrigar ningún tipo de sentimentalismos. Ser pragmática y tajante consigo misma, tal como solía ocurrir cuando una situación la impactaba hasta el punto de amenazar con asustarla terriblemente, era la única opción.

—Pensé que te habrías marchado —dijo Blake, confuso todavía por las sensaciones que Paige había despertado en él, a un nivel demasiado íntimo para poder manejarlas en esos instantes.

Su reacción inmediata, e inconsciente, era blindarse todavía más... ¿Cómo podría enfrentar la situación de otro modo? Por eso no permitía que ninguna persona, después de Sheela, penetrara su escudo emocional. La mujer que estaba en su casa en esos momentos lo desconcertaba, y él podía decir eso de muy pocas mujeres.

—¿Por qué habría de hacerlo cuando tenemos una negociación entre manos? —preguntó con el mismo tono desenfadado que Blake acababa de utilizar. No mencionó nada de la noche anterior, pues bien, ella continuaría su propio guion.

Blake puso una cucharada de azúcar en el café, y después lo bebió con calma. Trataba de encontrar algún subterfugio o intención sospechosa en la pregunta de Paige, pero no la halló. La miró mientras dejaba la taza azul sobre el mesón de mármol. Él solía tomar las riendas en la cama, siempre, pero la noche anterior permitió que fuese ella quien diera las pautas iniciales.

No se arrepentía, había sido entretenido cambiar de papeles por un instante...

—Tienes razón —murmuró—, pero creí que no te interesaría ya...

—No te equivoques conmigo, Blake. No me conoces en realidad, mi único objetivo es retomar con fuerza mi carrera musical, no tener un affaire con una persona. Cualquier idea ajena a los negocios no tiene cabida para mí —dijo sin entrar en más comentarios que pudieran hacer referencia a la noche que habían pasado juntos. Se incorporó apretando la Tablet contra el pecho, porque era la manera de evitar lanzársela a Blake por la cabeza—. Voy a tener listas mis maletas —miró el reloj— para el vuelo de esta tarde.

Blake descruzó los brazos y se acercó a Paige.

—No me gustan los acertijos.

—No te he dejado uno.

—¿Sabes qué, Paige? He cambiado de idea —expresó de repente.

Ella sintió que la sangre abandonaba su cuerpo. ¿Iba a cancelar la posible negociación porque se habían acostado juntos? Si era así, no podría perdonárselo. Quizá le quedaba el recuerdo de la mejor noche de sexo de su vida, pero no iba a compensar nunca la carencia del cariño de sus seguidores, la posibilidad de grabar en un estudio y dejarse perder entre los acordes de su guitarra.

—¿Sí...? —preguntó con una voz firme, aunque por dentro estaba temblando.

—No volveremos a Los Ángeles —dijo en un impulso impropio de él, pero sintió que era lo más acertado—, así que puedes organizar tus asuntos de una buena vez para permanecer una temporada en Colorado Springs.

Ella lo miró con una expresión de confusión en su hermoso rostro.

La sola idea de que Paige volviese a la jungla mediática lo ponía a la defensiva, y justificaba el hecho ante la firma de un contrato y el daño que podrían causar las imprudencias de Paige a Lion Records. De pronto sentía

que, de algún modo, ella tenía una deuda con él. No tenía nada que ver con la noche que pasaron, sino más bien con las historias que, estaba seguro, Paige Valois escondía detrás de esa máscara de suficiencia y valentía.

Esta mañana no había vestigios de la mujer asustada o vulnerable. Una muralla estaba erigida a su alrededor. Exactamente como ocurría con él. Irónico que Blake quisiera descubrir lo que Paige protegía, cuando él no tenía intención de hacer lo mismo. Así eran los negocios.

—¿De qué hablas? Mi vida está en Los Ángeles, y tengo familia en...

—No me interesan tus razones personales, tus amantes, ni tampoco tus compromisos. ¿Quieres tu carrera musical de regreso? Entonces vas a tener que atenerte a las cláusulas. La primera es esta.

Paige lo miró con rabia.

—¿Y hacer qué exactamente en esta ciudad?

—Vas a cambiar tu imagen pública.

Ella se cruzó de brazos, antes de dejar la Tablet sobre una silla alta, cercana.

—No me digas, ¿y cómo piensas conseguir tremenda maravilla?

Sin responderle, Blake sacó el teléfono del bolsillo y marcó.

—Hola, Galeana. He decidido firmar contrato con Paige Valois. Te necesito esta tarde aquí. Sí. No tengo que discutir mis negocios contigo. Es una orden. Mi piloto estará listo en el hangar del aeropuerto. Adiós.

Miró a Paige.

—Estarás en las mejores manos.

—¡Quiero a mis abogados y a Josh en esto! No hemos discutidos las cláusulas.

Aspirando el aroma a manzanilla del cabello de Paige, Blake se acercó. Enredó el dedo índice en un mechón de cabello. Sonrió con malicia.

—¿Y cómo te gustaría discutir las?

—Tal como acordamos ayer. En el vuelo de regreso a Los Ángeles.

—He cambiado de idea.

—¿Por qué? —preguntó, fastidiada.

—Porque puedo, Paige. Yo soy el dueño de la empresa, tú, ni siquiera eres parte de ella. ¿Quieres hablar de las cláusulas? Bien. Lo haremos en este momento. Iremos a buscar uno de los mejores bagels de la ciudad y decidirás si te conviene o no lo que tengo en mente.

«¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo?», se preguntó ella con rabia. Haberse acostado juntos no le daba el derecho de dirigirla como si fuese una mascota dispensable y manipulable cuando a él le pareciera correcto.

—No me has preguntado si estoy de acuerdo en ir a comer a donde sea que tengas pensado —rezongó, irritada—, y mi vida personal no es un asunto de negocios. No soy una planta que se trasplante de una tierra a otra como si nada. Tampoco quiero que me reconozcan en esta ciudad. A menos, claro, que quieras dejar de lado el anonimato bajo el cual te has amparado estos años y prefieras ser fotografiado a mi lado. De hecho —chasqueó los dedos— se haría más fácil el trabajo de convencer a la prensa de que firmaré con Lion Records, porque —aún si no lo hago— te verías comprometido. La sola idea de que hubieras podido tener un mínimo acercamiento profesional conmigo, ya crearía polémica y me abriría las puertas con otras disqueras. ¿Sabes qué? Acepto ir por esos bagels.

Blake, que se había alejado hasta la puerta, giró sobre sus talones y volvió junto a Paige. Estaban tan cerca que si uno de los dos hacía un leve movimiento sus cuerpos podrían tocarse. El aire se volvió tenso, y ella fue consciente de que sus pezones respondieron de inmediato a la cercanía masculina. Con una blusa blanca como la que llevaba en esos momentos era imposible que no se transparentara su reacción corporal. Se maldijo en silencio.

Él conocía el cuerpo de Paige a la perfección, y no le pasó desapercibida la reacción física de ella ante su cercanía. Quizá, por el jean negro que llevaba puesto, él podía esconder mejor cómo su miembro estaba tan duro ante la sola idea de volver a tocarla. Esta vez quería saborearla íntimamente y hacerla clamar por el placer que él podía proporcionarle.

En lugar de tomar acciones, y consciente de cómo el aire parecía esparcir chispas capaces de encender un fuego que podría consumirlo hasta dejarlo exhausto como la noche anterior, prefirió utilizar su máscara de indiferencia. Esbozó media sonrisa.

—No tengo que preguntarte nada. Yo soy el jefe o es lo que creo que viniste a buscar en la reunión de ayer —expresó, sarcástico— y será mejor que lo recuerdes. Por otra parte, tu vida personal queda atada a las limitaciones que Galeana Micontti ponga en tu orden del día.

—Nadie va a dictar cómo vivir mi vida, Blake Howard —espetó.

Él se encogió de hombros.

—Míralo como mejor te convenga. Limpiar tu imagen, seguir lineamientos, o simplemente vivir del pasado sin la posibilidad de volver a tocar en público y saborear el triunfo de tus propias canciones escuchándose en todos los dispositivos digitales.

—Serás...

—A menos que esta ligera incomodidad que aprecio en tu carácter esta mañana tenga que ver con otro detalle más bien físico en común —continuó haciéndole un gesto burlón—. Harás lo que se te diga. En mi empresa no jugamos a ser famosos. Buscamos talento.

Con las manos en puño, Paige lo fulminó con la mirada.

—¡Te demostré que mi talento no es un artificio de la tecnología!

—Por supuesto, no lo he puesto en duda. Tienes muchos talentos, y aunque creo que dejaré de lado tu oferta de conocer un poco más de ellos —

dijo haciéndole un guiño de ojo.

Ella contuvo las ganas de darle una bofetada. ¿Cómo se atrevía? Blake empezaba a minar sus intentos de mantener fuera del tablero la noche que habían pasado juntos, y ahora él pretendía utilizar la pasión y el deseo compartidos como un pretexto para insultarla. ¡Cretino! Mantuvo la calma a duras penas, y tan solo porque su futuro continuaba en manos de Blake.

—Un caballero jamás...

Se calló de repente porque él colocó un dedo sobre sus labios. La furia que experimentaba era tan grande que no creía capaz de soportarlo un minuto más...

—Debes aprender un detalle sobre mí, Paige. No soy un caballero.

—Qué difícil notarlo —replicó, sarcástica.

Él se apartó.

—Haz las llamadas que tengas que hacer a tu equipo de trabajo habitual —dijo retomando un tono indiferente y que a ella la puso a la defensiva. Paige prefería ese tono al juego de frases que él había empezado a manejar con ella minutos atrás—. Tengo cosas por hacer fuera, hoy...

—¿Y Galeana? —preguntó de mala gana.

—Mi relacionista pública vendrá a Colorado Springs dentro de seis horas. Ella te pondrá en conocimiento de ciertos términos.

—¿Son tan importantes las demandas de ella...?

—Si no complaces a Galeana, no tendremos nada de qué hablar y que venga tu equipo legal o Josh, no tendrá sentido.

Sintió un atisbo de celos, para nada bienvenido, por el modo en que Blake parecía reverenciar el nombre de esa mujer. Sí, Galeana poseía una gran reputación en el mundo de la música como estandarte de la pulcra imagen de Lion Records, pero Paige también había escuchado rumores de que era la amante de Blake y que a ello se debía la inquebrantable lealtad

mutua.

—¿Es ella la que realmente maneja Lion Records, entonces, y no tú? — preguntó con malicia, para así ocultar ese extraño malestar que causaba el imaginarlo con la preciosa italiana en la cama. O con cualquier otra mujer.

Blake no se dejó pinchar por el intento de Paige de fastidiarlo. Estaba a punto de mandar todo al diablo, acabar con la tensión que experimentaba su cuerpo recordando las curvas de Paige en la piel de Eva, y devorar esa deliciosa boca sin darle tregua a pensar demasiado. Era tal su necesidad de ella que empezaba a enfadarse consigo mismo.

No podía dejar de preguntarse si acaso Paige utilizaba el truco de la mujer desvalida o angustiada o en problemas para ablandar a alguien que no quería darle lo que anhelaba. O si acaso utilizaba sus encantos físicos para canjearlos por favores empresariales o alguna otra cosa vinculada a su ascenso profesional. Sí, sabía que estaba siendo un malnacido por pensar de esa forma, pero, ¿cómo no hacerlo?

Detestaba sentirse abrumado por las emociones físicas. Él disfrutaba manteniendo el control de su vida, y eso incluía a las mujeres. Condenada fuera Paige Valois por haberse colado en su piel.

Ya había cometido un gran error al permitirle a Sheela continuar en su vida más tiempo del necesario, y eso que ella nunca le dio indicios de que podría traicionarlo como lo hizo tan rastreramente. Ahora, con la reputación que Paige tenía a cuestas, las banderas rojas se agitaban por todas partes y él las había ignorado la noche anterior. No volvería a hacerlo.

—Te guste o no, tu futuro profesional sigue estando en mis manos. Si prefieres esperar a la tarde, no hay problema. Pondré a mis abogados en una sesión de videoconferencia con los tuyos y con Josh, en el caso de que tu equipo no pueda encontrar un vuelo para esta tarde desde Los Ángeles. Has consumido demasiado de mi tiempo. Y yo tengo cosas más importantes que

hacer.

—Como sea —murmuró ella antes de dejar la cocina, y subir con prisa los escalones que llevaban a la habitación de invitados.

Tenía ganas de dar un portazo, pero esa reacción infantil era innecesaria. Se sentó en el borde del colchón. Las sábanas, por supuesto, continuaban hechas un revoltijo. El ligerísimo aroma a Blake persistía en el ambiente.

Había sido una noche de sexo increíble. Lejos de sentirse saciada, le ocurría todo lo contrario, y le sabía mal que esa necesidad súbita de más placer se la hubiese causado un hombre que, sin duda, había recibido una equivocada confirmación de la reputación que los medios de comunicación habían creado en torno a ella.

No le gustaba vivir bajo las condiciones de otras personas, pero, ¿acaso no había sido toda su vida de esa manera? Primero, su madre. Después, Euseb. Sumada a ellos, Coral, y finalmente, el cretino de Anthony.

Renunciar a su vida en Los Ángeles durante una temporada, aunque no quería admitirlo, representaba un alivio. Lo que la fastidiaba era hacerlo como una obligación bajo las órdenes de Blake. Necesitaba llamar a su equipo de trabajo, pero antes le debía una llamada a su persona favorita. Shawn. Su sobrino de cuatro años.

Marcó el número de la casa de su hermana. Un domingo, por lo general, Coral no tenía turno en el trabajo, y el bueno para nada de Anthony debía estar jugando a ser un administrador en la granja que ella acababa de avalar con su firma.

—¿Quién es?

«Típica amabilidad de mi hermana.»

—Hola, Coral...

—Ah, tú, la estrella de los escenarios, ¿qué milagro te impulsa a llamar

al lado pobre de la familia?

Paige intentó calmarse. No quería pelearse con Coral.

—Quiero saber si estás tomando tu medicación, y si Shawn está despierto.

Coral soltó una risotada.

—Ahora te preocupas por mí.

—Siempre lo he hecho...

—No cuando yo te necesitaba, Paige —dijo sin darle una contestación a lo que su hermana quería saber—, te largaste sin mirar atrás después de haber conocido a ese amante tuyo en el concurso intercolegial.

—Josh es mi amigo, y nunca fue mi amante —dijo, cansada— ¿por una sola vez, puedes dejar de recriminarme el haberme ido de Portland a buscar una mejor vida? ¿Puedes? —preguntó con resentimiento—. Al final, tú te has beneficiado de ello también. Pero si las cosas continúan al ritmo que van, y continúas colaborando en las rastreras ideas de Anthony, entonces tendrás que ver cómo te las arreglas.

Después de haber perdido el intercolegial de canto, derrotada y desilusionada, Paige había abandonado el coliseo en el que tuvo lugar el evento. Fue entonces cuando Josh se le acercó para preguntarle si querría tener una charla sobre la posibilidad de convertirse en uno de los talentos jóvenes de su agencia.

Libre de los cargos de homicidio, con su madre en el siquiatra pagado por el Estado a través de su seguro de trabajo, y Coral acostándose con uno y con otro en una racha de rebeldía sin medida, Paige decidió que no existía lugar en Portland para ella. Abandonó el último año de secundaria, y luego de reunirse con Josh, su vida no volvió a ser la misma.

—Mientras tú te acuestas con empresarios, a mí me toca aguantarme las infidelidades de Anthony. ¡Se gasta todo el dinero en zorras! Y ahora, lo que

me faltaba, ¡que tú me intentes hacer un juego psicológico!

Paige no tenía intención de defenderse cuando era lanzar perlas a los cerdos, ni tampoco decirle a su hermana que tenía por esposo un chantajista y aprovechado. ¿Dinero? El hombre despilfarraba todo en quién sabría qué tipos de negocios. No quería causar más agobio entre ambas, pero era tan estresante hablar con Coral.

No podía decirle que Gabriel Patterson, el dueño del supermercado para el que trabajaba, era un buen amigo de la secundaria y por la amistad que todavía tenían, le había dado un puesto a Coral. Gabriel era una persona con la que era fácil conversar, y después de las crucifixiones mediáticas cada que visitaba Portland, su compañía conseguía darle un poco de sosiego. Fueron novios en la secundaria, pero él tuvo que mudarse a Atlanta por el trabajo de su padre y dejaron de verse. Ahora, había regresado a Portland, y tenía una exitosa cadena de supermercados especializados con productos muy caros y solo para una clientela de alto poder adquisitivo. Se reencontraron durante una reunión que organizó la secundaria en la que habían estudiado, y desde entonces mantenían el contacto.

Sin embargo, Coral juraba que era su gran mérito haber encontrado empleo. Duraba poco en los que conseguía por diferentes razones en cada uno. Paige no tenía corazón para decirle que el trabajo que tenía era gracias, una vez más, a ella.

Se sentía responsable de cómo el futuro profesional de su única hermana se vio truncado cuando quedó embarazada tan joven, y después se había sumido en una profunda depresión. Otras mujeres emprendían y luchaban. Coral era su antítesis, salvo en la parte física, por completo. Cuando Anthony supo que era el padre del bebé de Coral, le ofreció casarse. Ese, a juicio de Paige, fue el mayor error de Coral. Lo más triste era que ella estaba pagando también por esa equivocación.

—Siempre te dije que ese hombre no era el adecuado, ¿cuándo me has escuchado tú a mí? Has labrado una campaña, en conjunto con Anthony, para procurar mi ruina profesional. ¿Sabes quién será perjudicado? Shawn, y por añadidura, tú. Si a mí me va mal, también a ustedes, y no porque yo así lo quiera. ¿Crees que es justo que siempre metan a mí sobrino en medio de esta contienda de infelicidad que tiene los dos, y por el estúpido dinero?

—¡Si no hago lo que él me pide, entonces va a abandonarme! —expresó.

—¿Y qué mal te haría eso? La que tiene que dejarlo eres tú.

—Tú no sabes nada del amor, Paige. Vives en tu mundo de fantasía.

Ella quiso reírse ante la ironía de la situación.

—Eres igual a mamá, Coral, con la única diferencia de que Anthony no te golpea, pero vives en una relación de codependencia emocional terrible y te rehúsas a recibir ayuda porque crees que con las pastillas para controlar tu trastorno esquizoafectivo de tipo bipolar es suficiente. ¡Hay otros hombres que pueden quererte de verdad! Y más que eso, ¡no necesitas a un hombre para ser feliz!

—Habla la promiscua de la familia —murmuró con malicia.

Paige soltó un suspiro resignado.

—Coral, no quiero hablar de tu matrimonio, ni del pasado, ni del rencor... Estoy muy agotada por todo lo que tengo en el panorama, gracias a ti y a Anthony. Ahora, por favor, quiero que me pases a Shawn.

—Vi tus últimos escándalos, te quedaste sin disquera —continuó sin dar tregua— ¿qué va a pasar con mi hijo si no tengo cómo pagarle las clases en el pre-kinder ni tampoco la niñera?

Paige estiró la espalda y se dejó caer sobre el colchón. Se tapó los ojos con el antebrazo izquierdo, mientras con la mano derecha sostenía el iPhone contra la oreja.

—Te recuerdo que, desde tu factura del hospital cuando estuviste de parto, hasta el más mínimo detalle de las necesidades de Shawn, las he pagado yo porque Anthony siempre está con el presupuesto justo —replicó con sarcasmo.

—Es un hombre emprendedor.

—Supongo —dijo Paige cerrando los ojos—, por favor, Coral. Déjame hablar con mi sobrino.

—¿Qué me das a cambio?

No pudo evitar reírse, amargamente.

—Cuál es tu precio esta ocasión, hermana.

—Necesito ropa nueva para el trabajo.

—Trabajas de cajera en un supermercado, y te dan uniforme. ¿Para qué necesitas más ropa nueva?

—Porque quiero reconquistar a Anthony para que deje de andar con otras, y no puedo conseguirlo con estos harapos que me dejaste el mes pasado.

A pesar del embarazo de Coral, las dos tenían medidas similares. La única diferencia era que su hermana utilizaba una talla de sujetador ligeramente más grande desde que tuvo a Shawn, y sus caderas eran un poco más anchas. Paige tenía una figura curvilínea y la cuidaba mucho, básicamente por su carrera, pero si de ella dependiese disfrutaría mucho dándose varios atracones de pizza o helados.

—Esos harapos están valorados en más de cinco mil dólares. Y Anthony no merece los esfuerzos que haces. Ya deberías darte cuenta de que solo juega contigo.

—Entonces... ¿Ropa o cierro la llamada? —preguntó sin querer ahondar en el comentario. Ambas sabían que, a pesar de ser una fibra sensible y de que Coral defendiese su postura a capa y espada, Paige tenía la razón.

—No pasa nada, Coral, si el precio de hablar un rato con mi sobrino es que recibas crédito en las boutiques de la ciudad, lo tienes.

—Gracias.

«Era un alivio que supiera agradecer», pensó con sarcasmo.

—Pásame a mi sobrino...

Segundos después, una voz infantil, con frases apenas bien pronunciadas llenó los siguientes quince minutos de Paige. Escuchar las respuestas tan honestas y llenas de inocencia fueron el bálsamo que su corazón necesitaba en esos instantes. Adoraba a su sobrino y era él su razón de luchar. No quería que un día, muchos años más adelante, se sintiera como un niño no deseado o en un hogar en el que nadie se preocupaba lo suficiente por él.

El tóxico ambiente, lleno de peleas y recriminaciones, que era el hogar de su hermana, no era sano para Shawn. Los padres de Anthony no querían al niño, pues acusaban a Coral de haber engañado a su hijo para que asumiera la responsabilidad de un bebé del que no era padre. Eso, a pesar de los resultados de la prueba de paternidad. ¿Por qué tenían que ser tan complicadas las familias?

Tenía que proteger a Shawn, porque Anthony era impredecible. Podía de repente un día, si no cedía a sus demandas de dinero, prohibirle ver a su sobrino y eso le partiría el corazón. Solo por ese inocente niño, Paige aguantaba los chantajes de Anthony, y los comportamientos de su hermana.

Pero era cuestión de tiempo. Iba a acabar con esa situación y Anthony iba a pagar con creces sus abusos. Ella no era Coral. Podía ser paciente, claro que sí, porque una vez que tuviera las pruebas que estaba reuniendo contra su cuñado, la historia iba a ser completamente diferente. Podría limpiar su nombre, y darle una mejor vida a su familia: Coral —aún con sus desaires— y al pequeño Shawn.

—¿Tía Pai, cuándo vas a venir...? —le había preguntado antes de cerrar el teléfono en un tono tan triste que ella estuvo a punto de mandar todo al demonio y regresar a Portland. No podía decirle que ese fin de semana sus padres prefirieron que no lo viese. ¿Qué sabía un niño de cuatro años de problemas familiares?

Shawn no pronunciaba tan bien todas las palabras, y en lugar de decirle Paige, él decía *Pai*. Sonaba tan dulce y lleno de amor que la conmovía.

—Lo antes posible, dulzura —le había respondido con pena al estar tan lejos.

Era mejor no pensar en temas que la ponían triste. Al final, todo lo que estaba haciendo en esos momentos era por Shawn. Cualquier dolor o sacrificio valdría la pena cuando el bienestar de su sobrino se encontraba de por medio.

Dejó el teléfono a un lado.

Si iba a iniciar un nuevo camino, lo haría con optimismo. No sería sencillo olvidarse de Blake y la noche juntos, pero ella estaba dispuesta a firmar una tregua, y demostrarle de qué estaba hecha una estrella de la música que se valía de su voz para ganarse cada dólar que ingresaba a su cuenta bancaria.

Mientras Blake bajaba las escaleras con la maleta de viaje, escuchó —tras la puerta de la habitación que había compartido con Paige— cómo ella entonaba una canción. La voz era diáfana y cargada de un sentimiento impresionante. Desde que la mujer de ojos azul índigo se había puesto en su camino, las cosas no iban conforme a lo que dictaba su agenda a rajatabla, y ese era un detalle que él detestaba profundamente. Se quedó unos instantes escuchándola.

Sacudió la cabeza, para intentar quitarse la melódica voz, y terminó — rezongando contra sí mismo— de bajar los escalones. Abrió la puerta principal y la cerró con firmeza. Sacó el teléfono y marcó el número de Galeana.

—Blake —dijo a modo de saludo.

—Hay algo que no debes olvidar. Y lo dejo muy claro desde ahora.

—Por supuesto.

—No importa qué suceda durante tu encuentro con Paige Valois, al final, debes procurar que ella incumpla el contrato. Se vería mal que lo hiciera yo, pero para eso le pago a personas con tu perfil, es decir, que tienen una ética flexible en las relaciones públicas y jamás es cuestionada.

—Creía que...

—Ya sabes que no te pago para tener pensamientos alrededor de mis órdenes. Esta es muy clara. Te llamaré dentro de un rato para darte más detalles de la situación.

CAPÍTULO 10

Después de haberse quedado dormida durante al menos una hora y media, llamaron a la puerta, despertándola.

Paige había aprovechado la mañana, después de la salida de Blake, y la tarde. Así que una siesta era más que necesaria. Después de recorrer los alrededores de la urbe, y ensayar un par de canciones, se conectó a sus redes sociales —sin mencionar el sitio en el que se encontraba— para que sus fans estuviesen al tanto de sus comentarios.

Les debía mucho a sus seguidores, pero también sabía que eran un arma de doble filo. Los acosadores no estaban lejos, y ella tenía que protegerse. Su equipo de seguridad la acompañaba a todas partes, y Josh le había dicho que llegaría esa misma noche a Colorado Springs. Paige se negó, argumentando que era una ciudad segura y en la que poco o nada la reconocerían. Josh no quiso escuchar razones, y ella aceptó que estuviera Hansen, un ex marine, para que —muy discretamente— la mantuviese a salvo o la ayudase en caso de cualquier emergencia.

Volvieron a llamar al timbre.

Paige se quedó en cama cinco minutos más, después de todo esa no era su casa y Blake ya debía haber llegado horas atrás de sus “ocupaciones diversas” o lo que fuera que hubiera ido a atender en el *downtown*. En todo caso, Blake era el que debía ver quién llamaba a la puerta.

Pasaron un par de minutos más, y el timbre volvió a sonar con insistencia.

De mala gana, Paige fue a lavarse los dientes y se hizo una coleta. Le hubiera gustado tener más tiempo para arreglarse un poco el maquillaje cuando vio por el visillo de quién se trataba.

Galeana Micontti.

La temida relacionista pública del mundo musical estaba ante ella. Alta, vestida con un impecable traje de ejecutiva que afianzaba sus esbeltas formas, perfecto maquillaje que resaltaba los pómulos altos y la boca generosa pintada de rojo vino, era la viva imagen de la sofisticación y la eficiencia. Era una mujer imponente, y aunque quiso evitarlo, en su alborotada imaginación se conjuraron escenas de tórrido sexo en las que Blake era el protagonista. «Basta, Valois.»

—Hola, Paige —dijo la mujer en un tono profesional y amable, no sin dejar de extenderle la mano. Paige le devolvió la sonrisa y el saludo—. Espero que me permitas continuar llamándote de ese modo. Si todo sale como esperamos, trabajaremos juntas varias sesiones.

—Hola, Galeana, claro que sí —replicó con desconfianza—. Aunque no es mi casa, por favor, pasa adelante. Lamento haberte hecho esperar, pensé que Blake abriría la puerta...

Galeana solo sonrió, y una vez que estuvieron cómodamente sentadas en el salón principal, le soltó la bomba.

—Blake ha vuelto a California.

—Blake ha... —iba a repetir. Frunció el ceño y agregó—: No lo entiendo. Pensé que discutiríamos aquí la situación, con mi representante, y con los abogados de ambas partes a través de videoconferencia, y en base a los resultados me quedaría o no en Colorado Springs...

—Conozco a la perfección sus demandas para el contrato, no te preocupes por eso. Hablé con él en profundidad al respecto. Así que tan solo estaremos tú y yo. Después, si estamos conformes, convocaremos en persona a los abogados de ambas partes y a tu representante para ponerlos en conocimiento y dejar claros los puntos antes de la redacción del contrato.

—Mi representante no puede venir hoy personalmente. Y lo que ha

hecho Blake me parece una falta de respeto absoluta —se quejó, sin fingir la molestia que sentía en esos momentos—, ¿quién se cree? Soy una persona adulta que no necesita niñeras.

La sonrisa que esbozó Galeana a continuación fue fría.

—Aquí tienes —le entregó un juego de llaves— es el acceso ilimitado a toda la casa de Blake durante el tiempo que permanecerás en la ciudad —comentó sin responder al exabrupto de Paige— hasta que logremos devolverle el habitual brillo a tu imagen. Si es que quieres acogerte a nuestras cláusulas de trabajo, por supuesto. Caso contrario, puedes volver a tu vida, y disfrutar de los beneficios económicos de tu vida profesional.

Paige la quedó mirando. ¿Llaves? Blake la había dejado tirada en esa casa como si fuera un paquete desechable. Después de una noche juntos, lo que hacía era tratarla como si fuese una molestia, no sin antes procurar insultarla un poco con sus comentarios idiotas. Y ahora, en lugar de dignarse comunicarle el cambio de planes, se limitaba a dejar todo en manos de su relacionista pública, y quién sabría si su habitual amante también, en una reunión tan importante... Qué panorama tan entretenido, pensó con sarcasmo. Y ella que pensaba a adquirir un talante optimista, y creer que la situación no podía ponerse peor. Dios.

—Estoy tratando de registrar lo que me cuentas —replicó tomando las llaves y jugando con ellas entre los dedos durante un instante—, pero no logro darle sentido. Creí que iba a negociar esto con Blake y contigo.

—Me temo que ha surgido algo de último minuto y Blake tuvo que volar hacia California —explicó escuetamente—, y esas llaves te serán útiles si todo se formaliza, aunque si lo deseas puedes quedarte en un hotel, pero la verdad preferiría el anonimato que te brinda esta propiedad de la que la prensa no conoce nada.

Paige se incorporó.

—No pienso quedarme recluida en una casa. Además, ¿cómo sabe él si acaso no voy a traer a uno de mis amantes aquí? —preguntó, desafiando la paciencia de Galeana, quien, al parecer, tenía mucha.

—Toma asiento, por favor. Charlemos. Yo escucharé tus condiciones. Tú, las de Lion Records. Después podrás quejarte y yo considerar si me es posible solucionar los impasses. ¿Te parece justo?

«Claro, por eso eres relacionista pública», pensó ante el tono calmado y amigable de Galeana. La actitud elegante que mostraba la mujer la hacía sentir como una chiquilla caprichosa y malcriada, cuando en realidad solo estaba reclamando el trato justo que se merecía. Molesta consigo misma, y resentida con Blake, volvió a su sitio.

Blake giró la silla de escritorio de su oficina en Los Ángeles. Contempló la pantalla de la televisión, apagada, como si estuviera observando algo interesante. En realidad, su mente estaba en Colorado Springs.

Galeana subió al avión apenas él se bajó. Almorzaron juntos y la puso al corriente de la situación de Paige. Le explicó sus condiciones. Sabía que estaba siendo demasiado extremista, pero su compañía era su vida. La empresa jamás le fallaba. No podía decir lo mismo de las personas que lo rodeaban.

Su socio estaba a favor de darle una oportunidad a Paige Valois. No solo por su calidad musical, sino también por la base de fans que tenía, pues eran leales y la seguían donde fuese. Ese era el argumento a favor, y Macron pensaba que el asunto de la reputación tenía una solución que ya estaba en camino: Galeana.

Macron tenía razón, pensaba Blake mientras ponía el canal de noticias

locales. El problema no era si Galeana podría limpiar la imagen de una estrella de los escenarios, sino que Paige aceptara las cláusulas, las cumpliera, y que no lo tentara para sucumbir al deseo de volver a besarla.

No podía continuar en la oficina. Estaba cansado, y confundido.

Agarró la chaqueta.

—Irene, cancela mi última reunión de las siete de la tarde —pidió a su asistente antes de dirigirse hacia los ascensores.

—Señor.

—¿Sí? —preguntó girándose.

—Acaba de llamar la señorita Micontti. Está en la línea dos. Me dijo que su teléfono la dirigía a la grabadora de voz.

Blake olvidó cargar el teléfono. ¿Qué demonios le pasaba?

—Pásamela. —Volvió sobre sus pasos. Cerró la puerta del despacho con un puntapié y agarró el teléfono—: Galeana. ¿Cómo fue la reunión?

—Hola, Blake. Estás en altavoz —le informó—, Paige aceptó todas las cláusulas que pediste. Y los detalles legales podrán tratarlos nuestros abogados. He estudiado a fondo el caso de ella y no es tan grave como parece. No es una Britney Spears o una Miley Cyrus. Tengo algunas ideas que iré discutiendo con Paige poco a poco. Antes, necesito que sepas algo.

«¿Todas las cláusulas aceptadas por esa fierecita?», se preguntó en silencio y sospechando que lo que iba a escuchar a continuación no iba a gustarle. Aunque no debería sorprenderlo, porque Paige amaba la música como si fuese la sangre en sus venas, pero también poseía una vena combativa. Era aquella vena combativa y rebelde la que le causaba sospechas de que había algo más que Galeana no le decía todavía.

—Pero... —dejó suelta la palabra.

—Tiene una condición.

—Qué raro —dijo con sarcasmo, confirmando su sospecha—, ¿cuál?

—Quiere que la base de los próximos tres meses en que se tomará un “descanso” sea Portland y no Colorado Springs.

—No.

—Lo acaba de escuchar por el altavoz. En todo caso, Blake, si esa es tu respuesta final, entonces...

—Espera —dijo de pronto—, ¿por qué Portland?

—Blake —una voz distinta, y muy conocida, habló desde el otro lado de la línea—, he aceptado todas tus cláusulas por más ridículas que me parezcan. Solo te he puesto una condición. Entiendo que estoy en desventaja, pero mi única cláusula no es negociable. Puedo perderlo todo, sin embargo, es lo que pido.

¿Por qué era tan importante? ¿Tendría a algún amante esperándola?, se preguntó Blake. Aunque no creía que aquello fuese posible, porque una de las cláusulas le prohibía durante el lapso de su “receso musical” ser vista con un hombre con el que pudieran relacionarla sentimentalmente. Y si ella había aceptado todas las cláusulas...

—Una explicación sería apropiada. Tus escándalos siempre suceden cuando estás en Portland. ¿Por qué querrías volver al sitio en donde tienes tantos líos? —preguntó desconcertado.

—Si tú no me das información sobre tus motivos para esas ridículas cinco cláusulas, yo no tengo que darte explicaciones detrás del motivo vinculado a la mía. Es una negociación profesional. ¿Estás conforme o no? —preguntó Paige.

Él cerró los ojos como si pudiera saborear la voz de esa brujilla de ojos azules. Era ligeramente ronca cuando le pedía cómo y dónde tocarla, y ahora se escuchaba sexy al teléfono. Necesitaba quitársela de la cabeza.

—Blake, considero que es justo —intervino Galeana— ella no ha pedido nada fuera de lo común, y me parece que trabajaríamos mejor la

imagen de Paige en una ciudad que —aparentemente— ha visto lo peor de ella. Ahora, conmigo a la cabeza de su equipo de relaciones públicas, verá lo mejor... Si es que tú lo consideras propicio el anuncio lo podemos hacer desde Colorado Springs cuando se haya firmado el contrato esta semana, y luego ella volará hacia las afueras de Portland. Tampoco queremos demasiada exposición en una ciudad capital. No diremos a la prensa detalles, tan solo enviaremos boletines con datos actualizados. No queremos que la acosen. No es la idea —dijo Galeana con tono conciliador—. Ahora solo hace falta tu palabra ante la petición de Paige. ¿Portland en lugar de Colorado Springs?

Durante varios segundos, la línea desde Los Ángeles permaneció en silencio.

—Tienes tres meses para arreglar tu imagen, Paige —dijo Blake aceptando la condición que ella deseaba—, si fallas solo una vez en lo que acordaste con Galeana, entonces estás despedida. Esta ocasión es todo o nada. La casa en la que te encuentras ahora puedes utilizarla hasta que vuelas a Portland, imagino que será asunto de tres días máximo. Así que estás advertida, todo o nada.

—Haré mi parte si tú haces la tuya, Blake.

—Nuestros abogados se pondrán en contacto para negociar los temas concernientes al pre-contrato. Te recuerdo que este es un contrato provisional. Si lo cumples con éxito, entonces accedes a formar parte de Lion Records con un contrato por cinco años, y negociaremos la parte musical, creativa y demás, en un modo más profundo contigo y los abogados. Siempre pensando en la posibilidad de una extensión de dicho contrato de cinco años, si las cosas marchan bien.

—Nos vemos en Los Ángeles mañana —se despidió Galeana de su jefe—. Tomaré el avión de regreso con tu piloto privado. Te aviso cualquier

novedad.

—Gracias, Galeana. Y Paige hay algo que debes tener clarísimo.

—Escucho —dijo la cantante con suavidad.

No estaba disculpando a Blake por su actitud de la mañana, ni tampoco tenía ganas de continuar buscándole la quinta pata al gato. Su cláusula de Portland estaba pensada en Shawn. Estaría más cerca de él, y podría tomar ciertas decisiones para avanzar su causa contra Anthony y encontrar la forma de librarse de su cuñado.

—No doy segundas oportunidades —expresó con tono dictatorial.

Paige no sabía si estaba refiriéndose a temas personales en general o profesionales en exclusiva. Tampoco iba a ahondar en ello.

—Para que conste en el récord mutuo entonces, yo tampoco —replicó Paige antes de cerrar la llamada.

La inesperada reacción de Galeana la sorprendió. La mujer dejó escapar una risa agradable. Paige se giró con la expresión interrogante en el rostro.

—Creo que serán tres meses muy interesantes para Blake —dijo Galeana antes de empezar a recoger sus cosas—. Arreglaremos la sesión en Skype dentro de unos momentos. Solo para poner a tus abogados y a los nuestros al corriente. ¿Estará Josh, tu representante?

—Sí. Está a la espera. Me hubiera gustado que estuviese esta tarde, pero ya tenía la agenda planificada. No se esperaba que Blake hubiese cambiado las tornas de esta manera...

—Debes acostumbrarte que cuando Blake quiere algo, no le importa tu estatus ni tus necesidades personales, a él solo le importa una cosa, Paige: el éxito y el talento de las personas con las que trabaja. Lejos de eso, será mejor que te protejas.

—No lo comprendo...

—La reunión en persona —dijo cambiando totalmente el tema y

dejando a Paige con una interrogante por ese mensaje críptico— la tendrán que coordinar entre las asistentes ejecutivas de los CEO, tanto de Journey Media como de Lion Records, mañana o pasado. Tú ya conoces cómo funciona todo.

—Sí, ya lo sé —murmuró.

Paige odiaba los acertijos.

—Perfecto, entonces vamos a una salita más pequeña para que no haya fuga de sonidos —expresó observando alrededor—. Por cierto, Blake me dijo que ya había reparado el daño en el sistema de seguridad. No sé qué tiene que ver con nada, pero te lo dejo saber. —Paige, asintió—. ¿Conoces mejor la casa que yo...?

—Un poco —dijo. Se había tomado el tiempo de recorrerla toda, sí, pero no quería comentárselo. La casa era hermosa, aunque no existían fotografías o recuerdos como en otras propiedades que dieran cuenta de la historia de quienes la habitaban. Otra curiosidad más sobre Blake, pensó Paige—. Podemos hacer la videoconferencia en el saloncito en el que audicioné ayer. Tiene buena acústica, así que irá bien.

—Pues tú guías —dijo Galeana haciendo con la mano el gesto para que Paige fuera delante. La cantante sintió alivio, aunque no tenía razón para ello, de que Galeana no hubiera estado antes en la casa. Absurdo, ¿cierto?

—Tengo una pregunta.

—Claro.

—¿Por qué no hay fotografías de la familia Howard?

Galeana la miró un breve segundo decidiendo si debería o no comentarle al respecto. Incluyó ligeramente el rostro hacia un lado.

—No sabes nada de Blake, ¿verdad?

—Su vida es hermética. Aunque eso ya lo sabes.

Galeana asintió.

—Me ha costado mucho trabajo conseguirlo, pero tienes razón —sonrió — lo es... Cuesta dinero esconder la vida personal cuando tus padres son tan famosos e igual tu hermana, así que un manejo de tu imagen y contactos es indispensable.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Blake utilizó esta casa luego de casarse.

Paige sabía bien el valor del dinero. Lo había utilizado para que los récords policiales sobre el juicio contra ella, años atrás, no viera la luz jamás. Incluso logró que bloquearan las búsquedas sobre homicidios relacionados con Portland el día en que todo sucedió.

—¿Blake está casado? —preguntó con falsa serenidad. No quería darle municiones a Galeana para que sospechara, porque la mujer era muy astuta. Paige solo quería asegurar su contrato y olvidar el pasado. Pero estaba enfadada en ese momento. Blake se había acostado con ella, ¿estando casado? ¡Era capaz de tomar el primer avión a Los Ángeles y mandar al fango la prudencia!

Quizá Galeana percibió su incomodidad, pero no sospechaba los motivos.

—Se divorció hace cuatro años.

—Oh —murmuró con alivio— supongo que no tuvo presencia de la prensa...

—Se celebró en secreto. En Burdeos, una ciudad hermosa de Francia. Si él decide conversar contigo en un plano más personal, que lo dudo, quizá sepas más detalles. De momento solo puedo decirte que Blake es un empresario justo, pero también inclemente. Si quieres ganarte su respeto debes demostrar que te lo mereces. Solo entonces, él dejará de parecerte tan tirano. En realidad, no lo es.

—Lo conoces demasiado bien al parecer —dijo Paige con una sonrisa, a

pesar de que por dentro se preguntaba qué tan bien se conocían.

—Algo así —replicó Galeana de forma imprecisa—. Ya es hora de empezar la videoconferencia —cambió el tema mirando el reloj Cartier que llevaba en la muñeca izquierda— ¿Tienes algo más que quisieras decirme para ponerlo a consideración?

Paige hizo una negación con la cabeza, antes de sentarse y conectarse al internet para dar inicio a la reunión online.

La imprecisión era el enemigo emocional de Paige, pero no estaba ahí para investigar la vida privada de nadie, por más curiosidad que le produjese, sino para retomar su carrera musical. Y pensaba tener éxito en ello.

CAPÍTULO 11

—Son cinco cláusulas poco convencionales —dijo Josh—, pero carecías de poder de decisión para hacer valer tu postura. En todo caso, ¿puedo saber por qué pusiste a Portland como condición para tomarte un break si es la ciudad de la que tanto deseabas apartarte años atrás?

El contrato se firmó esa mañana con la aprobación de los equipos legales de Lion Records, Journey Media, y el bufete de abogados que — individualmente— atendía los asuntos de Paige. Ella no podía hablarles de los chantajes a los que estaba sometida por parte de su familia política. Los abogados le exigirían tomar medidas, pero eso implicaría alborotar un avispero que ella no se creía con fuerzas de tolerar en esos momentos. Más adelante, cuando su plan diese resultado, no le importaría si el cielo se caía sobre ella.

—¿Acaso importa la ciudad en la que quiera pasar la mayor parte de mi tiempo? Quieren limpiar mi imagen, y bueno, estoy cumpliendo sus condiciones. No es que vaya a ser prisionera de un solo sitio. Mantendré un bajo perfil. Eso es todo.

—Lo sé... Aunque tu comentario no responde a mi pregunta.

—Mi familia es importante para mí, a pesar de... Es importante. No hay más que quiera decir. Y sí, la prensa inventa cosas en especial cuando me encuentro en Portland, pero también lo hace donde sea que me encuentre. — Esto último no era una mentira—. Lo que debe contar es mi música.

—En un mundo ideal, sí.

—Supongo...

Ante el explícito silencio de Paige para no ahondar en más detalles de su decisión sobre Portland, Josh solo asintió.

Ahora estaban en las oficinas de Journey Media, en Los Ángeles, mientras Paige contemplaba su rúbrica en el documento. El representante que había asistido de Lion Records fue Macron Twarn, el vicepresidente ejecutivo de la disquera. La ausencia de Blake era un claro mensaje de que el presidente de la compañía no quería saber nada de ella, ni siquiera en el ámbito profesional.

Inexplicablemente, la actitud de Blake, le dolió.

Si no iba a tener que verlo, pues qué mejor. Ya se olvidaría de él.

Una y cien veces había analizado los acontecimientos con él, y —aparte de las contrariedades del intercambio de palabras— no halló algo que se considerase lo suficientemente contundente para que él la evitara como estaba haciéndolo. ¿Habría querido tan solo comprobar si era cierto lo que se decía de ella en la prensa? ¿Que era una mujer fácil? ¿Habría fingido interés genuino al verla sufriendo la pesadilla, asustada y vulnerable? La sola idea la repugnaba.

—Quiero dejar terminados los asuntos aquí en Los Ángeles para venir solo por temas estrictamente necesarios. Mi asistente, Betty, va a quedarse a cargo de cualquier eventualidad y me cubrirá las espaldas durante el tiempo que esté de “vacaciones” o “tomándome un respiro” como ha dicho Galeana Micontti que debo declarar en el caso de que algún otro periodista me llame estos días. Ya se ha dicho lo que se tiene que decir, no tengo permitido dar más comentarios.

Josh asintió, y después se recostó contra el asiento, agarró la copia del contrato.

—Las cinco cláusulas principales dicen lo siguiente...

—Ya sé lo que dicen esas cláusulas —replicó de mala gana— no sé para qué te vas a molestar en releerlas, si tú también las conoces, ¡acabo de firmar ese dossier!

—Solo por si se te ha olvidado en tan pocas horas su contenido —dijo—, las voy a parafrasear, y así evitarnos la jerga legal que, personalmente, detesto. Es interesante parafrasear porque puedes dar tus apreciaciones de lo que se está queriendo decir entre líneas. Nuestro equipo legal es estupendo, pero no por eso deja de entretenerme este particular.

—Tienes un humor retorcido, ¿seguro que Melinda ya lo sabe?

Él se echó a reír.

—¿Entonces, me dejas continuar?

—Como quieras, Josh.

—Primero. Cualquier intento de ir hacia otra ciudad, itinerario incluido, debes discutirlo con Galeana y tener su aprobación. Segundo. Ni una fotografía en los medios de comunicación con alguien que pueda ser agregado a tu lista de “posibles novios” o “parejas”. Es decir, no novios ni amores de ninguna clase o situaciones comprometedoras. —Paige suspiró, cruzó los brazos y cerró los ojos—. Tercero. La visita a bares o discotecas está fuera de discusión. Prohibido totalmente. Cuarto. Debes dar dos conciertos gratuitos con fines benéficos y buscar una causa para la que quieras trabajar durante tus “vacaciones”. Quinto. Blake Howard es el que, bajo cualquier circunstancia, tendrá la última palabra en cuanto a procesos musicales que quieras trabajar durante los siguientes noventa días. Nada se hace sin su aprobación.

Paige miró a su representante.

—En otras palabras, él es el Dios de la música. Primera vez en mi existencia que tendré que consultar mis pasos. Lo detesto.

Josh soltó una carcajada. Dejó a un lado los papeles.

—Parecen unas cláusulas diseñadas para controlar a un adolescente en problemas, sí, pero al mismo tiempo bastante ajustadas a la mirada de Blake como empresario. No puedes culparlo. Su empresa en todo para él. Además,

te ha lanzado un salvavidas, y no tenías opciones. ¿Qué más habrías podido negociar?

—Ya no tiene caso. Está firmado. Lo que me fastidia es que yo no tengo control sobre los inventos de la prensa.

—Por eso, antes de cualquier decisión, Lion Records analizará los eventos... Debes hacer que Galeana Micontti sea tu aliada. Es excelente en su trabajo. Saldrás beneficiada, y luego firmaremos el contrato definitivo. Empezarás de cero. Tu imagen será fresca, distinta y con altos índices de mejora en la percepción que tienes ahora de mujer rebelde y casquivana.

—Nada de lo que dicen es cierto... —rezongó.

—No puedes pedir que todos te adoren sin cuestionamientos, Paige. Eso solo lo hacen tus fans. La prensa amarilla se alimenta del mal que puedan causar... y de los pedazos de alguien que está cayendo. Estamos a tiempo. Usa este periodo para crear más, y de verdad, es tiempo de descansar. No has parado en años.

Paige asintió. Necesitaba ese *break*.

—Sí. Lo sé. Por cierto, no sabía que Blake estaba divorciado... Su esposa de seguro vivió un infierno con lo insufrible que es ese hombre.

La expresión de Josh se volvió seria de repente.

—¿Qué? —preguntó Paige—. Galeana Micontti fue quien me lo comentó. No es que me interese, pero me parece justicia kármica en todo caso —dijo con malicia.

Josh se inclinó y apoyó los codos en el escritorio.

—En el ámbito profesional puedes hacer y deshacer. Desafiar y ganar a raudales con tu talento musical. Pero, si te metes en el plano personal, entonces Blake encontrará el modo de quemarte. ¿Lo comprendes?

—No. —Blake la tenía confundida. Y ya habían compartido algo más que solo “plano personal”, pero no tenía por qué decírselo a Josh.

Josh se pasó la mano por el rostro.

—Te conozco muy bien. Eres curiosa, sensible y romántica. Te gustan los misterios, pero no intentes descubrir los que se esconden detrás de Blake. No es un hombre con el que puedas ensayar a ser amigos o algo más allá del ámbito corporativo.

—Josh...

—Por favor. Su historia no es la vida de rositas en el plano emocional que tú quizá piensas. Es un hombre justo, pero si se siente amenazado puede llegar a ser despiadado. He visto muchas, muchísimas, mujeres caer rendidas a sus pies y ser luego descartadas como si fuesen tan solo un periódico de ayer. ¿Me explico?

«Muy tarde», pensó Paige. La única diferencia era que ella no estaba a los pies de nadie. Al menos, corría con ventaja.

—Sí, ya, comprendo. ¿Puedes quitarte esa máscara de seriedad? Diablos. Si tan solo intentaba hacer una broma —dijo con una mueca.

Se incorporó de la silla, y se acomodó la falda del vestido de verano blanco. Sacó las gafas de sol de marco blanco y lunas oscuras de Versace.

El semblante de Josh se suavizó.

—Sabes que te quiero mucho como parte de mi familia, y no me gustaría que te lastimaran. —Ella asintió con una sonrisa—. Estás advertida. No quisieras tener que verme en la situación de soltarle un puñetazo a un buen tipo en los negocios, además, un amigo de tantos años.

—Vale... ¿Me acompañas a ese almuerzo con el dueño de la tienda de productos orgánicos para mascotas que quiere firmar conmigo para un comercial? —preguntó—. No tenemos que esperar a mi publicista, ella está ya con el empresario. Supongo que Jennie y Galeana van a pasar de lo lindo discutiendo.

Ambos sabían que Jennie Epsten tenía un genio tan o más endiablado

que el de Galeana e iba a defender los intereses de Paige, aunque estos fuesen en contra de las creencias de la mujer que trabajaba en Lion Records. Ya quería ver Paige cómo llegaban ambas a un acuerdo sobre lo que podría beneficiar su imagen, y al mismo tiempo cumplir con el contrato que ella acababa de firmar.

Al menos no iban a ser semanas aburridas, pensó ella con ironía.

—Eso no será un problema para ti —dijo Josh sonriendo.

—Algo es algo —replicó riéndose.

—¿Has revisado tu teléfono personal esta mañana?

—Errrr, nop. Olvidé cargarlo esta mañana. Tengo que programar a Alexa para que me lo recuerde —dijo, haciendo alusión a la asistente virtual de Amazon— y eso si es que no olvido programar a Alexa también —comentó.

Josh presionó el botón del elevador.

—Melinda quiere que vayas pasado mañana a comer para celebrar a Rubens.

—¡El cumpleaños! Oh, claro que iré. Hablaré con Melinda por teléfono más tarde, y así pregunto qué quiere el pequeñajo por su cumpleaños. Este año no me lo perderé, ¡estoy de vacaciones! —dijo con una sonrisa—. ¿Cumple cuatro, cierto?

—Sí, señorita —dijo haciéndole un guiño.

Abrieron la puerta que daba al garaje de la compañía.

—Supongo que eso no cuenta como una fiesta de bar, así que puedo asistir, antes de irme a mi ciudad natal a un claustro sin prensa.

Josh se rio. Hizo una negación con la cabeza, y se puso las gafas de sol Ray-Ban.

—Una fiesta es una fiesta —replicó él, siguiéndole la corriente.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Paige señalándole su Mercedes

Benz convertible último modelo color azul—. Tengo seguridad extra — comentó en broma en referencia a su equipo de seguridad que ya estaba en una SUV negra de vidrios tintados para seguirla con discreción.

—Prefiero ser un pobre diablo que conduce sin guardaespaldas —dijo con una carcajada—. Te sigo en mi automóvil, Paige.

El anuncio sobre el retiro temporal de Paige Valois de las redes sociales y la vida pública por tres meses puso frenéticos a los periodistas del espectáculo. Las solicitudes de entrevistas tenían loca a Jennie y a Betty. No aceptaban ninguna que pudiera causar daños o dar pie a rumores infundados.

Estaba prohibido mencionar que Lion Records tenía una cláusula condicional de tres meses antes de firmar un contrato definitivo con Paige. Es decir, si la guapa cantante no conseguía pasar el periodo de prueba, lo que asumirían los medios de comunicación era que toda la culpa reposaba en el lado de Paige, y no de Lion Records. La publicista de Paige, así como todos los miembros de la agencia que llevaban la cuenta de Journey Media, al igual que Betty —aunque esta trabajaba de forma particular y directa con Paige— tenían un acuerdo de confidencialidad y no podían revelar lo que estaba detrás de la decisión de la cantante de estar alejada de la luz pública. Tampoco podían señalar la ciudad en la que estaría pasando la mayor parte de lo que restaba del verano y principios del otoño, por más de que los periodistas se terminarían enterando. El asunto era que no saliera de boca de los integrantes de ninguna de las compañías, abogados incluidos, involucradas en la firma del contrato de prueba de Paige con Lion Records.

El mundo de los artistas era complejo, lleno de trabas y una mezcla de egos desmedidos y otros necesitados de reafirmación, pero todos pagaban al final un alto precio. A veces era la privacidad y otras, la mayoría de las veces, encontrarse ante relaciones sentimentales fracasadas porque las contrapartes solían estar más interesadas en el dinero y el glamour que en la persona con

la que estaban saliendo. No era ajeno del conocimiento general, pero no por eso dejaba de doler cuando los famosos se daban cuenta de la realidad, en especial cuando se creían inmunes a los cazadores de fama de cinco minutos y fortuna de por vida.

Blake contempló las olas desde su propiedad en Newport Beach. Solía irse los fines de semana a descansar del horrendo tráfico y conmoción que existía en Los Ángeles. Desde su habitación podía contemplar el mar. El ocaso en el Pacífico era uno de los mejores. Se respiraba paz.

Esperó hasta que el sol y sus últimos vestigios de luz se fundieran con el azul del cielo. Se pasó los dedos entre el cabello húmedo. No debería experimentar inquietud por haber dejado atrás a Paige. Era un contrato comercial el que estaba vinculándolos, mas no una relación. Sin embargo, no podía pensar en otra cosa que no fuera ella.

El informe que recibió de Galeana lo dejó pensativo, en especial una frase. «Es una mujer muy capaz de todo por conseguir el éxito, pero con mi experiencia puedo decirte que no haría nada que se saliera de los límites de la integridad». Y eso tan solo con pasar media tarde con Paige. Era difícil que alguien lograra una imagen como esa de boca de Galeana.

Él, en cambio, la había tratado como una mujer desechable en el plano personal. E incluso tuvo la osadía de enviar a Macron con tal de no ver a Paige. Se comportó como un idiota. Quizá era mejor así. No tendría que responsabilizarse de las fallas de Paige Valois, ella sola se encargaría de ponerse la soga al cuello.

—¿Qué tienes contra ella? —le había preguntado Macron cuando Blake le pidió que, bajo cualquier pequeña excusa, debía procurar que Paige incumpliera el contrato—. ¿Cómo crees que voy a conseguir semejante

tontería?

A diferencia suya, Macron no se contenía demasiado al hablar o dar sus opiniones. Iba de frente cuando tenía que hacerlo, y se callaba cuando creía tener una mejor estrategia para conseguir sus objetivos.

—No tendrás que esforzarte demasiado. Dale una semana para que ponga este acuerdo previo en la cuerda floja, y después solo bastará que la dejes actuar un poquito más para que caiga al precipicio y nosotros nos libremos de ella.

—Estás demente, Blake. Esa muchacha es encantadora y su voz, oro puro. No sé qué diablos te traes, ni qué obligación estás contrayendo con Josh, pero si estuviese en mis manos, Paige Valois se queda en la compañía. Galeana puede arreglar cualquier enredo, y caer sin un rasguño que cause más que solo una caracha —le había dicho Macron, observándolo con seriedad, horas atrás.

—Puede ser en un principio, pero, ¿acaso no leíste el dossier que armó el equipo de relaciones públicas sobre ella?

—Este mundo de artistas es así, ya debes saberlo de buena mano por tus padres, y me parece raro que actúes tan tajantemente.

—No quiero que empañe lo que tanto nos ha costado construir. Sheela estuvo a punto de quitármelo todo, ¿te imaginas si hubiera tenido éxito?

Entonces, Macron se le había acercado, poniéndole la mano en el hombro. Solía hacerlo cuando pretendía darle algún consejo o comentarle su punto de vista por más de que no estuviese de acuerdo con algo.

—Es una mujer inofensiva, Blake, a menos que conozcas algo que yo no en esta ecuación. Y de ser así, ¿no sería mejor enfrentarlo de una buena vez, en lugar de utilizar los negocios como escudo? —le había dado dos palmadas antes de apartarse, y después, con la mano en el pomo de la puerta, habló—: Te conozco desde hace mucho tiempo, Blake, y no creo que te haga

mal recordar de que no todas las mujeres son Sheela Nallumt. Ni en plano personal, menos en el profesional. No todas buscan defraudarte, y quizá por eso, prefieres adelantarte defraudándolas a ellas. ¿Es justo?

—Lo sé —había replicado Blake. «¿Lo sabía, de verdad, o solo intentaba auto-convencerse de que así era?» —. Lo sé.

—Debo viajar hoy con Mary a San Francisco —había cambiado de tema—, sus padres han comprado una casa nueva y quieren inaugurarla con una barbacoa. Todos mis pendientes los maneja mi asistente, pero siempre sabes dónde localizarme si necesitas mi presencia urgente.

—Enhorabuena por ellos. Saluda a tu esposa, y claro, Macron, te avisaré alguna cosa que surja.

En la soledad de su casa de la playa, Blake contempló cómo las luces de la zona empezaron a cobrar más fuerza bajo el amparo de la noche. Había invitado esa noche a Jennifer para cenar. Ella estaba fingiéndose enfadada con él por haberla dejado demasiado tiempo sola, así que insistió en quedarse en un hotel. ¿Acaso creía que engañaba a alguien?, pensaba Blake mientras se abotonaba la camisa rojo vino. Los teatros femeninos lo tenían sin cuidado, siempre y cuando al final él se saliera con la suya como siempre ocurría.

Una mujer podía sacar a otra mujer de la mente de un hombre. Él tenía plena experiencia en ello e iba a ponerlo en práctica esa ocasión. Jennifer dejaría de estar fingiendo su enfado, y accedería a pasar la noche en su cama. Todo volvería a su cauce, en especial las imágenes eróticas de Paige desnuda, y gimiendo su nombre.

CAPÍTULO 12

Paige contempló con una sonrisa cómo sus sobrinos, así les decía a los hijos de Josh porque los consideraba su familia, se entretenían con el juego de legos que Rubens había recibido como regalo de cumpleaños. Eran unos pequeñajos muy majos y, aunque traviesos como todo niño a su edad, se portaban bien.

Debido a su intensa agenda de trabajo eran pocos los momentos que podía compartir con ellos, en especial los cumpleaños. Al que jamás le fallaba, sin importar en dónde estuviese, era Shawn. Quería a los tres niños por igual, pero su sobrino, por lazos de sangre, era alguien sumamente especial en su corazón.

—¿Te gusta cómo va quedando el castillo, tía Paige? —preguntó Alex, mientras Rubens —el menor— se afanaba tratando de encajar una de las piezas del Lego con otra para conseguir terminar la barrera que sostenía una catapulta. Los otros cinco amiguitos que habían invitado a la fiesta se entretenían procurando ayudar o simplemente utilizaban otros de los juguetes que habían dispuesto para ellos.

Se trataba de una reunión pequeña, y en el exterior se había planificado que los niños utilicen la piscina bajo el cuidado de dos monitoras contratadas específicamente para velar por la seguridad de ellos. Ya habían comido, así que ahora los padres —a juicio de Paige— esperaban que los niños se aburriesen para pedir que los llevaran a la piscina. Ella también tenía listo su bikini, no encontraba nada más divertido que chapotear en el agua con la libertad que le daba poder reírse y hacer a voluntad con sus sobrinos. ¿Si acaso le importaba lo que pudiesen decir los amigos de los Daniels? Imposible. Le daba igual.

En esa casa la consigna era ser y dejar ser, y eso incluía que, si algunos de los amigos habituales de Josh o Melinda encontraba alguna celebridad en la casa —conocían con quiénes trabajaba Josh— no se la importunaba y se la trataba como una más del grupo. Aquello era un alivio para Paige, en especial, porque debido a la selectividad con la que los Daniels se manejaban, ella sabía que podía disfrutar con ellos a sus anchas.

Vestida con unos cómodos jeans color púrpura, y una blusa sin mangas beige a juego con unas sandalias de tiras finas que adornaban sus pies de uñas pintadas de rojo, ella se acuclilló. Acarició la cabecita rubia de Alex, y después repitió la caricia en la cabecita pelirroja de Rubens.

—Está precioso, cariño. ¿Te ha gustado más que el cochecito de bomberos que te traje para pasear en el patio? —le preguntó con una sonrisa señalando el patio trasero con piscina, y que era visible desde la sala de sofás azul oscuro.

—¡Sí, tía! Pero Álex quiere quitármelo —dijo Rubens haciendo un puchero.

Ella rio y miró a Melinda, que estaba conversando en el otro lado de la amplia sala a los padres de los amiguitos que habían invitado. Josh era el encargado, al parecer, de monitorear que sus hijos se comportaran bien, pero en especial de procurar que sus amigos no se quedaran sin un vaso de vino o una cerveza.

—Oh, no te preocupes por eso, que dentro de cuatro meses será el cumpleaños de Álex, entonces le compraré un carrito de policía. Así pueden jugar los dos en el patio, ¿qué tal eso?

Al escuchar su nombre, el hijo mayor de los Daniels, miró a Paige.

—¿En serio, tía? —preguntó sonriendo.

Ella volvió a reír. Ser un niño resultaba tan fácil, pensó con nostalgia al recordar su infancia llena de problemas, que todo se desvanecía en los

laberintos de la memoria y la fantasía que creabas inconscientemente para justificar lo que te causaba dolor. Hasta que crecías y no era posible maquillar la realidad para hacerla más llevadera.

—Sí. —Miró a los otros niños que la observaban como si hubiera dicho que pronto llegaría un carrito lleno de algodón de azúcar, les sonrió—: Ustedes, si sacan buenas calificaciones en la escuela y comen vegetales, seguro podrían venir a jugar con Rubens y con Álex. ¿Qué tal eso?

—¡Siii! —exclamaron todos al unísono atrayendo la mirada de sus padres. Estos últimos observaron a Paige con intriga.

Ella sonrió y se puso de pie. Llevaba el cabello rubio suelto y su estilista le había dado cuerpo haciéndole unas ondas suaves. Las ventajas de ser famosa, pensó ella, era que si se retrasaba siempre habría una estilista dispuesta a atenderla en casa.

—Les prometí que podían compartir los juguetes —expresó, alegre.

Momentos atrás, cuando recién había llegado, Kirk Lasloz, un amigo viudo de Melinda que tenía una hija de cuatro años, entabló conversación con ella. Era un hombre bastante interesante, aunque no le despertaba cosquilleo alguno en la piel como sí lo hacía otra persona de la que prefería no acordarse. En ese momento, Kirk volvió a acercársele.

De ojos verdes y cabello negro, sus treinta y ocho años de edad, apenas se le notaban. Salvo por ligeras vetas de cabello entrecano, y las arruguitas que se le formaban en el contorno de los ojos al sonreír.

—He leído en las noticias que vas a tomarte un descanso —comentó con un vaso de cerveza a medio beber.

Ella sonrió.

—Sí, ya es momento de que las cosas en mi vida profesional tengan un poco de calma —dijo—, espero que no creas siempre todo lo que dice la prensa. Siempre la versión en persona puede ser peor —comentó en broma.

Kirk dejó escapar una risa grave y profunda. Era una risa contagiosa, decidió Paige, y mientras reía con él, miró a Josh, pero este tenía la atención en otro sitio.

Todos los presentes observaron, como siempre ocurría cuando alguien nuevo se unía a una reunión, a la persona que acababa de entrar a la casa sin dejar de departir entre sí. Ella, por supuesto, se giró para seguir el curso temporal de la mirada de los demás, quienes retomaron pronto sus conversaciones.

«Seguro que es una alucinación», se dijo sin creer lo que veían sus ojos. El murmullo alrededor regresó, pero para ella todo se había desvanecido. ¿Qué hacía Blake Howard en la casa de Josh? Sí, era una pregunta estúpida, porque sabía que eran amigos desde hacía años —lo sabía ahora—, pero jamás se lo había topado en ninguna reunión, menos vinculada a los niños... «Porque siempre estabas de gira», le dijo una vocecita en la cabeza.

No creía posible articular palabra, así que se limitó a esbozar una educada sonrisa, antes de girarse para desaparecer como niña asustadiza en el sitio que consideró más seguro: el bar del cuarto de música en el que Josh solía trabajar con ella cuando había en el exterior un tiempo muy malo. Mientras todos estaban entretenidos saludándose entre ellos, y antes de que le llegase el infame turno de tocar la piel de Blake aunque solo fuese para estrecharle la mano, Paige avanzó por un pasillo y entró en la salita.

«No puede ser. No puede ser». No podía culpar ni a Josh ni a Melinda. ¿Por qué tendrían que rendirle cuentas sobre la lista de invitados o acaso pensar en su opinión sobre sus amigos? Al final, ignoraban hasta dónde había llegado a conocer a Blake. «Demonios», pensó sentándose en la silla alta que estaba en el discreto bar de madera.

Cuando se apartaba con disimulo de la gente en la sala sintió la mirada de Blake. La sensación de ligero calorcito en la espalda era inequívoco.

¿Cómo era posible aquello? Debía estar empezando a perder la razón.

—¿Evadiéndome? —preguntó la inconfundible voz de Blake, sobresaltándola.

Se giró despacio. No quería demostrar cuánto la afectaba verlo.

—Evado a la prensa, según un contrato que acabé de firmar hace unos días, es como debo proceder. Si no eres de la prensa, ¿por qué habría yo de evadirte? —replicó con fingida calma.

Sus fosas nasales se llenaron de inmediato del aroma de Blake. Y como si su cuerpo hubiera cobrado vida, como una flor al sol después de un largo invierno, sintió los pezones endurecerse. Se cruzó de brazos, y lo vio sonreír. «Será bastardo.»

Paige tomó el vaso de coñac que acababa de servirse segundos atrás y se lo bebió de un solo trago. Grave error, claro, pero contuvo las ganas de toser. Fingió no notar cómo vestía Blake esa tarde. ¿Cómo conseguía un aspecto tan endemoniadamente sexy? ¡No era justo! Vestido con pantalón caqui, una camisa blanca, y zapatos a tono con el pantalón, era una oda a esos personajes de la televisión que una quería conjurar para tenerlos frente a frente y hacer con ellos algunas travesuras. ¿Aidan Turner? Sí, como Aidan Turner de la serie Poldark.

—Lamento no haber estado en la firma del contrato —dijo de pronto asumiendo un tono serio—, y también haberte dejado sin avisar en Colorado Springs en una casa que no te era familiar, y en un entorno desconocido. Usualmente mi comportamiento no tiene esos matices.

Sorprendida por esa súbita declaración, ella lo quedó mirado y sus ganas de mantenerse a la defensiva desaparecieron.

—¿Por qué procediste así conmigo, Blake? —preguntó con suavidad.

Blake había decidido ser honesto. La noche anterior, después de acostarse con Jennifer, no fue capaz de culminar el acto. La imagen de la

mujer que besaba no pertenecía a quien tenía físicamente desnuda bajo su cuerpo, sino Paige Valois. Fue un cubo de agua helada para alguien habituado a tomar decisiones y conseguir sus metas en todos los planos.

No poder olvidarse de una mujer era algo inaudito, y una incómoda sensación de pertenencia se apropió de él cuando vio a Paige riéndose con Kirk. Se conocían, por supuesto, y por ende Blake sabía que su amigo era el tipo de hombre que buscaría conquistar a alguien tan hermosa como Paige. ¿El problema? Que, siendo tan encantador y dispuesto a tener una relación seria en lugar de una casual —como las que Blake prefería— era el opuesto de él, y conseguiría la atención de la sexy cantante sin demasiadas trabas.

Él sabía que el contrato de Paige le impedía salir abiertamente de forma romántica con alguien, pero no estipulaba que no lo hiciera en privado bajo el techo de sus amigos más cercanos en el caso de que estuviese interesada en una persona. Pequeño detalle, pensó. Blake se sintió furioso, como si alguien se hubiese metido en una propiedad que contenía bienes que no quería que nadie más conociera. Resultaba una reverenda idiotez.

—¿Quieres jugar a las adivinanzas?

Avanzó hasta ella y le tomó la muñeca con la mano. Sus miradas se cruzaron con intensidad.

—Solo quiero una respuesta sincera.

«Puedo darle una a medias.»

—Porque te sigo deseando.

—Es incongruente que desees a alguien y le hagas un desaire como lo hiciste conmigo. De hecho, Macron, muy amablemente al finalizar la firma del contrato me llamó aparte y me pidió disculpas por tu ausencia. ¿Puedes creer eso? Tuve que escuchar las disculpas de alguien que no tenía por qué dárme las, pero de tu parte, del presidente de la compañía, ni una palabra. ¿Y sabes qué, Blake? —preguntó, soltándose de la mano cálida que sostenía su

muñeca—. Esto no tiene que ver con lo que pasó aquella noche en tu mansión. No es un asunto personal, sino profesional. Y a pesar de que te cueste creerme, o entenderme, la música es mi vida. No el dinero, menos la fama, peor un hombre. Solo la música.

Dejándolo sin palabras, Paige abrió la puerta y volvió a la fiesta de cumpleaños infantil. Ella no iba a darle el poder a Blake que la tratara como si fuese una mujer más que agregar a su lista de conquistas.

Una noche le había enseñado suficiente, aunque su cuerpo clamaba a gritos repetir el éxtasis en manos de Blake. Apartarse de él, después de su comentario de que continuaba deseándola, le hizo arder la sangre que corría por sus venas, pero más fuerte era su deseo de volver a cantar y grabar discos.

Hombres había muchos. Una carrera profesional que te hiciera sentir completa, feliz y próspera por el simple hecho de ser tú misma, no. Le demostraría de qué estaba hecha a todos esperaban que fallase. No creía que los Daniels pensarán que ella fuese a fracasar, pues no serían su familia elegida sin lazos de sangre. Se trataba de los demás, se trataba del resto del mundo que parecía aguardar la próxima noticia en que se confirmara su definitiva caída profesional. No iban a tener el gusto, y ella disfrutaría ganándose a pulso el contrato indefinido. No iban a arrebatarle lo que merecía con creces y por lo que había trabajado sin descanso: el éxito.

Blake se quedó sorprendido de cómo Paige le dio esquinazo. La admiró por ello, pero no le gustó en absoluto. Otra vez se había comportado como un muchacho veinteañero con el ego desmedido, en lugar de un hombre de treinta y cinco años con una educación prolija y mucho mundo a sus pies.

Con Paige no atinaba ni una.

Le pedía disculpas, y luego asumía que ella moría por volver a estar con él. La respuesta de Paige fue un golpe a su ego y una llamada a que despertase de su letargo. Tal vez haberse acostado con ella había reivindicado

una idea que empezaba a rondarle en la mente. Un poco descabellada al inicio, pero parecía cobrar forma.

Quizá era momento de empezar a considerar la idea de conocer a una mujer para más de una noche entretenida o varias. Alguien que lograra penetrar su coraza emocional. Alguien que le permitiera creer que todavía existía un resquicio de posibilidades para un corazón envuelto en piedra.

Ya había dicho su disculpa formal a Paige. No había más que hablar. Podría decir que ella fue solo un fruto prohibido que deseaba tener, y probó con glotonería. Sin planificarlo ni detenerse a pensar. La miel de Paige era adictiva, sí, y sería mejor que él se quitara la idea de sucumbir a la tentación.

Con una nueva resolución en mente, y más sereno, Blake volvió a la reunión.

No era el primer cumpleaños que atendía de uno de los hijos de Josh. Le gustaba el hogar que su amigo había logrado crear con Melinda. Tal vez esa tarde había tenido una epifanía, y el momento de tener hijos y volver a confiar en una mujer acababa de empezar a fraguarse. Solo tenía que encontrar alguien que valiese la pena su tiempo, su esfuerzo, y su maltrecho corazón. Todo un reto.

Se acercó al grupo de amigos a los que veía muy de repente.

Mientras aceptaba un vaso de cerveza, el rabillo del ojo corrió hacia lo que ocurría en la piscina. Los niños estaban riéndose y jugando en la piscina. Las madres, algunas, continuaban en el saloncito charlando, y otras, acompañaban a las monitoras cuidando a los pequeños. A ratos, sus amigos salían para chequear que todo estuviese bien con sus hijos, y después regresaban a continuar charlando entre hombres.

En ese preciso instante, en que bebía un trago, captó la imagen de Paige. El bikini rojo le quedaba de infarto. La observó en el momento justo en que su cuerpo curvilíneo se perdía en el agua de la piscina.

«Buena suerte», le deseó una parte de su anatomía ante la resolución que acababa de hacer momentos atrás de no tentarse a sí mismo en volver a tocar y acariciar los secretos de esa mujer. Se aclaró la garganta, cuando se dio cuenta de que Raul, uno de los amigos del grupo, le había hecho una pregunta y aguardaba una contestación. Los demás, aguardaban.

Blake era muy suspicaz, y notó el preciso momento en que Josh hizo la conexión entre su distracción momentánea con el motivo que la causaba. Se miraron brevemente, una milésima de segundo, pero fue suficiente para que el representante de Paige, y ante todo un amigo desde hacía años, dejase claro el mensaje entre los dos. Una advertencia que le daba a entender que, si lastimaba de alguna manera a Paige, ella tenía quién la defendiese y nada tenía que ver un equipo legal. Que la amistad entre ellos era de más años, pero no para permitirle causar daños emocionales en alguien que los Daniels consideraban parte de su familia.

«No tientes tu suerte, Blake.» Mensaje captado, pensó el dueño de Lion Records. De haber sabido el nivel de amistad de Josh, Melinda y Paige, quizá la situación hubiera sido diferente... O no.

Blake tenía claro cuál era su propósito desde el momento en que Josh le pidió aceptar la audición con Paige. Ella no iba a formar parte de su compañía más del tiempo del necesario.

CAPÍTULO 13

Tres semanas más tarde...

Sheela miró a Blake de aquella manera con la que siempre solía conmovirlo en el pasado. Bien fuera para seducirlo, ablandarlo o llevarlo a alguna función de teatro que a él no le gustaba.

Él procuró fingir indiferencia, pero lo cierto era que su exesposa no era el tipo de mujer que pasaba desapercibida. Después de todos esos años divorciados, la posibilidad de que Sheela pudiera convencerlo de volver a estar juntos era muy distante. Y no porque ella no lo hubiese intentado, incluso cuando la tinta de los papeles de divorcio todavía estaba fresca.

Le había dicho, en repetidas ocasiones, que continuaba enamorada de él y que deseaba que se diesen una nueva oportunidad. Quería demostrarle que podía volver a confiar en ella y recuperar el tiempo perdido. Él no creía en esas tonterías. No creía en Sheela. Sin embargo, podía afirmar que en ese instante ella no estaba mintiéndole.

Las lágrimas no eran falsas, porque la conocía, al menos de eso estaba seguro. El ligero temblor en sus manos de perfecta manicura daba cuenta de que, por más de que quizá habría intentado no acudir a él, lo había terminado haciendo porque creía que era la única opción para esas circunstancias.

Aunque Irene tenía órdenes de jamás pasarle llamadas, peor recibir a Sheela, el rostro inquieto —habitualmente sereno de su asistente en Los Ángeles— le indicó que no era una ocasión que él querría pasar, por más de que lo deseara. Así que ahí estaban, a las once de la mañana de un lunes, tratando de mantener una conversación que no tuviese tintes hostiles.

Él había tenido tres semanas de mierda viajando entre Estados Unidos y

Japón para una posible alianza comercial en un mercado ajeno a la música. No tenía noticias de Paige que indicasen que estaba transgrediendo el acuerdo, así que él imaginaba que estaba comportándose acorde a lo estipulado en el contrato. Demasiado bueno para ser cierto, y él pensaba ir a cerciorarse de que Galeana no se hubiera dejado manipular por la aparente docilidad de Paige. «O a lo mejor quieres saber si está saliendo con alguien y ha sido muy discreta», le dijo una parte, bastante confiable, de su conciencia.

Llevaba todos esos días tratando de contactarse para pedirle una cita a una mujer muy interesante que conoció en una cena, cuatro días atrás, pero por uno u otro motivo, no había podido llamarla. «O buscas excusas para ir a Portland lo antes posible.» Esa vocecita de conciencia empezaba a desquiciarlo. Era como tener un discurso del ángel bueno y del ángel malo.

—Por favor... —dijo Sheela sacándolo de sus reflexiones—, decídelo tú, porque no tengo corazón para algo así.

—¿Por qué has pensado que yo tengo la solución? —le preguntó entrelazando los dedos de sus manos entre sí, sobre el tablero del escritorio, mirándola tan elegantemente sentada en el sofá blanco que tenía él en el centro de su oficina. Sheela, cuando estaban casados, siempre rehusaba sentarse en uno de los asientos frente a él porque decía que era su esposa, una invitada, mas no una empleada o un empresario. No había cambiado su posición desde entonces al parecer.

—No conozco a ninguna otra persona capaz de ser tan fuerte como tú.

Blake soltó una carcajada.

—O muy estúpido.

—Blake...

—Joder, Sheela, ¿acaso crees que me gusta la idea? —preguntó—. Me vienes a decir que Tritón tiene cáncer y la única opción para que deje de sufrir es que yo elija si dejarlo morir de dolor solo para alargar su tiempo en

este mundo o ponerle fin a su vida, durmiéndolo. —Se pasó los dedos entre los cabellos y se frotó la sien derecha—. No se trata de tener cojones, sino de mente fría y no puedo tenerla en estos momentos cuando me sueltas algo como esto en medio de una semana de mierda.

—Yo, simplemente, no puedo hacerlo... Amo a Tritón como si fuera mi hijo...

Si algo le reconocía Blake a Sheela era su naturaleza generosa con los animales. Además de su trabajo habitual, ella solía dedicar cierta parte de su tiempo a causas a favor de los animales. Y sí, Tritón era un perro demasiado mimado, al punto de casi ser tratado como un bebé humano y él entendía el dolor que observaba en Sheela. Y también se sentía entre la espada y la pared porque él quería a Tritón.

—¿Qué ha dicho el veterinario? —preguntó con resignada tristeza.

—Puede durar con medicamentos seis meses o un poco menos, pero dice que ese cáncer es agresivo y estaría más tiempo drogado, y no volverá a su rutina habitual. Tampoco es el mismo desde que lo llevé al veterinario. Como si intuyera que algo no va más —susurró—, yo... Blake, no quiero que Tritón se muera, ¿comprendes? —preguntó de forma retórica, mirándose las manos mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Muy a pesar de que sabía que no debía hacerlo, que debía mantenerse alejado, Blake se apartó de la silla y se sentó en el sofá junto a Sheela. Le tomó las manos entre las suyas. Ella elevó la mirada, sorprendida, por ese gesto tan inusual desde que estaban divorciados.

—No es una decisión fácil para mí tampoco. Pero me hubiera gustado ir contigo al veterinario o que me llamasas antes.

—Lo hice, pero...

Él suspiró. Sí, era cierto. Tenía varias llamadas perdidas de Sheela, y por lo general o no respondía o lo hacía cuando le daba la gana.

—Lamento no haberlo hecho ahora. Déjame pensarlo, ¿de acuerdo? — preguntó antes de apartarse.

Las manos de Sheela retuvieron las de Blake. Él se quedó inmóvil.

—Sheela...

—Blake, ya he pagado suficiente tu ausencia —expresó poniendo la palma de la mano en la mejilla de su exesposo—, la conciencia me remuerde, pero mi corazón ha sufrido mi error. Por favor, dame la oportunidad de demostrarte que no soy la misma. He madurado. He cambiado. Déjame ganarme tu confianza...

Él no quería esa clase de presión. No estaba interesado.

Se puso de pie, para marcar la distancia. Vio el dolor del rechazo en Sheela, pero él ya no la amaba. No tenía sentido darle falsas esperanzas o siquiera plantearse la idea de que podrían intentarlo. Era descabellado e inútil.

—Tengo una reunión dentro de un momento y debo prepararla.

—¿Te acuestas con ella? —preguntó de repente tomando su bolsa de Burberry, antes de ponerse de pie. Sheela era casi tan alta como él—. Jamás te lo pregunté, pero los rumores siempre me hicieron sospechar y...

Él frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas.

—Galeana y tú.

—¿Qué importante podría resultar aquello? No hago declaraciones a nadie sobre mi vida personal.

Sheela bajó la mirada, y Blake tuvo una idea que no le gustó en absoluto.

—Tal vez debí preguntarte tiempo atrás...

—No me vengas a decir que, después de tantos años en que tuviste la oportunidad de hablar conmigo y sincerarte, me engañaste porque creías que

yo lo hacía primero... —dijo entre dientes, y sintiendo cómo le subía la bilis por la garganta.

—Éramos muy inmaduros, yo en especial... Blake... —expresó estirando la mano para tocar el antebrazo masculino sobre la tela que lo cubría. Él se apartó, y ella dejó caer la mano—. Tenía rabia, y sabía que estabas muy ocupado. Pasabas horas y horas con ella en la oficina. Yo me sentía cada vez más sola...

—No quiero tener que recordar esto, Sheela.

—Solo después del divorcio entendí mi error.

Blake no podía escuchar más tonterías.

—Me pregunto qué karma debo estar pagando ahora para tener que escuchar esta confesión de tu parte... Si es verdad lo que acabas de insinuar...

—Te engañé porque creía que te acostabas con Galeana, porque me sentía sola y otra persona me brindó consuelo... Porque fui una tonta al no hablarlo contigo siquiera cuando experimentaba esas sensaciones, pues no quería que creyeses que me quería interponer entre tu negocio y tu éxito. Te perdí. Y me arrepiento cada día. Ningún hombre ha podido llenar tus zapatos jamás... —susurró, mirándolo.

—¿Acaso no dijiste que me habías engañado porque ya no me amabas?
—le preguntó con rabia.

—No pensé que ibas a descubrirlo. Yo creía que iba a ser algo momentáneo, no planeé que después me enamorase o creyera estar enamorada de él. ¿Cómo iba a decirte que te amaba con locura, pero me sentía dejada de lado? Nunca te han gustado las mujeres dependientes emocionalmente, y yo empezaba a convertirme en una.

—Casi cuatro años...—murmuró Blake, agobiado— y me vienes recién a decir todo esto. Yo no quería una mujer dependiente, pero mucho menos

una que fingiera sentir una cosa cuando en realidad experimentaba otra. Me engañaste, punto. No hay justificación. No intentes meterte en mi cabeza más de lo que has logrado hoy. Pensaré en qué hacer con Tritón, pero Sheela, no tienes nada que ver conmigo. Terminamos, y así se quedará para siempre. ¿Lo comprendes?

—¿Qué puedo hacer?

—Regresa a tu vida. Encuentra lo que te hace feliz. Si crees que saber que me acosté con Galeana o me acostaba con ella, vas a aliviar el pequeño resquicio de conciencia que te queda con sensación de culpa por tu infidelidad, pues temo decirte que jamás me he acostado con ella. Tendrás que vivir con tus errores hasta cuando seas capaz de perdonarte. Yo no tengo ya nada que ver en tu vida. Una vez que firmé esos papeles para mí no hubo ni hay vuelta atrás —dijo con firmeza. Esa visita acababa de poner una loza más de cemento sobre su fracasado matrimonio.

Sheela sintió el peso de su error como si hubiera sido ayer. Con la garganta seca, y conteniendo un sollozo, asintió.

—Al menos, me dejas abrazarte.

—No creo que sea una buena idea, Sheela.

Ella asintió y se apartó.

—Entiendo... Por favor, hazme saber tu decisión sobre Tritón. No es necesario que estés cuando... —hizo un movimiento con la mano— Si es que decides que lo debemos poner a dormir...

—Me pondré en contacto contigo lo antes posible.

—¿Me odias? —preguntó con un susurro, mirándolo con sus ojazos verdes.

—No siento nada, Sheela. —Ella apretó el bolso que reposaba en su hombro, contra el costado, como si fuese su boya salvavidas. Y de algún modo, en ese instante, lo era—. Te acompaño a la salida.

Paige había encontrado en su retiro de los escenarios una paz que no recordaba experimentar desde el día en que decidió abandonar Portland. Durante esas tres semanas tuvo sendas reuniones con Galeana. Sí, la mujer era implacable y un témpano de hielo, pero también sabía escuchar. Y esto último era muy importante para Paige.

Después de meditarlo concienzudamente, y bajo el consejo aprobatorio de Melinda, decidió comprar una casa en Arlington Heights. Lo pudo haber hecho mucho tiempo atrás, pero no encontraba sólidos motivos para ello. Pasar dos días en un hotel y luego desaparecer —cuando Anthony tenía la osadía de chantajearla— era su estilo, pero ahora tenía poco más de dos meses por delante y la situación era distinta. Su vida actual no se podía comparar con la casa maltrecha de Forest Grove, y que ella siempre vio con ojos soñadores. Esa propiedad la demolieron cuando su madre murió, y Paige sintió un alivio indescriptible.

Coral, por supuesto, le reclamó por la demolición, pero después se quedó callada cuando le compró una casa nueva en una zona bastante pintoresca y segura. Claro, el título de propiedad estaba a nombre de Paige y Shawn. Ni loca lo ponía a nombre de Coral, su hermana era capaz de dejárselo a Anthony si él amenazaba con dejarla.

Abrió la ventana de su habitación. La casa tenía un estilo victoriano y todas las instalaciones interiores eran muy modernas. Con dos pisos y varias habitaciones, que no sobrepasaban las tres, le era más que suficiente. El aire entró a raudales.

Volvió sobre sus pasos y se sentó en la butaca roja de respaldar alto que había comprado para tocar la guitarra. Todos esos días, aparte de las actividades de caridad y visitas sorpresa a hospital de personas de escasos

recursos, ensayaba sus nuevas canciones. Debía elegir de un total de veinticinco, tan solo diez. Ella no era de las artistas que compraba letras a escritores musicales famosos. Lo que tenía salía de su propia inspiración. De otro modo no podía cantarlas ni venderlas como suyas.

Con una sonrisa recordó cómo su sobrino Shawn la recibió días atrás. Los ojitos azules se le iluminaron al encontrarla en la puerta de la escuela. Paige, no sin haberse peleado con su cuñado y Coral, consiguió que en la escuela la designaran como contacto alternativo de Shawn, y podía ir a recogerlo a la salida de las clases sin líos.

—¡Tía Pai! ¡Tía Pai! —había exclamado corriendo con su uniforme y la mochila al hombro, y una sonrisa resplandeciente.

Tan solo por ver esa sonrisa, ella caminaría sobre piedras.

El niño le había hecho prometer que no se alejaría de él tan rápido. Y esa era una promesa que no le costaría cumplir.

Su hermana era un tema diferente.

Coral solo le reclamaba que quisiera comprar el cariño del niño con regalos. ¿Cuándo entendería que el amor no se compraba con obsequios?, se preguntaba, no sin pesar. Era evidente que Shawn era un niño que necesitaba atención y que sus méritos, por pequeños que fuesen, se apreciaran para que él adquiriese confianza en sí mismo. El dinero no tenía nada que ver.

Para alivio de Paige, su cuñado parecía estar todavía entretenido jugando a los granjeros en las afueras de la ciudad y solo volvía los fines de semana para atender el taller mecánico del que era dueño. No lo veía casi, ni tampoco es que fuese su más añorado deseo encontrárselo. Lo evitaba, y —salvo que él necesitase más dinero— Paige podía ir y venir a su antojo con Shawn, y a Anthony le valía tres pepinos.

¿Cómo era tan tonto e incapaz de darse cuenta del hijo maravilloso que tenía?, pensaba Paige mientras afinaba su guitarra.

Era sábado en la noche, y no tenía planes para salir a ninguna parte. Qué solitaria podía resultar la vida de una persona que lo tenía todo, pero eran pocos quienes se acercaban para querer conocerla de verdad. Suspiró y empezó a marcar los primeros acordes de la canción que creía sería su quinta elección. *Cuatro días sin ti*. Era una canción que marcaba la experiencia emocional cuando su padre murió.

Estaba trabajando en un álbum más personal. Diferente. Más sincero.

Melinda le hizo prometer que no iba a dejar de disfrutar su estancia tan solo porque tenía que cuidar su reputación. De hecho, su amiga le dijo que, si conocía a alguien que despertase su interés durante su estancia en el Estado de Oregon, solo tenía que llamarla y ella se las ingeniaría para cubrirle las espaldas. Como siempre, Melinda conocía los pormenores, no solo de su vida pasada en la pobreza, los chantajes y el homicidio, sino sobre las cláusulas del contrato. Era su única amiga. Podía confiar en ella.

Solo existía un secreto que no le había contado, y ese secreto era su tormento. No entendía por qué consideraba lo ocurrido con Blake algo más peligroso de hablar que todas las desgracias pasadas. ¿Quizá porque temía que, si hablara de él en pasado, entonces jamás volvería a verlo? Estaba siendo ridícula.

Pasaba el día siguiendo la agenda de Galeana. En las tardes iba en su automóvil a recorrer sitios remotos en las afueras. Disfrutaba de la preciosa naturaleza que había dotado a Portland de tanto atractivo. Llegaba rendida en las noches, y aprovechaba para relajarse con su música. Empezaba a acostumbrarse a esa vida calmada.

Pero eso era reciente. Casi una novedad no ser el centro de atención, y no exactamente por logros encomiables. «Pobre de la celebridad que sea hoy el centro del huracán de los cotilleos», pensó. Lo único bueno era que todo resultaba estacionario en el mundo de luces y aplausos. Una vez que dejabas

de ser noticia, ocurría a los tres días, o una semana si eras Angelina Jolie o Brad Pitt, entonces debías sentir alivio porque había ya otra víctima de los cuchicheos y malas lenguas.

Así era el circo mediático.

De hecho, los medios de comunicación se volvieron locos cuando ella hizo el anuncio de su tiempo fuera de los escenarios para trabajar en un nuevo álbum, y mucho más cuando se habló de su firma temporal con Lion Records. No hablaban de otra cosa, y no tardaron en bombardear a Galeana y a su equipo.

La mujer, Paige ignoraba cómo, logró que las demandas para entrevistas —aparte de las que ya se había dado en Los Ángeles— continuasen. Incluso se sorprendió de que los paparazzis que la estaban siguiendo, la dejaran en paz. Algunos periodistas querían saber qué había motivado a Blake Howard a darle una oportunidad cuando él se dedicaba solo a nuevos talentos, y no a artistas ya consolidados en el mercado. Una declaración contundente sobre segundas oportunidades y confianza en el talento, entre otras cosas, de parte de Galeana, dejó satisfechos a los entrevistadores. No volvieron a insistir sobre Blake. De hecho, casi parecían acostumbrados a que el hombre no figurase en ningún evento de su propia empresa y que fuera siempre Galeana o Macron, quienes estuviesen al frente.

¿Qué les habría prometido la relacionista pública de la disquera a cambio de que la dejen a Paige en paz? A ratos, Paige pensaba que con tantos artistas jóvenes fichados por Lion Records, de seguro les habría ofrecido varias exclusivas a distintos medios de comunicación para lo que restaba del año. Lo cierto es que no importaba.

Solo le quedaban nueve semanas y firmaría el contrato.

Estaba más que feliz ante la idea. Su nuevo álbum la tenía ilusionada. También tenía pensado hacerse un cambio de look. Tal vez unas

iluminaciones en el cabello. Sonrió mientras movía los dedos entre las cuerdas de la guitarra.

Ya tenía su sexta canción.

El estómago le rugió cuando cerró los ojos y recostó la cabeza contra el respaldo. Habían pasado más de dos horas desde que se acomodó para ensayar. Solía perder la noción del tiempo con su música.

Era momento de cenar, pero no tenía nada en el refrigerador. Cocinar no era su especialidad. Bien podría contratar un chef o incluso la cantidad de personal a su disposición para que la ayudase, pero prefirió no hacerlo esta ocasión. A pesar de tener que pedir todos esos días comida a domicilio, cuando poseía todos los lujos a disposición, había tomado la mejor decisión al estar sola. ¿En qué momento podría volver a disfrutar de la, aparente por ahora, calma que gozaba? Valoraba esos días como oro en polvo.

Una cena sola, en un restaurante solitario o lejos del mundanal ruido, le iría bien. No es que fuese la única estrella de la música por la que la prensa se pudiera interesar. Ya tenía a Galeana trabajando en su imagen y coordinándolo todo con su asistente personal en Los Ángeles para que todo encajara a la perfección con la charada que estaban armando en beneficio de Lion Records, y su reputación personal.

Por otra parte, sí tenía otro motivo para mantenerse optimista. Una persona alejada de los intereses comerciales, propios del mundo de luces y apariencias en el que ella trabajaba, estaba interesada en ella.

Sonrió ante la idea de devolverle la llamada a Kirk, el amigo de los Daniels que estuvo en el cumpleaños del pequeño Rubens.

Cuando Blake había abandonado la fiesta, ella se relajó y pudo charlar con Kirk más en profundidad. Era un hombre inteligente y con gran sentido del humor. Y al saber que ella estaría fuera de Los Ángeles, le preguntó si le molestaría que él fuera un fin de semana para invitarla a cenar. Solo porque

no quería dar de qué hablar a las pocas personas que podrían reconocerla, tuvo que declinar su invitación, pero ella le gustaba la compañía de Kirk. Lástima que no lograra que sus cinco sentidos se cortocircuitasen con su sola presencia.

A veces era mejor no pensar en lo que no se podía tener.

Antes de entrar en la ducha llamó a su hermana para preguntarle si le gustaría cenar comida tailandesa, y también se ofrecía a llevar helados con Nuggets de pollo para Shawn. Coral le dijo que solo porque esa noche estaba agotada y no quería hacer la cena. Aceptó de mala gana. «Si hubiera estado Anthony seguro que no venías, no sé por qué lo detestas tanto, es un hombre que solo quiere tu ayuda y se la niegas. ¿Cómo no va a chantajearte? No tiene otra forma de conseguir que lo apoyes en sus iniciativas», le había dicho, y Paige hizo lo mejor que pudo para contener una réplica mordaz. A veces se preguntaba si acaso en el parto, de las dos, su hermana se quedó sin unas neuronas menos. ¡Qué insoportable podía ser! Solo porque quería ver a Shawn, ignoró las estupideces de su hermana.

—¿Estás tomando tu medicación? —le había preguntado a su hermana antes de cerrar el teléfono—. Porque te recuerdo que, así como te abro crédito para que compres, también te lo puedo cerrar. No puedes sumirte en una depresión. ¿Has ido a ver al doctor Tomlinson?

—Paige, mi madre murió hace un tiempo atrás, no necesito un reemplazo.

—Me preocupo porque eres mi hermana.

—Si revisamos nuestra historia pasada, entonces comprenderás por qué no me siento tan conmovida.

—No sé por qué siempre tenemos que discutir de lo mismo...

—Porque nunca me has pedido disculpas.

—¿Por haber buscado mi porvenir, por haber logrado éxito, y por

utilizar mi dinero para ayudarte, a pesar de que eres una malagradecida? — dejó escapar un bufido—. Te veo dentro de un rato, Co-Co. Por el bien de Shawn, intenta no ser impertinente.

—Mi hijo es importante para mí.

—Entonces quizá no debería tener, cada dos por tres, comentarios de la profesora en su libreta del diario expresando su preocupación por que el niño se queda dormido en clases.

—Eres una piedra en el zapato, Paige.

—¿Eso significa que no estás durmiendo bien y arrastras a Shawn a tus desórdenes de sueño?

—Estoy viendo al doctor ese de pacotilla. Cumplo los turnos en el trabajo. Mantengo un perfil bajo para que la señorita famosa no se sienta amenazada, por si te lo preguntas. Y si Shawn se queda despierto hasta tarde es porque espera que Anthony vuelva entre semana lo más pronto posible desde que le compraste esa granja. No debiste comprársela.

«¿Ahora es mi culpa?», se había preguntado con incredulidad.

—Te veo en un rato, Co-Co.

Procurando olvidar la rabia que le causaba el desparpajo y sin conciencia de Coral, Paige abrió el grifo y se metió bajo el agua.

CAPÍTULO 14

—Tengo una estupenda noticia que darte, hermanita —dijo Coral con una sonrisa de oreja a oreja. Paige no comentó nada, y continuó comiendo, mientras Shawn la imitaba con entusiasmo—. ¿Qué? ¿No me vas a preguntar de qué se trata?

Despacio, Paige dejó a un lado los cubiertos. Las buenas noticias de su hermana por lo general no eran igual de buenas para ella. Así que intentó prepararse para reaccionar con calma.

—Claro que me interesa, Co-Co. Cuéntame.

Coral sonrió. Una sonrisa muy parecida a la de Paige. Quizá lo único que las diferenciaba ante los ojos de quienes las conocían era el modo de sonreír, y que Coral tenía un ligerísimo espacio entre los dientes delanteros a diferencia de la perfecta dentadura de su hermana gemela.

—En realidad —empezó, y tomó la manita de Shawn— es algo que este pequeño me ha estado pidiendo desde hace tiempo. Pensé en esperar a que estuviese Anthony para darte la gran noticia.

—Pues, dímelas ya —urgió Paige, y miró a su sobrino para sonreírle. El niño era muy perceptivo, así que ella cuidaba mucho las reacciones que tenía frente a su alocada hermana. Le hizo un guiño a Shawn.

—¡Vas a ser tía de nuevo!

«Ay, no, demonios», pensó Paige. Su hermana a duras penas podía responsabilizarse de uno, y ahora iba a por otro hijo. ¿En qué cabeza?

—Wow... —atinó a decir— ¿de cuántos meses estás?

—Tres, pero mira —comentó alegre, se puso de pie— no se me nota. Salvo por los pechos que me han crecido un poco, pero aparte de eso, sigo con la misma figura.

Paige trató de digerir la noticia. Un niño era siempre una bendición, pero cuando sus padres eran un caos emocional la posibilidad de que se estuviera cayendo en un cuadro de negligente egoísmo era alta.

—No imaginé que querías ser mamá de nuevo Co-Co —le dijo para tratar de conocer lo que cruzaba la cabeza de su hermana menor.

La diferencia entre la una y la otra al nacer era de un minuto. Paige era la mayor.

—Anthony, siempre ha querido un hijo más, así que ya que nos está yendo bien le dije que estaba de acuerdo.

—¿Le has hablado al doctor al respecto? Ya sabes, por eso de tu ansiedad...

Después del parto de Shawn, Coral había caído en un cuadro de depresión post-parto terrible. No quería saber del niño. Renegaba de su existencia. Perdió uno de sus múltiples empleos de medio tiempo que conseguía y abandonaba cada dos por tres. Peleaba de forma constante con Anthony hasta el punto que Paige llegó a sentir lástima por su cuñado, y eso era decir bastante sobre la gravedad de la situación. Coral también amenazaba a Paige con hacer público su secreto respecto a la muerte del padrastro de ambas, y que supiera el público que existía una mujer exactamente igual a Paige Valois viviendo en Portland, pero que trabajaba en un supermercado en lugar de estar disfrutando la misma vida de lujo de su famosa hermana.

Le duró dos meses infernales aquel cuadro. Intentó suicidarse una vez, pero Anthony estuvo a tiempo para detenerla.

La internaron durante tres semanas en una clínica para que reposara y volviera a la normalidad bajo las instrucciones del doctor Tomlinson. Paige estaba en Europa, y tuvo que suspender las últimas dos fechas para volar de regreso a Estados Unidos. Le dijo a Josh que su hermana estaba en malas condiciones y él se encargó de arreglar el resto de su gira para que volviese

pronto a casa.

Todo ese cuadro anterior era el motivo principal por el que Paige odiaba tanto a Anthony. Era tan desgraciado que utilizaba a su pobre hermana para que se hiciera pasar por ella en situaciones comprometedoras cada vez que se negaba a darle el dinero que pedía o cualquier otro favor. ¿Cómo podía alguien jugar con la salud de otra persona a conciencia?

Las borracheras, los amantes y demás, eran orquestados por Anthony. Los supuestos amantes con los que Paige salía en Portland eran amigos de su cuñado que se prestaban para sus charadas. Nunca ocurría nada en realidad, según Co-Co, y Paige la creía porque su hermana tenía dignidad y cuidaba de su cuerpo. Además, Anthony era sumamente celoso, pero era la ambición lo que inhibía sus celos y conseguía que sus amigos le secundaran sus idioteces para chantajear a Paige.

Las llamadas anónimas a la prensa en el momento preciso eran cortesía de Anthony, claro que sí, o de algún solidario amigo que recibía un poco de dinero una vez que Paige quería calma en la prensa. Después de todos los escándalos, Coral, continuaba su vida, al final no era su nombre el que se enlodaba en la prensa internacional y local.

Cuando Paige la confrontaba, Coral se enfadaba y se acogía a la pobre excusa de que era un juego de esposos. Aquella excusa era tan carente de sentido lógico, y tenía como punto de partida su falta oportunidad de medicación. Coral accedía a todo lo que Anthony quisiera en beneficio de su matrimonio. «Nunca pasa nada con otros hombres. Ya lo del licor es distinto, pero qué más da, me gusta beber de vez en cuando», le había dicho a Paige una ocasión.

¿Acaso no era retorcido? Casi parecía el preámbulo de una novela de Stephen King, pensaba Paige, con angustia cada vez que le negaba algo a Anthony.

Ella no culpaba a su hermana, porque Coral era víctima de su condición, tan solo por eso tenía paciencia y toleraba los desaires de ella. Pero Anthony iba a pagárselas completas. Su detective privado estaba trabajando tiempo completo con minuciosidad. Solo esperaba que pronto su investigador privado, Will Valash, le pudiese dar las pruebas que llevarían a Anthony ante las autoridades. Más allá del chantaje, la vida que llevaba su cuñado era un misterio fuera del negocio de taller de automóviles. Paige estaba convencida de que existían negocios turbios, y su sentido del olfato en ese aspecto no le fallaba.

Tenía plena confianza que todo llegaría a una salida justa, y entonces ella podría tomar acciones para limpiar su nombre. Firmar con Lion Records era su salida para regresar triunfante a los escenarios y darle una bofetada con guante blanco a la prensa.

Por eso, la noticia de que Coral iba a ser madre de nuevo, le causaba angustia. ¿Otro niño en esas circunstancias? ¡Dios mío! Era una baza más para que Anthony hiciera de las suyas.

—Claro, el doctor Tomlinson me ha dado la enhorabuena.

—¡Voy a tener un hermanito! —exclamó Shawn.

—O una hermanita —murmuró Paige con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—, así que ahora debes portarte más correcto que nunca. Así le darás ejemplo.

—Claro, tía Pai.

—¿Me haces un favor, Paige? —interrumpió Coral.

—Por supuesto.

—Cuando te lo diga en frente de Anthony, ¿finges sorpresa?

«No lo dudes», pensó ella.

—Cuenta con ello. —Eso le daría tiempo para pensar cómo proceder una vez que su sobrino o sobrina naciera. Ahora estaba contra reloj, y tenía

que contactar a Will para pedirle que se diera prisa en conseguir las pruebas contra su cuñado.

Galeana tenía todo controlado. Se alegraba de que Paige fuese una persona que realmente amaba la música, y al mismo tiempo cumpliera con lo indicado en el contrato porque eso haría más fácil su trabajo. Los ánimos de la prensa habían bajado desde que ella les prometió una espectacular exclusiva con Paige muy pronto.

No podía apresurarse en sus planes.

De momento coordinaba con éxito actividades de bajo perfil, pero que ella enviaba a la prensa en su misión de limpiar la imagen de Paige. Lo estaba consiguiendo, porque los titulares tenían como interrogante si acaso Paige estaba volviendo al buen camino al estar de regreso en su ciudad natal tomándose un respiro. Era el tipo de respuesta que Galeana había estado buscando.

Su trabajo era reconfortante, y a ratos, también una mierda. Esto último cuando debía dejar el corazón de lado para lograr sus objetivos corporativos sin importar quién saliera perdiendo en el proceso. Lo que hacía de su trabajo un ámbito difícil de lidiar algunas ocasiones era también lo que le brindaba el prestigio que buscaba para sus jefes. Apoyó la cabeza sobre las palmas de sus manos y observó la gran oficina en la que llevaba trabajando tantos años.

Le debía mucho a Blake y también a Macron por haber confiado en ella en el momento en que más necesitaba un sitio en el que recuperar la confianza en sí misma. Su lealtad hacia Lion Records era ciega. Y por ese motivo, a pesar de sus dudas —unas que no solía tener— tomó el teléfono y marcó a dos de sus grandes amigos en televisión y prensa escrita.

—Hola, Jagger —dijo, cuando su amigo del Leisure Gossip respondió

al tercer timbrazo—, prometí llamarte con una propuesta mediática interesante.

El hombre que dirigía la revista más leída del país, rio. Se conocían con Galeana, y se habían acostado juntos muchísimos años atrás cuando apenas él era un chico ocho años menor a ella, y ambos pretendían disfrutar del momento.

—Como siempre —replicó el ahora editor de dicha revista—, mentiría si te dijera que no me sorprendiste con la bomba de que Paige Valois iba a ser representada por ti en el ámbito de las relaciones públicas y que tendría el respaldo de Lion Records. ¿Me vas a conseguir una exclusiva con tu esquivo jefe?

Galeana rio. De todos los periodistas que conocía, Jagger era el más insistente —a pesar de los años y las inexistentes esperanzas— ante la idea de que Blake Howard diera la cara y contara su historia de éxito. Y no solo de éxito, sino también alguna que otra jugosa información que diera de qué hablar.

—Me encantaría, pero eso no es negociable.

—Una lástima.

Galeana sonrió.

—Sin duda. En todo caso, Jagger, dentro de un mes vas a tener la mejor exclusiva sobre Paige Valois. A cambio quiero recordarte que...

—Tengo que informar de su trabajo para volver al lado bueno de la vida, ¿no?

—Precisamente.

—¿Qué me garantiza que después de contribuir en tu trabajo, tú vas a contribuir con el mío de verdad?

Galeana le hizo una seña a su asistente, que en esos momentos pasaba frente a la puerta de su oficina, para que se acercara.

—Nunca te he fallado.

—En eso tienes razón. Cambiando de tema, dime algo, ¿estás libre esta noche?

Galeana soltó una carcajada.

—Jagger, ese barco zarpó hace mucho tiempo. Te mantendré informado. Solo quería recordarte nuestro acuerdo.

—Una lástima, porque me gustaría volver a disfrutar de las vistas de ese barco... En todo caso, mi hermosa Galeana, esperaré tu llamada. A pesar de todo debes recordar una cosa. Si no cumples lo que prometes, entonces...

—Destruirás a Paige. Lo sé.

—Me alegro que nos conozcamos tan bien.

—Hasta pronto, Jagger.

Galeana instruyó a su asistente que le trajera la agenda de Paige para las actividades de la siguiente semana. Esperó un rato hasta llamar a Mike Shug, el conductor de GO+, un programa también de cotilleos de las celebridades. La competencia directa de su antiguo amante. Ella sabía que Jagger llamaría a Mike para sondear si acaso conocía algún detalle especial de Paige que él ignorase, así que Galeana iba a darle dos horas para llamar a Mike. Ella ya conocía qué tipo de información le filtraba al uno y cuál al otro, pero lo más importante, en qué momento lo hacía. Eran muy competitivos y sumamente despiadados. Les gustaba ser únicos, y Galeana procuraba hacerles creer que así era siempre.

Una de las situaciones de ser relacionista pública era aprender a manejar el *timing*. Si cometía un pequeño error, las consecuencias —en especial con la prensa— podían ser catastróficas. Por eso trataba de dosificar la información, jugar un poco con los egos, y después negociar con lo que podía obtener a cambio de ciertos beneficios de los artistas que la disquera de Blake y Macron fichaban.

Instruyó a su asistente, Debra, que organizara una cena con niños con necesidades especiales de un centro médico estatal en Eugene, una ciudad del estado de Oregon, para que Paige acudiese y cantara para ellos un par de canciones; luego un par de fotos para distribuir online a la prensa. Después marcó la visita a un museo en la ciudad de Gresham para que Paige comprara una pintura, y firmara una fotografía gigantesca que le había hecho la famosa Annie Leibovitz como donación. Esas eran las dos actividades. Trataba de que Paige hiciera apariciones concretas, pero con gran impulso mediático por la causa que apoyaba.

La siguiente semana sería distinta. Ya no trabajarían con niños, sino con sitios para rescates de animales. También incluiría un acuario. Después dejaría descansar a Paige, para que las noticias finales que había prometido a Jagger y a Mike consiguieran el impacto que Blake le había pedido el día en que él decidió fichar a Paige.

Al final, la idea era elevarla a la gloria, para que la caída fuese estrepitosa y Paige no trabajase para Lion Records.

Galeana se tomaba muy en serio sus responsabilidades. Sin corazón.

Pasó el tiempo muy rápido, mientras atendía los pormenores con los artistas que tenía que destacar esa semana, así como la organización de una rueda de prensa en la que iban a anunciar el fichaje de Diana Mars, la nueva voz del pop local.

Todos eran siempre nuevos, y los que duraban eran pocos. Así era la vida.

Tomó el teléfono y marcó a Mike.

Dos días más tarde.

—¿Hay algo que no estás diciéndome? —le preguntó Blake a Galeana,

cuando fue a pedirle un reporte sobre Paige Valois.

Galeana lo observó con el ceño fruncido.

—No sé qué clase de pregunta es esa, Blake.

Él se acercó y se apoyó con las dos manos sobre el escritorio.

—Te conozco perfectamente. Sé que no sueles hablar de tus estrategias, y antes de que yo pueda reprocharte tus métodos, ya has conseguido los resultados que te he pedido. Entonces, ¿cuál es el truco detrás de la campaña con Paige?

—Pues la que pensé inicialmente. Que no se quede en la empresa.

—Me gustaría saber cómo vas a conseguirlo —dijo con sinceridad.

—¿Qué hace distinta esta ocasión de las anteriores, Blake? —indagó con suspicacia—. Nunca te ha importado qué hago o qué no hago para cumplir con tus órdenes o las de Macron. —Él la fulminó con la mirada—. Tengo más años que tú. Y ya sabes el dicho popular “más sabe el diablo por viejo que por diablo”. —Blake dejó escapar un suspiro cansado—. Espero que no haya ocurrido nada entre ustedes, porque entonces eso podría dificultar mi trabajo. No cuestiono lo que hagas o no, tan solo si hay daños adicionales que yo deba considerar me gustaría saberlo para hacer una contención de posibles consecuencias. ¿Me explico?

—Mi vida personal o profesional no se pone en discusión jamás. Es una de las reglas de oro en nuestra relación de trabajo. No empieces a romperla ahora, Galeana.

Ella se encogió de hombros. Quizá a otras personas la voz intimidante de Blake conseguía ponerlas nerviosas, a ella, no. Lo conocía bien, además le llevaba algunos años de experiencia profesional. Aunque no discutía que, en ciertas ocasiones, prefería lidiar con Macron a tener que hacerlo con el irascible de Blake.

—Simple curiosidad —sonrió.

—Quiero que me digas qué estás haciendo para limpiar la imagen de Paige, además de lo que he leído en tus informes diarios y semanales.

—¿Cuál es tu objetivo en relación a ella, mantener su estancia a corto o a largo plazo en Lion Records? —replicó a cambio.

—Que no se quede en la compañía, y no producir ninguna de sus canciones.

—Tu objetivo va a cumplirse. No tienes que preocuparte. La reputación de la disquera está y estará a salvo.

Blake se apartó del escritorio y se cruzó de brazos.

—De acuerdo. Ahora tengo que salir fuera de la ciudad. Ya sabes cómo localizarme en el caso de una emergencia, aunque siempre está Macron.

Galeana asintió.

—Buena suerte, Blake.

—No la necesito, pero aprecio el gesto —dijo en tono cortante.

Por lo general, Blake no era tan imbécil en su forma de comportarse con las demás personas, pero ese día había sido una completa desgracia. Literalmente.

Después de pensarlo de forma concienzuda, le comunicó a Sheela que consideraba que la mejor manera para que su labrador dejara de sufrir era dormirlo. Alargar su dolor, tan solo para que ellos como sus dueños lo tuviesen durante más tiempo, era egoísta. Mantenerlo drogado para que él no sufriera tampoco era calidad de vida para alguien tan dulce y lleno de vida como Tritón.

Esa mañana habían ido juntos, él y Sheela, al veterinario con su fiel amigo. No podía comportarse como un malnacido, así que abrazó a Sheela mientras ambos sostenían las patitas peludas de Tritón. Blake solía ser un roble, nada lo doblaba ni lo conmovía, pero su perro era otra cosa completamente diferente. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas cuando

Tritón quedó inmóvil sobre la mesa del veterinario.

El doctor los dejó un rato para que estuviesen a solas con el cuerpo de su perrito.

En lugar de enterrarlo, decidieron cremar sus restos, para que Sheela se quedara con sus cenizas en casa. Tritón había sido el último eslabón que recordaba el matrimonio que una vez fueron, y ese perrito, lo más cercano a un hijo para ambos.

Estaba triste, por primera vez desesperado y en la necesidad de un consuelo distinto al licor o a una mujer en su cama. La clase de tristeza que experimentaba no podía explicarla. Por eso, ahora en el jet privado de camino a Portland, no entendía en qué podría aportar Paige Valois a que su estado de ánimo mejorase.

Tal vez pelearse o discutir con ella le devolviese el ánimo que había perdido. Tal vez ver el brillo en su mirada lo estimulara a provocarla. Tal vez...

Blake había claudicado en su idea de dejar de cuestionarse sus acciones o emociones relacionadas a Paige. ¿Qué punto tenía procurar darle sentido a algo que carecía de ello? Su vida sexual, después de la noche que habían pasado juntos, era inexistente. Jennifer lo había mandado a la porra, y él aceptó con gusto la situación porque, aunque intentaba salir con otras mujeres, la imagen que tenía clavada en la retina era de una cantante de cabellos dorados, ojos azul-índigo, piel de alabastro, sonrisa hipnótica y la voz de un ángel. ¿Cómo mejoraba esa maldita combinación?

De seguro la mujer lo había embrujado.

Una vez que aterrizó en Portland rentó un automóvil y condujo hasta Arlington Heights. La descripción de Galeana siempre solía ser precisa. Le había dicho que era la casa número 3192, dos pisos, estilo victoriano, elegante, con una cerca blanca y llena de flores en el patio frontal. Esa era la

que iría a buscar.

A pesar de que las canciones de Paige tenían tintes de rebeldía, audacia, y poco de romance, él había visto un lado más apasionado e íntimo de ella. Un lado que no quería que nadie más conociera. Finalmente lo aceptaba, después de esas tres malditas semanas infernales de trabajo y dos días que terminaban con la decisión de poner a dormir a su labrador, que él tenía asuntos inacabados con Paige y pensaba quedarse en Oregon hasta descubrirlos y terminarlos.

CAPÍTULO 15

—Ha vuelto la hija pródiga del Estado de Oregon —dijo Anthony cuando Paige le abrió la puerta. Había estado jugando con su sobrino—. Ya tenía conocimiento por mi esposa de que andabas rondando la ciudad. ¿Acabada profesionalmente, Paige? —preguntó con malicia dando un portazo.

Ella se giró para continuar lo que estaba haciendo.

Coral estaba trabajando en el supermercado en el turno de la tarde, así que Paige se ofreció para cuidar a su sobrino. No quería que enviase a Shawn con sus abuelos paternos como su hermana estilaba la mayor parte del tiempo cuando ella estaba en la ciudad y tenía una casa para acoger al pequeño.

Estaba un poco cansada, porque apenas regresó desde el evento en el museo de la ciudad de Gresham, recibió la llamada de Coral para que fuera a recoger a Shawn. En esas tres horas que llevaba con el niño, lo había bañado, cocinado para él, y ahora jugaban a los puzzles. Sus energías estaban algo bajas, pero no menos que cuando trabajaba en las giras promocionales.

—Por tu bien, espero que eso no sea así, ¿no te parece? —contestó sin dejar de jugar con Shawn, quien acababa de recibir a su padre con un abrazo. Al menos su cuñado no despreciaba el afecto del niño, pensaba ella—. Así que más te vale que no maten a la gallina de los huevos de oro.

—Quién sabe, mis negocios últimamente no van bien —repuso entrando en la cocina. Mientras abría el refrigerador gritó—: Espero que no intentes sabotearme.

—¿Sí? ¿Y cómo podría lograr semejante hazaña cuando no vivo en esta ciudad y lo que hagas me importa un bledo? —indagó sin dejar de jugar con

Shawn.

Con cerveza en mano, apoyado contra el marco de la puerta de la cocina con el hombro, Anthony observó la escena. Bebió en silencio.

—Quiero que me hagas un préstamo.

—Qué petición tan extraña —comentó con sarcasmo—, si apenas acabas de conseguir una propiedad avalada por mí. Y aparte doscientos mil dólares en tu cuenta. No sé qué te traes entre manos, pero...

—No es por mí —la interrumpió con un tono de voz que casi parecía arrepentimiento. Casi.

Paige le dijo en voz bajita a Shawn que siguiera uniendo las piezas porque ella iba a hablar con su padre un instante. Abandonó la sala y cerró la puerta lo suficiente para vigilar a Shawn, pero para que él no escuchara la conversación que iba a tener con Anthony. Los cambios en su cuñado hacia un estado de ánimo más sosegado, cuando siempre estaba amenazando o intimidándola, eran tan poco frecuentes que la ponían en alerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. El hecho de que él y su hermana supieran en dónde estaba viviendo era ya de por sí un riesgo, pero no podía dejar fuera a su familia, aunque en este concepto no estuviera incluido su cuñado.

Anthony miró hacia un lado.

—Tal vez me metí con las personas equivocadas —comentó dejando a un lado la botella de Stella Artois.

—¿*Tal vez?* No me digas —repuso con fastidio.

Paige apretó los dientes y se cruzó de brazos.

—Hice un par de transacciones que quizá no salieron del todo bien. Presté un poco más de dinero. Era un negocio prometedor, pero no se dio como esperaba, así que le debo cincuenta grandes a un tipo. Tengo seis días de gracia para pagarle...

—¿O si no? —preguntó casi con temor.

—Los intereses volverán la deuda impagable, y también harán algo contra tu hermana o tu sobrino.

Ella bajó los brazos, derrotada. No podía más, simplemente, no podía. Hizo una negación con la cabeza, y dejó a Anthony esperando en su cocina.

Caminó hasta donde se encontraba Shawn y lo abrazó, sin decir nada. El niño, ignorante de las emociones que desbordaban a Paige, le devolvió el abrazo, y ella dejó escapar las lágrimas en silencio. No le importaba que el idiota de su cuñado estuviera esperando fuera.

Se quedó un rato en ese estado, aspirando el aroma tan típico de un niño, y en ningún momento él protestó. Ese amor incondicional era el que la impulsaba a dejarlo todo por Shawn o a soportar los chantajes de su hermana y su cuñado.

Cuando estuvo segura de poder enfrentar de nuevo a Anthony le pidió a Shawn que fuera a su habitación para ver dibujos animados un rato.

Ya de pie, volvió a la cocina, y miró a Anthony.

—Entonces ahora seré yo quien ponga las condiciones. No tienes con qué chantajearme. Puedes hacer lo que quieras, pero a mi sobrino ni a mi hermana los vuelves a poner en peligro. ¿Te queda claro?

—Si tú así lo piensas...

—Tengo que ir a ver si Shawn está bien. No te atrevas a hacer nada de lo que puedas arrepentirte. Las alarmas de esta casa son sensibles y a la mínima que te encuentre tratando de jugármela de algún modo llamo a la policía.

—Disfrutaré de tus provisiones de cerveza.

Ella lo fulminó con la mirada antes de abandonar la estancia. Tenía que ir a chequear que su sobrino estuviera bien. Demasiado tiempo solo no era seguro para ningún niño. Paige abrió la puerta de la habitación que había

decorado para Shawn. Lo encontró con una gran sonrisa.

Claro, ¿cómo no habría de estar calladito si tenía el cabello lleno de pintura negra, y la ropa manchada de lápiz de labio? Paige se acuclilló a su lado.

—Jovencito, ¿de dónde has sacado eso?

El niño señaló la bolsa en la que Paige solía guardar su maquillaje. La solía dejar en su habitación cerca de la cama. No tenía planeado que Shawn fuera esa tarde a quedarse con ella, así que olvidó poner en la cómoda alta todo aquello que él pudiera tomar como juguete.

—Tu cuarto —dijo sonriendo todavía. Después hizo un puchero—: ¿Estás enfadada, tía Pai?

—No... —suspiró— no, mi cielo. Vamos a tener que darnos otro baño.

—¡Nooo! —gimoteó.

—Lo siento, cariño. No tenemos de otra. Pero si te dejas quitar toda esa pintura, pediremos pizza. ¿Qué tal?

—¡Sí, tía Pai! —exclamó.

Y con eso, lo llevó al cuarto de baño, y empezó la tarea de quitarle las manchas de pintura. Después puso toda la ropa sucia a un lado y preparó la tina. Iba a tardarse un buen rato. Esperaba que Coral llegase pronto, porque estaba agotada. No podía darse el lujo de quedarse dormida con un niño pequeño a su cuidado. Además, tenía al cretino de Anthony abajo esperándola.

No podía creerse la cara que tenía de ir a pedirle más dinero, y además decirle que su hermana y su sobrino estaban en peligro. Cuando terminó con Shawn, el niño dejó escapar un bostezo. Ella sonrió, lo acostó y le dio un beso en la frente.

—Tesoro, me voy abajo un ratito, te quedas dormido y cuando llegue tu mami te despierto para que vayas a tu casa.

—Quiero vivir aquí —susurró, soñoliento.

—Yo quisiera lo mismo, pero tienes a tus papás que te quieren, mi rey. Siempre estaré cuando tú me necesites, ¿acaso no soy tu tía favorita?

Él rio.

—Sí, tía Pai.

—Eso es, ahora, duérmete Shawn. Te dejo encendida la música que te gusta.

—Ya soy grande, no me asusto.

Ella sonrió. Todavía el sol estaba en el firmamento. Shawn le tenía miedo a la oscuridad, pero durante su siesta decía que no le temía a nada.

—Por supuesto que no te asustas. Descansa.

Bajó las escaleras y encontró a su cuñado con seis botellas de cerveza vacías sobre la mesa de centro de la sala. Ella miró el reloj. El tiempo había pasado rápido. Había dejado solo al papanatas de Anthony durante casi una hora. Y ahí tenía el resultado. El hombre no solía ser un borracho, al menos no que ella supiera. No creía que su hermana fuese tan estúpida para haber elegido alguien que repitiese el patrón del padrastro de ambas, aunque con Coral nunca se sabía.

Le daría el beneficio de la duda.

—Tardaste demasiado —dijo él señalando las botellas, y la que acababa de abrir en esos momentos— y me entretuve.

—Ya veo —apretó los puños a los costados— ni siquiera preguntaste por tu hijo. ¿Acaso no te acuerdas que tienes uno por quien dejar de hacer tantos desastres?

Anthony se incorporó. O eso trató.

El ligero balanceo al caminar, le confirmó a Paige sus sospechas de que los hombres con los que su cuñado se había metido esta vez eran peligrosos. Anthony no solía perder el control. Algo debió ir verdaderamente mal para

que hubiese bebido tanto. Y más allá de eso, que le hubiera hecho caso, en lugar de amenazarla como estilaba. «Dios, por favor, ilumínalo o elimínalo.»

Pensaba doblarle la paga a su detective privado si conseguía resultados pronto. No podía continuar de ese modo. Coral podría divorciarse de alguien como él y conseguir otra persona que realmente valiese la pena. Que de verdad la amara, y con ello a Shawn y al bebé por llegar.

Antes de que Anthony fuese a responder, llamaron a la puerta.

Cabreada y harta de llevar la carga de otros sobre sus hombros, Paige abrió la puerta de sopetón. Su hermana con cara de pocos amigos estaba ante ella.

Sin saludarla siquiera Coral entró en la casa, y pasó rozándole el brazo a su gemela. Miró a su esposo, de nuevo cómodamente sentado en el sofá blanco y con cerveza en mano. Volteó hacia Paige. Vestida con short celeste, descalza, con el cabello suelto, y un top palo-rosa, parecía una mujer lista para seducir o ser seducida. Coral no era el tipo de mujer que pensara dos veces antes de actuar, particularmente cuando su hermana gemela estaba involucrada.

—¿Qué hace mi esposo en tu casa? —indagó venenosamente.

—Supongo que le habrás dicho en dónde vivo y que estoy cuidando al hijo de ambos que resulta ser mi sobrino. ¿Más claro o debo intentar explicarlo de otro modo? Pensé que lo habrías enviado a recoger a Shawn, pero ahora me doy cuenta —dijo mirando significativamente a Anthony— que todo con ustedes dos es dinero o dinero.

Coral la observó con fastidio.

Era ridículo sentir celos de su doble, pero Coral era así desde que Paige empezó a conseguir con facilidad la atención de terceros con su voz melódica, y también con su natural personalidad a los chicos. Paige era la chica buena, aquella con la que todos los adolescentes tenían fantasías

románticas y la veían como material para matrimonio. Coral, en cambio, era todo lo opuesto, la chica rebelde, y a quien buscaban para ir de fiesta o disfrutar con un poco de marihuana una tarde junto al lago más cercano, pero jamás la tomaban en serio o como a ella le hubiese gustado. Por eso se mostraba siempre insegura, y estaba en constante búsqueda de una forma de castigar a Paige por lo mismo: haber dejado Portland para buscarse una mejor vida en otro sitio, lejos de ella.

A veces creía que odiaba a Paige, pero también era consciente de lo que hacía por su hijo. Sus emociones solían ser contradictorias.

—¿Qué hace Anthony aquí? —le preguntó de nuevo a Paige de mala gana, señalando con un gesto de la cabeza hacia su esposo, y a pesar de que su hermana acababa de responderle.

Llevaba un vestido de verano de rayas rojas que le llegaba justo debajo de la rodilla, sandalias con taco magnolia y el cabello recogido en una coleta. Era preciosa, pero su carácter la volvían poco cálida para acercarse e intentar ganarse su favor.

—¿En serio, Co-Co? ¿Piensas que me interesa el arribista y perdedor de tu esposo? ¡Lo que me faltaba! —preguntó, incrédula, poniendo los ojos en blanco—. De verdad que necesitas volver a las sesiones diarias con el doctor Tomlinson. Fuera los dos de aquí, ¡ahora mismo!

Anthony se le acercó con rabia, la agarró del brazo, zarandeándola.

—¡Pídele disculpas a mi esposa! —exigió.

Paige no se podía creer el par de chiflados que eran esos dos. Sus semanas de paz, con ese par, acababan en un tris tras. ¿Disculpas? ¿Quería que le pidiese disculpas? ¡Vaya pues! Los pájaros disparaban a las escopetas esos días, pensó, reflexionando sobre el dicho popular aquel.

—¿Desde cuándo te importa el bienestar de mi hermana? Has vivido todo este tiempo humillándola, aprovechándote de su falta de autoestima para

mermarla todavía más, y exponerla en público. Ahora pones en riesgo su vida y la de mi sobrino, ¿pero tienes el descaro de intentar hacer el caballero? Y aparte de todo eso, me vienes a pedir dinero, a pesar de que he tenido que soportar todos tus malditos chantajes para que dejes en paz a las personas que quiero.

Él la zarandeó de nuevo, pero Paige lo empujó, sin lograr librarse de Anthony. Coral, ante la declaración de su hermana, mantuvo silencio. Pero no demasiado para sacarse de su bolsillo otra de las grandes ideas, estúpidas claro, que le rondaban por la cabeza.

—Eso es lo que querías, ¿verdad, Tony? —le preguntó Coral con voz chillona a su esposo, llamándolo por el apelativo que solía utilizar con él—. Querías encontrar un motivo para tocarla. Para saber si acaso su piel es tan suave como la mía, ¿verdad?

—¡Estás enferma! —exclamó Paige dándole un pisotón a Anthony—, ¡y tú, Anthony, te largas ahora mismo de mi casa!

—¿Cómo te atreves a hablarme así, perra? —preguntó Anthony agarrándole la barbilla con tanta fuerza que ella creyó que iba a quebrársela.

Segundos más tarde lo único que la rodeaba a Paige era un espacio vacío. El cuerpo de Anthony estaba sobre la mesa de centro, ahora rota y alrededor las botellas de cerveza. Lo primero que cruzó su mente fue Shawn. Recordó muy pronto que el niño tenía un sueño profundo, y además la habitación en la que se encontraba estaba muy alejada para que él pudiese escuchar el estruendo que acababa de generarse.

Atónita, Paige giró hacia la persona que estaba atacando a puñetazos a Anthony. Su hermana había dejado la puerta abierta. «Qué raro que el descuido de Coral», pensó, cuando su primera reacción fue llamar a la policía, pero después observó el perfil de un hombre demasiado familiar.

—¿Blake...? —susurró en voz alta.

Cuando vio la puerta abierta de la casa, y dos automóviles parqueados junto al que —asumía— era el de Paige, tal vez por ser el más nuevo y lujoso, asumió lo peor. No lo pensó dos veces y bajó de prisa. Al poner un pie en el umbral escuchó voces claramente irritadas, una de ellas masculina. Sintió la adrenalina a flor de piel. Avanzó rápido y se encontró con una escena que lo hizo ver todo bajo el filtro de la rabia.

Sin medir las consecuencias se abalanzó sobre el hombre que tenía a Paige, lastimándola, y lo lanzó contra el suelo. Aunque no fue el suelo, sino una mesa de centro con varias botellas de vidrio sobre el cual el tipo se desplomó. Empezó a golpearlo como si fuese un saco de box.

Escuchó la voz de Paige, llamándolo. Pero tardó un rato en que la bruma de rabia se disipara de su sistema. Contempló al hombre que yacía en el suelo, inconsciente, probablemente. No le importaba. Le había roto la nariz y el labio. Pues se lo tenía bien merecido. A una mujer jamás se la amenazaba físicamente. Jamás.

Recuperando la respiración se giró y tomó de los hombros a Paige. Le acarició el rostro. Y después hizo lo mismo con los brazos. Llevaba un vestido de rayas rojas. Frunció el ceño cuando ella le sonrió.

—¿Estás bien, Paige? —preguntó en zozobra.

—Uy, qué impetuoso, material interesante para variar estos días de aburrimiento —dijo ella haciéndole un guiño, y sonriéndole.

Esa no era la recepción que hubiera esperado.

De hecho, Blake había preparado un pequeño discurso para explicar su presencia en la ciudad. Que él recordase, la dentadura de Paige era perfecta. La mujer ante él tenía en cambio una ligerísima separación en los dientes delanteros, además parecía poseer unas curvas mucho más pronunciadas...

«Extraño.»

De pronto, sintió que alguien le tocaba la espalda con delicadeza. Se giró. Pestañeó varias veces. ¿Estaba enloqueciendo?, se preguntó. Se apartó de la mujer del vestido rojo a rayas

—¿Blake...? —le preguntó la doble de Paige. «¿O era Paige?»

—No entiendo nada —murmuró mirando a una y otra—. ¿Tienes una hermana gemela...? —preguntó retóricamente.

Paige se encogió de hombros. Tenía varias preguntas en esos momentos, pero ninguna salía de su boca. Si es que su vida parecía una telenovela. Tal vez debería aceptar la oferta de una televisora local que le ofreció cinco millones de dólares por los derechos para escribir un guion sobre su vida y llevarla a la pantalla chica como una serie. ¿Qué tal eso? Pues ahora parecía el momento apropiado, se dijo.

—Vaya, vaya, hermanita —terció Coral agachándose para comprobar que Anthony seguía respirando, y cuando lo hizo continuó hablando—: Te tenías guardado este bombón. —Se incorporó, para acercarse a su gemela y darle una palmadita en el hombro.

Paige le dio un empujón a su hermana, y se giró hacia Blake. Este la miraba como si le hubiesen salido cinco brazos y tres piernas. No lo culpaba.

—¿Qué...? —sacudió ella la cabeza—. ¿Qué haces aquí, Blake?

Él tardó unos segundos más en asociar los detalles y empezar a armar las piezas en su mente. Una a una. Hasta que todos los eventos, informes, fotografías, detalles, que había leído sobre Paige encajaron. Parecía increíble la conclusión a la que empezaba a llegar, así que prefirió dejar sus análisis para más tarde.

—Galeana me dijo en dónde estabas viviendo, así que decidí hacerte una visita. No pensé que te encontrabas en una situación personal complicada... ¿Quién es ese? —preguntó señalando con desprecio hacia

Anthony.

—Mi esposo —intervino Coral, dirigiéndose hacia la cocina para ir a ver un trapo con agua y limpiar la sangre de Anthony, quien empezaba a recobrar la conciencia— y yo soy la hermana gemela de la *señorita popularidad*.

—Una pesadilla familiar, digamos, de forma más concreta —dijo Paige, cuando encontró la voz—, y mi hermana, Coral, vino a recoger a mi sobrino. Al toparse con Anthony, su esposo, creyó conveniente confrontarme. Ya sabes, Blake, me acuesto con todos los hombres que tengo a mi alrededor, y soy una perdida.

Él le tomó el rostro entre las manos.

—Después de que tu hermana y su esposo se hayan largado, tú y yo vamos a tener una conversación.

Paige lo apartó.

—No tenemos nada de qué hablar, así que...

—¿Tía Pai? —preguntó una vocecita tras ellos, irrumpiendo en ese caos.

Shawn se frotó los ojos. Estaba todavía somnoliento. Coral reparó en su hijo observando a Anthony desparramado en el suelo, y corrió a alzarlo en brazos para que no presenciara más ese espectáculo deplorable. Lo llevó escaleras arriba, sin importarle nada más, y desapareció.

Sin preguntar nada más, Blake tomó a Anthony de los brazos y lo arrastró fuera de la puerta principal. Lo dejó en la acera, no sin antes llamar a la policía para que se lo llevaran. No le importaban las protestas de Paige, pidiéndole que no lo hiciera porque atraería la atención de los vecinos.

Tomando la situación en sus manos, Blake le pidió a Paige que no se atreviera a salir de la casa si no quería que alguien se enterara de cómo se incrementó su descanso de la música de tres meses a seis. Eso fue suficiente

para que ella cerrara la boca, agotada y sin ganas de nada. No podía más, y si tenía que perderlo todo, sus ánimos le impedían levantarse una vez más por ese día. ¿No podían dejarla en paz?

A su alrededor todo carecía de sentido. Escuchaba ruidos y voces sin realmente entenderlas. Terminó de recoger los pedazos de vidrio y limpió el desastre como un autómatas. Una vez que creyó que todo estaba ordenado abandonó la sala y fue a refugiarse en su habitación. ¿Que la puerta estaba abierta? No le importaba.

Se hizo un ovillo sobre la cama y cerró los ojos. Shawn estaba con Coral, así que no iba a creer que su sobrino corría peligro. No le importaba el destino de Anthony, ni un poquito, ni tampoco lo que hiciera Blake.

De hecho, podía llegar el Apocalipsis. Ella, simplemente, ya no quería saber del mundo. No tenía cuerpo para más desastres ese día.

CAPÍTULO 16

No tenía idea cuánto tiempo había dormido, tan solo que su cuerpo parecía haber recuperado el resuello. Le dolía ligeramente la cabeza. Apartó las almohadas. La luz en su habitación era tenue. Seguro había olvidado modular el interruptor antes de acostarse. Y es que ninguna de las situaciones vividas en las últimas veinticuatro horas las había planeado. Se desperezó.

Entró a ducharse. Y sintió que su cerebro estaba menos brumoso. Eran las ocho de la mañana. Contaba más de doce horas durmiendo. El sueño no podía recuperarse, pero al menos ella experimentaba menos congestión en su mente.

Se secó el cabello. Buscó en su ropero un par de jeans y un top color lila de cuello en V y sin mangas. Sandalias blancas. Iba a desayunar fuera. Había un Starbucks a dos cuadras caminando. El aire de la mañana pondría la cereza a su mañana.

Antes de bajar las escaleras, llamó a su hermana para preguntarle por Shawn. Después de una retahíla de reclamos, Coral le dijo que su hijo estaba bien y no necesitaba de una tía metomentodo y que enviaba a su padre detenido con cargos de asalto a la propiedad. Paige no sabía a qué se refería, no le interesaba más allá de saber que Shawn no había presenciado nada que pudiera perturbarlo.

Su interrogante ahora Blake.

Dicha interrogante se resolvió rápidamente apenas ella puso un pie en la planta baja de su casa. El aroma de café llegaba desde la amplísima cocina que ella tenía. Con cautela avanzó por la alfombra. No había rastros de sangre de Anthony. Todo parecía normal, sin alteración, salvo por la falta de la mesa de centro, pero si no vivías en la casa o no la habías visitado con frecuencia

no notabas la diferencia.

—Buenos días, Paige.

Ella se sobresaltó.

—Hola... ¿cómo...?

—Cuando te encontré dormida, no quise despertarte. Arreglé un poco por aquí y por allá, y le pregunté a tu hermana en dónde estaban tus llaves.

—¿Rebuscaste en mi casa? —preguntó con incomodidad.

Las pertenencias que poseía en esa propiedad no eran demasiado personales, al menos no todas, pero las pocas que tenía eran valiosas. No le gustaba la idea de otras personas husmeando en sus pertenencias.

—No —expresó él, tajante—, Coral me dijo que intentara en la mesilla que está junto a tu cama. Si no las hubiese encontrado, te habría despertado porque tenías que dejar asegurada la puerta. En todo caso, ya está servido el desayuno. Regresé de mi hotel temprano, por si no tenías ganas de salir después de lo ocurrido ayer. —Ella asintió—. Traje bagels y café —agregó, indicándole con la mano para que observara la mesa puesta.

Lo miró con desconfianza. Debía recordar que estaba en juego su contrato para continuar en la industria de la música amparada bajo el sello de Lion Records. Tal vez era una trampa para ver cómo reaccionaba. O quizá empezaba a estar paranoica. ¿Y quién no lo estaría con los antecedentes familiares que ella tenía?

—¿Por qué habrías de hacer eso? —quiso saber acercándose a la mesa de desayuno color blanca que estaba en el interior de la cocina.

Era un espacio amplísimo y con mucha luz.

En las mañanas, Paige solía preferir comer en el desayunador a hacerlo en la gran sala del comedor. El corredor de bienes raíces había hecho un buen trabajo. La casa cumplía todos los requisitos. Estaba ubicada en un sitio elegante, privado, discreto y el interior tenía suficiente espacio para disfrutar

sin ser interrumpidos cuando necesitaba un tiempo a solas en cualquiera de las habitaciones. No tenía piscina, pero sí un jacuzzi en el baño principal.

Los chorros de agua caliente eran el masaje perfecto antes de dormir, después de un día sentada trabajando en sus procesos creativos. Así evitaba exponerse demasiado en la calle y tentar a su suerte con la posibilidad de encontrarse paparazzis.

—Porque no he sido justo contigo.

—Blake, no firmé ese contrato para que seas justo conmigo fuera de lo que concierne a mi música. Este es un plano personal, y si no recuerdo mal, no mezclamos ninguno de esos ámbitos en la ecuación. Te agradezco que ayer... En fin. Gracias.

Él no perdió el buen ánimo.

—Desayunemos —dijo a cambio—, ya lo he coordinado todo para que nadie en la estación de policía haga mención a que el Anthony es tu cuñado.

—Como si no lo supieran ya...

—Está libre, Paige. Lo amenacé y no volverá a molestarte.

Dejando escapar un suspiro, Paige se sentó a la mesa y empezó a comer en silencio. ¿No iba a volver a molestarla? ¡Já! Después de que le hubiese dicho que su hermana y su sobrino estaban en peligro, la idea de que Anthony —personalmente— volviese a jugárselas le causaba más bien risa. Tendría, una vez más, que darle el dinero. Pero antes iba a asegurarse de que Will estuviese presente.

Después de salir del baño, lo había llamado a Will. Su investigador privado le dijo que faltaba muy poco para poder presentar un caso sólido, y que iba a ponerse a buscar quiénes eran los hombres a los que Anthony les debía, cuánto dinero tenía pendiente de pago y cómo localizarlos.

—Ya veo...

Blake había tomado la decisión de enmendar la forma en que la había

tratado, y la errónea percepción sobre la reputación de Paige que habían guiado sus acciones hacia ella. Esa mañana, después de abandonar el hotel, hizo una rápida llamada a Galeana. Le pidió que averiguase todo sobre la familia de Paige, las cosas buenas y malas, pero solo vinculadas a Anthony Blanc.

Haberle dado los sendos puñetazos a ese hombre le ayudó a Blake a canalizar su tristeza por la muerte de Tritón. Cada golpe asestado al tal Anthony fue impulsado por la impotencia y furia al ver a Paige tratando de deshacerse del agarre de ese imbécil. Si la hermana de Paige no hubiese hablado, lo más probable es que hubiera terminado cometiendo un asesinato esa noche.

Jamás había experimentado tal nivel de ira.

El cuñado de Paige había sido detenido, pero Blake sabía que no habría quién presentara cargos formales, así que en unas horas estaría libre de nuevo. Dudaba mucho que Paige quisiera tener algo que ver en la situación del cretino de Anthony. La suerte que ese hombre corriera, lo tenía sin cuidado alguno. Le daba igual.

Unos minutos más de silencio, y Blake terminó su café. Cruzó los brazos sobre el pecho y después recostó la espalda en la silla.

—Paige.

—¿Sí?

—Háblame.

—Estoy desayunando.

Para demostrarle que así era le dio un mordisco a un cruasán. Él sonrió.

—No vas a desayunar las próximas cinco horas, ¿o es el tiempo que sueles tardar entre comida y comida?

Paige se encogió de hombros. Y terminó la comida. Imitó el gesto de Blake, y también se recostó contra el respaldo de la silla.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Es demasiado amplio. Tal vez deberías ser más específico.

—¿Por qué no saben en la prensa que ha sido siempre tu hermana gemela la causante de tus desgracias, por qué la proteges?

—¿De dónde sacas la conclusión de que no soy yo?

—Porque ahora te conozco muy bien. —Ella se sonrojó y giró el rostro hacia un lado. Blake se puso de pie, rodeó la mesa. Agarró la silla que estaba más cerca, le dio la vuelta, y se sentó apoyando las manos sobre el borde del respaldo bajo. Estiró una mano y con suavidad giró la cabeza de Paige para que lo mirara—. Anoche, mientras salía de la delegación de policía, me fui al hotel a leer un par de noticias tuyas de los escándalos pasados. El cabello de tu hermana tiene un tono rubio diferente. La forma de las curvas de ambas es completamente distinta. Ella tiene las caderas más pronunciadas, quizá porque ya ha sido madre, y tú, no. Incluso el perfil tiene unas ligerísimas diferencias. Tan solo alguien que haya conocido íntimamente a una de las dos, y supiera que había gemelas en la ecuación, podría encontrar la diferencia.

—Supongo...

—Entonces, ¿por qué no has salido para limpiar tu nombre? Pudiste haber aclarado la situación hace mucho, muchísimo tiempo, y hacer que los medios de comunicación se tragaran su mierda.

—¿Y quitarles la diversión? —preguntó con sarcasmo, pero él notó en su voz un tinte de dolor. Y se sintió furioso consigo mismo por haberse creído mejor que ella. Por haberla condenado sin tener más fundamentos que unas fotografías y sendos cotilleos en internet, periódicos, revistas y otros medios de prensa.

—Solo quiero entenderlo.

—No me digas...

—¿Es por el pequeño? —indagó con cautela, y al ver el brillo de las lágrimas en los ojos de Paige, supo que había dado en el clavo.

—Shawn es todo para mí... No tiene la culpa de que sus padres sean un desastre —finalmente conectó su mirada con la de Blake— y tengo que protegerlo. He pagado mucho dinero por la seguridad de mi sobrino. Mi hermana y él son todo lo que tengo.

—Pero hay más detrás de todo esto y tu silencio, ¿verdad?

Paige bajó la mirada y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Blake las limpió con el pulgar.

—Cuéntame.

—¿Cómo me podría ayudar?

—Tal vez dejar de llevar la carga de la vida de otras personas sobre tus hombros, y dejarlas sobre las mías.

—Blake...

—Puedes confiar en mí.

Ella buscó un resquicio de mentira en esa declaración. Pero no había indicios de que él estuviera mintiéndole.

Paige asintió, y por primera vez, después de haberlo hecho una ocasión con Melinda, abrió su corazón a Blake Howard. Empezó su relato. Completo. Incluso se atrevió a mencionar el tema de Euseb.

Durante la hora, de corrida, que Paige relató con tono monótono su pasado, los chantajes, el juicio y demás, Blake no la interrumpió. Le tomó las manos entre las suyas, y eso fue todo. Ella dejó que las lágrimas salieran, y cuando acabó, agotada, miró a Blake esperando rechazo o condena, en especial por Euseb.

—¿Y has tenido que luchar contra todo este infierno tú sola, todos estos años? —preguntó asombrado por la fortaleza de esa mujer—. Y yo

quejándome por estupideces o experiencias sentimentales tan comunes que dan vergüenza quejarse de ellas... Vaya...

Ella se encogió de hombros. Sentía alivio. Se sentía ligera.

—La vida no es fácil para todos, aun cuando tenemos éxito o sendas cuentas bancarias a rebosar de dinero...

Blake se sentía impactado por la confesión. Conmoverlo. Y en ese instante supo cuál era su maldito problema. Estaba atrapado en la red de fuego que, sin saberlo, Paige había creado alrededor de la piedra que llevaba como escudo de su corazón. Sentía menos frío en el pecho, y un ligero calorcito empezaba a anidarse en él. Admiraba a muy pocas personas, y ahora podía decir que jamás había conocido la valentía en una mujer como la que tenía ante él.

—Me siento humilde, y un completo asno —confesó con sinceridad—, no he conocido una persona que, después de todo el infierno que has tenido que atravesar tú, continúe luchando como tú lo haces. Y soportar toda esa carga mediática, la posibilidad de perder tu carrera, aceptar unos términos de un contrato temporal, tolerar un entorno hostil, y ni siquiera es por ti. Lo haces todo por ese pequeño. Paige, me siento humilde por eso. Porque mis estúpidas conclusiones sobre ti han estado empañadas por la ignorancia y los prejuicios.

—No te he contado para que sientas pena de mí... Tampoco para que me consideres un acto de caridad emocional. Te lo he contado porque...

—¿Quieres confiar en mí? ¿Porque intentas confiar en mí?

Él se incorporó, acuclillándose junto a Paige.

—Supongo que sí a ambas preguntas —murmuró.

—Pena es lo último que sentiría. Cambiemos ese incorrecto adjetivo por admiración. Porque eso es lo que realmente causa todo lo que me has contado hasta ahora... Admiración. Dios. Ninguna persona debería pasar por lo que

tú.

—¿No crees que soy una asesina?

—Si yo hubiera estado en esa época a tu alrededor y hubiera conocido la situación, no solo hubiera disparado, sino que habría descuartizado a ese malnacido de tu padrastro —expresó con furia—. Se llama defensa propia. Y eso fue lo que vieron los miembros del jurado. Me alegro que haya sido así. Pero más que todo eso, me alegro de que tu padrastro esté muerto, caso contrario, el que estuviese en un juicio en estos momentos por asesinato sería yo.

Ella sonrió con timidez.

—Gracias por escucharme.

—Paige, empecemos de nuevo —pidió de pronto y con una sinceridad que no recordaba haber puesto en sus palabras en mucho tiempo—, dame la oportunidad de conocerte.

—En teoría eres mi jefe —replicó con una sonrisa— y no mezclo trabajo con placer, ¿sabes?

A él le gustó verla recuperar su humor.

—No soy tu jefe, porque fue Macron el que asistió como representante principal y es quien lleva los documentos a tu nombre.

Paige rio ante la audacia de Blake.

—¿Es eso cierto?

—¿Acaso te mentiría?

—Blake, no lo sé... —musito con seriedad.

—Paige, quiero cenar contigo esta noche. Una cita. Dame la oportunidad de reivindicarme. Con discreción hasta que hayamos arreglado el tema de tu cuñado.

—Ya te he dicho que Will está trabajando en el tema...

—Es demasiado lento. Lo arreglaré a mi manera.

—No quiero ser tu responsabilidad.

Él negó con la cabeza y se puso en pie e instó a Paige a hacer lo mismo.

—Te estoy ofreciendo mi ayuda, ¿puedes por una vez en tu vida dejar todo de lado y permitirle a una persona que se encargue de arreglar un problema tuyo?

—Creo... Supongo que puedo —replicó con una sonrisa.

Blake asintió. Imaginaba que Josh conocía los detalles de Anthony y Coral, pero no sobre Euseb, aunque a juicio de Paige su representante ignoraba su pasado. Blake conocía mejor a su amigo, conocía sus métodos y el alcance de sus tentáculos cuando sus negocios estaban involucrados en el fichaje de un talento para su agencia.

Se preguntaba por qué Galeana no había hecho un informe sobre el pasado de Paige, más concienzudo o más profundo. O quizá el alcance de su relacionista pública no tenía injerencia para aplicar sus pesquisas en un tiempo que no trabajaba en la industria musical con el peso del poder que ahora ejercía. Aunque lo más probable, a juicio de Blake, era que Josh había conseguido mover los hilos precisos para mantener el pasado de la cantante, oculto. Se alegraba de ello, y lo que menos importaba eran las estratagemas que hubiera podido aplicar Josh para conseguir sus propósitos.

Las hermanas Valois no habían crecido en Portland, sino en las afueras, en una zona pobrísima y apenas atendida por el gobierno. Difícilmente podrían reconocer a una mujer como Paige en viejas fotografías del área. Al menos en ese sentido, no existía riesgo para ella.

Blake le sonrió a Paige. Le gustaba ver cómo el rostro que, una hora atrás estaba descansado pero lleno de sombras de preocupación, ahora estuviese relajado.

—Entonces, Paige Valois, ¿te gustaría cenar conmigo esta noche, y dejar a un lado las preocupaciones, y tan solo disfrutar una velada con

alguien que está muy interesado en conocerte en un nuevo comienzo?

Tal vez su vida podía empezar a tener un poquito más de los colores del arcoíris. Compartir su dolor y sus inquietudes con él se sentía como haber hecho lo correcto. Y la calma que experimentaba al poder apoyarse en otra persona, no tenía precio.

Le sonrió.

—Sí, creo que me gustaría mucho, pero, ¿cuánto tiempo piensas quedarte? Tus negocios están en Los Ángeles.

Blake la tomó de la cintura y la acercó contra su cuerpo.

—Mis negocios puedo llevarlos desde donde me plazca, y ya es tiempo de que me tome unas vacaciones de verdad. Así que quizá esta ciudad sirva a mi objetivo.

—¿Es así? —murmuró Paige reconfortada por la calidez que emanaba del cuerpo de Blake. Era alto y guapo. Fuerte y compasivo.

Una podía llegar a descubrir muchas cosas de un hombre con una larga conversación. Y era sincera al decir que se encontraba gratamente sorprendida por cómo habían cambiado los vientos al haber podido sincerarse con él. No temía nada. Se sentía más fuerte que nunca y lista para volver a enfrentar el mundo con ánimo. Había esperanza. Una vez más, había esperanza.

—Ajá.

—Me alegro entonces, porque soy una cantante un poquito conocida. Tal vez no hayas escuchado hablar de mí. —Blake sonrió siguiéndole el juego—. Nada me gustaría más mostrarte algunas de mis nuevas letras en las que he estado trabajando para mi próximo álbum. Me tomo muy en serio mis responsabilidades profesionales. No sé si te guste la música...

—Me encanta. En especial si escucho una voz de ángel entonando una canción.

Ella rio.

—¿Voz de ángel?

—Y una boca hecha para pecar —declaró con voz profunda.

—Una combinación un poco extraña —susurró ella cuando vio a Blake bajar la cabeza hasta que sus labios quedaron a solo milímetros de distancia.

—Yo diría que es una combinación tentadora. ¿Y sabes qué quiero hacer al respecto, Paige?

Negó con la cabeza, con el corazón acelerado. Sus ojos azul índigo estaban obnubilados bajo el brillo de la mirada masculina, y que parecía traspasar su coraza emocional. Tan penetrante era la fuerza de la mirada de Blake que ella creyó escuchar cómo se rompía su coraza en mil pedazos. Aquella barrera había blindado y protegido sus sentimientos durante años. Y por primera vez tomó la decisión de permitirle a otro ser humano tener la oportunidad de conquistar su corazón.

—No, no lo sé... —susurró.

—Sucumbir a ella.

La besó como había anhelado durante todas esas semanas. Le tomó la boca con la lengua en un asalto intenso, y sensual. La sintió aferrada a su cuello con las manos, enterrándole los dedos en entre los cabellos, mientras él le acariciaba la espalda y profundizaba el beso.

Paige gimió contra la boca de Blake porque parecía estar paladeando el más rico chocolate que hubiera probado nunca. Se estrechó más contra el cuerpo cálido de Blake, porque rodearse de la sensual virilidad que emanaba de Blake se acababa de convertir en una necesidad imperiosa de saciar. Sintió las manos masculinas bajar por su espalda y rodearle las nalgas, clavándole los dedos, como si quisiera fundirse y convertirse en una sola persona con ella en la forma más primitiva y básica.

A él le gustaba la forma en que el cuerpo de Paige se amoldaba al suyo.

Le dio una palmada en el trasero y la urgió a girarse.

—¿Blake? —preguntó en un susurro. La piel de su cuerpo estaba sensible, y sus partes íntimas recubiertas de rocíos de húmedo anhelo ante la expectativa de ser acariciadas por él.

Él la había tenido que girar, muy a su pesar, porque si continuaba mirando esos ojos que empezaban a atraparlo en un sensual embrujo sin retorno, él no iba a poder apegarse a la idea de empezar de nuevo con Paige de un modo distinto. Ambos sabían que eran compatibles sexualmente, y ese era un gran incentivo para cualquier pareja que empezara a salir junta, pero él deseaba descubriendo más secretos de Paige.

—Me gustaría continuar, créeme, más de lo que podría expresarte...

No podría ella saber jamás cuánto estaba costándole a Blake dejar de acariciarla, en especial cuando la química entre los dos era innegable y él sentía un nivel de excitación tan persistente que dolía. Sin embargo, después de todo lo que habían hablado, le parecía que apresurar la situación en esos momentos era darle el mensaje equivocado. Se lo iba a tomar poco a poco. Además, también deseaba conocer a Paige en sus diferentes matices, si acaso ella le daba la apertura.

Jennifer estaba fuera de la ecuación. Por descontado. No era una mujer que se pudiese dejar de lado con tanta facilidad, pues era imponente, pero para Blake —comparada con Paige— no daba la talla. Así de frustrante resultaba su interacción con el sexo opuesto, fuera de las oficinas de Lion Records, desde que aceptó la petición de Josh de recibir y escuchar a Paige en privado.

La vida daba vueltas y ocasionalmente también te daba una bofetada que te llamaba a despertar, a dejar de lado el ego y el orgullo, pero también en ese golpe de conciencia te empujaba hacia un objetivo que te daba ilusión. Una ilusión que creías perdida. Ignoraba el tiempo durante el cual él y Paige

iban a salir juntos, sin embargo, tenía todas las intenciones de que no hubiese más malos entendidos.

Su exesposa parecía haber salido de su ecuación. La vida no solía ser tan fácil cuando de Sheela se trataba, y aunque Blake consideraba necesario dejar de lado el cinismo, en el caso de ella tenía más que ver con la experiencia.

Solo el tiempo lo diría. De momento, sus caminos estaban en ciudades diferentes. Ella había puesto en venta su piso en Los Ángeles después de la pérdida de Tritón, y le envió un mensaje de texto para decirle que iba a vivir en San Francisco y que, ahora que ya nada los vinculaba, estaba de acuerdo en no volver a verse.

Él había dejado ir el pasado, y por salud mental, se alegraba de que Sheela —forzada por las circunstancias tristes de Tritón— hubiera tomado la decisión de empezar de nuevo, en otra ciudad. Ahora, él tenía la posibilidad de disfrutar de una ilusión con la última persona con quien habría esperado hacerlo.

—¿Pero...? —murmuró ella sintiendo el aliento de Blake en el cuello.

—Quiero llevarte a cenar, y que tengas claro que no estoy jugando contigo.

Ella se volteó entre los brazos de Blake. Lo contempló.

—Eso no se me ha cruzado por la mente en estos momentos. Menos después del modo en que te has portado conmigo esta mañana... Si no hubieras llegado ayer...

—Lo hice, y eso es lo que cuenta —dijo con seguridad.

—Sí... Creo que debo agradecerle a Coral que haya dejado la puerta abierta, una vez más desde que llevo cuenta de sus descuidos en la seguridad en lo que a mis propiedades se refieren.

Renuente, Blake se apartó y le acarició el rostro con el dorso de la

mano.

—Aquí solo estamos los dos —expresó.

Ella asintió.

—Lo sé... Entonces, ¿vas a tratar de ser menos autoritario y más obediente?

Blake no pudo evitar soltar una carcajada, y la vibración de ese sonido que a Paige le parecía tan hermoso, reverberó en cada rincón de su ser. Lo había juzgado de la misma forma sesgada en que lo hizo él con ella. En las más pequeñas injusticias se perdían las mejores intenciones del universo para lograr que dos personas perfectas, la una para la otra, se encontraran.

—Podría pensarlo si después me das algo a cambio.

—Intentaré considerar qué podría ser —replicó con el mismo tono coqueto— ahora, quisiera ponerme a trabajar un poco en mi música. Tengo un proyecto entre manos que estoy segura de que cierto CEO apreciaría, pero si no lo acabo antes de las próximas semanas entonces perderé la oportunidad de dar a conocer un trabajo diferente de mi autoría.

—Señorita Valois, ¿por qué insiste en hablar de trabajo? —indagó, juguetón. Era una faceta de Blake que a Paige le empezaba a gustar.

—Quizá la idea de no tener qué preparar para esta noche me haga pensar en trabajar, en lugar de otros tópicos.

—Me alegra entonces poder decirte que quiero invitarte a cenar esta noche.

—No me digas —murmuró, cuando él le rodeó la cintura con las manos.

—¿Paso por ti a las ocho de la noche? Iremos a un sitio discreto. El dueño es amigo mío, así que no hay riesgo de que la prensa se entere quién es el misterioso hombre con el que saldrá hoy Paige Valois.

Ella se rio.

—Por ahora la prensa está entretenida con el último desnudo de Orlando Bloom en una playa de Europa, así que no soy de mucho interés para ellos.

—Eres de mi absoluto interés, y así te tendré toda para mí. —Le hizo un guiño y tomó las llaves del automóvil que estaban sobre la mesa.

—No sabía que tenías una vena posesiva.

—Ni yo, hasta que te conocí. —Se inclinó para darle un beso que empezó a convertirse en un prelude de una noche entre las sábanas que él desea fervientemente, pero no quería apresurar lo que, ambos sabían, era inevitable.

Anthony se mesó los cabellos.

Estaba sentado en la butaca alta del bar que solía visitar de vez en cuando. El negocio no iba bien. La competencia era imparable, en especial cuando se refería a los grandes concesionarios de automóviles de la ciudad cuyos servicios solían ser más baratos y variados, entonces los pequeños empresarios como él, no podían competir con esos precios y la clientela bajaba. Tampoco ayudaba tener como antecedente haber sido detenido por invasión a la propiedad y asalto.

¿Quién carajos se creía que era ese tal Blake Howard?, se preguntó dándole un trago al whisky. Le había dicho que, si volvía a intentar ponerse en el camino de Paige, iba a arrepentirse.

Dio otro trago al vaso.

Recordaba la historia que Coral le había contado sobre Paige durante una noche de confesiones maritales. El homicidio. Aunque resultaba demasiado escabroso para sacarlo a la luz, en especial cuando no existían pruebas suficientes.

Bebió la última gota de su segundo vaso de whisky. Johnny Walker.

Hacía tiempo que había dejado de querer a Coral. O quizá nunca la quiso, pero vio en ella potencial al ser la hermana gemela de una cantante famosa. No se equivocó. Aunque lo anterior no implicaba que quisiera verla a ella o a su hijo, Shawn, en peligro. Nada tenía que ver el afecto. Anthony no era un asesino, tan solo un poquito aprovechado, al menos ante su propio juicio.

Él estaba en serios aprietos por haberse confiado demasiado de personas que, desde un inicio, lo hicieron desconfiar. Maldita ambición, pensó, de mala gana.

Por su hijo, que era su vivo retrato, no temía tanto. Al ser protegido por su cuñada, él sabía que Shawn no iba a ser un inconveniente económico en los próximos años. Coral podría estar bien de la cabeza o no, ya le daba lo mismo, lo que Anthony necesitaba era asegurar su futuro personal. Económico.

Le hizo una negación al bar-tender cuando este le preguntó si deseaba una nueva ronda de bebidas. No quería perder la razón. La idea era relajarse nada más...

«Si pudiera retroceder el tiempo.»

Creyó que meterse con los Burton, una familia dedicada al tráfico de armas, iría bien, pues solo le dijeron que debía inyectar capital y le daban un tajo de las ganancias en las transacciones en las que él aportase. Que no tenía que preocuparse por nada. «Dinero fácil y rápido.»

Después de la segunda transacción llegaron los problemas.

Él se volvió más ambicioso al recibir la paga de la primera entrega con los Burton, y la segunda fue mucho mejor. Hizo unas innovaciones en el taller mecánico y se atrevió a comprar maquinarias para el campo de la granja. No era nada barata, y los doscientos mil dólares que la tonta de Paige

le pagó semanas atrás, tan solo sirvió para remodelar la propiedad y asegurarla contra los intrusos.

Así que, entusiasmado por las perspectivas futuras, Anthony pensó en prestar dinero para incrementar su porcentaje de ganancias en la siguiente transacción. El negocio con la siguiente entrega de los Burton salió mal, y él perdió su dinero. Desesperado para volver a intentarlo, había ido a buscar a Unt Wakosky, un ruso que era conocido por prestar dinero a porcentajes justos, pero que jamás perdonaba una deuda, y si la cobraba tarde, los intereses eran una monstruosidad.

Anthony perdió el dinero inicialmente ganado con los Burton, además, también el préstamo de Wakosky.

Estaba acabado si no encontraba una solución pronto. Los intereses aumentarían día a día, y los seis días de gracia pasarían pronto. El dinero final a cancelar iba a ser una millonada.

La granja que Paige había avalado era el único bien que le quedaba sin tocar. Ahora tendría que ponerlo a la venta, pero no podía hacerlo sin la firma de su condenada cuñada. ¿Cómo le explicaba? Más importante todavía, ¿cómo conseguiría que ella accediese a firmar la venta de la granja cuando no sentía ningún tipo de interés en su existencia si no fuera por Shawn?

Ya casi eran las cuatro de la tarde. Demasiado temprano para beber, pero no demasiado tarde para encontrar un modo de salir de esa cloaca.

Provocar al tal Blake no estaba ni por asomo en el panorama. Parecía un hombre de armas tomar, y los moratones de su rostro daban buena cuenta de ello.

Su cuñada no había presentado cargos, así que Anthony salió libre bajo la amenaza de que, si intentaba propasarse de algún modo, Paige no dudaría en ponerlo tras las rejas de alguna manera. Odiaba haber mostrado debilidad ante ella, porque ahora le llevaba ventaja. Pero él era un zorro viejo, y

siempre hallaba el talón de Aquiles de las personas.

CAPÍTULO 17

Cinco días después...

Las sonrisas de los niños fueron el mejor regalo para Paige durante su visita al hospital que trataba enfermedades incurables. No lo consideraba un trabajo o una obligación. Realmente disfrutaba la oportunidad de compartir con niños, aunque sentía tristeza al saber que ninguno de ellos podría disfrutar de una vida plena.

Su visita al hospital era la última actividad en la agenda de Galeana, la relacionista pública de Lion Records. Ella le enviaba puntualmente, por correo electrónico, el itinerario con claras instrucciones para continuar mejorando su imagen pública.

La consigna de Galeana era clara: el público y la prensa debían percibir el tiempo de descanso de los escenarios como un hecho voluntario, y también considerarla una persona que ahora trataba de departir con los demás en lugar de solo dedicarse a sí misma. El equipo personal de trabajo de Paige también coordinaba detalles desde Los Ángeles. A ella no le gustaba llamar la atención, y por eso contrataba poco —pero eficiente— personal que pudiera resolver con agilidad cualquier requerimiento.

—Gracias por venir... —le dijo con vocecita suave una niña llamada Melanie. Un agresivo tumor cerebral inoperable había invadido su sistema y su posibilidad de salvarse era inexistente.

Paige se inclinó y la abrazó. No pudo contener las lágrimas, y exigió al fotógrafo freelance de Galeana que no se atreviera a hacer tomas de la escena. El hombre obedeció y se retiró de la habitación.

—Gracias a ti, por regalarme unos minutos de tu tiempo —replicó,

conmovida.

—Eres mi cantante favorita —susurró Megan.

—Es un honor, preciosa, gracias...

—Quiero hacerte una pregunta... ¿Puedo? —preguntó la niña de nueve años.

—Absolutamente.

—¿Alguna vez piensas tener hijos? Mi mamá solo me tuvo a mí, y ahora está triste porque no voy a acompañarla mucho tiempo más...

Paige la quedó mirando. El cosquilleo que le recorrió la columna vertebral fue acompañado de una expresión de tristeza. ¿Cómo era posible que alguien tan pequeño, con esa sonrisa llena de esperanza y aquella desbordante ilusión en su voz, no pudiese vivir más tiempo? ¿Por qué era todo tan injusto?

Jamás podría entender el dolor de la madre de Melanie, ni la de ninguna de los pacientes en el ala infantil del hospital. Los padres parecían mostrarse fuertes, pero el impacto era tan fuerte como en las madres. ¿Y si acaso ella querría tener hijos? Hasta ese momento no se lo había planteado seriamente.

—Tal vez algún día, pequeña —replicó.

—¿Tienes novio? Yo tenía un compañero en la escuela que se llamaba Austin. Me decía que yo era su novia. ¡Qué asco que los niños quieran darte besos!

Paige no pudo hacer otra cosa que reírse, pero se calló de pronto cuando recordó que Melanie jamás podría tener la oportunidad de enamorarse y cambiar de opinión sobre los niños. Jamás podría amar y permitirle a otro ser humano entrar en su vida para formar una familia. Y ella, que tenía la vida por delante —o al menos de momento así parecía— le había permitido a su pasado marcar su corazón.

Intentó no mostrarse triste. Melanie acababa de enseñarle, sin saberlo, al

igual que el resto de niños, que amar era un privilegio de quienes estaban vivos. Un regalopreciado que todos daban por sentado, pero al mismo tiempo el miedo a comprometerse inhibía la capacidad de abrirse a él para recibirlo y otorgarlo.

—Sí, algún día me gustaría tener hijos —replicó con sinceridad, y en ese instante la respuesta que le dio a Melanie fue la que su alma sintió como la correcta.

—Espero que tengas muchos para que, cuando alguno se ponga malito, no te vayas a quedar solita como mi mamá.

«Dios mío, ¿cómo puedes permitir que seres inocentes mueran de este modo?», se preguntó con un nudo en la garganta.

—Ya debo irme, tesoro —susurró al borde de las lágrimas; aquellas que venían acompañadas de sollozos y desesperación. El llanto incontenible—. Me esperan. ¿Me prometes que vas a ser buena y tomar la medicación?

—Claro que sí, y escucharé tus canciones.

Paige asintió, y salió de la pieza de Melanie. Después fue hasta el área en donde se encontraba el director del ala infantil. Se hizo unas fotografías y firmó un par de autógrafos adicionales.

Con discreción, abandonó el hospital y después se subió al asiento trasero de su automóvil. El acondicionador de aire estaba al máximo, y el aire frío le ayudó a calmar la impotencia de no poder cambiar la suerte de esos niños. Respiró varias veces para recuperar la compostura.

—¿Todo bien, señorita? —preguntó Falcon, el conductor.

—Sí, gracias...

El conductor que había contratado, al igual que el equipo de trabajo que le asignaba su disquera en las partes del mundo que ella visitaba, tenía firmado un acuerdo de confidencialidad. La penalidad legal por revelar detalles de sus destinos, conversaciones o generalidades de su vida privada a

la prensa era, prácticamente, la cárcel. Una medida extrema, pero que los abogados de Paige insistieron en implementar. Ella no rehusó en ningún momento, en especial porque su cuñado la había dejado con una buena lección ante esas posibilidades. No podía cerrarle la boca a Anthony legalmente, pero sí con dinero.

Mientras observaba, a través de los vidrios tintados de negro, las calles de Portland, pensó en que su hermana estaba sospechosamente calmada. E incluso, Coral le preguntaba por su salud o sus planes a futuro. A su hermana lo único que le interesaba era qué día iba a recibir su crédito renovado para continuar de compras y para pagarle la niñera a Shawn. Paige sabía que Anthony estaba detrás de alguna trastada, y su hermana era una tonta útil. Pero los días su cuñado estaban contados.

Paige ya había recibido un informe íntegro de su investigador privado la tarde anterior. «Tráfico de armas. Así de grave. De hecho, la gente a la que le debe dinero es altamente peligrosa, señorita Valois», le había asegurado Will. Paige no quería meterse en problemas, pero debía considerar que su cuñado tenía transferencias interbancarias hechas por ella. Menos mal las últimas conversaciones telefónicas, con las amenazas de Anthony, estaban grabadas.

Ella no se dedicaba a la investigación del crimen organizado, pero con el dossier que Will le había proporcionado pensaba ir ante un juez y pedir la custodia de su sobrino Shawn. Haría lo que fuera para que estuviera lejos de su tóxico entorno familiar, además, Coral no era la mejor madre que un niño pudiera tener. ¿Qué ocurriría con el bebé que estaba en camino?, se preguntaba Paige, desesperada. Su hermana era irresponsable y egoísta. Por querer atrapar a un hombre decidía tener un hijo. Como si los hijos fuesen moneda de cambio comercial o si acaso pudieran comprar el amor o lealtad de un hombre. Menuda estupidez.

—Me comentó que quería detenerse a comprar unos juguetes, ¿aún

sigue en pie ese destino, señorita Valois? —preguntó Falcon.

—No, Falcon... Dame un momento, por favor.

Su siguiente paso era llamar a sus abogados. Ya era momento de poner las cartas sobre la mesa, y utilizar las pruebas de Will como garantía de que era necesario acudir ante un tribunal para tratar temas de familia.

Ya vería cómo rayos se arreglaba la vida Anthony.

A pesar de que su hermana merecía su rabia e indiferencia por cómo había contribuido a machacarla durante esos años, lo cierto era que sentía lástima porque Paige no se podía siquiera imaginar lo que debía implicar el padecer la condición mental de Coral.

El automóvil se detuvo en un semáforo, y ella aprovechó para revisar sus mensajes de texto. Los días anteriores habían sido intensos, en todos los sentidos.

La primera cita con Blake fue un descubrimiento. Sin poses ni máscaras, él le permitió a lo largo de las horas en que charlaron, conocerlo un poco más... Respondió con humor, sarcasmo, tristeza, y exigió en igual medida de ella, respuestas.

—Entonces, tu hermana no ha sido el tipo de persona que hubieras esperado para apoyarte —le había dicho con gesto pensativo.

—No la culpo. Nadie pide tener las enfermedades que le llegan... Supongo que fuimos una de esas familias —se había encogido de hombros— un poco complejas.

—Me alegro que Josh te haya encontrado en ese concurso.

—Que no gané...

—Hubiera dado igual, porque Josh habría hecho lo imposible por tenerte en su empresa. Somos muy persistentes. En eso nos parecemos. Quizá por eso somos buenos amigos.

—¿Cómo se conocieron?

Él le había contado de su vida en Europa, brevemente, porque a pesar de que Blake parecía dispuesto a abrirse un poco más cada vez, con ella, no dejaba de mantener sus reservas, y eso era algo que Paige ya se esperaba. No existían milagros que convirtiesen a una persona discreta en una por completo abierta.

—¿Y qué querías demostrar lanzándote al mar cuando era evidente que había corriente y era peligroso? —le había preguntado ella al saber que la amistad de Blake con Josh se había fortalecido cuando el ahora esposo de Melinda lo salvó de ahogarse.

Blake se había reído.

—Una mujer, por supuesto.

—Por supuesto —había murmurado ella.

Paige sintió ganas de llorar cuando escuchó lo que le ocurrió a Tritón. Ella adoraba a los animales, y la sola idea de tomar la decisión de poner a dormir a uno, por más enfermo que estuviese, resultaba desoladora. Por otra parte, saber que Blake había intentado acostarse con otras mujeres después de la noche juntos en la mansión de Colorado Springs, no le sentó nada bien; pero ella había exigido sinceridad, y ese era el precio: aceptarla.

Ella carecía de una opinión clara sobre la exesposa de Blake. Tan solo tenía la hipótesis de que perder un hombre como él no debía ser fácil, y peor si el error había sido de Sheela. ¿Haber sido infiel? Paige no lograba encajar en su sistema lógico cómo una persona era capaz de traicionar a quien se le había prometido lealtad y compromiso. ¿Acaso no era mejor quedarse solos, para así no lastimar a otras personas si no se estaba seguro de querer una relación comprometida? El egoísmo del ser humano era legendario, y la infidelidad de pareja era un claro ejemplo de una de sus vertientes.

—¿Falcon?

—Dígame, señorita Valois.

—Vamos a la escuela de mi sobrino, por favor.

—Por supuesto —replicó el chofer. El hombre tenía experiencia trabajando con celebridades y ya conocía cómo debía tratarlas, así como también en qué momento hablar y en qué rato callarse.

A ella le hubiera gustado decir que se dirigirían hacia la casa que Blake estaba alquilando. Él le había asegurado que no iba a mezclar la relación que empezaban a construir entre ellos con el trabajo, y solo viajaba de regreso a Los Ángeles bajo un escenario de emergencia, caso contrario, Macron se encargaba de resolver cualquier imprevisto o alguno de los gerentes.

Blake estaba rentando un apartamento muy elegante a varias cuadras de distancia de la propiedad que Paige había adquirido. Era una forma de ir con tiento el uno con respecto al otro.

Después de sus salidas nocturnas, los besos entre ambos empezaban a caldearse más de la cuenta. Las caricias eran incendiarias, y el deseo parecía consumirlos. El placer que se proporcionaban mutuamente no terminaba en la cama. Blake parecía dispuesto a mostrarle las formas en que él podía llevarla al éxtasis, sin necesidad de fundir sus cuerpos del modo más elemental. Ella le devolvía los placeres con el mismo entusiasmo con el que los experimentaba.

Pero ella sabía que esa noche iba a ser diferente. Muchas personas podrían llegar a decir que, después de haberse acostado juntos una primera ocasión, carecía de sentido extender lo inevitable. Se equivocaban. La expectativa y el anhelo de volver a vibrar bajo la piel de un amante, mientras el otro estaba por completo anidado en su sexo, resultaría más intenso ante la espera. Aunque fueran pocos días.

Era divertido, también, flirtear y provocarse. Podían romper el juego de reglas implícitas cuando quisieran. Esa idea la emocionaba, y estaba convencida de que a él también. El autocontrol de uno con respecto al otro no

era demasiado férreo, pero no por eso Paige dejaba de sorprenderse de que Blake pudiera detenerse cuando ella se lo pedía.

Y con Blake no todo era excitación a un nivel sensual.

Él conseguía estimular en ella las ganas de ser mejor como profesional. Resultaba notable el conocimiento que poseía en la música, y al mismo tiempo, cuán relajado llegaba a ser cuando se trataba de tomar decisiones drásticas. Podía conversar de todo, y Paige creía que jamás podría llegar a aburrirse en una charla con él. El genuino interés de Blake en sus opiniones, lograba confortar aquel lado suyo que siempre se había visto olvidado por la imagen errónea que solían tener los demás sobre ella. Finalmente, después de Melinda y Josh, alguien la miraba de verdad, y eso resultaba mucho más excitante que cualquier premio, contrato multimillonario o incluso la experiencia vívida de un concierto con sus fans.

Parecía haber vivido en poco tiempo, el ímpetu de una relación — formal o no— en la que se hablaba de todo, y se disfrutaba con intensidad cada minuto. Era refrescante, y también la intimidaba un poco. Se parecía a subirse en una montaña rusa con altos y bajos, pero jamás aburrida.

—Hemos llegado —le anunció Falcon, sacándola de sus pensamientos.

Ella sonrió.

—Regreso en un momento.

Todas las tardes, desde que estaba en Portland, Paige había logrado que su hermana le permitiese ir a recoger a Shawn a la escuela. Aquel era el tiempo en familia que ella disfrutaba. Solía almorzar con Coral y su sobrino. Anthony estaba desaparecido del mapa, y su hermana gemela le decía que tenía demasiado sobre los hombros con la granja y el taller mecánico. Paige no lo dudaba, pero quedaría poco tiempo antes de que Anthony saliera de sus vidas. Si había podido tener paciencia durante esos cuatro largos años, ahora no iba desesperarse.

—¡Tía Pai! —exclamó Shawn cuando la vio a la entrada del pasillo en el que los niños eran recogidos por sus familiares.

Las medidas de seguridad en la escuela eran sumamente estrictas. Todo era reportado con inmediatez ante la primera duda sobre la identidad de las personas que decían estar autorizadas para recoger a los estudiantes. Debido al sigilo, la calidad de la educación, y el nivel de seguridad del centro, el costo de la mensualidad era un lujo que Paige se podía permitir, y no le importaba. Coral se encargaba de cubrir los gastos de los útiles escolares, y Anthony... Bueno, Anthony al menos tenía la decencia de pagar los costos de los uniformes y servicios básicos de la casa en que vivía.

—Hola, Shawn —dijo tomando la mochila y colgándosela al hombro—, ¿cómo te fue hoy en la clase, cariño?

El niño sonrió. Era muy locuaz, en la medida de su vocabulario, y sumamente curioso sobre su entorno. Le gustaba pintar y dibujar, además ya empezaba a cuestionarlo todo en su afán de conocer la diferencia de lo que consideraba real o fantasioso. A Paige la enternecía cuando lo veía bailando una de sus canciones. Ambos tenían un pacto secreto. Shawn jamás debía contarle a nadie que su tía cantaba para mucha gente. Aquel pequeño acuerdo era una medida de seguridad, para ambos, y Paige se alegraba de que el niño estuviera siempre dispuesto a seguirle la corriente.

—Me gané una estrella por haber respondido a la profesora y nadie más pudo hacerlo, tía Pai —contestó mostrándole el sticker en forma de estrella dorada que llevaba adherido a la camisetita.

—Eso merece un premio, ¿qué te parece un helado?

—¡Sí! —dijo con una sonrisa que a ella le recordó los tiempos felices de su infancia, antes de que su padre muriera y todo se convirtiese en un caos.

Cuando el ocaso tocó el cielo, Paige dejó a un lado las hojas pautadas en las que había estado trabajando desde que dejó a Shawn en casa de su hermana. Le daba tristeza despedirse de su sobrino, pero pronto podría pedir su custodia. Sabía que Coral iba a darle dolores de cabeza. Lo tenía asumido e iba de todas formas a dar batalla por el bienestar a Shawn. Tenía que pensar en el niño. Si debía cambiar el enfoque de su carrera musical para criarlo, lo haría sin dudarle ni un segundo, aunque antes tenía que ir al tribunal y ganar su caso.

Iba a salir esa noche con Blake. Se pondría su vestido favorito.

Cada cita con él parecía la primera. Sabía que era la ilusión de los primeros momentos con alguien nuevo. El amor jamás le había dado alegrías, si no hombres que solo salían con ella porque deseaban algo a cambio: buena prensa, publicidad o cinco minutos de fama. ¿Sexo? Sí, claro, eso también, pero Paige era más lista y no dejaba que pasara demasiado antes de darse cuenta lo que buscaban de verdad.

Revisó su teléfono. No tenía llamadas perdidas de su asistente. Eso implicaba que no tenía de qué preocuparse. Podía disfrutar otro día de tranquilidad. O a menos dentro de lo posible, porque la situación de Anthony la tenía molesta. Quería tener la capacidad de retroceder el tiempo... «Lo pasado, pasado, sí, pero cuando las secuelas permanecían era difícil olvidar...»

El día anterior, Blake tuvo que volver de improviso a Los Ángeles para atender un tema puntual de su oficina, pero ya estaba de regreso en Portland. O debía estarlo para la hora en que tenían su cita esa noche. Irían a una obra de teatro que se estaba presentando en la ciudad.

Sacó un vestido violeta del armario.

Una de las grandes ventajas de ser famosa era tener siempre diseñadores de moda de primera línea enviándole modelos preciosos para lucirlos en galas

o eventos especiales. Todo tenía pro y contras.

Desnudándose, buscó un conjunto de ropa interior de seda negra. Sonrió ante su reflejo cuando terminó de ajustarse el sujetador sin tirantes. El vestido violeta era de algodón, strapless, y abrazaba sus curvas. En la parte de la espalda varias tiras delicadas formaban un entramado elegante y coqueto. La falda del vestido caía hasta la rodilla. Paige rebuscó los zapatos. Agarró un par de plataformas de color plateadas que enfatizaban sus pantorrillas.

Blake continuaba siendo el tipo misterioso de siempre, pero al menos le empezaba a un poco más el camino que resultaba oscuro para los extraños. Le parecía a Paige que aquello era un privilegio, así como era un privilegio para él que ella hubiera decidido compartir su tiempo, sus pensamientos... su cuerpo. Nadie la había tocado del modo en que Blake lo hacía, ni tampoco la tentaba a probar lo que parecía prohibido. Casi parecía que él despertaba en ella su lado aventurero.

Soltó un suspiro, mientras terminaba de trenzarse el cabello.

Paige tenía casi completo el álbum que iba a presentarle a los directores musicales de Lion Records. Aún no decidía cuál sería la última canción que iba a cerrar el álbum. Todavía tenía unas semanas de tiempo por delante para escoger con calma.

Josh había estado en lo cierto cuando le sugirió, tiempo atrás, la necesidad de tomarse un respiro. Incluso disfrutaba mucho más de la música, sin presiones, con una sensación de adrenalina que, ahora se daba cuenta, había echado en falta. Mucho de eso también tenía que ver con Blake.

No recordaba la última vez que había experimentado mariposas en el estómago ante la idea de ver a alguien en plan romántico.

Paige rebuscó entre sus perfumes. Coco Mademoiselle.

Galeana la había llamado momentos atrás. Le había leído los titulares de la prensa. *Paige Valois vuelve al buen camino. La princesa rebelde de la*

música muestra su lado altruista. Paige en una faceta nunca antes vista. Paige Valois conquista los corazones de sus fans. Fuera de los escenarios, Paige Valois continúa conquistando corazones. Era un excelente augurio, pensó la cantante. Su “exilio” estaba dando resultados. Tal vez podría encontrar el modo de hablar con Galeana para que abogara por ella ante Macron o Blake, y empezar pronto a estudiar los arreglos musicales de su nuevo álbum, trabajar la parte artística, material, y demás, así como decidir fechas de grabación.

La posibilidad de adelantar la firma del contrato definitivo con Lion Records parecía una meta alcanzable. No podía decirle a Galeana que su cuñado, apaciguado por el momento y a la espera de que Paige le tendiera una solución a su nuevo lío económico, por el momento se encontraba fuera de juego, y gracias a ello, Coral estaba medicada, coherente y manteniendo su bajo perfil. Y por eso no estaba Paige en titulares escandalosos como estilaba cuando Anthony no se salía con la suya, y ella se negaba a darle lo que le pedía.

Se sentía eufórica porque, al fin, su vida parecía lograr un equilibrio.

CAPÍTULO 18

—La canción es preciosa, Paige —dijo Blake cuando ella terminó la última nota— estoy convencido de que el equipo encargado de llevar las nuevas producciones va a pensar igual. Gracias por compartirlo conmigo.

—¿Sí?

Blake asintió.

—Solo quiero que sepas que estoy trabajando arduamente.

—Lo sé, y aprecio mucho el esfuerzo que haces porque me demuestras cuánto significa la música y tu carrera para ti. Después de que me contaras lo de Anthony, lo he comprendido todo. Deberías dejarme hacer algo por ti... Podría acabar con tu cuñado en un instante.

—Gracias, Blake, pero es una batalla que debo luchar sola.

—No necesitas hacerlo...

—Hacer justicia es la única forma de curar las heridas.

—¿Entonces tu canción habla de estos últimos cuatro difíciles años, por eso la titulaste *Letanía*?

Estaban en el piso que él tenía en la ciudad, después de haber pasado a cenar en un restaurante tailandés y disfrutar de un rato de música callejera mientras paseaban por los alrededores con discreción. La obra de teatro había estado bien, pero no se quedaron hasta el final.

Mientras andaban en los alrededores, a la vista de los transeúntes, no se hacían carantoñas y solo caminaban como lo haría cualquier par de amigos. Iban a paso rápido, y así evitaban el riesgo de que algún curioso se acercara a Paige en caso de reparar en su presencia.

Si alguna vez alguien se encontraba con Coral, difícilmente la podrían asociar con su famosa gemela. A cambio de utilizar una peluca y no llamar la

atención, ya recibía de Paige un crédito en las mejores boutiques de la ciudad. Era un trato justo, y que Coral lo rompía solo cuando Anthony tomaba la decisión de utilizarla para sus propósitos avariciosos.

—Sí... —sonrió— eres muy listo. —Él soltó una carcajada—. Todavía tengo que hacerle un par de ajustes, pero estoy muy contenta con el resultado.

—Creo que será poco lo que deban arreglar a todo tu material si es que todos tienen la misma calidad de *Letanía*, ¿te falta una canción más para completar las diez?

—La estoy trabajando, sí. Tengo la impresión de que terminaré este material antes de que acaben los tres meses de prueba.

—Eso es genial, Paige.

—¿Por qué no quieres estar en los focos de los escenarios, Blake? Tienes un oído muy bueno y conquistarías muchos fans.

—Cuando era pequeño viví el circo de cámaras, gritos y el hecho de ser el centro de atención. Mis padres peleaban en ocasiones por los cotilleos falsos de la prensa, y a mí me dolía ver cómo mamá se esforzaba por protegernos. Mi hermana, Pauline, es otro cuento —sonrió— a ella le gusta mucho el mundo del espectáculo, aunque ahora está en la última etapa de su segundo embarazo y por ello está apartada por un tiempo. Yo preferí irme a Europa y desde entonces puedo vivir una vida normal haciendo las dos cosas que más disfruto en el mundo profesional.

—La música y los negocios a través de Lion Records.

—Sí. Disfruto de ambos sin necesidad de ser el centro de atención...

—¿No crees que generas más curiosidad al mostrarte tan esquivo y poner a Galeana frente a la prensa o incluso a Macron, pero jamás tú?

—No soy noticia para ellos, y así es mejor. Mi vida personal se mantiene aislada y no corro riesgos de que mi compañía se vea puesta en segundo plano. También salvaguardo de alguna forma la privacidad de mi

familia —se encogió de hombros— no sé si me estoy explicando.

Paige sonrió.

—Te explicas bien, pero en mi caso disfruto del cariño del público, saber que se identifican al igual que yo con la letra de mis canciones, y no existe mejor manera para mí de dejar salir lo que llevo dentro que en los escenarios.

—Somos diferentes en ese aspecto.

Blake se acercó y la tomó de la mano. La forma en que él la contempló le causó un cosquilleo en la piel.

—Paige, escucha —empezó con un atisbo de pesar en el tono de su voz — lamento haberte juzgado mal sobre tus capacidades musicales, y también en el plano personal —confesó, mirándola fijamente, por si ella había olvidado que aquella era una certera verdad— espero que ahora te hayas dado cuenta de que intento ser sincero contigo, y no me guardes resentimientos.

Paige le acarició los dedos con los suyos.

—Me alegra escucharte decir eso... —se acercó más y elevó las manos hasta rodear el cuello de Blake— pero ya es agua pasada. —Le sonrió—. ¿No te parece?

—Sí...

Durante el día anterior y esa mañana, él había estado en sus oficinas centrales.

Galeana no había logrado convencer a Malcom JJ, un nuevo cantante que llevaba seis meses en la disquera, de que desistiera en su intento de abandonar la compañía para firmar con la competencia. El artista de origen puertorriqueño argumentaba como base a su decisión que no había recibido la cantidad de publicidad que otros artistas sí obtuvieron de parte del equipo de marketing de Lion Records, y por eso su disco debut apenas se había logrado posicionar en las listas Billboard.

Macron estaba atendiendo su propia agenda, y a juicio de Blake nada apaciguaba más a un artista que el presidente de la compañía. Así que tuvo que volar hacia Los Ángeles para intervenir.

Después de una larga charla, con Malcom JJ., y sus abogados, lograron llegar a una solución, y él aceptó continuar en la disquera. El chico era talentoso, pero se dejaba influenciar demasiado por lo que otros ponían en su cabeza para hacerlo dudar.

Galeana había estado de pésimo humor porque detestaba fallar y con ello instar a Blake a que dejara su discreta posición para resolver lo que ella no podía. Por lo general, tenía siempre éxito en sus gestiones y recibía una bonificación generosa al final del año. No estaba hecha para tolerar su propia incompetencia, y en situaciones como esta su humor de perros salía a relucir en su más primitiva esencia.

Blake notaba que su ejecutiva estrella se empezaba a volver un poco cruel en sus modos de lograr los objetivos. No con el exterior, sino con la plantilla interna de Lion Records. Algo cuestionable. De hecho, Blake ya había leído quejas —a través del gerente de recursos humanos— en las que algunos colaboradores no estaban de acuerdo con los métodos de Galeana para hacer lobbying o el modo en que actuaba si alguno prefería tomar vacaciones en lugar de postergarlas porque ella así lo decidía.

Blake tenía gran estima por Galeana, principalmente porque había sido ella un pilar de apoyo durante su divorcio, como amiga y consejera. Sin embargo, no iba a permitir que más quejas de esa calaña llegaran a su oficina. Por eso, antes de tomar el vuelo de regreso a Portland, había sostenido una charla con ella. Claro, la guapa relacionista pública no estaba acostumbrada a recibir llamados de atención por sus métodos de trabajo, pero era lo que tocaba. Blake separaba concienzudamente los negocios de su aprecio personal dentro de las puertas de su compañía. La única excepción era

Macron, pues eran socios y sería ridículo hacerlo.

—¿Cómo crees que voy a conseguir los resultados que esperas? —le había preguntado cruzada de brazos y la expresión del rostro confusa.

—No presionando a la gente que colabora contigo hasta el punto de preferir buscar un empleo lejos de Lion Records —le había respondido él con firmeza— yo nunca te he pedido que hagas cosas que están lejos del marco de la ética. Tampoco que utilices un nivel de presión tal que la gente empiece a renunciar. Esto no es una fábrica de manufactura, sino una empresa artística. Manejamos otro tipo de talentos y posibilidades. Vamos, Galeana, si has tenido unos malos meses en tu vida personal, ya sabes que puedes contármelo. Tómate un tiempo de vacaciones.

Ella lo había mirado con enfado.

—¡He dedicado mis años a Lion Records! ¿Cómo osas intentar llamarme la atención como si yo fuese una jovencita caprichosa? —le había preguntado elevando las manos con frustración.

—Galeana, nadie es indispensable, y por mucho que aprecie nuestra amistad, jamás voy a permitir que eso se interponga en mi negocio. Lo sabes perfectamente, entonces, por favor, no me hagas repetírtelo.

Entonces, ella se le había acercado con las manos en la cintura, el ceño fruncido, y la mirada inquisitiva.

—Puedo manejarlo —había replicado bajando el tono de su voz sospechosamente— en todo caso, ahora quiero hacerte una pregunta.

—Escucho.

—¿Ha pasado algo entre tú y Paige Valois para que hayas decidido comprobar por ti mismo lo que te he dicho en los informes sobre cómo van las gestiones con ella en Portland?

—No es de tu incumbencia lo que haga o deje de hacer fuera de la oficina. Jamás confundas los papeles —había respondido, furioso.

—Blake, ten cuidado, porque no necesitamos una Helena de Troya en esta compañía. Ha tomado mucho trabajo construir lo que hemos logrado en reputación. Si lo echas a perder por una mujer que no sabes si va a traicionarte a la primera que encuentre la oportunidad, dejándote en ridículo, entonces no estaré para limpiar tu desastre personal. Y si acaso lo pretendieses, el costo económico sería alto.

Cabreado, él había rodeado el escritorio para sentarse en su sillón dejándola de pie. Sin invitarla a tomar asiento.

—Galeana, siempre he admirado en ti la fortaleza para salir adelante y apreciado tus consejos, pero me parece que es momento de que te retires de mi oficina y pienses de nuevo en tus palabras. No intentes ejercer el papel de madre, porque ya tengo una.

En lugar de responderle, ella se había echado a reír.

—Todos los hombres son iguales. Ven una falda moviéndose y van tras ella. Entonces, Blake, haz lo que te plazca. Pero que te quede algo muy claro. Así como tú y Macron quieren esta empresa porque les pertenece, yo soy leal a ella por los años, horas, noches y desvelos que he dedicado a armar la excelente reputación de la que Lion Records goza en el mundo de la música.

—Tus insultos van a empezar a cabrearme más de lo que ya estoy. No quiero decir palabras que terminen en una decisión que nos cause malestar a ambos...

—Como deseas, Blake. Pero recuerda por qué me contrataste.

—Sé por qué lo hice —había expresado, cortante, y tamborileando los dedos sobre la superficie de su escritorio.

—Entonces, recuerda, que soy la mejor en mi campo cuando estás en apuros.

—¿Es una amenaza?

—No, Blake. Tú y yo no somos del tipo de personas que amenazamos,

pero tampoco del que se queda callado cuando es reprendida por hacer su trabajo para lograr metas corporativas.

—Ya sabes cómo localizarme.

—Portland, claro. Mi equipo estará atento a cualquier requerimiento de tu parte.

—No esperaré otra cosa de tu parte.

Después de que Galeana hubiera dejado la oficina, él también aprovechó para reunirse con los gerentes comerciales que estaban en la ciudad y coordinaban otras ciudades del país. Los números eran satisfactorios y las bajas en ventas estaban dentro del margen esperado. Fue un día largo.

Al aterrizar en Portland, la sola idea de ver a Paige, disipó su contrariedad. Él conocía detalles de la vida de ella que Galeana ignoraba. Pero no había podido defenderla, porque eso habría implicado dejar escapar una confidencia de Paige.

Ahora la tenía frente a él. Tan hermosa con ese vestido violeta, los ojos expresivos atentos a sus palabras, y también sentía el calor que emanaba de su cuerpo. Como si la conociera de toda la vida.

No creía posible poder postergar más tiempo la posibilidad de tocarla más íntimamente. Necesitaba experimentar la conexión que le brindaba Paige, y que estaba en un punto que rebasaba el mero placer. No le buscaba explicación lógica, solo quería sentirla de nuevo entre sus brazos...

—¿Blake? —preguntó Paige, regresándolo al presente—, ¿qué ocurre?

Él sacudió la cabeza ligeramente.

—Lo siento...

—Estabas muy lejos en tus pensamientos... ¿Algo que te preocupe? — indagó con inquietud acariciándole el ceño fruncido con el dedo.

—Sí —replicó con picardía—, me estoy preguntando cómo podría deshacerme de ese vestido que llevas hoy, y que me ha vuelto loco durante

toda la noche.

La sonrisa amplia de Paige fue todo lo que necesitó como respuesta antes de inclinarse para devorar la boca que había deseado saborear durante todo el día. Ella separó los labios para recibir la ansiosa lengua experta de Blake. Él dejó escapar un suave ronroneo de placer. Después de largos minutos, el beso continuaba siendo cautivador, pero esta vez, la sensación era más bien de intensos susurros de cálido placer desplegándose por la piel como suaves caricias de plumas de oca.

Blake le mordisqueó los labios, y empezó a besarla sin lengua. Eran unos besos delicados, firmes y aterciopelados. Paige rompió el contacto visual que había mantenido con él durante el intenso momento, porque era la única forma de procurar contener las lágrimas. La emoción de sentirse en sus brazos al abrigo de todo el vendaval que existía en su vida, la empezaba a arrasar.

Él introdujo las manos en los cabellos suaves de Paige e intensificó sus besos.

—¿Está todo bien? —preguntó contra su boca, mientras le limpiaba con el pulgar la lágrima solitaria que empezó a rodar por la mejilla derecha.

—Mejor que bien... —susurró, antes de callarlo con sus labios. Blake no volvió a decir nada porque su cabeza se dejó envolver por el placer de tenerla a su lado.

Al amparo de la noche, en medio de la sala de preciosas cortinas blancas y piso de madera recubierto en el centro por una gruesa alfombra persa, se desvistieron lentamente el uno al otro. Cada prenda que se deslizaba hasta la alfombra azul con entramados rojo con dorado, ambos besaban la piel que iba quedando desnuda del otro, acompañado de una sonrisa, un gemido o un suspiro de ansia.

Blake no anhelaba nada más que saborearla, disfrutarla y llenarse del

solaz que le brindaba ese cuerpo cálido.

—Siempre se puede estar mejor —murmuró Blake, y ella soltó una carcajada que terminó en un gemido cuando él acarició uno de sus pechos desnudos y apretó el pezón erecto—. ¿Ves? —preguntó mordiéndole el labio inferior y halándolo un poco.

—Pérfido...

—Un cumplido, supongo —replicó Blake acariciándole ambos pechos con las manos, mientras sus pulgares frotaban los pezones, y su sexo se contoneaba contra el de Paige sobre la tela de la ropa interior de ambos.

—Supones mal —dijo riéndose con suavidad.

—Shhh —susurró Blake antes de bajar una mano hasta posicionarla en el monte de Venus. El dedo medio presionó la humedad que se filtraba con sutileza sobre la tela de las bragas de seda y frotó.

—Blake...

—¿Mmm? —él sonrió y empezó a frotar con lentitud.

Ella no tardó demasiado apartar las manos de los brazos tonificados a punta de ejercicio, y le recorrió la espalda con la yema de los dedos. Le gustaba sentir sus manos en el cuerpo, porque Blake parecía conocerla a la perfección; como si anticipase sus necesidades. La presión que estaba ejerciendo sobre su sexo la tenían inflamada de necesidad, y nada quería más que deshacerse del blindaje que implicaba la seda entre sus cuerpos. Quería tenerlo piel con piel. Porque nada era suficiente.

Cuando encontró el elástico de los calzoncillos introdujo las palmas de las manos, abiertas, para abarcar ambas nalgas. Las apretó con codicia, porque eran duras y suaves al mismo tiempo. El cuerpo de Blake le parecía una tentación constante, en especial cuando se vestía con jean y camisa blanca. Parecía como salido de un sueño erótico, y ahora lo tenía frente a ella para hacer realidad sus fantasías.

—Me encantas —musitó ella.

—No más que tú a mí.

—¿Una competencia verbal? —indagó sonriendo, al tiempo que apretaba las nalgas en sus palmas. Él le devolvió el favor cambiando la posición de su mano, dejó de acariciarla sobre la seda y removió el pequeño trozo de tela hacia un costado para tocarla piel con piel.

—Física... —replicó introduciendo un dedo en el sexo de Paige. Ella se arqueó, y Blake aplicó presión con la mano que acariciaba el pecho izquierdo, pellizcó el pezón. La combinación de esas caricias estuvo a punto de conseguir que Paige se retorciera ante la inminente llegada de un anticipado orgasmo. No ocurrió porque él abandonó el sexo húmedo ante la queda protesta de ella que optó por traer hacia delante las manos y tomar el miembro erecto de Blake. Lo acarició de arriba abajo.

—¿Y quién ganaría? —preguntó Paige cuando él la tomó súbitamente en sus brazos cuando se quedaron por completo desnudos.

—Aquí la respuesta —replicó al llegar a su habitación y acomodarla sobre el colchón de sábanas negras. Ella se echó a reír.

Blake la cubrió pronto con su cuerpo. Le parecía una fantasía hermosa de piel blanca, curvas perfectas y piel satinada. Solo para él, pensó con egoísmo.

—Ahora, señorita, solo continúe disfrutando.

—Esa es una orden que deseo cumplir con total abandono —murmuró antes de perderse en los besos profundos de Blake.

No quería apresurar el momento. Quería saborearlo como esos manjares exquisitos y de precios increíbles que se probaban rara vez en la vida. Las caricias se volvieron más demandantes. La fricción de la piel con piel era un afrodisíaco en sí mismo. Blake, en lugar de procurar llegar al clímax, decidió prolongarlo. Extender la tortura porque la liberación era más satisfactoria de

esa manera.

Para Paige empezaba a resultar doloroso sentir la ternura en los besos de Blake, porque nunca se había permitido conocer el cariño. Siempre había enfocado sus esfuerzos en protegerse de ser lastimada, y ahora, mientras la boca de Blake tomaba su pecho, y sus dedos la acariciaban íntimamente, al tiempo que sentía el sexo erecto de Blake contra su piel —tentándola—, sus recuerdos sombríos empezaron a diluirse y fueron sustituidos por los que estaban creando ambos esa noche, y los que habían creado a lo largo de las últimas semanas desde que se conocieron. Incluso los recuerdos agridulces de sus encuentros y desencuentros.

—Me encanta acariciar tus pechos —murmuró recorriéndole los pechos, mientras Paige con las manos entre los cabellos de Blake, se arqueaba para que la mano masculina que la estaba frotando con presteza el sexo, tuviera pleno acceso.

—Y yo que... ¡Blake! —exclamó cuando lo sintió bajar sin preámbulos hasta que sintió la boca en su sexo. Ante la urgencia de las manos de Blake de que se abriera para él, accedió, y se dejó ir.

Miró el techo, atónita, sorprendida porque el placer que sentía no tenía parangón. Era la primera vez que le permitía a un hombre proporcionarle éxtasis con la boca. Con él todo parecía tan adecuado... Aunque no por eso dejaban de asustarle las posibilidades que podían construirse, o destruirse, a causa de lo que estaba sucediendo entre los dos.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó apartando la boca.

—¡No!

Con una sonrisa, Blake, asintió.

Estaba degustándola con sus labios, apoyado sobre los codos, mirándola a los ojos mientras le daba placer. Para Paige, mirarlo a los ojos también, sin negar las emociones que la embargaban y sin negar lo que estaba sucediendo,

le daba un sentido muy distinto a todo. Asustaba, pero también le daba la libertad de sentir a plenitud porque era consciente de las emociones involucradas.

—Tócate los pechos, Paige —ordenó, y ella no dudó en seguir su orden con abandono—, Dios, eres simplemente deliciosa —gruñó antes de introducir dos dedos en ella, y con una última suave succión del clítoris, la escuchó llegar al orgasmo.

Blake no podía contenerse más tiempo. Se acomodó para besarla, transmitiéndole con su boca el sabor de sí misma, ella parecía tan abandonada a lo que dictaba la lujuria, que lo acogió sin reservas.

—Gírate, Paige —le susurró a la oreja, le mordió el lóbulo derecho, antes de agregar con voz ronca y a punto de explotar—: Apóyate con tus rodillas sobre el colchón y también con las palmas de las manos.

—¿Y tú, no quieres que yo te tome con mi boca?

—Darte placer a ti, y tomarte del modo en que voy a hacerlo puede ser tan placentero como el sexo oral.

—No me digas...

—Voy a demostrártelo —susurró contra la boca de Paige, antes de girarla.

Ella adoptó la posición que él le había pedido. Tenía ganas de besarla en las mejillas y mirarlo, pero la idea de que la tomara por detrás le resultaba atractiva en todas las formas posibles.

—Hazlo —replicó ella mirándolo sobre el hombro.

Pronto notó la erección de Blake contra sus nalgas. Sintió la palmada que le dio en el trasero, y le gustó la sensación que llegó después del cosquilleo. Penetró con una sola embestida el sexo húmedo, y la escuchó gimotear. Ella movió sus caderas para sentirlo profundamente y empezaron a moverse con rapidez. Porque no parecían tener suficiente el uno del otro,

porque la carrera que estaban corriendo era para alcanzar el clímax y para demostrarse cuánto podían llegar a desearse.

Él subió las manos por el abdomen suave, y después se inclinó hasta lograr cubrir los pechos generosos de Paige. Le encantaba el contacto de los senos firmes y suaves de ella. No había mejor música que aquella que ambos componían en esos escenarios de placer, al enlazar unas con otras las claves de sus cuerpos fundiéndose.

—Paige...

—Oh, Blake...

Momentos después, ambos se acomodaron de espaldas sobre el colchón, observando el techo. Cuando la respiración de los dos se ralentizó, se miraron. Y esa mirada lo dijo todo. Acababan de llegar a un punto sin retorno. No era necesario hablar lo que sus cuerpos acababan de decirse, ni lo que sus almas sabían.

Permanecieron en silencio hasta que él la atrajo a su lado. Le dio un beso en los labios. Ella sonrió antes de dejar escapar un bostezo.

—¿Cansada? —preguntó mientras la sentía acomodar la pierna contra la suya, abrazándose a su cuerpo.

—De ninguna manera —replicó antes de cerrar los ojos, descansando la mano en el pecho de Blake y acomodando el rostro sobre el brazo que la cobijaba.

Él los cubrió a ambos con la sábana con la mano libre.

—Eso pensaba yo... —dijo acariciándole la cadera desnuda bajo la sábana, antes de acompañar a Paige en el sueño.

CAPÍTULO 19

Ella estaba leyendo el correo electrónico recostada en su cama para cuando Blake regresó del centro de la ciudad. Le había enviado un mensaje de texto para decirle que le tenía una sorpresa. Paige no se imaginaba qué podría ser.

Los últimos cinco días habían pasado juntos, a ratos en la casa de uno y otro, pero respetaban generalmente las mañanas a partir de las siete y media. Blake, porque tenía que despachar las cosas de la oficina desde Portland, y Paige, porque iba al gimnasio para después volver y trabajar en su nuevo material.

Durante los momentos en que no se veían, ella aprovechaba para estar un rato con Shawn. De su hermana no se preocupaba demasiado, el embarazo iba bien según ella, y apenas se le notaba, tanto así que Paige dudaba de que fuera cierto. Quizá había ganado peso, pues últimamente no se cuidaba la dieta por la ansiedad que le causaba la aparente crisis de su matrimonio con Anthony, e intentaba fingir otra cosa. No le sorprendería de su hermana, pero sí le fastidiaba que Shawn estuviera ilusionado ante la idea falsa que había creado Co-Co de tener un hermano.

Paige se había tomado el tiempo para recibir a Will una última ocasión. El dossier informativo sobre Anthony estaba completo, ya no necesitaba más, así que le agradeció a su investigador privado por toda la paciencia y trabajo. Le dio una generosa bonificación y consideró aguardar el mejor momento para llevar a su cuñado a las autoridades. Les había asignado, sin que lo supieran, guardaespaldas a su hermana y a Shawn para protegerlos. Sus abogados se encargaron de las cláusulas de confidencialidad. Si el cretino de Anthony tenía deudas y lo iban a buscar los mafiosos o los que fueran que

estuviesen tras él, le daba igual.

Por otra parte, su tiempo con Blake parecía casi idílico, pero todo lo bueno tenía un final. Y Paige no se sorprendió cuando Galeana la llamó para decirle que tenía que empacar las maletas porque en su agenda existía un compromiso con una fundación para adultos mayores que habían sido abandonados por sus familias y vivían en una residencia que requería sendas mejoras. Un concierto privado en Oklahoma City.

Recostada de lado como estaba sobre su cama sonrió al escuchar los pasos en el piso inferior. Blake. Continuó leyendo el mensaje de Galeana hasta el final. Le adjuntaba un compendio de información sobre los titulares de la prensa y un monitoreo diario de lo que ocurría en su entorno de celebridades, además de los rankings de sus diversos trabajos discográficos. En Los Ángeles, su publicista de cabecera y Betty, le enviaban correos electrónicos con requerimientos para fans de todo el mundo, en especial saludos de cumpleaños personalizados. Paige respondía siempre, aunque también existían mensajes genéricos debido a la alta demanda de atención que requerían sus seguidores.

Josh le había dicho que estaba sumamente contento de que, cualquiera que fuese el motivo, ya los medios no se refiriesen a ella de forma despectiva o argumentando alguna estupidez o falsedad que empañase lo que de verdad importaba: su trabajo musical y su reputación. Además, Melinda —que ignoraba, al igual que todo el mundo, su relación con Blake— le dijo que había recibido varias preguntas discretas de Kirk preguntando por su regreso a Los Ángeles. Paige tan solo le respondió con una risa a Melinda y después cambió el tema.

Su amiga no tenía un cabello de tonta, así que si poseía o no alguna sospecha de que estaba saliendo con alguien en Portland no lo decía. Otra de las cosas que le gustaban de Melinda era que sabía cuándo presionarla y

cuándo dejarla tranquila. Cotillearon de todo un poco, pero antes de despedirse, la última vez que hablaron, ella le dijo que procurara no cerrarse al amor. Y eso había sido todo.

Paige echaba en falta hacer lo que se le viniera en gana, aún a pesar de la persecución de los paparazzis, pero ya quedaba cada vez menos tiempo para conocer la respuesta de Lion Records. Con Blake preferían no hablar de trabajo, salvo cuando él la encontraba en el ordenador intercambiando correos con su equipo o si acaso Galeana la llamaba por teléfono y él estaba por casualidad alrededor durante la llamada. Aparte de eso, el apoyo de Blake —imparcial— era constante en su proceso de trabajo en el material que tenía entre manos.

—Hola, preciosidad —dijo él, abrazándola por detrás, acariciándole el abdomen. La había echado en falta—, ¿tuviste un buen día?

Ella iba a girarse para besarlo, él le sonrió.

—Ahora, sí —replicó recibéndolo con un largo beso que él devolvió.

Al reparar en el teléfono de Paige abierto y en la dirección electrónica se apartó.

—¿Pasa algo con Galeana? —indagó con un tono serio. Tenía muy presente la discusión de días pasado con su relacionista pública. No lo comentó con Paige porque prefería mantener ambos aspectos por completo separados.

Paige frunció el ceño. Le resultaba extraño, ahora al menos, el tono

—Nada que deba preocuparte —le acarició la mejilla, y él giró el rostro para besar la palma de la mano.

Ella asintió.

—Tengo un concierto. Debo irme de viaje durante tres días. —Le contó de qué se trataba—. Así que, pase lo que pase, me tengo que quedar.

—¿Tienes noticias de Anthony? —preguntó deshaciéndose de los

zapatos para acomodarse mejor sobre el colchón.

—La verdad es que no, y en absoluto me tranquiliza. Algo debe estar tramando, pero mi familia está a salvo. Ya sabes que la agencia de seguridad que contraté para ellos es la mejor en la ciudad.

Él asintió.

—Tu sobrino es un buen niño —dijo. Lo había conocido días atrás, y le pareció un pequeño muy listo para su edad. De seguro se llevaría más que bien con Carrie.

Paige y él hablaban de muchos temas, sin embargo, él mantenía renuencia a comentar sobre su familia. Entendía que ella a veces lo miraba de forma desconfiada, pero pronto desaparecía esa expresión de su hermoso rostro. Poder abrirse a una persona le costaba muchísimo, aunque con ella había hecho una deferencia, y de todas formas mantenía su hermetismo sobre su vida familiar. No porque considerara a Paige una amenaza, sino que protegerse era una respuesta automática de su naturaleza después del chasco con Sheela.

—Sí —sonrió— lo es. Me siento feliz de verlo crecer y aprender. Él fue uno de los principales motivos por los que decidí quedarme aquí...

Él se inclinó para besarle la punta de la naricilla respingona.

—Ahora lo sé, nena. Eres una tía muy buena con él. Cuando sea mayor espero que recuerde todo lo que has sacrificado por su bienestar. Lo que todavía no me explico es por qué no tomas acciones contra Anthony —dijo esto último conteniendo su furia por cómo ese cretino la había manipulado todo ese tiempo. Deseaba hacer algo al respecto, y mandarlo al diablo a ese individuo.

—Porque todo tiene un tiempo, y no puedo actuar como me dé la gana porque él saldría ganando... Y no se trata solo de dinero.

—Lo entiendo, pero me enfada la idea de que alguien se haya

aprovechado de ti manchando tu reputación de esa manera. ¡Casi te cuesta tu carrera musical!

Ella bajó la mirada y soltó un suspiro de cansancio.

—Nada es lo que parece, ¿ahora lo notas?

—Sí... Y fui un estúpido contigo.

—En eso estamos de acuerdo. —Blake soltó una carcajada—. En todo caso, Blake, hay algo que quisiera comentarte.

—Ya sabes que puedes hablar conmigo de todo.

«O no de todo», pensó Paige en lo que estaba a punto de comentar. Pero, ¿cómo podía continuar conteniéndose? Intentaba ser pragmática, y cada día le resultaba más difícil porque, debía aceptarlo, empezaba a enamorarse de alguien que no le había hecho ninguna promesa, y ella, tampoco. A partir de lo que él dijera, entonces podría tomar ciertas decisiones que incluían alejarse o dejarse llevar por la fuerza que empezaban a cobrar sus sentimientos hacia Blake Howard.

—Quedan pocas semanas para que se cumpla el plazo de mi contrato, no me gusta mencionar el tema entre los dos, pero tengo una pregunta importante que hacerte al respecto y lo cierto es que me ha estado rondando la mente todo este tiempo. ¿Eres consciente de que estás saliendo con una persona tan pública como lo fueron tus padres o como lo es tu hermana?

—¿Esa es la pregunta? —indagó, algo confuso.

Ella hizo una negación con la cabeza. Se sentaron uno frente al otro sobre el cómodo colchón de la cama de Paige.

—Tan solo me pregunto de qué manera nos afectaría el tema del contrato que tengo con Lion Records, las semanas posteriores a la fecha límite cuando mi contrato se haga definitivo —comentó, muy confiada de la resolución final de la compañía. Sabía que estaba dando el ciento por cien, y haciendo malabares para equilibrar su vida personal con la profesional—. No

me gustaría que...

—¿Qué? —preguntó, tajante. Instintivamente se tensó—. ¿Ya estás pensando en cómo sacar provecho de tu vínculo conmigo a pesar de decir que no ha sido tu intención mencionar el contrato?

Ni bien terminó la pregunta supo que acababa de cometer un gravísimo error, y que, sin importar lo que dijera, había lastimado a Paige. ¿Cómo le explicaba que no había sido más que una reacción instintiva? «Joder».

Estaba habituado a que la gente esperara beneficios o cosas por su posición, en especial las mujeres, bien fueran flirteos casuales o relaciones serias, y fue inevitable ponerse a la defensiva. Paige empezó a apartarse como un erizo.

—Espera, Paige —dijo sosteniéndola con firmeza para que no se marchara de la cama— no es lo que crees. No quise decir... Escucha, no se trata de...

—No, no debes explicarte. No debí mencionarlo —replicó—. Entiendo que, a pesar de todo lo que has visto y escuchado sobre mí, en realidad, continúas creyendo lo peor de mi persona.

Él negó con la cabeza.

—Me gustaría continuar viéndote después de que acaben estos tres meses —dijo con firmeza—. Sin importar lo que suceda... No busques segundos mensajes entre líneas. No los hay —zanjó con un tono tranquilizador, pero que no causó ningún efecto en ella.

—Supongo que no —replicó con las señales de alarma resonando en su cabeza. Ella no había vivido lo suficiente entre traiciones y menosprecios en vano. Su lado cínico se activó—. En todo caso... Ya no importa. ¿Me dejas ir a hacer el equipaje? —preguntó mirando hacia un lado.

—Paige...

—Es un viaje de tres días, y como estoy por mi cuenta ya que tengo un

contrato que exige que cuide el más mínimo detalle para no dar de qué hablar...

—¡Escúchame! —exclamó él de pronto y la colocó bajo su cuerpo, atrapándola sin posible salida. Ella abrió, sorprendida, de par en par los ojos —. Empiezas a cerrarte a mí. Te conozco...

—¿Lo haces en verdad, Blake, me conoces? ¿Por eso es que me sueltas la pregunta de que si acaso yo soy una más de tu lista de amantes interesada en lo que posees en tu cuenta bancaria? ¿Te atreves a preguntarme todo eso cuando has visto lo que he tenido que pasar en manos de mi familia, y cuando sabes que tengo más o igual cantidad de dinero que tú? Vaya... Debe ser entonces que entiendes en griego lo que hablo en inglés, y lo interpretas a tu antojo.

Él entrelazó sus dedos con los de Paige y colocó las manos a cada lado de la cabeza de ella, afianzándola para que no intentara apartarse de nuevo. Ella luchó contra él, en vano. Giró la cabeza para que él no viera sus ojos llenos de lágrimas sin derramar. No era nada fácil porque estaban demasiado cerca.

—No sé lo que vaya a ocurrir cuando acaben estos tres meses, Paige — dijo Blake con suavidad, sintiéndose como un canalla. Y es que solía ser mesurado en sus comentarios... Paige se había filtrado bajo su piel, como heroína en la sangre, y la sola idea de que ella pudiera ser como las demás, lo desquiciaba. Se sentía adicto a ella, y era una sensación insólita y aterradora, pero bajo ningún concepto una excusa para lo que había dicho—. Y esa es la verdad...

—Eres el dueño de la compañía. La pregunta que te hice fue sencilla, y nada tenía que ver con motivos profesionales, aunque no podía contextualizar mi pregunta sin ese antecedente que nos llevó a conocernos. Pero si ya lo pones sobre la mesa, pues tú has estado conmigo todo este tiempo, ¿a quién,

si no a ti, le corresponden las decisiones importantes?

—Macron también decide...

—Dime algo —dijo aspirando el aroma varonil y la cara colonia de Blake, no por eso iba a dejarle pasar la ofensa que acababa de decirle—, ¿qué es más importante para ti, tu familia o tu trabajo?

—Mi familia es una parte intocable, y mi trabajo una piedra angular en mi día a día. No sé a qué viene la pregunta...

—A veces me da la impresión de que valoras más tu empresa que tus relaciones interpersonales... Puede que esté equivocada —dijo con sarcasmo.

—No sé de dónde sacas esas conclusiones.

—Observación, análisis...

Él la soltó. Se pasó las manos entre los cabellos rubios.

—No me gusta cuando las mujeres empiezan a indagar más de la cuenta —murmuró para sí mismo.

Con facilidad, ella se apartó, y bajó las piernas del colchón hasta tocar el suelo.

—Tengo que hacer el equipaje, como te mencioné salgo mañana a las diez de la mañana, y debo adelantar toda mi rutina de trabajo antes de ir a Oklahoma. ¿Te parece si hablamos en otra ocasión? Vamos a convertir esto en un mal entendido, y tengo demasiado en mi horizonte para estresarme ahora.

—Paige... —dijo incorporándose hasta llegar a ella que lo miraba con una expresión entre dolida y resuelta. No quería dejar la situación en ese estado. Tampoco encontraba las palabras para poder expresar lo confuso que le resultaba las emociones que, con ella, experimentaba.

—No pasa nada, Blake. Llevo claro el mensaje.

—Escucha, Paige, no es algo habitual que una persona entre en mi vida de la forma en que tú...—En ese instante, le entró una llamada al teléfono.

Blake tenía una línea telefónica destinada solo para su vida privada y otra para los contactos de trabajo. No podía ignorar al remitente, pues eran poquísimas las personas que estaban en su directorio telefónico. Su hermana iba en esa importante lista—. Solo voy a responder esta llamada, y después tenemos que arreglar esto. ¿De acuerdo?

Ella se encogió de hombros. Ahora tenía claro el panorama. Por un instante creyó que, de verdad, Blake sentía respeto hacia ella. Al menos se acababa de dar cuenta antes de que hubiese sido demasiado tarde... Antes de que estuviera más enamorada de él como creía que lo estaba. «Qué mala puntería tiene Cupido.»

—Supongo que es bastante fácil para ti juzgar a la gente y olvidar lo que, de verdad, sabes de ellas. Creí que podía encontrar un poco de sinceridad... —apretó los labios con fastidio por lo que él acababa de decirle, ¿cómo se atrevía?, pensó, dolida más que enfadada—. No te preocupes —dijo cuando él intentó acercarse, y en cambio, ella se apartó más—, yo estoy acostumbrada a las decepciones. Tengo que darme un baño. Hablaremos en otro momento. Queda poco para que acabe mi tiempo de prueba con tu disquera. Realmente espero que estés complacido con el trabajo que has hecho —expresó señalándose a sí misma.

Ignorando la llamada, Blake la tomó del brazo y la sostuvo. Ella lo miró con desafío, y él no dudó en mantener su firme atención a esos ojos que lo cautivaban.

—No te atrevas a insultarte de esa manera. Lo que ocurrió entre nosotros...

Ella se zafó del agarre de Blake y lo empujó ligeramente.

—Contesta el teléfono, Blake. —Agitó la cabeza tratando con ese movimiento de borrar los pensamientos que cruzaban su mente. Tomó una profunda respiración y habló de nuevo—: Tengo una agenda de trabajo por

cumplir. Cuando firme el contrato definitivo con Lion Records, no tendrás que verme porque estaré de gira, entonces todo quedará olvidado. He hecho todo lo que se me ha solicitado desde tu departamento de relaciones públicas, al pie de la letra, y todas estas semanas he trabajado duro en mi nuevo material discográfico. Ninguno de tus abogados puede quejarse de que no he hecho mi parte. Ahora, si es tu empresa lo que te inquieta, pues no te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

Blake hacía tiempo que no daba explicaciones a ninguna mujer, mucho menos si tenía que ver con sus emociones. Estiró la mano para intentar apaciguar con sus caricias, el dolor que veía en su expresión que —ahora— era distante. Entonces comprendió cuánto le dolía también *a él* la idea de no volver a verla o saber de ella fuera del ámbito profesional.

—No quiero que...

Con gesto de la mano, ella dio por descartada las explicaciones de Blake.

El teléfono privado de Blake recibió una llamada por tercera ocasión, y él no pudo ignorarla más tiempo. Enfadado consigo mismo vio cómo Paige se encerraba en el cuarto de baño. Contuvo una maldición.

Era su hermana quien llamaba. Lo urgió a volver a Los Ángeles si quería ver nacer a su sobrino. Le decía que tenía programada la cesárea para ese día, y que no se atreviera a olvidarse de estar a su lado si quería continuar utilizando el apellido Howard. No tenía opción. El embarazo de Pauline había sido delicado, y si ella no lo hubiese llamado en ese instante lo más probable era que se olvidara del nacimiento de su sobrino, ¿en qué momento su familia parecía haber pasado a segundo plano hasta el punto de olvidarse de algo tan importante como la cesárea de su única hermana? Era una respuesta que, con sinceridad, le enchinaba la piel.

Renueve y con una última mirada a la puerta cerrada tras la que se

escuchaba el sonido del agua de la ducha cayendo, Blake salió de la casa. Llamó a su piloto y le pidió que preparara todo para partir dentro de una hora hacia California.

Tenía setenta y dos horas para volver. Después arreglaría todo con Paige, y compensaría el mal rato que él acababa de causar con su estúpida e hiriente desconfianza. El mal humor, consigo mismo, se profundizó.

Antes de ir al hangar privado, tenía que pasar por una florería, y marcó en el GPS la dirección más cercana que le indicó su breve búsqueda en Google. Sabía que no era suficiente como una disculpa por su exabrupto hiriente, pero por algo se podía empezar... Al menos hasta que pudieran verse de nuevo.

Solo serían tres días o quizá, con suerte, menos.

Anthony salió silbando de su oficina al caer la noche. Acababa de pagar su deuda con Wakosky. Y su futuro volvía a ser prometedor sin la presencia de la perra de su cuñada. Todo estaba resuelto, pensó, mientras abría la puerta de su casa con una expresión optimista.

Coral, por supuesto, lo esperaba sonriente, y cuando se acercó, le echó los brazos al cuello. ¿Cómo podía intentar deshacerse de una mujer que lo complacía siempre? En la cama no era la mejor, pero tenía amantes que suplían la carencia de inclinación de Coral a compartir la cama con dos o más personas. Era una mojigata y en eso se parecía a Paige.

—¡Papá! —exclamó Shawn cuando lo vio.

—Hola —dijo agitándole los cabellos antes de volver la atención a Coral—: ¿Cómo estás, nena?

Ella sonrió ampliamente. Cuando la llamaba de ese modo, Coral sabía que tendrían sexo.

—Estás muy contento hoy, cariño. Así que aprovecharé para darte buenas noticias. Las mejores en mucho tiempo.

«No lo creo», pensó él, antes de decirle a su hijo que fuera a jugar con la niñera. Shawn lo miró con resentimiento, pero a Anthony no le importó. Se sentía eufórico, y la única manera de dejar ir la adrenalina era con acostándose con una mujer. Había llamado a Olympia, pero estaba trabajando de turno en el bar en el que servía mesas. Así que, consciente de que Coral tenía ese día libre, fue a casa.

Estar casado con la gemela de Paige le daba muchos beneficios. Hoy había sido un día en particular que le recordaba por qué divorciarse de ella no era buena idea. No de momento.

—No me digas... —replicó poniéndole las manos en las caderas.

Ella asintió con seguridad. Tomó las manos de su esposo y las colocó en su abdomen. Le hizo un guiño con los ojos.

—Vamos a ser padres por segunda vez —dijo, exultante.

Anthony la miró y después se echó a reír.

—¿Otro de tus trucos, Coral?

Ella levantó la mano y le cruzó la cara de una bofetada. Después, abandonó la estancia, pero le duró poco la impulsiva huida porque antes de dar un paso más sintió cómo Anthony la levantaba en brazos para llevarla a la habitación de ambos.

En vano protestó cuando él la dejó, sin delicadeza, en medio de la cama. La desnudó a duras penas antes de bajarse el pantalón, separarle las piernas, y empezar a devorarle el sexo con la boca hasta humedecerla y escucharla gemir. Momentos después, Coral le clavaba las uñas en los hombros instándolo a penetrarla.

Anthony se quitó el bóxer y se ancló en el interior de Coral sin más.

Los gemidos que emitió ella el resto de la tarde no fueron de dolor...

CAPÍTULO 20

—Estás un poco distraído hoy, hermanito —dijo Pauline desde la cama del hospital. Había dado la bienvenida a Andrew el día anterior, después de una cesárea delicada. El ginecólogo le sugirió que un nuevo embarazo podría ser riesgoso para su vida y que lo mejor sería ligarse. Eso incrementó el tiempo de la cesárea.

Blake miró a su hermana con una sonrisa desde el sillón para visitas en la suite de lujo del hospital. Le daba gusto haber estado presente durante el nacimiento de su segundo sobrino. Ver a su familia le recordaba lo afortunado que había sido en la vida por tenerlo, y en especial, porque cada uno había cumplido el rol que le correspondía, sin momentos embarazosos o dolorosos hasta el punto de sembrar resentimientos que duraran toda la vida como el caso de Paige.

Ya contaba dos días sin saber nada de la mujer que ocupaba esos días su cabeza al completo. Varias veces intentó llamarla, le escribía mensajes de texto que aparecían leídos y sin respuesta, y estuvo a punto de contactar a Josh por si él tenía idea si todo iba bien con Paige. ¡Tan solo habían pasado cuarenta y ocho horas sin contacto!

Ninguna mujer, jamás, lo había evitado, todo lo contrario. Y esa falta de contestación estaba volviéndolo loco de rabia porque tampoco se podía apartar de su familia. Era una disyuntiva incómoda e injusta por el *timing*. Estaba impaciente por volver a Portland e incluso ir a Oklahoma a donde diablos estuviera ella.

Cuando Galeana lo llamó para felicitarlo por el nacimiento de Andrew, que acompañó con una preciosa y costosa canasta de obsequio de Carter's, le dijo también que no tenía que preocuparse de nada porque todas las acciones

estaban siguiendo la línea corporativa que se había planteado desde un inicio con Paige. Las palabras de Galeana solo le cabrearon porque, desde que decidió comprobar por sí mismo cómo iban las cosas en Portland con Paige, todo había cambiado por completo. No solo en su forma de concebir los negocios —porque ahora podía desprenderse de su adicción a la oficina por una persona que le importaba de verdad y lo atraía como el Sol a las flores— sino en su manera de sentir. Las mentes masculinas que habían servido de ejemplo para llevar a creer que los hombres eran muy pragmáticos en sus emociones, no conocieron nunca a alguien como Paige Valois, pensó Blake.

—Son imaginaciones tuyas... —murmuró incorporándose. Dio una vuelta por el amplio espacio que era la suite privada de su hermana en el hospital, y después apoyó la espalda contra la pared de cara a Pauline.

Ella sonrió con malicia.

—¿O quizá es porque te conozco que tengo mis sospechas de que no estás siendo sincero en estos momentos? —preguntó ella enarcando una ceja.

Pauline acababa de darle de comer a Andrew, y sus padres habían abandonado el hospital una hora atrás ante la insistencia de su esposo para llevarlos a comer a un sitio diferente a la cafetería del centro médico. Aunque le había dicho a la prensa y a sus seguidores que volvería a los escenarios, lo cierto es que tener su hijo en brazos la impulsó a reflexionar y reconsiderarlo.

Gran parte de su vida estaba registrada en periódicos, canales de televisión, programas de radio y demás. Con experiencia, por el matrimonio de sus padres, podía decir que llegaría un momento en que su relación con Allan no soportaría tantas mareas como ella sabía que vendrían: cotilleos, romances inventados, crisis de pareja sacadas de cuentos de ultratumba y quién sabría que otras tonterías. Entendía la decisión que, siendo tan pequeño, Blake había tomado de irse a estudiar a Europa para apartarse de la luz pública.

Ella no se arrepentía de todo lo que había dejado en los escenarios, los sitios visitados, la euforia de sus fanáticos y la posibilidad de brillar haciendo lo que tanto disfrutaba, cantar, durante todos esos años. Pero todo tenía un tiempo de vida, y ahora era momento de que sus hijos crecieran a su lado, mas no bajo el tutelaje solo de un padre y varias niñeras. No era esa la vida que quería para sus hijos ni para Allan.

Por otra parte, sabía que Blake no era una persona abierta a expresar sus emociones o preocupaciones, y tampoco una persona distraída. Esos días que estaban juntos lo había pillado en el planeta de las abejas multicolores mientras ella o sus padres hablaban de cualquier cosa. La última vez que recordaba haberlo visto en ese estado fue cuando conoció a Sheela. Sin embargo, en esta ocasión existía una profunda diferencia que Pauline no lograba comprender del todo.

La miró e hizo una mueca.

—No seas curiosa, mujer —dijo Blake. Introdujo las manos en los bolsillos delanteros de su jean azul oscuro.

La prensa estaba atenta al nacimiento de su sobrino, y Blake prefirió ser discreto. Saludó a un periodista que, por esos avatares del destino, había sido compañero suyo de la escuela y mantenían el contacto. Pero este no lo delató ante los demás cuando, protegido por la capucha de su abrigo, entró por una puerta lateral que —como era de esperarse— también estaba llena de medios de comunicación. Blake imaginaba que su hermana habría rehusado vender, como otras famosas solían, la exclusiva de su alumbramiento. Era una de las cosas que admiraba de Pauline. Le gustaban las luces, los aplausos y la música, pero jamás ponía en *jeopardize* a su familia en el afán de lucrarse. En eso se parecían.

—Anda, dime qué ocurre —insistió ella sonriendo abiertamente.

Blake cerró los ojos, indeciso.

Lo cierto era que no tenía con quién charlar respecto a Paige. Ni siquiera podía pensar en lo que le diría Josh, al menos después de soltarle el puñetazo, con respecto a su representada más exitosa. Sin embargo, estaba convencido de que Josh tenía conocimiento de la situación de Paige con Anthony, Coral y el pequeño Shawn, aunque no hasta qué profundidad. Blake sabía que ese respaldo informativo que Josh poseía era el que lo que impulsaba a que siempre saliera en su férrea defensa cuando la prensa hacía trizas a Paige.

—Conocí a alguien... La situación se complicó antes de venir, y no he tenido tiempo de arreglarlo...

—¿Por qué no has tenido tiempo? —preguntó Pauline cruzándose de brazos— Espero que no estés tratando de echarme la culpa ni a Andrew —dijo en broma para tratar de borrar la sombra en la, usualmente, mirada de su hermano.

—Ya te he dicho bastante.

Ella afianzó la tela de la sábana del hospital sobre su abdomen. La cesárea dolía una infinidad, pero tener a su hijo en brazos valía mil dolores. La maternidad no era recomendable para todas. ¿No estaban también las abnegadas tías cuando estas no querían ser madres? Existían opciones, lo importante para Pauline era sentirse feliz como mujer en cualquier rol que se decidía adoptar. Y ella estaba contenta en los roles que había elegido. Ahora tenía que empezar a priorizar.

—No me has dicho nada —rio— vamos, Blake. Una mujer, vale, pero es tan amplio el concepto como el hecho de que hubieras tenido un mal entendido —que no me has dicho de qué se trata— y que además no lo has podido resolver —volvió a reírse ante la expresión frustrada de Blake—. Venga, dime, hombre, ¿qué sucede?

—Se trata de una persona famosa, y que tiene contrato con mi disquera.

Pauline se dio golpecito en la barbilla con el dedo, pensando. No se le ocurría quién podría ser, y eso que estaba al tanto de lo que su hermano menor hacía profesionalmente. A veces le daba algunos consejos. En esta ocasión no podía imaginar el hecho de que Blake hubiera permitido que su vida laboral y emocional colisionaran hasta el punto de distraerlo o preocuparlo.

—Es la primera vez, desde Sheela, que te veo tan inquieto. Incluso más esta vez... —Pauline bajó el tono de su voz, y se volvió más seria—: Blake —insistió— soy tu hermana y me preocupo por ti. Por favor, confía en mí. Dime qué ocurre.

Con un largo suspiro, Blake, como nunca, empezó a hablarle a su hermana mayor de Paige. Boquiabierta, Pauline, escuchaba el nombre de la mujer que estaba en todos los titulares más escandalosos, y con ello la historia que Blake iba relatándole. Quiso interrumpirlo, pero se contuvo. Obviamente, pensó para sí misma, él se guardaba los detalles que no le incumbían. Respetó las pausas largas y cortas durante el relato, pero detestó ver la expresión confusa en un hombre que —ella sabía— era seguro de sí mismo in extremis. ¿Qué tanto habría calado Paige Valois en Blake?, se preguntó mientras lo escuchaba.

—No tenía idea, Blake... Vaya —comentó, con quietud— me gustaría darte una solución, pero creo que en este caso su falta de respuesta es muy coherente con lo que le dijiste.

—Nadie sabe lo que ha ocurrido entre nosotros —dijo.

—Galeana debe sospecharlo. No tiene un cabello de tonta.

—Nada de lo que hago, desde mi divorcio, lo comento con ella. No necesito más sus consejos. Fue una buena aliada en su momento, pero prefiero mantener a Paige fuera de línea. Es mejor así.

Pauline estiró la mano, llamándolo, y él se acercó. Apretó los dedos de

su hermana en su palma, cuidando de no lastimar el sitio por el que estaba pasando el suero vía intravenosa.

—Blake, ¿eres tan ciego para no darte cuenta de lo que ha ocurrido en estas semanas que llevas con Paige?

—No —repuso, cortante.

Hizo un amago de apartar la mano de la de su hermana, pero ella se lo impidió.

—Estás enamorado. ¿Por qué te cuesta decirlo?

—Solo es... No sé...

Ella lo miró, triste por el daño que Sheela le había causado a su hermano, pero también sabía que, si Paige era capaz de calar en una persona tan hermética como Blake, entonces era alguien especial y merecía la pena que ella le diera el beneficio de la duda. Jamás se habían cruzado sus caminos en los escenarios, aparte que ambas cantaban géneros musicales diferentes, pero confiaba en los instintos de Blake.

—Piénsalo un poco más, y no te dejes retener más tiempo aquí. Ve a buscarla. Tenemos la mejor red de contactos en el mundo —dijo haciéndole un guiño en referencia a sus padres— y puedes encontrarla sin necesidad de llamar a tu oficina o al ejército de asistentes que trabaja para Paige.

—No puedo hacerlo, Pauline.

—¿Por qué? —preguntó.

Ella escuchó la puerta de la habitación abriéndose e interrumpiendo. Apareció la enfermera en el umbral de la puerta con Andrew en brazos. Pauline no se había dado cuenta de que ya habían pasado casi dos horas conversando con Blake. Una de las pocas conversaciones largas en ese año, pero había valido la pena si él estaba más aliviado de haber hablado con alguien.

Su hijo ahora necesitaba de toda su atención, y pronto volverían sus

padres y Allan, así que a ella y a Blake ya no les sería posible continuar conversando. Pauline pensó que, cuando su hermano le soltó la mano para colocarla con cautela sobre la sábana, iba a quedarse callado ante la pregunta que le había hecho. Incluso mantuvo esa idea hasta que Blake tomó a Andrew en brazos para pasárselo a ella.

—Porque en el caso de que tengas razón, Pauline, y yo esté enamorado de Paige, ella no lo está de mí.

Pauline pensó que su hermano, si alguna vez se daba la oportunidad, sería un gran padre. Ya era tiempo de que, si era lo que su corazón anhelaba, empezara a considerar la paternidad en el horizonte. Pero en esos momentos había otras prioridades para él, y la que encabezaba en la lista era sincerarse consigo mismo y con Paige. En ese instante, Pauline no podía si no despreciar a Sheela por la desconfianza que había sembrado en Blake hacia otras mujeres con su infidelidad.

Ella no pudo replicar, porque en ese instante escuchó el alboroto de las voces de sus padres riéndose con Allan, y también la vocecita de Carrie. Blake cambió por completo su expresión confusa y pensativa por otra de buen ánimo. «Interesante», pensó Pauline sonriéndole a su hermano, antes de volcar su atención a su bebé y al resto de la familia que entró en la suite.

El salón de lujo del Skirvin Hilton Oklahoma City en el que Paige estaba presentando su última canción, en el concierto privado para recaudar fondos benéficos, ya no tenía espacio para una persona adicional. Se sentía complacida de poder ayudar y utilizar esos momentos para disipar la tristeza que experimentaba por lo ocurrido con Blake dos días atrás. La fachada de alegría que utilizaba, en conjunto con su vestido corto azul y el maquillaje suave de noche, le servía como un escudo que lograba conseguir que incluso

ella misma evadiese la realidad.

Galeana se encontraba en la ciudad para asegurarse de que todo estuviese a punto. Había llegado con su equipo de trabajo y había empezado a organizar cada hora de la agenda de Paige con minuciosa precisión. Tenía una meta por cumplir, y no le importaban las caras de fastidio que, al disimulo, la cantante de Oregon trataba de ocultar cuando le daba una directriz. Le quedaban pocas semanas para que se cumpliesen los tres meses y Galeana no perdía el tiempo.

Las entradas al concierto en el hotel ubicado en la calle One Park Avenue de Oklahoma City se habían vendido a una velocidad vertiginosa, en especial porque los fanáticos de Paige sabían que ella estaba ausente de los escenarios y su repentina generosidad de apartarse de su retiro temporal —o al menos así lo percibía el público— en beneficio de terceros era una novedad que no podían dejar pasar. Lo más importante en la ecuación consistía en que esa ciudad recibía por primera vez a Paige, y muchos de sus seguidores —pensando o no en la causa benéfica a la que serviría el dinero de las entradas— no perdieron el tiempo en pagar la alta suma que valía cada pase. Todo ese antecedente sirvió para los propósitos de Galeana.

La relacionista pública de Lion Records decidió ampliar las fechas de presentación en la ciudad. Un concierto adicional dentro de tres días a beneficio de la misma fundación de esa noche. Se lo anunciaría al público asistente al final del recital de ese día, y Paige estaba al tanto de la decisión.

Ese tiempo fuera de su agenda de trabajo le serviría a Paige para curar la herida que había dejado días atrás el comentario insensible de Blake antes de separarse. No era fácil ignorar las llamadas, los mensajes, ni las flores que habían llegado cada noventa minutos a la puerta de su casa en Portland hasta que ella abandonó la ciudad para volar a Oklahoma. Nada deseaba más que hablar con él, verlo, reírse juntos y sentir sus manos recorriéndole la piel,

pero estaba dolida y prefería enfocarse en lo que iba a aportarle más satisfacciones por el momento: la música.

No podía ceder a las ganas de contestarle cuando la máscara de Blake había dejado traslucir la verdadera opinión que tenía de ella. Se sentía utilizada y más que eso, tonta. ¿Cómo no lo vio claro desde un inicio? ¿En qué cabeza pudo haber concebido la idea de que alguien como Blake la podría mirar de forma distinta, de forma real...? Él, que vivía en el mismo entorno de oropeles, que trabajaba día a día con egos, y que tenía una familia famosísima, claramente estaba prejuiciado por lo que otros decían de ella, a pesar de haberle abierto su alma contándole cosas que jamás le había dicho a nadie. Tal vez debía empezar a buscar una persona que estuviese fuera de su entorno musical. No era fácil, porque su vida era restringida por seguridad, pero tampoco imposible.

Dentro de tres días, en el mismo sitio y para la misma causa, Paige iba a repetir el concierto. A ella no le gustaba la actitud de Galeana últimamente.

Quedaban un par de semanas para cumplir los tres meses de prueba, y en lugar de que la mujer estuviese más amable ante su inminente incorporación en Lion Records, Galeana se comportaba de modo cortante, aunque jamás descortés. Paige no tenía ganas de discutir. Había algo más importante que sus problemas sentimentales, y tenía que ver con Shawn. Al regresar a Portland sus abogados la esperaban para preparar el caso que iban a presentar ante la Corte contra Anthony. Paige había decidido, no solo demandar a Anthony por estafa, acoso y malversación de fondos, sino que iba a utilizar todas las pruebas reunidas —y que sus abogados habían solo aceptado como válidas en un treinta por ciento por considerar que el resto podría dar pie a que el Juez que tomase el caso las cuestionaría por la forma en que habían sido obtenidas y pusiera la situación en contra de Paige— para exigir la custodia de Shawn. Tendría que dejar a la luz pública la situación

con Coral, pero su prioridad era pensar en su sobrino. No le importaba ser madre joven si era la forma en que sus sobrinos tuvieran una vida plena sin inconsistencias emocionales como le ocurrió a ella y a su gemela.

—Paige —dijo Galeana mientras caminaban sobre la cara alfombra en el piso del hotel donde estaban las habitaciones del equipo de comunicación y relaciones públicas de Lion Records. La asistente de Paige, junto con una maquilladora que también tenía especialidad en hacer peinados, había volado desde Los Ángeles para ayudarla a prepararse durante el día del evento y ahora, debido al cambio en la agenda, se quedaría varios días más con la cantante—, muchas gracias por haber cumplido todos los requerimientos que te he enviado hasta el día de hoy. Estamos complacidos.

Ella la miró con una sonrisa. No tenía por qué darle a entender que no era felicidad lo que rebotaba en su corazón en esos momentos.

—Claro, Galeana, no hay problema. —Ya era pasada la medianoche y quería quitarse el maquillaje, el ajustado vestido y los tacones que estaban matándola—. ¿Te parece si continuamos hablando mañana? Ha sido una jornada agotadora. Espero que el comunicado de prensa nos continúe beneficiando.

La otra mujer asintió.

—Me gustaría que cenaras con el hijo del presidente de la fundación 2Care pasado mañana. Me ha dicho que es seguidor de tu música y admira tu talento en los escenarios. Estará todo coordinado, así que no tienes de qué preocuparte —aseguró.

—Claro, no hay problema. Ya sabes que hasta las próximas semanas estoy, técnicamente, en manos de tu agenda de trabajo —sonrió.

—Te paso los detalles...

Paige le hizo un gesto delicado con la mano para silenciarla. Galeana frunció el ceño ante el inesperado detalle de la situación. Pero lo dejó estar

porque tenía cosas más importantes.

—Betty, mi asistente, ya está conmigo. Por favor, Galeana, envíale una actualización de los planes de trabajo para mí. Tienes su dirección de email, porque siempre le copio tus instrucciones para que cualquier detalle también se lo ajuste con mi equipo en Los Ángeles —replicó.

—Entonces le comunicaré a Mangfred Patrollmon que lo verás pasado mañana. Está casado con la hija de un Senador, y aunque ella no puede asistir esta ocasión, él insistió en que no te vayas de la ciudad sin conocerlo. Son personas con muchísima influencia social, Paige, y tienen una reputación impecable. Sería la cereza del pastel, vulgarmente hablando, un espaldarazo si te ven con él.

—Sí, claro, dile que será un gusto —sonrió—. Todo lo que sea en beneficio de la fundación, incluso cenar con un fan adicional, vale la pena para el objetivo, más si es el hijo del presidente de la fundación.

—Perfecto que descanses.

—Lo mismo digo.

Galeana se alejó con sus elegantes zapatos Christian Louboutin.

Paige entró en su habitación, y una insistente vocecilla en su cabeza le decía que algo no encajaba en el comportamiento de Galeana esa noche. Pero no la conocía lo suficiente como para juzgarla, y durante ese tiempo comunicándose jamás le había dado una impresión distinta a la de ser una mujer gentil y eficiente.

«Imaginaciones mías», pensó antes de programar el despertador para las seis de la mañana. Iba a bajar al gimnasio del hotel. Su entrenador personal no estaba físicamente, pero ella encendía una llamada por Skype para que la guiara en su rutina de ejercicios. La vida de celebridad tenía muchas ventajas, aunque el precio que ella pagaba empezaba a sobrepasarla emocionalmente. ¿Encontraría alguna vez alguien que lo arriesgara todo por estar a su lado,

que viera más allá de su físico, y no la juzgara por opiniones de terceros?

Se abrigó con el edredón y, desnuda como se encontraba, se acomodó entre las almohadas de la cama king-size.

Paige despertó en plena madrugada con el rostro bañado en lágrimas, y la respiración agitada. Había tenido una pesadilla. En esta ocasión no estaba Euseb, sino Blake burlándose de ella, su pasado, acusándola de ser una asesina, y gritándole que no quería volver a verla jamás.

Incluso a esas horas en las que todo el mundo dormía en Norteamérica, su corazón no podía negar que la única persona capaz de consolar su soledad, no solo era la única que la había lastimado, sino también la única a la que amaba. Era una desesperanzadora y cruel broma.

Después de las cuatro de la madrugada, asustada por la magnitud de sus sentimientos, se levantó para ponerse la ropa de gimnasia. Iba a tener que despertar a su entrenador dos horas antes de tiempo. Ya vería cómo afrontaba el resto del día cuando el sol clareara el cielo de Oklahoma City.

CAPÍTULO 21

Paige consideró a Mangfred una persona agradable, y por un instante dudó de esa percepción inicial al abrir las puertas del restaurante, al que habían ido, y recibir los flashes de las cámaras fotográficas cegándola. Desorientada por un momento, y enfadada al siguiente instante, Paige trató de ocultar su rostro con la bolsa Chanel que llevaba esa noche. «¿Qué rayos?», se preguntó mientras llamaba desesperada a Falcon para que fuera a recogerla de inmediato.

Sabía que el hecho de que hubiera dado un concierto y que fuese a dar otro pronto era de conocimiento local, pero no así la cena con el hijo del presidente de la fundación 2Care. Era difícil mantener el hermetismo en su mundo profesional. Suponía que alguno de los camareros o curiosos comensales habrían dado la alerta. ¿Acaso tendría que vivir el resto de su vida reservando un área completa de cada restaurante al que asistía para no ser delatada? ¿Tendría que vivir siempre en plan *underground*? Había épocas en que ya no podía soportar la situación de ser perseguida por los medios de comunicación, y esta era una de esas.

—Entiendo que te gusta llamar la atención, Paige —dijo Mangfred mientras intentaba seguirle el paso para evadir las preguntas de los periodistas de la prensa del corazón—, pero, ¿para qué contactaste a estos buitres? Me dijo claramente Galeana que sería una cena discreta.

—¿Hace cuánto eres la amante de la hija del Senador Marcusen? —gritó una periodista.

—Paige, ¿ha sido una gran mentira tu retiro momentáneo para ocultar el romance? —preguntó otra.

—¡Hey, Paige! ¡Háblanos de tu carrera musical! ¿Crees que Lion

Records permitirá que seas la amante de la hija de un Senador y causes escándalos? ¿Tienes miedo de que te despidan? —increpó otro periodista como si se tratara de una pregunta cualquiera sobre el clima o próximos cambios en las direcciones de las líneas del tren.

—¿Esperas un hijo de Mangfred? —escuchó gritar a otra persona.

Ella solo continuó caminando a paso rápido, pero no por ello implicaba que desoyó lo que le preguntaban. Agarrada de la mano masculina que la guiaba con agilidad hacia el parqueadero privado del hotel en el que tenía el automóvil, Paige empezó a elucubrar diversas dudas. No se salvaron de los flashes. Los tenían cercados.

Con dificultad, Mangfred abrió la puerta para Paige y después rodeó el automóvil para ocupar el asiento del conductor. No tenía planeado salir con ella en su propio carro, sino hacerlo en vías separadas como creía que era lo más seguro.

—No los he llamado yo —repuso, enfadada, y se ajustó el cinturón de seguridad—. Dame la dirección del sitio al que vamos en este instante.

—Mi casa es la única salida —murmuró encendiendo el motor del Jaguar—, porque mi experiencia en este tipo de situaciones es casi inexistente.

Paige llamó a su chofer y le informó el sitio al que debía ir a recogerla. Mangfred se alejó como si los persiguiera la CIA. Mientras, en silencio, su acompañante conducía, ella buscó información relativa a él en internet. Se quedó boquiabierta al saber que tenía problemas con su esposa porque al parecer de varias infidelidades, y la crisis en su matrimonio estaba poniendo en aprietos la candidatura del Senador Marcusen como representante del partido conservador al que pertenecía.

La puerta de la casa se abrió de par en par y apareció una preciosa pelirroja. Elegante y sobria. Paige se fijó en el anillo de matrimonio que

llevaba en el dedo anular con un increíble diamante en forma de pera.

—Supongo que debo ser amable —dijo la mujer con acidez y una evidente expresión de hastío al ver a su esposo con Paige en el umbral—. Soy Anabelle Patrollmon. ¿Paige Valois? ¿La cantante, cierto?

—Eso dicen —replicó tratando de mostrarse afable, pero no lo consiguió. La tensión en la pareja de esposos era palpable.

Los tres notaron el momento exacto en el que la escena fue captada por el lente de una cámara. Anabelle instó a su esposo y a Paige a entrar. Cerró la puerta.

—No es lo que piensas, cariño —dijo Mangfred en un tono cauteloso. Sí, le había sido infiel dos veces a su esposa, y no tenía cómo justificarlo, pero no iba a permitir que lo acusaran de algo que no tenía nada de cierto en las elucubraciones de Anabelle—, los medios van a intentar inventarse un affaire en donde no lo hay.

—¿Es eso cierto? —preguntó, con cinismo, a Paige.

—No tengo la mejor reputación, pero si has leído últimamente los periódicos o visto información sobre mí, entonces debes saber que lo que hago está enfocado en ayudar a otros con mi talento y mi dinero, pero no en promover la ruptura matrimonial —comentó con ironía.

Después de observarla un largo rato, indiferente a la incomodidad de Mangfred, Anabelle asintió y le extendió la mano a la cantante.

—No son buenos tiempos para mí. Lamento haberte tratado de este modo poco cordial, Paige. Imagino que debes haber leído sobre él —señaló a su esposo con la mano— y yo últimamente.

—Lo cierto es que no tenía idea de nada hasta que busqué sobre ustedes debido a las preguntas que lanzaban los paparazzis a la salida de la cena que tuvimos hoy. Y antes de que te hagas idea, la cena se llevó a cabo por pedido de mi relacionista pública porque tu esposo es hijo del presidente de 2Care.

—Comprendo...

—Annie —dijo Mangfred llamando a su esposa con afecto—, por favor, no hagamos sentir peor a Paige. Después de todo, una vez más, lo que acaba de ocurrir es consecuencia de las acciones y errores de mi pasado en nuestro matrimonio...

La mujer, confusa y un poco triste, asintió. Era difícil saber los límites cuando el engaño ya había estado presente dos ocasiones en tu relación de pareja, porque una vez que esos capítulos pasaban a ser historia, un fantasma estaba al acecho para intentar revivir viejos temores.

—Habrán notas en la prensa mañana, Anabelle —advirtió Paige— y no será fácil para ti ni para Mangfred porque suelen ser poco amables en las columnas de cotilleos. Peor será para mí, claro —dijo con amargura— aunque supongo que mi equipo de relaciones públicas se encargará de aliviar el vendaval como siempre...

La pelirroja dejó escapar un suspiro. Asintió al ver la expresión de derrota en la amiga de su esposo.

—Mi padre es un hombre muy conservador, Paige, y mi matrimonio con sus crisis le ha dado dolores de cabeza constantes... —bajó la mirada— ¿Querrías quedarte a tomar una copa con nosotros? Tal vez sea lo mejor para intentar conocernos un poco, y así los paparazzis se aburren.

—No hace falta...

—Insistimos —dijo Mangfred tomando de la mano a Anabelle— y creo que lo merecemos. Son épocas complicadas para todos —comentó haciendo referencia a la posición política de su suegro.

Paige miró a uno y otro.

—Supongo que de todos modos estoy atrapada aquí hasta que los paparazzis desistan y se marchen o lo haga yo de algún modo discreto.

Mangfred asintió.

—Por cierto, ¿tienes conductor personal, verdad? —preguntó, pues él no había ido a recogerla por indicaciones expresas de Galeana.

—Sí, tengo chofer, pero no quiero que lo reconozcan los periodistas que nos han seguido... Ustedes comprenden. —Se pasó una mano por el rostro, cansada—. Acepto tomarme una copa. Gracias...

Los esposos asintieron.

—Le pediremos a nuestro chofer que te lleve a tu hotel de regreso cuando el panorama esté menos agitado. ¿Te parece bien? —terció Anabelle.

—Gracias —replicó Paige—, y lamento este mal entendido. Aunque no puedo decir que no esté acostumbrada —remató con amargura.

—No han sido buenos meses para nosotros, Paige, así que comprendemos cómo debes sentirte en este instante... Mis disculpas por haber creído que tú y mi esposo... —se encogió de hombros— se dicen tantas cosas en la prensa que...

Paige asintió.

—Tranquila, no hace falta que te expliques que entiendo a la perfección lo que tratas de decirme. En todo caso —comentó cambiando de tono de voz apenado por uno más vivaracho—: Brindaremos por la calma que de seguro llegará después de la tormenta —dijo con una sonrisa que no demostraba alegría.

Paige tenía en mente llamar a Galeana lo antes posible, y le sorprendía que ella no la hubiese contactado primero. «De seguro estaba lidiando lo mejor posible con la prensa.» No quería ni imaginar la cara de Blake cuando llegaran los periódicos del día siguiente. Después de los últimos momentos que habían compartido juntos, no quería ni siquiera considerar la posibilidad de que él le pudiera dar el beneficio de la duda.

Ella ya había enviado un mensaje de texto a Betty para que hablara con la gente en Los Ángeles y pusiera a trabajar a su equipo habitual de

colaboradores. Un grupo pequeño que no superaba las cuatro personas, pero que resultaban muy eficientes. También esperaba en cualquier momento la llamada de Josh, y sabía que la esperaba un discurso para nada agradable.

Y Paige creía que su vida había empezado a equilibrarse...

La prensa la había destrozado esa misma noche, ni bien pisó el hotel. Noticias de último minuto en los canales de farándula llenaban los titulares, y claro, las especulaciones de los presentadores. Ella era el punto de muchos dardos. «Qué raro», pensó con sarcasmo.

Apenas pudo conciliar el sueño. Las llamadas perdidas de Blake continuaban aumentando en su teléfono, y los mensajes de texto que — aunque tenía mucha curiosidad por leer— ignoraba, tampoco cesaban. No quería saber de él, no quería saber de nadie.

Anabelle la llamó pare decirle que no se preocupara que ni ella ni Mangfred le guardaban rencor alguno, tampoco la culpaban, y sabían que era parte del trabajo que solían hacer los medios amarillistas. Paige sentía pesar por ellos.

Galeana la llamó en el preciso instante en que abandonó la casa de los Patrollmon y se dirigía de regreso al hotel en Oklahoma con el chofer de la pareja.

No le sorprendió encontrar la entrada principal llena de paparazzis. Imposible que hubiera sido de otra manera. Su aparente vida tranquila había llegado a su final, y con ello también la posibilidad de continuar en Lion Records y extender su contrato.

¿Cómo diablos se podía tener tan mala suerte?

Las redes sociales que seguían a Page eran un caldero. Los que la apoyaban contra los detractores se habían enzarzado en una guerra de dimes y diretes mediáticos. Ella llamó a su publicista en Los Ángeles y le pidió a

Betty que trabajara con Mario, el experto en redes sociales, con el fin de que bloqueara aquellos mensajes ofensivos y procurara no darles alas a los detractores ni tampoco a los fans porque había que detener, de algún modo, esa hecatombe *online*. Pues resultaba que ahora ella era *destructora de hogares*.

¿Qué tal eso?

—Hablaremos mañana en la mañana —le dijo Galeana en tono seco por teléfono— no puedo asegurarte buenas noticias.

—Atendí la cena como pediste —dijo, interrumpiéndola—. Eso fue todo lo que hice, y pienso ir en este preciso momento a tu habitación para que dejemos claro el panorama. Me extraña que tú quieras postergar una conversación de este calibre.

La relacionista pública, a unas habitaciones de distancia en el piso ocho del hotel, puso los ojos en blanco mientras contemplaba con una sonrisa la televisión y la imagen de Paige saliendo a trompicones de los sitios que había visitado. El televisor estaba en silencio, pero los titulares la complacieron. Había cumplido su cometido.

Giró la cabeza hacia el hombre que ocupaba el otro lado de la cama, desnudo. Ella no tenía problemas en contratar los servicios sexuales de alguien cuando lo necesitaba. Prefería pagar por el placer de un orgasmo, o dárselo ella misma cuando no tenía tiempo, a lidiar con las complicaciones de las relaciones de pareja. No quería sufrir estúpidos momentos de depresión como los de su pasado.

Le hizo un gesto con la mano al gigoló que era diez años menor a ella. Se señaló a sí misma, y se levantó el baby-doll de seda en tono perla. No necesitaba explicarse más, el hombre se posicionó entre las piernas de Galeana y empezó a darle placer con la boca de un modo que ella dejó escapar un suspiro. Hasta que recordó que estaba al teléfono. Pero Paige

Valois era un caso olvidado a partir de esa noche, y no volvería a ser un problema en su agenda de trabajo.

—No era necesario que llamaras a la prensa para informarles de que estabas reanudando tu vida personal —expresó con dureza mientras elevaba las caderas cuando el gigoló le dio un lametazo entre sus labios íntimos— por si no lo sabías... Y no te atrevas a venir, Paige, que ya no son horas de hablar. —Ella prefería entretenerse con una lengua complaciente degustando sus más íntimos lugares.

—Acusarme, sin saber los hechos, me parece una bajeza de tu parte. ¡Eres mi relacionista pública!

—Soy la relacionista pública de Lion Records, cariño. No lo olvides. En todo caso, ajustaremos todos los detalles lo antes posible. Tengo que dormir —mintió cuando sentía que no podría mantener más frases coherentes si su amante continuaba chupando su clítoris y penetrándola con los dedos como estaba haciendo en esos momentos— porque debo arreglar tu desastre con la mente fría.... Por cierto, ya no es necesario que te quedes a dar el concierto adicional del que hablamos. La fundación ha decidido cancelarlo por lo ocurrido esta noche, y el valor de las entradas recaudadas tras el anuncio de esta noche sobre tu posible presentación, será reintegrado a los compradores y donadores.

Eso le sentó como un puñetazo en el estómago a Paige. Se sentía culpable, y al mismo tiempo sabía que no era por su causa.

—Pero no es justo para las personas que se benefician...

—Yo solo cumplo con acatar las decisiones del panel de directores de la fundación, Paige.

—Galeana, no me parece que...

Paige se quedó mirando el aparato, furiosa, cuando la mujer le cerró el teléfono sin darle opción a continuar hablando. Estuvo a punto de ir a tocarle

la puerta y mandarla al diablo, pero no tenía fuerzas. Se sentía agotada. Derrotada.

Necesitaba escuchar la vocecita de su sobrino diciéndole que la quería. Porque el amor de Shawn era tan puro como solo podía ser el afecto de un niño. Tenía que continuar siendo fuerte, por él. Quedaba ya poco para que pudiese poner freno a los últimos cuatro años de constante estrés causado por Anthony.

Quiso continuar pensando en los modos de responder a la prensa. Su publicista intervendría. Otro de sus errores había sido pedirle que se quedara un poco al margen para darle más espacio a Galeana en su agenda. Jamás volvería a confiar en otros que no fuesen parte de su equipo, meticulosamente, elegido por ella.

Se quedó dormida y tuvo un sueño calmado. O eso podía decir a estar en la orilla del mar sin nada más que el sonido de las gaviotas y un par de veleros a lo lejos. Cuando fue a recibir el desayuno, le hubiera gustado no abrir los ojos. Tenía, como siempre pedía cada que viajaba de un estado a otro o de un país a otro, los ejemplares en físico de los principales diarios.

Dejó a un lado el suntuoso desayuno que había ordenado, en su intento de darse ánimos. Pero apenas pudo probar dos o tres bocados.

Los titulares que leía eran hirientes y estaban llenos de odio.

No daba crédito a lo que leían sus ojos. Una idea más disparatada que la otra. Soltó una carcajada amarga cuando leyó que la acusaban de estar embarazada de Mangfred y que Anabella había decidido aceptar al niño y reunirse con Paige para arreglar discretamente la situación. ¿Por qué mejor, en lugar de escribir columnas periodísticas, no se dedicaban a escribir novelas de fantasía? Ella ya debería estar acostumbrada a ese tipo de idioteces, pero no era así...

Después de darse una ducha tomó la decisión de ir hasta la habitación

de Galeana y ponerle sus opiniones sobre la mesa. Es que Paige no entendía cómo un mundo relacionado al arte de fusionar sonidos de un modo maravilloso, tenía esos tintes tan dañinos y cargados de maldad. ¿Cómo era posible que no se hubiera muerto de un ataque cardíaco todavía?, se preguntó yendo de un lado a otro sobre la alfombra de su habitación con el iPhone en la mano.

No tuvo tiempo de pensar demasiado en su discusión con Galeana la noche anterior porque recibió una llamada telefónica de Josh.

Ya se la esperaba, y supuso que no la recibió la noche anterior porque ya era bastante entrada la madrugada y Josh estaría durmiendo con Melinda. Una de las reglas de oro de los Daniels era no llevar el trabajo a la casa. Suponía que, si Josh lo hacía, era porque tenía la venia de Melinda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él con cautela en su voz.

No existía recriminación, y eso la apaciguó, un poco. Paige se lo contó todo con detalles. Tal como había sido, sin aumentar o cambiar las circunstancias. Incluso le mencionó lo bien que los Patrollmon se había comportado con ella.

—Entiendo... Paige, hay algo que debes saber.

—¿Qué? —preguntó con un susurro.

Esa mañana llevaba un vestido azul, corto y muy sexy. Tacones altos y elegantes. Se maquilló con esmero y se ajustó una coleta. Si algo le daba ánimos era ver un reflejo suyo con estilo frente al espejo. Y es que no tenía de otra...

—Macron se ha puesto en contacto conmigo. Por eso he tardado en llamar ni bien amaneció hoy.

Paige apretó los dedos contra el teléfono que, menos manos, era irrompible bajo las manos de un humano. Miró el precioso reloj de pared que estaba sobre una de las consolas de la habitación junto al mini-bar. Las once

de la mañana.

—Oh, entiendo.

—Lo siento mucho, el contrato de Lion Records va a ser cancelado... Hice lo posible para convencer a Macron de que no era tu culpa el desastre en la prensa, porque te conozco, y sé lo mucho que estabas trabajando para que todo funcionara de acuerdo a los lineamientos de la disquera. Además, la agenda de trabajo que has seguido es la sugerida por Galeana, así que todo ha sido calculado —comentó con evidente preocupación—. Macron solo protege su compañía, y los abogados de la disquera son implacables en ese sentido.

—Solo quedaban tres semanas y medias, Josh... —susurró— solo tres semanas y medias.

—Lo sé, Paige, y me enfada saber que todo esto ha ocurrido. ¿Has hablado con Galeana?

Ella retuvo las lágrimas. Se mantuvo un rato en silencio para evitar la posibilidad de que su voz se quebrase al hablar.

—Iré a hablar con ella en este mismo instante, porque fue quien organizó la cena con Mangfred. Todo fue planeado y calculado, no existía modo en que alguien se enterase, salvo que algún camarero o empleado del hotel o incluso alguien del restaurante lo hubiera filtrado, pero eso se sale de mi alcance y también del de Galeana. Eso debe entenderlo Macron. Yo... — se mesó los cabellos—, mierda.

—Eso no es todo, Paige —dijo Josh, deteniéndola cuando ella ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta principal— por favor, escúchame antes de que vayas a hablar con Galeana.

—No sé cómo podría empeorar esto —murmuró sentándose al borde la cama.

—Antes de que te diga lo que voy a comentarte, quiero que sepas que siempre he confiado en ti. Incluso cuando creías que me daba por vencido. —

Paige sintió que el corazón se le aceleraba—. Nunca te he juzgado por creer lo que otros decían de ti, porque siempre he sabido la verdadera razón detrás de todos los escándalos que se han inventado a tu costa. Lo cierto es que esperaba que en algún momento sintieras la confianza de hablar conmigo sobre lo que te atormentaba y causaba tanto mal en la prensa, pero siempre he respetado tu voluntad de mantener tu vida familiar, tu pasado, lejos de nuestras conversaciones.

—Josh, ¿sabes sobre mi familia? —preguntó en un hilillo de voz.

—Sí, Paige. Melinda jamás me ha contado nada, si es que acaso te lo preguntas, aunque yo sospecho que su defensa tan fiera sobre ti es porque sabe más de lo que dice conocer sobre tu vida... ¿Me equivoco?

«Sí, Melinda era una persona leal», pensó ella.

—No...

—Mi confianza en ti como profesional jamás ha flaqueado. Confío en tu talento, y por eso me he quedado a tu lado contra viento y marea. Aún con el conocimiento de tu complejo pasado familiar, tu contrato conmigo fue calculado y asumí los riesgos. Volvería a firmar contigo, porque lo vales, Paige. Como cantante, compositora y amiga. No tengas dudas de eso, jamás.

Ella dejó escapar las lágrimas que le irritaban los ojos desde que leyó los diarios.

—Ustedes son mi familia, Josh... Gracias...

—Debo confesarte que te hice investigar, después de escucharte en ese concurso de canto, años atrás. Pagué por el silencio en relación al juicio por el homicidio no culposo de tu padrastro.

—Josh...

—Lo hiciste en defensa propia, lo aplaudo, y te admiro por haber tenido los cojones.

—¿Me investigaste...?

—Debes entender que es algo que hago con todas las personas que quiero para mi agencia de talentos, no te conocía más que por tu voz, pero yo no solo firmo con un nombre, yo trabajo con una familia. Mis representados son parte de mi compañía, pero veo más allá del dinero. Así que investigarte no fue nada personal.

—No te lo recrimino, no me conocías... —comentó con alivio al saber el nivel de lealtad de Josh.

—Paige, sé lo de Anthony, sé de la existencia de Coral, pero no podía ayudarte hasta que tú misma decidieras contármelo, y por eso, te pido disculpas... Pero ahora, que todo parece que saldrá a la luz, ya no tengo forma de protegerte ni pretender que no conozco los hechos.

Paige no se sentía traicionada, porque entendía que Josh jamás haría algo para dañarla o perjudicarla. Solo estaba aturdida por cómo todo se había torcido. Si en algún momento creyó que los Daniels eran las mejores personas que había conocido, en ese instante reforzó su creencia. No todo estaba perdido en sus relaciones interpersonales. Josh y Melinda eran, definitivamente, la mejor familia que podía haber elegido. ¿Acaso no eran los amigos, la familia que uno elegía?

—Josh... No ha sido tu culpa, yo no tenía idea... Gracias. No sé... Gracias... Y, ¿qué es eso de que saldrá a la luz mi pasado? —preguntó sintiendo cómo unas manos parecían oprimirle la garganta impidiéndole respirara con normalidad.

—No tengo idea de cómo ha sucedido, pero muchos datos referentes a tu familia cuando no eras famosa, el juicio, todo, saldrán esta noche en el programa *Gossip Around*. Uno de mis contactos me ha llamado a avisar, y creí necesario que lo supieras antes de que saliera al aire hoy. Cuando indagué por más detalles, él tuvo que cortar la comunicación porque iba a entrar en una junta. No he podido volver a contactarlo... Así que he decidido

avisarte...

—¿Existe forma de que detengas la emisión para dar mi versión? ¿El equipo de comunicación de tu empresa? ¿Mi gente?

—Lo siento, Paige. Me temo que es imposible. Ya estamos trabajando en la forma de contrarrestar los efectos negativos, pero no conseguiremos que dejen de sacar la información al aire.

—El canal de cotilleos más visto de la televisión nacional va a aniquilarme —murmuró sin poder ya contener las lágrimas, pensó en Shawn—. Josh, mi sobrino Shawn... Debo pensar en él. Oh, Dios —agachó la cabeza— todo lo que he hecho ha sido para proteger a Shawn, y que cuando crezca no se sienta avergonzado, ni perseguido por los fantasmas de la mala fama de su familia, que tenga la tranquilidad que yo jamás he tenido.

Josh se frotó la sien con la mano derecha.

—Ignoro la magnitud de la información que tienen, y me gustaría saberla para prevenirte, pero quiero que sepas que no he tenido nada que ver, y que jamás, jamás, revelaría algo tan personal. Tampoco mi esposa.

—Yo sé que ustedes jamás me traicionarían...

Entonces, una idea cruzó su mente, y al instante sintió una corriente fría recorriéndole la columna vertebral. Sentía el corazón compitiendo con Usain Bolt en plenas Olimpiadas, y en esta ocasión no era Bolt el que tenía una tendencia ganadora en la competencia.

—Josh, debo dejarte, hay algo que necesito hacer en este preciso instante.

—Paige, espera...

—Hasta pronto.

Ella cortó la comunicación y fue hasta la habitación de Galeana. Prácticamente la aporreó a golpes para que le abriera.

Las luces del lujoso hotel eran cálidas, y no concordaban en absoluto

con la forma en que Paige se sentía. Si alguien era capaz de cometer un homicidio en esos instantes era ella. Volvió a golpear la puerta con insistencia. No pensaba largarse hasta que la mujer le abriera, caso contrario, estaba dispuesta a llamar a la Recepción para reportar alguna mentira con tal de que le dieran una llave maestra y así entrar.

Pasaron cinco minutos hasta que, con el rostro relajado y cubierta por un salto de cama de seda violeta, apareció Galeana en el umbral de la puerta. La miró con una ceja enarcada.

—¿Puedo saber a qué se debe esta interrupción? —preguntó cruzándose de brazos. Estaba pulcramente vestida y su maleta de viaje estaba hecha. Su trabajo estaba terminado, y su lado sexual femenino saciado. Había sido un momento ideal

Sin ser invitada, porque los modales era lo que menos la preocupaba, Paige pasó junto a Galeana y se plantó en el centro de la habitación. La relacionista pública, encogiéndose de hombros, cerró la puerta.

—Dime qué demonios ha pasado —exigió Paige mirándola con desafío.

Galeana, tan serena como estilaba cuando su trabajo había sido exitoso, sonrió, se acercó hasta el mini-bar y sacó una botella de agua Evian. Bebió sin prisa, y le ofreció —claro que lo hizo— una a Paige, quien —por supuesto— rehusó.

—Expílicate, Paige.

—¿¡Tengo que explicarte!?! —preguntó con incredulidad sin esperar respuesta, y continuó—: Me tendiste una trampa. Fuiste tú quien envió a los paparazzis y dejaste entrever algo que no era cierto. Tú lo planeaste todo, y no lo entiendo, ¿por qué arruinar el trabajo de todas estas semanas de este modo, Galeana?

—Jovencita, tengo muchas cosas importantes en mi agenda, entre esas no está velar por tu bienestar emocional.

—¿Has caído en cuenta de lo que implican todos esos titulares de hoy? Las gestiones, el tiempo, todo se ha ido a la ruina. No lo entiendo...

—No es tan difícil deducirlo cuando nadie quiere saber de ti en otras compañías... De haber sabido desde un inicio tu asunto con tu cuñado, la verdad detrás de tus escándalos, entonces hubiera podido ahorrarnos todas estas semanas de planificación e ir directo al punto

—¿Cuál punto? —preguntó con acidez.

Galeana suspiró con aburrimiento.

—No podemos darnos el lujo de tenerte en la compañía, porque en lugar de ser rentable, nos causarías más bien pérdidas en esfuerzos en los constantes intentos de contrarrestar los efectos de tus constantes problemas de comportamiento. Entonces he tenido que armar todo este plan para después encontrar la forma de deshacerme de ti, legalmente.

—¡Problemas de comportamiento! —exclamó con incredulidad— ¿Y qué me dices entonces del reportaje que saldrá esta noche? ¿Qué me dices de que mi vida personal, mis más íntimos secretos, ahora serán de dominio público gracias a ti? —preguntó apenas conteniendo las ganas de zarandear a la mujer que tenía ante ella, tan fría como un témpano de hielo, o incluso volverse alguien sin educación y halarla de los cabellos por toda la habitación como si de dos cavernícolas se tratara.

Galeana jugó con la pulsera de oro con diamantes que tenía en la muñeca izquierda de la mano. Continuaría manteniendo la confidencialidad, no solo de sus métodos sino de sus fuentes de información, porque era la forma de preservar efectos aleatorios no deseados en sus acciones para lograr las metas que se proponía en el afán de mantener la reputación de Lion Records y complacer, al mismo tiempo, los deseos de sus dueños: Blake y Macron. En esta ocasión no sería diferente. No tenía por qué serlo. Sonrió lentamente. Como un león que, ante una desesperada presa, estaba a punto de

dar el zarpazo final para aniquilarla. Los profesionales como ella jamás daban cuenta de sus métodos, tampoco de los golpes de suerte que contribuían a la consecución de sus metas laborales, así que solo le quedaba ponerle la cereza al pastel. Al haber acudido a ella, Paige le había facilitado la situación.

—Paige, deberías calmarte. Además, ¿por qué crees que el reportaje de esta noche tendría que ver del todo conmigo? —preguntó haciéndole un guiño—. No lo planifiqué, pero cuando me enteré oportunamente no pude dejar de utilizar la información del modo más conveniente que encontré.

—Calmarme...—murmuró.

Paige sintió una loza pesada cayéndole sobre los hombros. Demasiado para sostener en esos instantes, sin embargo, sacó fuerzas de donde no tenía para continuar en pie sin quebrarse.

—Puedo pedir un agua de valeriana —comentó con solícita hipocresía.

—¿Estás implicando que alguien más ha tenido que ver con esto? —indagó obviando el comentario anterior de la mujer.

Fue la decepcionante idea de que Blake hubiera sido quien estuvo detrás de la filtración de su vida personal a la prensa, y que saldría esa noche, el detonante que impulsó a Paige a buscar con urgencia a Galeana.

—No es secreto para mí que sostienes un affaire con Blake. —Paige abrió y cerró la boca, y la italiana continuó—: Lo conozco como la palma de mi mano, y por eso yo no puedo permitir que él ponga en juego lo que tanto me ha costado conseguir: su privacidad a salvo de los titulares, el declive de la reputación empresarial, y la falta de confianza de potenciales y lucrativos talentos musicales que, en lugar de restar, sumen a Lion Records.

«La palma de su mano, ¿eh?», pensó Paige con los celos devorándola viva, y también ofendida por el insulto sobre ella como profesional. Se acercó, sin mediarlo, le cruzó a Galeana la cara de una bofetada.

—¿Crees que esto se trata de ti, estúpida egoísta? —preguntó, ya había

perdido los estribos.

Sorprendida, la mujer de origen italiano se cubrió la mejilla con la mano. Después la dejó caer. Podía responder, pero el caso de Paige estaba enterrado. La chica no tenía futuro musical, al menos ya no en Lion Records. Si conseguía levantar su carrera en los escenarios o no, ya no era su problema.

—Cometiste un grave error al enamorarte de Blake, muchacha —dijo—. Para él, lo único que tiene valor es su compañía y ahora ya lo llevas claro. Te voy a dejar pasar la bofetada, porque yo no peleo con niñas en esos terrenos. Ya has perdido la batalla sin haber sido consciente de que peleas una. Te deseo buena suerte, y ahora, o te vas de mi habitación o llamo a seguridad.

Consciente de que un homicidio podía cometerse dos veces en su caso, decidió marcharse. Había salido indemne de un asesinato, uno no culposo y en defensa propia, pero no podría prever cómo ocurriría con otro —contra Galeana— llevado a cabo con premeditación y alevosía. Esos eran sus pensamientos de humor negro en aquellos instantes. Así que alejarse de Galeana era lo más seguro. En su imaginación, sin embargo, no existían límites.

—Tú y todos los Blake del mundo pueden irse a follar en santa paz —murmuró Paige sin que Galeana la escuchara, porque la mujer ya estaba camino a la mesilla de noche para cumplir su amenaza de llamar a seguridad. Salió dando un portazo.

Caminó con agilidad hasta su habitación sintiéndose derrotada.

Galeana solo acababa de confirmarle que no había actuado sola para que su vida personal llegara hasta un canal de televisión de alta sintonía nocturna. Ahora todo encajaba, pensó Paige con pesar. El súbito interés de Blake en ella, en su música, su vida... Los momentos en la cama tan llenos de

risas, palabras que contenían una carga emocional y sexual, y la maravillosa sincronía de sus cuerpos no podían mentir, pero, ¿qué otra cosa podría pensar, si no que Blake era un gran actor?

Era necia porque, a pesar de su dolor, añoraba escuchar la voz masculina que ponía su piel enchinada, vibraba en su corazón y la invitaba a bosquejar fantasías entre las sábanas. No quería volver a derramar más lágrimas al recordar la fingida sinceridad de Blake cuando, por primera vez, le habló de Euseb; el tiempo que estuvo en Portland pretendiendo atender negocios para luego decirle que tenían algo pendiente entre los dos y que deseaba explorarlo sin ataduras; esos viajes repentinos por *negocios* cuando ella ya le había abierto su alma, y sí, también su corazón, porque todas esas situaciones habían sido una fachada para dejarla sin contrato a solo pocas semanas de que se cumplieran los meses a prueba con Lion Records.

Todo tenía más sentido con las piezas del puzle completas, pensó con rabia. Se sentía defraudada y traicionada a niveles que ni siquiera podía comparar con Coral o su difunda madre incluso con el cretino de Euseb. Aquella era la comparación emocional que daba cuenta que de verdad amaba a Blake.

Nadie había llegado a tocar su corazón hasta el punto de ser capaz de destruirlo, y ese poder solo lo podía tener alguien que poseía al completo su amor. «Maldito fuera Blake Howard.» Dejó que poco a poco sus barreras se debilitaran ante él para dejarlo entrar. Todas las personas en su vida la habían traicionado, y no debería sorprenderle de Blake, sin embargo, lo hacía.

Que se conociera la verdad sobre Coral limpiaría su nombre, sí, y también cesarían los chantajes del estúpido de Anthony. Seguramente en los próximos titulares de la prensa Paige quedaría como una heroína o una valiente mujer, pero, ¿qué obtenía con eso cuando Shawn algún día sabría la verdad de los padres que, con egoísmo, se habían aprovechado del amor que

Paige tenía por su sobrino pequeño? ¿Qué obtenía a cambio de que su nombre se limpiara cuando había entregado su corazón al hombre equivocado y este había orquestado su caída profesional sin importarle nada más que una maldita compañía?

El panorama no era alentador, pero, ¿cuándo Paige se había dejado vencer?

Una mujer caía una, dos, mil veces, y jamás dejaba que las circunstancias la quebraran. Avanzaría. Continuaría templando su fortaleza y desafiando a sus detractores para que sus sueños no se desvanecieran. Si hubiese un mañana, entonces ella soñaría con un amor correspondido, una carrera rebotante de satisfacción —aunque no implicara necesariamente dinero— pero lo más importante de todo, si hubiese un mañana ella desearía tener una familia rodeada de amor incondicional, una familia que solo fuera suya.

Blake contempló, boquiabierto, la pantalla de televisión en la habitación del hospital en la que estaba su hermana. Le daban el alta a la mañana siguiente, así que él había tomado la decisión de cuidarla en los turnos de la noche mientras su cuñado se encargaba de atender a Carrie en casa, y sus padres descansaban cómodamente en la mansión que tenían en Beverly Hills.

—Ya deberías volver a casa —susurró desde la cama, Pauline— no es que vayan a secuestrarme estando aquí por mi fama.

Él giró el rostro, con el control de la televisión firmemente aferrado, serio.

—Lo que mejor haces es estar callada.

—Qué dulzura de hermano tengo. Pues que sepas que mis fans no dirían lo mismo...

—No formo parte de tan eminente grupo de adeptos —dijo burlándose.

—Qué pérdida para el mundo —replicó ella, riéndose— ya mismo vuelve la enfermera con Andrew en brazos para darle de comer.

La expresión de Blake se tornó seria.

—Las mujeres son dignas de admiración. Yo no sé si podría mantenerme en pie solo para darle de comer a un ser humano que, además, me causa un dolor tremendo.

—Por eso es que ustedes, por envidia, pretendieron decirnos que somos el sexo débil, cuando es lo opuesto —le hizo un guiño y disimuló un bostezo.

Blake se rio, después se acomodó mejor en el sillón y, aburrido, empezó a hacer zapping. Estaba a punto de apagar el televisor para dormirse cuando el rostro de Paige apareció en la pantalla. Lo observó tratando de embeberse de toda ella, tal como lo haría un hombre perdido en alta mar al encontrar una botella de agua fresca que podía devolverle la calma a su cuerpo.

Había perdido la cuenta de las veces que trató de comunicarse con Paige, el número de adornos florales, en especial cuando recibió la llamada de Macron horas atrás para decirle que los abogados estaban listos para rescindir el contrato con Paige y le explicó los motivos. Como loco, Blake buscó las noticias online para tener más detalles, y cabreado por todo lo que leyó llamó a Galeana sin lograr localizarla, así que descargó su ira con la asistente de esta, Mandy. La mujer, nerviosa, le dijo que Galeana estaba volando de regreso a Los Ángeles esa misma noche con todo el equipo que se había trasladado a Oklahoma para trabajar con Paige.

Qué ironía de la vida, pensó Blake. Había recibido lo que había deseado en un inicio: Paige había incumplido los términos del contrato, y ya no formaría parte de Lion Records ni tendría la oportunidad de extender su contrato. Miró a su hermana quien, con una ceja enarcada, esperaba a que hablase sobre el motivo de la maldición que acababa de soltar.

—¿Qué?

Pauline, consciente de que cuando su hermano menor andaba de malas pulgas, era mejor dejarlo concluir el proceso. También quería ver lo que decían en ese programa de celebridades. Quería saber qué le molestaba tanto a Blake.

—Súbele el volumen a la televisión, Blake...

Él así lo hizo, y atónito, continuó escuchando cómo todo el pasado de Paige salía a la luz. Incluso aquel episodio del asesinato del abusivo padrastro. Amigos, o supuestos amigos, corroboraban la situación con testimonio. «¿En qué rato se había armado todo ese lío?», se preguntó asombrado. Todos habitantes del barrio en el que ella había vivido de joven, y antes de conocer a Josh, de repente parecían conocer más de lo que en realidad había sido, y era, la vida de Paige...

Sintió rabia por ella, porque sabía cómo debía estar de angustiada y furiosa en esos momentos. Quiso estar a su lado, abrazarla, consolarla. Esos sentimientos protectores surgían en él cuando alguien le importaba, y por Paige sentía algo más que solo interés por su bienestar. Él conocía su pasión por la música, la fortaleza para luchar por sus sueños, el placer de su cuerpo, el dulce sabor de sus besos, su compasión y entrega para las personas que le importaban de verdad, y cómo podía él abrir su mente y su corazón a ella con una pasmosa facilidad.

Y es que lo que sentía por Paige Valois iba más allá del mero placer que solía cegar a los hombres en primera instancia. La admiraba, sobre todo, la amaba. Su hermana lo había visto antes de que él fuese consciente de lo que sentía en su corazón.

Apretó los dedos hasta que sintió los nudillos ponerse blancos.

Amaba a una mujer cuando creyó que aquello no volvería a ocurrirle después de Sheela. En lugar de ganarse la confianza de Paige, lo que él había

hecho la última ocasión que estuvieron juntos fue destruirla con pocas, pero duras, palabras al sentirse vulnerable. No podría culparla si creía que había sido él quien dejó salir la caja de Pandora a la luz. Pero sí que podría intentar convencerla de que él no tuvo que ver. Galeana iba a tener que darle sendas explicaciones apenas aterrizara en Los Ángeles.

Cuando el reportaje terminó, Pauline soltó un bufido nada femenino, y Blake elevó la mirada. Tan concentrado estaba en sus pensamientos, en las imágenes que veía, en lo que escuchaba, y en sus elucubraciones personales, que necesitó unos segundos para detener el vendaval de emociones y la conciencia de que no estaba a solas. Sacudió la cabeza y miró a su hermana.

—¿Qué sucede, Pauline? —le preguntó.

—¿Sabías todo eso sobre Paige, y continuaste saliendo con ella? Deberías hacer tus maletas e ir a ver cómo está, Blake, ahora mismo.

—Es una mujer de acervo con un corazón noble... —murmuró, dolido como si hubiese sido a él a quien habían dejado expuesto en carne viva ante el mundo.

Pauline asintió con pesar.

—Imagino que no amarías a alguien que no tuviera esas cualidades, Blake.

Veía el tormento en los ojos de su hermano. Consciente del nivel de cuidado que él ponía en su vida personal, y su privacidad, que sintiera con tanta fuerza emociones hacia Paige Valois —una persona muy pública y que luchara contra viento y marea a pesar de su pasado, los fantasmas y las dificultades de una carrera en los escenarios mundiales—, solo afianzaba la certeza de Pauline de que finalmente Blake había encontrado alguien a su medida. El asunto, sin embargo, era complejo porque él tenía que demostrar su inocencia ante una persona que siempre había sido vista como culpable y estaba acostumbrada a que el mundo le fallara. Aquella era una deducción

que Pauline podía hacer basándose en todo lo que acababa de escuchar. Por el rostro de Blake deducía que muchas de las cosas que se habían dicho en el reportaje era ciertas. No era nada fácil el escenario para Blake.

—Ya has sido de suficiente ayuda aquí, hermano, y creo que debes ir con ella. Paige te necesita más que yo o que Andrew... Y tú debes poner en claro todo este confuso panorama.

—O decapitar a Galeana Micontti.

—O eso... —murmuró. Conocía la reputación de esa mujer. No quería detener a Blake con más preguntas, pero no pudo evitar hacer una más—: ¿Qué crees que hará Paige ahora?

—Ignoro qué demonios estará pensando en estos momentos... — empezó a caminar de un lado a otro con un nerviosismo que no recordaba haber experimentado en otro momento de su vida— tengo la mente en blanco —confesó con angustia.

Pauline sintió pesar.

—¿Qué te dice tu corazón? —preguntó con suavidad.

Él la observó con el ceño fruncido.

—No lo sé... La última vez que hablamos no le di una base para que tuviera una buena opinión de mis motivos para estar con ella... Ya te dije que está enfadada, y no la culpo yo... —soltó una maldición— Tal vez incluso crea que yo le tendí una trampa... Y que dejé su confianza plasmada — señaló la pantalla de la televisión que ahora transmitía noticias de otra celebridad— en esa porquería de programa.

—¿Fue así? —preguntó con cautela.

—No. Jamás la traicionaría de esa forma a Paige, porque ya conozco el dolor de la traición de la peor manera, y hacerle algo así a otra persona sería una bajeza.

Pauline asintió.

—Entonces debes hacer algo para demostrarle que estás de su lado. Y lo más importante, que ella sepa que la amas. ¿Se lo has insinuado al menos?

Blake dejó escapar una carcajada amarga. Guardó las manos en los bolsillos del jean color azul marino.

—Fácil, ¿verdad? Pues hasta que no hablé contigo no tuve claro lo que sentía o no por ella... Me cuesta abrirme a una persona, Pauline, lo sabes.

Ella asintió.

—Si no te arriesgas, ¿cómo vas a lograr tener las certezas que buscas o necesitas?

Blake no tenía una respuesta a esa pregunta, pues había hecho algo más que solo arriesgarse con Paige. Le había entregado su corazón, y al mismo tiempo, lo había destrozado sin contemplaciones por sus absurdos miedos del pasado.

—¿La maternidad te ha vuelto filosófica? —preguntó tratando de quitarle el tono serio a la conversación. Debía procesar mucha información antes de tomar un vuelo hacia Oklahoma.

—Siempre —le hizo un gesto apuntando hacia la puerta— y ahora, vete, pero antes llama a la enfermera que ya se ha tardado más de cinco minutos de la hora en que Andrew debe comer.

—Sí, señora —replicó Blake antes de inclinarse y darle un beso en la frente.

CAPÍTULO 22

Anthony estaba disfrutando de la cena de esa noche. Había tenido una buena racha en el trabajo. La granja que su cuñada le avaló ya estaba en venta. No tenía tiempo para continuar entreteniéndose en esa tontería y mejor obtener un dinero que utilizaría en pasatiempos que partirse la espalda en vano. No volvería a hacerle caso a sus amigos, ¿qué sabían ellos de negocios?

En un inicio pensó que podría resultarle rentable tener la granja, basándose en los comentarios que leía en internet, pero había demasiado por hacer, no lo supo hasta que finalmente se encontró inmerso en ese mundo desconocido. Él no nació para esclavo ni para perderse las oportunidades de disfrutar de los fines de semana pescando o las salidas nocturnas a beber cerveza con sus amigos. Él era el dueño de un taller mecánico, ¿por qué diablos tendría que empezar de cero?

Eso no era para él.

—¡Cariño, ve a atender que estoy terminando de arreglarme el cabello!
—gritó Coral cuando escuchó que llamaban a la puerta por segunda vez.

Shawn estaba dormido, y ella no quería volver a consolar a su hijo porque la irresponsable de su hermana no podía vivir sin armar revuelos por donde iba. ¿Por qué Paige tenía que ser tan egoísta e intentar siempre ser el centro de la atención?, se preguntó mirándose al espejo. Si por ella fuera no hubiera tenido jamás a Shawn, pero claro, Paige había querido que se esclavizara de por vida siendo madre. Aunque, viéndolo desde otra perspectiva al asunto, sin Shawn no hubiera podido atar a Anthony a su lado.

Esperaba que el bebé que llevaba en su vientre sirviera para reforzar su matrimonio los próximos años. Durante el tiempo de gestación tenía que tener cuidado con la mezcla de medicamentos y estar al pendiente de lo que

decía su ginecólogo y también su siquiatra. Lastimosamente no podría continuar trabajando en el supermercado, así que tendría que guardar reposo porque era un embarazo de riesgo. A veces odiaba vivir.

Era tan injusto que ella padeciera de desórdenes en su mente, problemas económicos, mientras Paige se llevaba los halagos, el éxito y todos los hombres que quisiera tener. Pero su hermana gemela era una puritana. Se las daba de cautelosa.

—¡Abre, Tony! —volvió a gritarle.

«¿Por qué le resultaba tan difícil seguir una petición a ese hombre?», se preguntó, y de mala gana bajó las escaleras para hacerse cargo de algo tan sencillo como atender la visita o alguno de esos mensajeros que llevaban algún sobre urgente de último momento. Se recogió el cabello en una coleta.

Coral llegó hasta la sala y se encontró a Tony desparramado sobre el mueble con una cerveza en mano, mientras la televisión pasaba un partido de fútbol americano. Se le acercó y le movió el brazo para que la atendiera. Él la miró.

—¿Qué quieres, mujer?

—No soy tu empleada, así que la próxima que no abras la puerta entonces vas a tener que encontrar quién folle contigo en las noches.

—Eso no es difícil —replicó con una sonrisa maliciosa.

—Estúpido, ni porque tienes un hijo en camino puedes dejar de pensar en hacer guarradas —susurró Coral.

—Nadie te pidió que dejaras de cuidarte con anticonceptivos, querida.

—Me das asco, Anthony.

—No dices eso cuando tienes mi pene en tu sexo.

—Grosero... —murmuró.

Recorrió el pasillo recubierto de suelo de parqué, y abrió la puerta después de verificar por el visor de quién se trataba. Iba a esbozar una sonrisa

con una frase amable, pero Blake no le dio tiempo de hablar.

Vestido con pantalones negros ajustados a sus fuertes piernas, zapatos prolijos, y una camisa celeste que marcaba los músculos de su torso, brazos y la fuerza de su espalda, el presidente de Lion Records encontró a Anthony con rapidez. No le dio oportunidad para que reconociera lo que se avecinaba.

Lo agarró del cuello de la camisa y lo lanzó al suelo. Con una llave aprendida en clases de defensa personal tiempo atrás, lo inmovilizó, pero no podía impedir que soltara insultos e intentara zafarse. A primera hora de la mañana siguiente de haber dejado la sala del hospital había ido hasta sus oficinas principales en Los Ángeles, y entró hecho una furia en el despacho de Galeana.

—¿Qué pasa aquí...? Oh, eres tú, hola, Blake —le había dicho ella, incorporándose de la silla ejecutiva color azul. Ella había aterrizado en la madrugada en un vuelo privado desde Oklahoma con el equipo de trabajo.

—Quiero que me expliques qué demonios sucedió con Paige Valois.

Ella había enarcado una ceja, y después se cruzó de brazos.

—Hice exactamente lo que me pediste en un inicio, Blake: Que rompiera de cualquier forma alguna de las cláusulas del contrato para que ella no formara parte de la compañía...

—Eso no fue lo que te pedí.

Ella se había aclarado la garganta, descruzó los brazos y caminó hacia él. Mantuvo una prudente distancia.

—Debes recordar que mi memoria es prodigiosa. Así que, entre otras cosas que me dijiste tiempo atrás, cito lo más importante: “No importa qué suceda durante tu encuentro con Paige Valois, al final, debes procurar que ella incumpla el contrato.”

Para no perder los estribos en la oficina, Blake había apretado los puños detrás de la espalda con fuerza. Ella tenía razón. Esas eran sus palabras.

—¿Cómo conseguiste la información de su vida privada que salió en el reportaje? ¿Cómo pudiste hacer semejante bajeza, Galeana? Has expuesto a una persona inocente en el proceso y cuyo futuro estará marcado por creencias erráticas de su familia —había dicho con Shawn en mente.

—Mi mente no está en las posibilidades con respecto a terceros, porque trabajo para cumplir las metas de Lion Records. Además, no comparto mis fuentes de...

—¡Dime quién es tu fuente, maldita sea!

Desde que trabajaban juntos esa era la primera vez que ella había visto esa expresión tan llena de rabia asesina en Blake, y se asustó. Tragó en seco.

—El cuñado de Paige se puso en contacto conmigo y me dijo que, a cambio de una historia muy interesante, él quería trescientos mil dólares.

—No tienes autorización para ofrecer ese dinero a nadie, Galeana.

—Jamás he utilizado el dinero de emergencia en estos años, y que tengo guardado a mi nombre como relacionista pública para disponer de él en momentos de crisis. Así que...

—No era una crisis, y orquestar todo lo que has hecho habla muy mal de ti como profesional.

Ella se había encogido de hombros.

—Tienes lo que pediste, jamás has cuestionado mis métodos siempre y cuando consiga lo que esperas. Ella no formará parte de la compañía porque el que firmó el contrato como representante principal fue Macron, y él no tiene idea de tus amoríos ni intereses personales en Paige, así que hará válida las cláusulas de incumplimiento.

Entonces él se había acercado, cerniéndose prácticamente sobre ella, con toda su altura y oscura forma de observar a quienes osaban desafiarlo. Jamás había levantado la mano a una mujer, jamás, y no pensaba iniciar ese mal precedente. Casi nariz con nariz, la fulminó con su mirada.

—Recoge todas tus pertenencias. Has cruzado una línea muy fina.

—¿Qué dices? —había preguntado, incrédula.

—Estás despedida, Galeana. Mi vida privada no tiene por qué influir en mi vida profesional, y siempre lo has sabido. Lo que le hiciste a Paige no tiene nombre. Antes de irte quiero esos trescientos mil dólares que le diste a Anthony Blanc en la cuenta de Lion Records o te las verás con los abogados de la disquera por malversación de fondos corporativos.

—¡Pero conseguí lo que querías!

—Adiós, Galeana.

A Blake no le había importado que la puerta hubiera quedado abierta y el personal que rodeaba el piso en el que él trabajaba se hubiese enterado del altercado. Todos tenían una cláusula de confidencialidad, así que más les valía mantener la boca cerrada si querían continuar recibiendo las bonificaciones y beneficios de la empresa en calidad de empleados.

Después de abandonar su oficina había volado hacia Portland.

Y pensaba empezar a limpiar la basura que rodeaba la vida personal de Paige antes de ir a hablar con ella. Se alegraba de que estuviese en Oklahoma, porque sus niveles de autocontrol estaban desbordados y estaba seguro de que, al verla, lo primero que haría sería tomarla entre sus brazos y besarla hasta que perdiera la razón.

—¡Suéltame, imbécil si no quieres que te parte el hocico! —gritó Anthony en el momento en que Blake lo volvió a anclar en el suelo sin problemas ante el intento del cuñado de Paige de incorporarse para golpearlo.

—Vamos —ordenó incorporándolo con facilidad y empujándolo hacia la salida— iremos a dar un paseo para hacer unas gestiones importantes.

Anthony trató, inútilmente, de zafarse del agarre del empresario. Coral no hizo nada para ayudarlo. «La muy perra», pensó Anthony, antes de salir a trompicones y ser embarcado en un lujoso automóvil con chofer. Era un

Lincoln de vidrios tintados.

—¿A dónde?

—La primera parada es un estudio jurídico muy importante.

—¿Para qué...? —preguntó, pero un puñetazo de Blake le dio de lleno en la boca instándolo a callarse.

Blake le ordenó al chofer que empezara a conducir hacia la primera ruta que había trazado previa su llegada a la casa de los Blanc. Tenía gestiones que realizar antes de empezar su cruzada para demostrarle a Paige lo que sentía por ella, y luego pedirle que lo disculpara por el daño que, a través de su compañía y Galeana, le había causado a ella y su familia.

Cuarenta y ocho horas después...

Paige había tenido que postergar su regreso a Portland, aunque eso no le impidió sostener una reunión en Oklahoma con Josh y sus abogados para zanjar por lo sano la situación con los medios de comunicación. Habían contratado un relacionista público especializado en crisis. Su nombre era Dean Chastain. La agenda de Paige ahora consistía en asistir a todos los programas que la invitasen a contar su historia, su punto de vista sobre los hechos de su pasado.

Ella repetía el mismo discurso en los platós de televisión de los principales shows de Oklahoma, estaciones de radio, y daba entrevistas vía telefónica a periódicos o revistas en cualquier punto geográfico en el que se encontrasen para dejar claro que no era más una víctima de violencia doméstica, sino una sobreviviente y que había hecho lo que pudo para salir adelante. Su discurso, ensayado y redactado por Dean, fluía a medida que lo repetía.

Volaría —sí o sí— hacia Los Ángeles en los próximos días. No podría evitar la jungla a la que tendría que adentrarse y, por milésima ocasión, salir con una sonrisa, aunque por dentro se sintiera destrozada. Repetiría el mismo discurso hasta el cansancio. Hasta que la prensa se hostigara de su consistencia verbal y dejara de procurar encontrar desfases que les permitiesen indagar más de la cuenta. Era un esfuerzo mental único porque, además de preservar su reputación, convertirse en abanderada de las mujeres maltratadas físicas o verbalmente, tenía que procurar no dejar entrever más detalles que pudiesen dar a entender que existía algo más detrás de sus —a veces— ojos tristes.

En su mente no dejaba de pensar en Shawn.

No sabía nada de su sobrino porque cuando se desocupaba de la agenda de trabajo él ya estaba durmiendo, y hablar con su alocada hermana no era opción. Dean se había encargado de enviar una persona que cerrara las vías de comunicación a la bocazas de su hermana gemela, así como su necesidad de obtener atención, y en ese paquete estaba incluido Anthony. Así que Paige se había despreocupado de ese par.

Su abogado personal y representante de la firma Costa&Menchu, Lamar Menchu, la atendía siempre en persona y le había informado que Anthony firmó dos días atrás una confesión juramentada sobre los chantajes, abuso de confianza y demás idioteces que había cometido contra ella. Paige no podía creer ese repentino gesto de buena voluntad, seguro que algo se traía entre manos. Lamar le informó que, en la carta, Anthony confesó haber recibido dinero de la relacionista pública de Lion Records a cambio de su testimonio. Aceptaba no volver a acercarse a Paige para pedirle absolutamente nada, y tampoco hablar sobre su vida privada de nuevo.

Por otra parte, descubrir que sus sospechas de que Blake había dado a conocer su historia eran falsas la hicieron sentir triste y culpable por haber

dudado de su integridad. ¿Cómo esperaba tener una familia en un futuro si no era capaz de confiar o darle el beneficio de la duda a alguien? Su única justificación era que, con Galeana maliciosamente sembrando cizaña contra Blake, el impacto del reportaje, la preocupación por su sobrino, y por su carrera, le fue difícil lograr pensar con cabeza fría. ¿Quién en su sano juicio hubiera podido hacerlo? Todo era tan confuso que se consideraba afortunada de que no le hubiese dado un soponcio todavía.

Entre el desastre siempre había alguna buena noticia. Y esa se la había dado su abogado al agregar en la conversación que habían sostenido que sí se abriría un caso contra Anthony por la custodia de Shawn, y que esa carta que su cuñado había firmado adelantaría muchísimo todo el proceso. El pronóstico en la situación era favorable.

Ahora le tocaba prepararse para, dentro del tiempo en que se estipulara, ir a la Corte. Tolerar los berrinches de Coral. Escuchar las especulaciones... ¿Cuándo terminaría toda esa pesadilla? Aparte había un bebé en el vientre de su hermana. Y es que parecía estar perdiendo dinero con tan buena historia de su vida para plasmarla en un libro.

Habían sido las cuarenta y ocho horas más tormentosas vividas últimamente.

Tal como lo imaginó en un inicio, después de ver el reportaje, ella se había convertido en un referente de la lucha por los derechos de las mujeres contra la violencia familiar, el abuso verbal, y un sinnúmero de cosas más. Le parecía tan triste que el ser humano pretendiese en un día cambiar el dolor causado durante años. La memoria colectiva era frágil, en especial la de los periodistas. Ella no se consideraba un referente de nada, ¡solo deseaba poder llevar su música a más personas!

—Paige —llamó Josh a la puerta del hotel.

Estaban esperándola para dirigirse hacia el aeropuerto de Oklahoma

rumbo a Los Ángeles, pero ella necesitaba hacer una parada en su ciudad natal.

—Pasa, por favor, no he puesto el seguro porque sabía que vendrías. — El representante musical entró en la suite—. Estoy terminando de guardar esta ropa —comentó de espaldas a la puerta—, me gustaría hacer una parada en Portland. Tengo que ver a Shawn, por favor. Es importante para mí. Quiero saber cómo está, y supongo que tendré que aguantarme a Coral o al idiota de Anthony.

Al no escuchar respuesta de Josh, ella cerró la maleta, y se incorporó.

—¿Qué opinas de...?

Su mente se quedó en blanco. No pudo terminar de la frase.

—Hola, Paige —dijo Blake junto a su amigo Josh.

El esposo de Melinda la miraba con una sonrisa de disculpa.

—Me parece que, antes de viajar a cualquier sitio, puedes escuchar lo que mi amigo aquí tiene que decirte.

—Espera... —empezó ella, pero Josh ya estaba cerrando la puerta tras él.

Ella cerró los ojos y se giró para caminar hacia la ventana con hermosas vistas de los alrededores. Se abrazó a sí misma. No sabía cómo encararlo. Era demasiado. Así que, finalmente, la había ido a buscar...

Pronto sintió los brazos de Blake rodeándole la cintura, y también la barbilla apoyada con suavidad sobre la coronilla de su cabeza.

—Siento mucho haberte tratado como lo hice días atrás, Paige — empezó Blake—, y no pude volver. Mi sobrino Andrew nació, y fue la llamada de mi hermana la que me alejó de Portland. Me hubiera quedado por ti.

—La familia es más importante...

—Intenté contactarte, pero no logré comunicarme contigo.

—No por falta de intentos —murmuró Paige mirando a la ciudad, pero también al reflejo tenue de ambos en el vidrio de la ventana. Había recibido todas las flores, las llamadas, los mensajes de texto, las grabaciones de voz en su buzón, correos electrónicos a su cuenta personal... Ella no respondió a ninguno.

Blake sonrió. Que no se hubiera alejado de sus brazos le daba una esperanza. Tenerla tan cerca calentaba su frío corazón de nuevo. Poder abrazarla de ese modo, o de cualquier otro, era un bálsamo para la incertidumbre que lo había carcomido esos días infernales alejado y sin saber de Paige.

—Tuve que dejar arreglados un par de asuntos en Portland antes de venir a Oklahoma. —Ella bajó las manos hasta posarlas sobre las de Blake que descansaban en su femenina cintura, le dio ligeros toquecitos con la yema de sus dedos—. Menos mal mi cerebro todavía funciona y tuve que, a pesar de la represalia de palabras que no me equivoqué en que recibiría, llamar a Josh como mi última opción para llegar a ti. Me dijo que estabas aquí y partías hoy mismo. Tuve que apresurarme, y lo único que me detuvo de venir más temprano fue el discurso de Josh. Me dijo que si volvía a lastimarte iba a tener que utilizar sus puños para comunicarse —sonrió.

Ella se giró entre sus brazos con lágrimas en los ojos sin derramar.

—Lo siento —susurró omitiendo todo lo que acababa de escuchar sobre Josh— no me creo capaz de poder soportar más peso sobre mis hombros. Tengo todavía muchas cosas por solucionar. Mi sobrino, mi carrera, mi... —suspiró— todo. Siento haber dudado de ti...

—No te di motivos para confiar después de nuestra última conversación.

—Lo siento, Blake —murmuró de nuevo.

Blake la miró con dulzura. Le acarició la mejilla con la mano sin dejar

de sostener la cintura femenina con la otra mano libre.

—¿Por qué lo sientes? Soy yo el que te he causado todo este dolor. Por imbécil y egoísta. Por haber dudado de ti desde un principio, por haberte condenado sin antes conocerte, y cuando finalmente me di la oportunidad de llegar a ti, ya era demasiado tarde. Olvidé por completo el haberle dicho a Galeana que hiciera lo posible para que no llegaras a firmar el contrato final... No tienes idea cuánto lamento esta situación. Las palabras que te dije la última vez que estuvimos juntos me persiguen como una sombra al recordar tu expresión dolida, aunque intentabas disimular lo contrario —le acarició la mejilla— y no tienes que llevar ningún peso sobre tus hombros. Yo lo sostendré por ti, Paige...

Ella lo miró sin entender.

—¿De qué hablas?

Él recordó las palabras de su hermana. La única opción era arriesgarse.

—Debería hacer muchísimos actos de buena intención para demostrarte lo que quiero decirte, pero siento que contigo me quedo sin tiempo. Y no quiero arriesgarme a perderte... No quiero darte la oportunidad de que otro se quede con lo que, mi corazón sabe, es mío por completo. Tú.

—Blake...

Él sonrió, pero los nervios no lo abandonaron. Llevaba muy claras las palabras de Josh cuando le dijo que se olvidaría de la amistad de ambos si Paige volvía a sufrir el vendaval de desastres de los últimos días o incluso a tener esa mirada triste y perdida que la acompañaba cuando abandonaba los sitios de las entrevistas con los diferentes medios de comunicación. Cuando Blake le prometió que haría todo lo posible por arreglar las cosas con Paige entonces Josh le dijo el itinerario de vuelo y lo instó a darse prisa porque no podría detenerla si ella quería partir pronto. Una vez más, Blake estaba en deuda con Josh.

—Paige, a pesar de mis extraordinarios niveles de imbecilidad —ella sonrió por primera vez en ese tiempo y Blake se envalentonó para continuar — y todo lo que he dicho para arruinar tu confianza hacia mí y lastimarte, quiero que me disculpes. Porque mi conciencia no me deja tranquilo, mi alma se siente culpable y mi corazón no es capaz de encontrar el ritmo. Necesito saber que tengo una oportunidad contigo para demostrar que estoy enamorado de ti. No, déjame corregirme. *Locamente* enamorado de ti. Con mi corazón abierto por completo a ti, debo confesarte que te amo. Te amo como no creí que pudiera sentir de nuevo hacia una mujer, y tienes el poder de destruirme con una sola palabra o darme la oportunidad que anhelo para permitirme amarte como mereces.

—Blake... —murmuró con lágrimas rodando por sus mejillas, mientras él le enterraba los dedos entre los cabellos y la acariciaba con dulzura de ese modo— no sé qué decirte —dijo mirándolo con sus ojos azules, cautivándolo por completo. Porque esas lagunas azules eran tan sinceras y llenas de emoción que lo invitaban a perderse en sus aguas y no desear salir jamás de ellas.

—¿Que me perdonas...?

—No es tan fácil negarme a ello —comentó—, y hay un motivo por el cual voy a hacerlo, a pesar de todo...

Los ojos de Blake se iluminaron. El tacto de su piel de seda le había hecho falta todo ese maldito tiempo alejado de ella. Los días sin ella parecían décadas. Infames décadas.

—¿Sí?

—Cuando dos personas se aman, lo más difícil es dejar el orgullo a un lado, y también perdonar cuando el dolor de la ofensa ha causado tanto daño. Pero yo te amo, Blake, y me aterra la sola idea de cómo podrías devastarme si volvieses a lastimarme con la magnitud de lo que ha ocurrido hasta ahora...

He vivido situaciones extremas y difíciles, pero jamás he amado a nadie como te amo a ti. La misma fuerza del amor puede destruir y construir. Quiero pensar, esforzarme, en construir —expresó con una indescriptible sensación embargándola. Sus hormonas femeninas danzaban, su piel parecía de pronto más sensible, pero era su corazón el que aleteaba en su pecho con una emoción única e indescriptible.

—Me amas también —susurró— ¡Me amas también! —exclamó con una carcajada llena de felicidad. Ella no pudo evitar reír especialmente cuando Blake la tomó en brazos y giró con ella por la habitación—. Necesito besarte, lo necesito ahora mismo, Paige —dijo antes de ponerla en pie y empezar a saborear el placer de sus besos. Unos besos que sabían a redención y esperanza. El mejor sabor del mundo porque era el de la mujer que amaba, y que le correspondía. Porque su alma ahora se sentía completa.

Los leves mordiscos de los besos de Blake la hicieron temblar por la anticipación, y ella le devolvió cada uno de sus avances con igual pasión. Deseaba más, porque con Blake no podía evitarlo. El calor de su cuerpo, el aroma de su colonia cara entremezclada con el olor tan propio de él, y sus manos acariciándola por doquier mientras sus labios expertos la probaban y asaltaban sus sentidos, la instaron a olvidar por completo la realidad.

Sentirse amada, correspondida, era una experiencia por completo nueva, y ella quería disfrutarla al máximo. No importaba el tiempo que durase, un minuto o una vida. Jamás daba por sentado aquello que tanto le había costado encontrar.

Blake abandonó la boca de Paige tan solo para besarle el cuello, mientras le introducía una mano entre el cabello. Después regresó a esos labios carnosos. Ella cerró los ojos y se dejó llevar por el placer de tenerlo, amarlo, y ser correspondida. Su sexo anhelaba que en esos momentos lo colmaran, y el único capaz de llegar profundamente a su interior era el

hombre que le estaba tomando los pechos con ambas manos, frotándole los pezones con los pulgares, al tiempo que contoneaba la pelvis para hacerla consciente de lo mucho que la deseaba.

Él gimió contra la boca de Paige mientras sentía su lengua ardiente entrelazándose con la suya. La estrechó más contra él. Bajó las manos por la blusa de seda blanca hasta llegar al trasero cubierto por un par de jeans rojos. Lo tomó con firmeza, acariciándolo.

—Blake... tengo que irme a Portland —murmuró contra la boca masculina.

—Más tarde...

Ella solo rio y volvió a besarlo.

Tan absortos estaban el uno en el otro, y a punto de empezar a desvestirse con impaciencia, cuando llamaron a la puerta. Paige iba a apartarse, pero él no se lo permitió. A cambio gritó a quien fuera que estuviese afuera que se esperara diez minutos. Después, sin dejar de besarla, le desabrochó el botón del jean, bajó el zipper, y se hizo camino a través del elástico de las bragas. Cuando sintió la tibia humedad del sexo, Blake introdujo sus dedos entre los labios íntimos.

—Blake... —gimió cuando el empezó a masturbarla.

—Me encantaría que fuera otra parte de mi anatomía —dijo mordisqueándole la oreja— la que se estuviese frotando contra tu humedad, pero no tenemos mucho tiempo antes de que nos interrumpan de nuevo.

—A mí también me gustaría eso...

—¿Qué nos interrumpieran? —preguntó, jugueteando, dándole toquecitos y frotándola esta vez con dos dedos. No dejaba de besarla. Se hablaban tropezando sus labios, tratando de respirar, ahogando sus gemidos y disfrutando del placer.

Ella movió más su sexo contra la mano que la acariciaba.

—No...

—Bien —dijo Blake girándola de tal forma que la espalda de Paige quedó apoyada contra su pecho.

No le dio opción a nada, Blake simplemente apartó por un instante sus manos del sexo de Paige para sacarle la blusa. Con rapidez se deshizo del sujetador, y los pechos quedaron entre sus manos. Los acarició y masajeó, mientras ella contoneaba el trasero contra su miembro erecto. Era tal el deseo que, si Paige continuaba moviéndose de esa manera, él iba a eyacular en ese preciso instante.

—Traviesa...

—Aprendo rápido —replicó entre jadeos cuando los dedos de Blake pellizcaron sus pezones con dureza haciéndola soltar un quejido placentero.

—Eso está bien, mi vida —dijo bajándole los pantalones, las bragas. Ambas prendas se quedaron atrapadas en los tobillos de Paige. Estaba por completo desnuda—. Mira hacia tu izquierda. —Ella obedeció—. ¿Qué ves en ese espejo?

—Yo, por completo desnuda... mientras tú... ahhh —gimió cuando él con una mano le frotaba el pezón y con la otra le frotaba el sexo— Blake...

—Ese es mi nombre. El único nombre del hombre que vas a recordar tocando tu cuerpo siempre.

—Eso es muy posesivo de tu parte.

—No puedo evitarlo contigo —dijo, excitado, al contemplar la imagen de ambos, de lado, en el espejo de la habitación. Le gustaba esa perspectiva de los pechos generosos y respingones de Paige. Tenía los senos más exquisitos que había visto, y probado. Ella era toda suya, y lo amaba. No iba a dejarla escapar.

Aceleró los movimientos de sus dedos, acarició los pechos con intensidad y consciente de que sus bruscos pellizcos le causaban a Paige una

deliciosa sensación de dolor combinada con el placer al sentir cómo él la masturbaba. Ver la expresión de éxtasis en el precioso rostro de la mujer que amaba casi lo llevaron a desnudarse y penetrarla con rapidez. Pero ese placer de otorgarle la liberación sexual a Paige, también era un gozo en sí mismo para él, además, ella era su prioridad de ahora en adelante, en este y en todos los campos de su vida.

La sola idea de un tiempo indefinido a su lado, lo llevó a frotar con ímpetu el clítoris. La penetraba con el dedo medio simulando lo que estuviera haciendo su miembro masculino, mientras con el nudillo del pulgar frotaba el clítoris y jugueteaba a ratos con el dedo índice en la mitad de sus labios vaginales.

—Blake... Blake...

—Lo sé, mi amor —murmuró contra la oreja de Paige mientras la sentía contraerse alrededor de su dedo y enarcar la espalda con un gritito de placer —. Te amo, Paige —le dijo a la oreja cuando ella, poco a poco, recobró el resuello.

Con risita nerviosa, complacida, Paige se giró.

—Te amo, Blake Howard.

—Tenemos, lastimosamente que vestirnos...

—¿Tú no quieres...? —le tomó el sexo erecto sobre la tela del pantalón con firmeza y una sonrisa pícara, frotándose su cuerpo desnudo contra el de él, tan vestido como se podía estar.

Blake estaba a punto de responder cuando volvieron a llamar a la puerta. Esta vez la voz de Josh fue como un balde de agua helada. Con una imprecación, le dio una nalgada a Paige instándola a buscar el cuarto de baño para que se vistiera. Con deliberada lentitud, ella se tocó los pechos levemente, y ante la mirada hambrienta de Blake, riéndose, Paige fue al cuarto de baño y cerró la puerta tras ella.

Josh, al ver el cabello de su amigo despeinado, no dijo comentario alguno. Suponía que todo había ido bien. Le informó que el avión de Paige saldría dentro de una hora hacia Portland, pero Blake le pidió que fueran en el suyo.

—Entonces, ¿no debo darte un puñetazo, verdad? —preguntó Josh mirando el rostro ligeramente sudoroso de Blake.

Él le lanzó una mirada de advertencia y Josh se echó a reír.

—Paige es una mujer muy generosa, con un corazón de oro, Blake. No va a volverte a dar otra oportunidad si la lastimas de nuevo o alguien de tu círculo lo hace —le dijo Josh en un tono confidencial, mientras un par de botones entraban para llevarse las maletas de la cantante y embarcarlas en el automóvil que se dirigiría hacia el hangar privado—. Puede defenderse sola, pero no puede con todo. Siempre ha llevado una carga demasiado pesada.

—Lo sé... Lo sé.

Josh le dio una palmada en el hombro en forma de apoyo.

—Haré todo lo posible por conservarla a mi lado.

—Solo hay una manera de hacerlo —comentó Josh.

No eran necesarias las palabras para que comprendieran a qué se refería el otro.

—Todo a su tiempo.

—Hola, Josh —dijo Paige apareciendo, impecablemente vestida y de igual forma su cabello y maquillaje, como si no hubiera tenido un orgasmo sensacional minutos atrás. Para su mala suerte, el baño quedaba lejos de la salita y no pudo escuchar lo que los dos amigos hablaban—. ¿Listo para Portland?

—Iremos en el avión de Blake, pero el resto del equipo de la firma de Dean irá en un vuelo comercial.

—¿Un viaje con Blake Howard? Eso es algo fuera de lo común en

nuestros habituales estándares de discreción, Josh —dijo Paige riéndose.

Blake le hizo un guiño de ojo y la atrajo a su lado dándole un beso en los labios, sin importarle lo que pudiera o no pensar Josh, y después le sonrió con ternura. De hecho, no le importaba más lo que otros pudieran pensar o saber de su vida, menos cuando estaba tan feliz de tener a Paige a su lado.

—Los espero abajo, muchachos —comentó Josh dejándolos a solas de nuevos.

Paige abrazó a Blake.

—No volveré a cometer el error de no darte la oportunidad de explicarte, de hablar conmigo, de hacerme saber los hechos. Quiero compensarte por todo esto, Paige. Voy a hacerlo.

Ella le acarició la mejilla.

Podía estar resentida con él, hacerlo rogar para decirle que lo perdonaba, pretenderse una mujer interesante e inalcanzable para verlo sufrir como ella había sufrido con toda la prensa exponiendo su vida privada, y podía jugar a poner en práctica mil pruebas con todo aquel drama que solía parecer entretenido, pero, ¿quién perdería al final, si no era ella misma? Estar alejada de la persona amada, cuando era posible perdonar y aprovechar el tiempo en construir recuerdos para borrar resentimientos, resultaba más una tortura que una lección por los errores cometidos.

Podía tener veintitantos años, pero no tenía ganas de jugar juegos cuyo final ya conocía. Al menos en este caso. Ella iba a disculparlo, porque lo amaba, y también porque las acciones de Anthony, Galeana, o quienes estuvieran involucrados, no eran las acciones de Blake. No podía enjuiciar a uno por los actos de otros. Y esa era la más honesta forma de ver la situación.

—No tienes que hacerlo, pero si lo deseas, no voy a impedírtelo —dijo bromeando.

Él le besó la naricilla respingona.

—Saber que me amas también es la mejor música que pudiste haber cantado para mí, cariño —le dijo él con ternura—. Hay una situación en particular sobre la que debes estar preparada antes de aterrizar en Portland.

—¿Está relacionada con Anthony?

—Lo está, sí. No es algo que puedas eliminar con un comando.

Ella asintió.

—Mi hermana está esperando un bebé, Blake —susurró— no sé cómo ha podido ser tan inconsciente. ¡Ni siquiera le da el tiempo suficiente a Shawn!

—Lo vamos a arreglar —dijo tomándola de la mano para empezar la travesía hacia el Estado de Oregon—, ya verás.

—Juntos —murmuró Paige apretando sus dedos entre los de él, y atrayendo su atención para que la mirara a los ojos—. Juntos, Blake.

—Siempre.

Él tenía un secreto que no podía contarle todavía, y sabía que Josh no iba a traicionar su confidencia.

Paige era generosa, y no se la merecía, pero él era un bastardo egoísta y la quería a su lado. Por eso sabía que era importante demostrarle que él no estaba jugando, que era sincero y que se arrepentía de que sus decisiones hubieran resultado en acciones que causaron daños colaterales que la lastimaron a ella. Blake había pensado en su plan secreto mucho antes de saber si Paige podría o no perdonarlo; si volvería a verla pronto, en persona.

Arriesgarlo todo para demostrarle a Paige lo arrepentido que estaba, cuánto le importaba y lo mucho que la amaba, había sido su única opción. Y continuaba siéndolo porque, aún al saberse correspondido en su amor no iba a detener su plan...

CAPÍTULO 23

En el aeropuerto de Portland, con la finalidad de evitar a la prensa y ser fotografiados, Blake y Paige solicitaron un servicio de seguridad que los recogiera directamente en la pista de la terminal. Aunque no era un viaje largo, la idea de organizar las agendas de ambos para sincronizarlas de tal forma que pudieran verse más a menudo resultaba un poco agobiante después de la intensidad de los últimos acontecimientos.

La primera parada fue la casa de Blake, pues sabían que la de Paige estaría rodeada de personas curiosas y de medios de comunicación atentos a cualquier pequeño indicio de la presencia de la guapa mujer para caer como alimañas, Josh los acompañó. Pidieron comida a domicilio cuando ya casi eran las siete de la noche.

El representante y amigo de Paige bebió de su copa de whisky, un Johnny Azul. El avión privado de Blake lo llevaría de regreso a Los Ángeles dentro de un rato, así que Josh no tenía prisa. Melinda había escuchado feliz las noticias sobre lo ocurrido entre su mejor amiga y Blake.

Josh se sentía a gusto observando, en el sofá que estaba frente a él, la cómoda y romántica interacción entre Blake y a Paige. Ella reposaba la cabeza en el hombro masculino, y él, con el brazo rodeándole los hombros, le acariciaba el brazo con mimo. Jamás pensó que volvería a ver a su amigo enamorado, y esta ocasión —a diferencia de Sheela— la mirada tenía un color más intenso. Veían en ellos el reflejo del tipo de relación especial que él y Melinda tenían en su matrimonio.

No era difícil darse cuenta cuando dos personas eran compatibles de verdad, cuando eran, sin lugar a dudas, almas gemelas. En un brindis silencioso, los tres elevaron las copas que tenían en mano. Sonrieron.

—Entonces, Blake, ¿qué ha ocurrido con respecto a Anthony? — preguntó Josh, tal como había acordado que indagaría cuando estuvieran en privado los tres en la propiedad de Blake. Quedaban cuarenta y cinco minutos antes de que su amigo pusiera al descubierto su secreto. Era arriesgado porque, a pesar de que ella estaba feliz, no se podía dar por sentada su respuesta... ni su reacción.

Blake se apartó de Paige y fue hasta su habitación sin decir nada. Volvió segundos más tarde con un documento que tenía el logotipo de una lujosa firma de abogados con oficinas en varias ciudades de Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Dinamarca. Se lo entregó.

—¿Qué es esto...?

—Me gustaría que lo leyeras. Puedes hacerlo con nosotros o...

—Lo haré aquí —replicó ella abriendo el documento. Blake se sentó a su lado.

Anthony había firmado una carta, certificada legalmente, en la que aseguraba haber ofrecido la historia de las hermanas Valois a la prensa a cambio de dinero. En otro apartado afirmó que había chantajeado a Paige y utilizado a Coral como baza de cambio durante cuatro años. También aceptaba apartarse de la vida de las gemelas y pedirle el divorcio a Coral, sin opción a negociación ni solicitar beneficios económicos de ningún tipo. Finalmente, Paige con lágrimas en los ojos, leyó que Anthony aceptó crear un fondo financiero de ochenta mil dólares para la universidad de Shawn y para el bienestar de su hijo por nacer.

Atónita, Paige dejó el papel a un lado. Cuando levantó la mirada, Josh no estaba ya en la sala. Ella no lo había escuchado partir debido a la concentración de su lectura y el contenido. Giró el rostro hacia Blake, él la observaba con una expresión neutral.

—¿Qué pidió a cambio...? —preguntó en un susurro.

Llevaba un vestido corto de color rojo que se le había subido ligeramente unos centímetros sobre la rodilla al acomodarse en ese momento hasta quedar más cerca de Blake. El vestido no tenía mangas, y el cuello en V le permitía utilizar una cadena corta de oro con un pendiente del mismo material rodeado de zafiros. Un obsequio de Melinda cuando lanzó su primer disco. No usaba en esos instantes más que delineador y blush como único maquillaje.

—No ir a juicio.

Blake no sabía si acaso habría cruzado una delgada línea de confianza con ella al entrometerse en asuntos de su familia. Y sin saber si alguna vez querría verlo después de las infames acciones de Galeana.

Ella lo sintió tensarse.

—¿Por qué te tomaste tantas molestias? —preguntó acariciándole la mejilla, sorprendiéndolo, antes de acomodarse sobre el regazo. Lo sintió relajarse, y después le rodeó el cuello con los brazos y se embriagó del delicioso aroma de su piel masculina. Él le sostuvo la cadera para afianzarla.

—¿No estás enfadada?

—Estoy agradecida.

La expresión de Blake se relajó y acomodó a Paige, sin esfuerzo, de tal forma que quedase a horcajas sobre él. Ahora la podía ver a los ojos. Podía ver sus emociones reflejadas en esas cálidas aguas azules.

—¿Sí?

—Sí, Blake. No tienes idea lo mucho que significa para mí que hayas dejado de lado el cáncer que implica la presencia de Anthony alrededor de mi familia.

—Mientras estoy hablando contigo, tu cuñado está recogiendo sus pertenencias para irse a vivir en otro sitio. Cómo lo consiga no es mi problema, y no debe ser el tuyo tampoco.

—Coral... —murmuró pensando en su gemela.

Blake colocó ambas manos en la cintura de Paige y la acarició sobre el vestido con toques firmes. Desde la posición en que se encontraba podía ver las bragas color beige que estaba utilizando. No era el momento de ceder a sus deseos, pensó, evitando la tentación de desabotonar la pechera del vestido y deshacerse del sujetador que —seguramente— iba a juego con las bragas. Esa mujer era su perdición.

—A cambio de una nueva casa lejos de Portland, con Shawn, aceptó mantener rigurosamente el tratamiento psiquiátrico con el doctor Tomlinson. Tiene que aceptar el divorcio que va a interponer Anthony, y tu sobrino es prioridad número uno sin importar lo que ella quiera o no. El bebé que está en camino debe cuidarse con igual esmero que Shawn, en el caso de que hubiera quejas de tu lado o cualquier otra persona por negligencia, se entablarán medidas legales en la búsqueda de darle la custodia temporal de sus hijos al pariente más cercano, tú, hasta que Coral retome las riendas de su vida.

Paige lo miró, atónita, conmovida, confusa. Él había logrado resolver un dilema personal para el que, aunque nada deseaba más, no había podido resolver.

—¿Una casa lejos de Portland? —preguntó en un hilillo de voz.

—Imaginé que un sitio alejado de malos recuerdos, prensa por doquier, e incómodas miradas después de que saliera a la luz tu pasado, sería lo mejor para que Shawn y el bebé por llegar fuesen criados.

—Blake, yo no tengo una propiedad en...

—Mi casa en Colorado Springs. La pondré a nombre de Shawn.

—¡No puedes hacer eso! Te pagaré la casa, pero...

—Puedo hacer lo que quiera con mi dinero. Esa propiedad me la heredó mi familia, y aunque hay muchos recuerdos, en especial contigo —le hizo un

guiño y Paige al fin dejó escapar una risa que alivió el corazón del sexy empresario— creo que es momento de que otros puedan tener la oportunidad de construir nuevas memorias.

—Ellos no son tu familia, no somos tu familia... Es demasiado.

—Jamás nada será demasiado si puedo darte tranquilidad.

—Pero, Blake, no puedo aceptar...

—Exacto, tú quizá no puedas aceptar, pero Shawn es un niño, y le dije que tendría muchos juguetes.

—No sé cómo has tenido el tiempo de hacer esto... No sé cómo...

—Eso es lo de menos. Cuando quiero algo, muevo cielo y tierra para conseguirlo, Paige, debes tenerlo claro.

—¿Y qué era lo que querías?

—A ti, mi amor, a ti.

—¿En qué momento hiciste todo esto, Blake? No sé qué decirte... No tenías que pelear mis batallas... No sabías si yo iba a corresponderte...

Él colocó los dedos sobre sus labios para silenciarla.

—No he peleado tus batallas, te he ayudado a terminarlas después de interminables luchas estos años, mi amor. Y no hice todo esto pensando en que me pudieras o no corresponder, sino porque te amo, y prefiero verte con otro —al que mataría por supuesto— en lugar de saber que estás sufriendo en silencio cuando todo a tu alrededor se cae a pedazos.

—Oh, Blake —murmuró antes de inclinarse para besarle, mientras las lágrimas mojaban sus mejillas— te amo tanto, tanto —susurró contra su boca, mientras lo besaba como si fuese la última vez. Lo besó con todo lo que poseía, con cada célula de su cuerpo involucrada, porque ahora era muy diferente a los besos usualmente sensuales con él, este beso fue conmovedor, hermoso... Fue un beso que sellaba el inicio de una vida que acababa de cambiar para siempre.

Treinta minutos más tarde, recostados en la cama de Blake, cobijados con una costosa sábana de seda gris y al calor de la piel cálida del otro, observaron los titulares de la noche en *Gossip Around*. “Blake Howard sale de las sombras y nos cuenta su historia. No se lo pierdan esta noche.”

Paige se incorporó apoyándose sobre sus codos y lo miró.

—¿Qué significa eso?

—Deberías escuchar lo que va a ocurrir.

Ella escuchó la historia de Blake. Su vida en Europa. Encantador, guapo y sexy, con su traje a medida siendo entrevistado por el presentador estrella, Caspian Rutherford. Los primeros minutos de la entrevista estaban vinculados a sus éxitos profesionales, habló de su divorcio, y también de la felicidad que implicaba para él la vida de familia. Cuando faltaban seis minutos para que acabara, Blake le dijo que regresaría en un momento, pero Paige estaba tan enfrascada en la pantalla que solo asintió. ¿Cómo podía tener tanta suerte?, se preguntó ella, embobada por la voz, la postura y la elocuencia de Blake para guiar la entrevista a su antojo cuando debería ser todo lo contrario.

—*Entonces, Blake, ¿por qué decidiste dar esta entrevista cuando has trabajado tan duro para quedarte en el anonimato estos años?* —preguntó Caspian.

Paige le subió más el volumen con el corazón agitado. Se incorporó hasta sentarse en flor de loto, mientras se cubría los pechos desnudos con la sábana.

—*Una mujer, por supuesto* —replicó él, y Caspian rio.

—*Háblanos al respecto* —pidió el entrevistador.

Ella colocó la mano derecha a la altura de su corazón, como si de ese

modo pudiera impedir que siguiera palpitando tan rápido.

—Hace unos días salió un reportaje en este programa sobre Paige Valois, exponiendo sus secretos más privados y dolorosos. Soy culpable de haberla juzgado erróneamente, al igual que lo han hecho ustedes —los periodistas, el público, y la prensa amarilla— a lo largo de muchos años. Paige es una mujer con un corazón de oro e intachable integridad, sobre todo, valiente, y esto es algo de lo que pocos pueden jactarse. Es ella el motivo por el que estoy aquí —continuó mirando a la cámara, como si le hablara solo a ella— vine a dar mi primera entrevista, aún cuando he cuidado mi privacidad con tanto celo estos años, porque tan solo una mujer que ha conseguido conquistar mi corazón, sin proponérselo siquiera, podría haberme impulsado a dejar expuesta mi historia a la opinión pública.

—Este es una entrevista pre-grabada, ¿crees que Paige podrá perdonar la gestión de Galeana Micontti a nombre de Lion Records, al vender su historia?

Blake volvió a mirar a la cámara.

—Lo que siento por Paige va más allá del ego o el orgullo. Yo solo espero que, para cuando ella vea este reportaje, pueda perdonarme por lo que hice...

—¿Si no es así?

—No soy un hombre que se da por vencido, Caspian —replicó, aunque no miraba al periodista de cabello negro, sino a la pantalla. A Paige.

En ese instante, el conductor empezó a preguntar sobre los éxitos musicales que llegarían a continuación en la agenda de Lion Records, y otros temas alejados del plano personal de Blake. Ella no escuchó nada más... Blake le acababa de declarar su amor en televisión abierta. No solo eso, sino que había salido, voluntariamente, en una pantalla de televisión con la finalidad de llegar a ella, sin saber si desearía verlo o escucharlo o

perdonarlo...

—Paige.

La voz de Blake la sobresaltó. Giró el rostro hacia la izquierda. Él estaba de nuevo a su lado, en la cama.

—Yo...

—Se me da bien guardar secretos —dijo Blake— y espero que este te haya gustado. Aunque —se sacó del bolsillo una cajita y la abrió ante ella— me parece que este es el mejor guardado.

—Oh, Dios —murmuró Paige cuando vio el brillo del anillo de diamantes de corte princesa, y después a Blake arrodillándose frente a ella.

—Paige Valois, te amo, y me siento afortunado de que tú también me ames. No quiero tener que pasar un día más lejos de ti. Forma, por favor, una familia a mi lado, deseo despertar y dormir a tu lado. Quiero hacerte reír, sonreír, y ganarme el derecho de disfrutar de tu amor. Concédeme el honor de poder llamarte mi esposa. ¿Aceptarías casarte conmigo?

Ella soltó una risita nerviosa que se entremezcló con un sollozo.

—Blake... —asintió dos veces, y él le deslizó el delicado anillo en el dedo. Le quedó perfecto. Después se puso de pie para acercarse a ella—. Es precioso.

—No me has dicho que sí... —murmuró él contra la suave boca de Paige.

—Sí, claro que me casaré contigo.

Se quedaron abrazados, desnudos, durante un largo rato. No solo habían dejado al descubierto sus cuerpos, sino también su corazón el uno para el otro. Ningún dolor podía ser aplacado, ningún secreto perdonado, y ningún alma redimida, si no existía un regalo con la potencia de conquistar los más difíciles objetivos. El amor.

EPÍLOGO

Dos años más tarde...

Paige terminó de cantar la última canción durante el mini recital que le ofreció como regalo de cumpleaños a su suegra, Sabrina Howard, por los sesenta años. Greg, su suegro, le había pedido de favor que cantara para ellos ese día. Paige no podía negarse, y de hecho, disfrutaba muchísimo las veladas con su nueva familia, mientras charlaban de música, anécdotas y planes de viajes a futuro. Se sentía bienvenida, y querida. Aquellos sentimientos eran genuinos, y por eso los valoraba intensamente.

Los aplausos no se hicieron esperar cuando los invitados la observaron hacer una ligerísima venia. Ella sonrió a los presentes, pero su mirada estaba fija en una sola persona. El único capaz de hacer girar su mundo con pasmoso optimismo, el que la impulsaba a ser mejor profesional, mejor persona, y el que llenaba sus noches de besos y deliciosos gemidos de pasión. Blake era un amante, amigo, y esposo, maravilloso. Tenían sus peleas, nada era perfecto, pero continuaban aprendiendo el uno del otro. Las agendas de trabajo estaban copadas, sin embargo, ambos encontraban la manera de hacer un espacio para dedicarse mutuamente a diario, salvo cuando Paige estaba de gira por Europa o en otras ciudades de Estados Unidos. Ese tiempo de casados había sido un desafío constante.

Después de casarse, y de conversarlo mucho, ella firmó un contrato —exigiendo sus propias condiciones— con Lion Records. Y se vencía ese año. Las giras musicales habían sido intensas, y ella estaba agotada. Sin embargo, podía decir con orgullo que su mejor trabajo era “Si hubiese un mañana”. Había titulado su disco de diez canciones inéditas en base a lo que siempre deseó, y ahora, por fin, tenía: una familia. Los arreglos musicales los hizo

Blake con Pauline. Fue una colaboración maravillosa, y Paige disfrutó mucho el trabajo en conjunto. Cada canción era una confesión sincera de algún aspecto de su vida. Finalmente podía decir que había cantado desde su corazón y con tintes más personales.

—¡Qué maravilloso! —exclamó Sabrina, aplaudiendo con una sonrisa antes de acercarse al improvisado escenario que habían puesto en el gran salón de la casa de los padres de Blake—. Gracias, Paige.

—Fue un placer, ¡feliz cumpleaños! —sonrió.

Tenía un año y medio de casada con Blake.

Después de comprometerse, él la llevó a conocer a su familia. Contrario a lo que pudo haber creído, después de la mala prensa de los años anteriores, los Howard se portaron muy cálidos y amables con ella. Pauline, a quien siempre había visto de lejos en la entrega de premios o galas de celebridades, tuvo una conversación abierta y sincera desde un inicio.

—Quiero darte la bienvenida a la familia —le había dicho el día del matrimonio que se celebró de forma discreta en una preciosa propiedad campestre en las afueras de Los Ángeles— y agradecerte porque le has devuelto a mi hermano las ganas de amar, sobre todo, porque gracias a ti, ahora sonrío de verdad.

—Oh... Gracias.

—Puedes contar siempre con el apoyo de todos nosotros —había dicho señalando a la familia Howard, incluido el esposo de Pauline— porque ahora también somos tu familia.

Melinda había sido su Dama de Honor, y Josh la había entregado en el altar el día de su matrimonio con Blake. Fue uno de los días más bonitos y emotivos. Su sobrino, Shawn, llevó los aros matrimoniales. Carrie, la sobrina de Blake, fue la florista. No hubo celebridades presentes. Solo familia y amigos íntimos. La recepción no había superado las setenta personas.

Coral —durante la recepción— le había pedido perdón por todo el mal que, junto a Anthony, le había causado en el pasado, y ahora que estaba de nuevo por la senda correcta y viviendo en una nueva ciudad incluso le confesó que había empezado a salir con un dentista en Colorado Springs, divorciado y sin hijos, que adoraba a Shawn y a Corina, su hija más pequeña.

Paige no guardaba rencor hacia su hermana. Había decidido dejar el pasado en el olvido. No podía arrastrar esas cadenas a cuestas y pretender ser feliz. Su relación con Coral era distante, pero más respetuosa y sincera. Shawn, su querido niño, crecía con celeridad, y siempre sería su consentido, pero tenía que dejar a Coral ser madre, y Paige debía dedicar todos sus esfuerzos no solo a ser feliz, sino a consolidar su familia con Blake.

Mientras los invitados empezaban a charlar unos con otros, Paige caminó entre la gente para llegar hasta Blake. Su amado Blake.

Vestido con pantalón azul marino a medida, zapatos prolijos, y una camisa blanca que le quedaba como un guante, le sonrió. Cuando llegó hasta él, sin importarle quiénes estuvieran presentes, la abrazó y le dio un breve, pero apasionado beso.

—Hola, señora Howard —le dijo contra los labios.

—Blake —murmuró mirando a uno y otro lado. Su suegra le hizo un guiño, y después se desentendió de ambos para atender a sus amigos— aquí no.

Le acarició la espalda descubierta. Paige llevaba un vestido negro que se ceñía a sus curvas, y cuando se giraba mostraba una franja de la espalda descubierta en forma de V hasta llegar casi al ras con el inicio de su trasero. Era al mismo tiempo que elegante y conservador, muy sexy. Blake estaba loco por quitarle el maldito vestido.

—Tu contrato con Lion Records caducó ayer...

Ella se rio.

—Ahora estoy desempleada —bromeó— y quizá me tome un tiempo fuera de los escenarios para algo más... digamos personal.

Blake la apegó más a él. Estaban en una discreta esquina del salón, pero no por eso lejos de la vista de quienes quisieran reparar en ellos.

—¿Ah, sí...?

Paige asintió.

—Terminé mis giras con éxito. Tal vez el dueño de la disquera lo sepa por las ganancias que impliqué para él, y que —tan generosamente— decidimos donarlas para crear albergues en zonas sensibles de huracanes en los Estados Unidos. Ahora, tengo una pregunta, pues probablemente me nominen a varios Grammy, pero ya no estaré fuera del país más tiempo.

—Oh, oh, una pregunta, ¿qué sería? —preguntó Blake colocando la frente sobre la de Paige, adorándola con su mirada y sintiéndose feliz por haber vencido sus inseguridades y celos sobre el amor. Por Paige.

Ella tomó las manos de Blake y las colocó sobre su vientre todavía plano.

—¿Qué tan probable es que el dueño de la disquera desista de renovar mi contrato para, a cambio, firmar uno de duración indefinida?

—Paige...

—¿Qué me dices?

Él sonrió. Fue la segunda vez, porque la primera ocurrió el día en que se casaron, que ella observaba cómo los ojos de Blake parecían llenarse de lágrimas sin derramar.

—Si me vas a contar lo que estoy pensando, el dueño de Lion Records no querrá firmar un nuevo contrato contigo hasta después de cinco años.

Ella soltó una carcajada.

—Ya lo negociaremos —le hizo un guiño antes de abrazarlo y susurrarle—: Ahora nos toca firmar el contrato más importante.

—¿Además de ser los mejores amantes? —preguntó, provocándola.

Paige le dio un beso en los labios, sonriendo.

—Ser los mejores padres a partir de este septiembre —susurró, antes de que Blake la tomara de la mano para escabullirse juntos de la fiesta y celebrar en privado tan maravillosa noticia.

SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única escritora de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Estaba escrito en las

estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Twitter e Instagram: @KristelRalston

Facebook: KristelRalston,Books

Web: www.kristel-ralston.com

